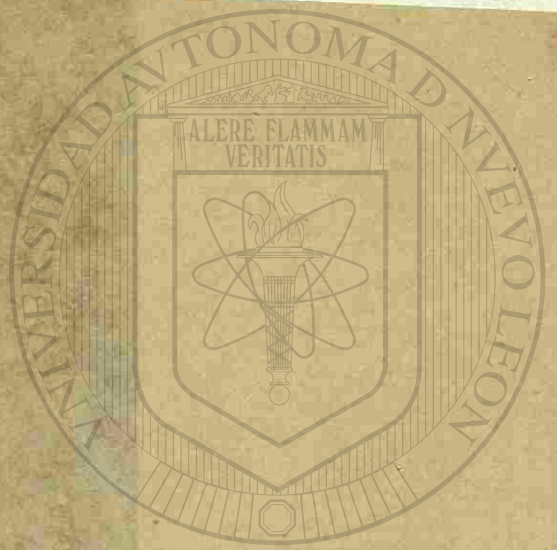
PQ2516
A67
1905
v.2

1020026930





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS



ROMA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N Z 86 ~
Núm. Autor
Núm. Adq. 30814
Procedencia -8~
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS DEL MISMO AUTOR

de venta en esta Casa Editorial

L' Assommoir	*2*	*tomos*
Los misterios de Marsella	*1*	»
Teresa Raquin	*1*	»
Lourdes	*2*	»
Roma	*2*	»
París	*2*	»
Fecundidad	*2*	»
Trabajo	*2*	»
Verdad	*2*	»
Naná	*2*	»

LAS TRES CIUDADES

LOURDES, ROMA, PARÍS

ROMA

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

de

AGUSTÍN DE CARREAU

Tercera edición

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
101188

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30811

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

F025.16
A4
1905
v.2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

ROMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Aquella noche, á la hora del crepúsculo, y habiéndole mandado Benedetta á decir á Pedro que deseaba hablarle, bajó éste al principal y la encontró en su saloncito en compañía de Celia y hablando ambas á la luz del día que declinaba.

—Ha de saber que he visto á vuestra Pierina—decía Celia precisamente en el momento en que Pedro entraba en el salón.—Sí, sí, y por cierto con Darío, ó mejor dicho, debía acechar á éste, que se apercibió de que le esperaba en uno de los paseos del Pincio y la sonrió... Lo comprendí en seguida, ¡oh! ¡qué hermosura!...

Rióse Benedetta, sin grandes alardes, de su entusiasmo; pero un pliegue doloroso contraía su boca, porque, aun cuando era en el fondo muy razonable, al cabo no dejaba de sufrir con aquella pasión que adivinaba era tan ingenua y tan fuerte. Comprendía que Darío se divirtiese, puesto que se negaba ella á él, que era joven y no estaba ordenado, sólo que la parecía que aquella miserable muchacha le amaba demasiado y temía no la olvidase echando al olvido aquella flor de hermosura. Pero eso reveló el secreto de su corazón cambiando de conversación.

—Sentáos, señor abate; ya lo oís, estamos poco menos que hablando muy mal del prójimo. A mi pobre Darío le acusan de llevar á mal traer á todas las bellezas de Roma... Así que aseguran que es preciso ver en él al afortunado mortal que ofrece los ramos de rosas cuya blancura pasea la Tonietta por el Corso, desde hace quince días.

Celia se apasionó en seguida.

—¡Pues es cierto, querida! Al principio dudaron y creyeron que se trataba del pequeño Pontecorvo ó de Moretta, el teniente, y las hablillas seguían su curso... no te lo puedes figurar... Hoy todo el mundo sabe que la corazonada de la Tonietta, es Darío en persona. Además fué á verla en su palco, al Constanzi.

Al oirlas hablar acordóse Pedro de aquella Tonietta que el joven príncipe le enseñara un día en el Pincio, como una de las raras *demi-mondaines*, de que la sociedad romana se preocupaba. Y recordó también la galante particularidad que hacía célebre á aquélla: la corazonada, el desinteresado capricho que sentía á veces por un amante volandero, del que no quería recibir por las mañanas más que un ramo de rosas blancas; de manera que cuando se presentaba en el Corso, á veces durante muchas semanas, con aquellas rosas puras, estallaba entre las damas de la buena sociedad una emoción, una ardiente curiosidad para averiguar el nombre del hombre elegido y adorado. Desde que había muerto el marqués de Manfredi, que la dejó como herencia su palacio de la calle de los Mil, tenía Tonietta fama por la correcta elegancia de sus trenes, la rica sencillez de su tocado, de que desentonaban un poco sus sombreros, un tanto extravagantes. Hacía cerca de un mes que el opulento inglés que pagaba todos sus gastos estaba de viaje.

—Está muy bien ésa mujer—repitió Celia con convicción, con aire cándido de virgen á la que sólo interesaban las cosas de amor.—Y es linda con sus ojazos de dulce mirada, ¡oh! pero no es ni con mucho tan hermosa como la Pierina, ¡no! ¡eso es imposible! Mas de todos módos, da gusto verla, ¡es una verdadera caricia para la mirada!

Con un gesto involuntario pareció como que Benedetta quería apartar á la Pierina otra vez, y en cuanto á Toniet-

ta, la aceptaba porque sabía que tan sólo era una distracción, la caricia del momento, como decía su amiga.

—¡Ah!—exclamó sonriendo.—¡Cómo se arruina mi pobre Darío comprando rosas blancas! Será necesario que, respecto á eso, le haga alguna broma... Acabarán esas por robármele por poco que tarden en arreglarse nuestros asuntos... Por fortuna tengo muy buenas noticias... Sí, el pleito se va á reanudar y precisamente para eso es para lo que ha salido mi tía.

En el momento en que Celia se ponía de pie y Victorina se presentaba con una lámpara, volvióse Benedetta hacia Pedro, que se había puesto también en pie, y le dijo:

—Quedaos, tengo que hablaros.

Celia se entretuvo, sin embargo, aun un poco, apasionándose entonces por el divorcio de su amiga, mostrándose deseosa de saber á qué estado habían llegado las cosas y si se verificaría pronto el casamiento de los dos amantes. Y al cabo la besó y abrazó con cariñoso transporte.

—Entonces, ¿tienes esperanzas de que el Santo Padre te devolverá la libertad? ¡Oh! ¡Cuánto lo celebro, querida, por ti, y cómo me gustaría veros cuando te unas con Darío! En cuanto á mí, has de saber, querida amiga, que también estoy muy contenta, porque estoy viendo que mi padre y mi madre se cansan de mi terquedad. Ayer mismo les dije: «Quiero á Attilio y me le daréis». Entonces se apoderó de mi padre una cólera espantosa, me colmó de injurias, amenazándome con el puño y diciéndome que si me había hecho con una cabeza tan dura como la suya, que me la rompería. Y de pronto, fuera de sí, volvióse hacia mi madre que nos escuchaba en silencio y enojada y la dijo: «Pues bien, dala su Attilio para que nos deje en paz...» ¡Oh! ¡Qué contenta estoy, pero qué contenta!

Pedro y Benedetta no pudieron por menos de reirse al observar que en el rostro de virgen de Celia, en su rostro de la pureza de lirio, se revelaba de tal manera una alegría inocente y celeste. Marchóse al fin en compañía de su doncella, que la esperaba en el primer salón.

En cuanto se quedaron solos, Benedetta indicó al presbítero que se sentara otra vez.

—Se trata, amigo mío—dijo—de un consejo urgente que

me han mandado que os dé. Parece que se extiende por Roma el rumor de vuestra presencia y que con ese motivo circulan sobre vos las más inquietas historias. Dicen que vuestro libro es un llamamiento al cisma y que vos mismo no sois más que un cismático turbulento y ambicioso que, después de haber publicado su obra en París, se apresuró á venir á Roma para darla más empuje y nombre, desencadenando un gran escándalo á su alrededor... Si es que tenéis decidido empeño en ver á Su Santidad para defender vuestra causa, os aconsejan que os hagáis olvidar y desaparezcáis completamente dos ó tres semanas.

Escuchóla Pedro estupefacto. Acabarían por volverle loco y por tener esa idea del cisma, de un escándalo justiciero y libertador llevándole de aquella manera, de fracaso en fracaso, como si quisiesen cansar su paciencia. Quiso exclamar, protestar y luego hizo un gesto de cansancio, ¿á qué lamentarse delante de aquella joven que era, por cierto, sincera y afectuosa?

—¿Quién os encargó que me dieseis ese consejo?

No le respondió nada Benedetta y se limitó á sonreir. Pedro tuvo una brusca intuición.

—Fué monseñor Nani, ¿no es verdad?

Sin responder de una manera directa, púsose Benedetta á hacer con voz conmovida un elogio del prelado que aquella vez, al cabo, habíase decidido á dirigirla en el interminable asunto de la anulación del casamiento. Había conferenciado larga y detenidamente con *donna* Serafina, que precisamente en aquellos momentos se había marchado al palacio del Santo Oficio para darle cuenta de las primeras diligencias hechas. El padre Lorenzo, el confesor de tía y sobrina, debía hallarse presente en la entrevista, porque estando en el fondo de su obra la idea del divorcio, había siempre impulsado hacia éste á las dos mujeres como para romper el nudo que, en medio de tantas ilusiones, anudara el patriota cura Pisoni. Y se fué animando y diciendo en qué razones fundaba sus esperanzas.

—Monseñor Nani lo puede todo y esto es lo que me hace tan dichosa ahora que el negocio está entre sus manos. Sed, pues, también vos razonable, amigo mío, y no os rebeléis y, por el contrario, calmáos y sosegáos. Yo os aseguro que algún día todo se arreglará.

Con la cabeza baja, quedóse Pedro meditabundo. Habíale envuelto Roma y á cada momento satisfacía curiosidades más vivas y la idea de permanecer aun allí dos ó tres semanas no le desagradaba tanto. Sin duda presentía que en todos esos retrasos podía haber algo como un desmenuzamiento de su voluntad, un roce, un gasto de voluntad, del que saldría disminuído, desalentado é inútil. Pero, ¿qué era lo que temía si se había jurado á sí mismo no abandonar nada de su libro y no ver al Santo Padre nada más que para afirmar más altamente su nueva fe? Repitió en voz muy baja ese juramento y después cedió. Y cuando se lamentaba de que tal vez sería un estorbo en el palacio, exclamó Benedetta:

—¡No! ¡Estoy tan satisfecha de teneros á mi lado! Os quiero conservar aquí porque me parece que vuestra presencia nos va á traer la dicha á todos, ahora que la suerte parece que se vuelve.

Convinieron en seguida que no volvería á dar vueltas por los alrededores del Vaticano ni de San Pedro, en donde la continua presencia de su sotana debía acabar por llamar la atención. Hasta llegó á prometer que permanecería hasta ocho días sin salir del palacio, pues tenía deseos de repasar y leer ciertos libros y páginas de historia en la misma Roma. Habló aun durante un momento, sintiéndose feliz en medio de la gran calma que reinaba en aquel salón desde que la lámpara lo iluminaba todo con su claridad adormilada. Acababan de dar las seis y la obscuridad era completa, negra, en la calle.

—¿No se sintió mal hoy su eminencia?—preguntó.

—Sí—respondió la *contessina*;—pero no fué más que un poco de cansancio y por eso no nos inquietamos... Mi tío me mandó recado con *don* Vigilio diciéndome que hoy no pensaba salir de su cuarto y que pasaría el día dictándole cartas á éste... como veis, no será nada.

Volvió á reinar un silencio profundo, no subiendo ningún ruido desde la calle desierta ni del antiguo vacío palacio, mudo y soñador como una tumba. Y en ese instante, aquel salón tan muellemente adormecido, lleno además de la dulzura de un sueño de esperanza, produjose

un remolino de faldas, el rumor de un aliento entrecortado, el estrépito de una irrupción tempestuosa. Era Victorina que, después de dejar la lámpara, habíase marchado y volvía sofocada, pazorada.

—*¡Contessina! ¡contessina!*

Púsose Benedetta de pie, lívida, helada de pronto, como si hubiese sentido soplar un viento de desgracia.

—¿Qué hay? ¿Qué tienes para correr y temblar de esa manera?

—Darío, el señor Darío, abajo... Bajé á ver si habían encendido la lámpara del portal, porque muchas veces dejan de hacerlo... Y allá abajo, en el portal, en la sombra, tropecé con el señor Darío... Está en el suelo... le han dado, sin duda, una puñalada...

Del corazón de la enamorada escapóse un grito:

—¡Muerto!

—No, no, herido nada más.

Pero no la oyó y continuó gritando con voz cada vez más fuerte:

—¡Muerto! ¡muerto!

—¡No! ¡Me habló! ¡Por Dios, calláos! Me mandó callar á mí porque no quiere que nadie se entere y me dijo que os viniese á buscar, pero á vos sola y ¡tanto mejor! puesto que está aquí el señor abate y se enteró, va á bajar con nosotras para ayudarnos. No estará de más.

La escuchó Pedro, trastornado también, y cuando Victorina quiso coger la lámpara se vió que su mano derecha, que temblaba con fuerza, estaba manchada de sangre por haber, sin duda, palpado el cuerpo que estaba tendido en el suelo. Aquella vista de la sangre fué tan horrible para Benedetta y la impresionó tanto, que empezó á gemir como una loca.

—¡Calláos! ¡calláos, pues! Bajemos sin hacer ruido... Me llevo la lámpara porque, á pesar de todo, hace falta luz. ¡Vamos pronto, pronto!

Abajo, atravesado en el portal y delante de la entrada al vestíbulo, estaba tendido Darío sobre las losas como si habiendo sido herido en la calle, hubiese tenido fuerzas suficientes para dar algunos pasos é ir á caer allí. Acababa de desmayarse quedando con los ojos cerrados y los labios apretados. Benedetta, que en el exceso del dolor encontró

la energía de su raza, no se lamentó, ni chilló más, contemplando en silencio á Darío, fijando en este las miradas de sus ojos enrojecidos, secos, abiertos desmesuradamente como los de una loca que vivía sin comprender. Lo horrible era ese golpe que hería con lo inesperado del rayo, de la catástrofe, con lo imprevisto, lo inexplicado, el por qué y el cómo de ese asesinato en medio del negro silencio del vetusto y desierto palacio, invadido por la noche obscura. La herida debía manar muy poca sangre, porque sólo tenía empapada la ropa.

—¡Pronto! ¡pronto!—repitió Victorina en voz baja, después de haber bajado la lámpara y pasádola por todas partes para enterarse.—El portero no está ahí, como de costumbre, se hallará ahí al lado bromeando con la mujer del carpintero y, como veis, aún no ha encendido la farola, pero puede volver de un momento á otro. El señor abate y yo vamos á subir al príncipe á su cuarto.

Era Victorina la única que conservaba su sangre fría y que no perdió la cabeza, obrando en esto, como mujer bien equilibrada y de una actividad sostenida. Los otros dos escuchábanla con persistente estupor, sin atreverse á decirla ni una palabra y obedeciéndola con docilidad de niños.

—Será necesario que nos alumbréis, *contessina*. Tomad esta lámpara y bajadla un poco para que veamos los escalones... Encargáos de sostenerle por los pies, señor abate, y yo le cogeré por los brazos. Y no tengáis miedo, porque, ¡pobrecillo! pesa bien poco.

¡Ah! ¡Qué subida aquella por la monumental escalera, con escalones bajos y anchos y descansillos tan espaciosos como salas de armas. Esto sirvió mucho para facilitar el cruel transporte del herido. Pero, ¡qué cortejo más fúnebre alumbrado por la débil y vacilante claridad de la lámpara que Benedetta sostenía con un brazo tendido y al que ponía rígido la voluntad! No se oyó ni un ruido, ni un aliento en aquella vetusta muerta mansión en la que sólo se escuchaba el desmigamiento de los muros, el lento trabajo de la ruina que hacía crugir los artesonados de los techos. Continuó Victorina murmurando recomendaciones, mientras que Pedro, temiendo escurrirse en la orilla de las gastadas y relucientes piedras, desplegaba una fuerza exage-

rada que le ahogaba. Grandes y caprichosas sombras vagaban, cual locos fantasmas, á lo largo de los vastos espacios de las desnudas paredes, llegando á la bóveda adornada con los rosetones y cuarterones del artesonado. Fué necesario hacer un alto, de tal manera parecía interminable aquel piso. Después continuaron lentamente la marcha.

Por fortuna, la habitación de Darío, compuesta de tres cuartos, un dormitorio, un tocador y un saloncito, estaba en el primer piso, á continuación de las del cardenal, en el ala que daba al Tíber. No tenían más que hacer que seguir la galería, procurando ahogar el ruido de sus pasos, y al fin experimentaron gran consuelo al depositar al herido en su lecho.

Victorina dejó oir una ligera risa de satisfacción.

—Esto está terminado; dejad la lámpara ahí encima, *contessina*... Ahí mismo... en cualquier parte, sobre esa mesa. Os respondo de que nadie nos oyó y tanto más cuanto que *donna* Serafina ha salido y su eminencia ha ordenado que *don* Vigilio esté todo el día á su lado, todas las puertas están cerradas. Le he envuelto los hombros con mi falda, de manera que no debe haber caído ni una gota de sangre y dentro de un momento bajaré y limpiaré el suelo con una esponja...

Interrumpióse, fuese á mirar á Darío y luego añadió con viveza:

—Respira; os dejo, pues á los dos para que le cuidéis y yo me voy en busca del bueno del doctor Giordano, el mismo que os vió nacer, *contessina*, y que sabéis que es hombre seguro.

Cuando se quedaron solos ante el herido desmayado, en aquella habitación medio á obscuras y en la que entonces parecía estremecerse la tremenda pesadilla que les dominaba, permanecieron tanto Pedro, como Benedetta, inmóviles á los dos lados de la cama y sin encontrar aún palabras que cambiar. Había abierto ella los brazos y retorcídose las manos, lanzando sordo gemido, obedeciendo á la necesidad de soltar, de exhalar su dolor. Inclinóse luego y se puso al acecho de la vida en aquel rostro pálido y de ojos cerrados. Respiraba Darío, pero con una respiración lenta, apenas sensible. Una débil coloración asomó, sin embargo, á sus mejillas, y al cabo abrió los ojos.

En el acto cogióle Benedetta la mano, estrechándosela como para poner en esa presión toda la angustia de su corazón y fué muy feliz al sentir que Darío la devolvía débilmente su apretón de mano.

—¡Di! ¿Me oyes? ¿Me ves? ¿Qué es lo que ha sucedido, Dios mío?

Pero á Darío, sin responderla, le inquietaba más la presencia de Pedro. Cuando reconoció á éste, se quedó más tranquilo, aceptando su presencia; pero buscando con la mirada y con manifiesto terror, si había alguno más en la habitación, y por último murmuró:

—Nadie me ha visto ni nadie sabe...

—No, no, tranquilízate. Te hemos podido subir hasta aquí con Victorina sin encontrar alma viviente. Mi tía ha salido y mi tío se encerró en su cuarto desde por la mañana.

Entonces pareció que Darío quedaba más satisfecho y hasta sonrió.

—Es que no quiero que lo sepa nadie, ¡es esto una tontería!

—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha sucedido?—preguntó de nuevo Benedetta.

—¡Ah! ¡No sé! ¡No sé!...

Entornó los ojos con aire de cansancio, tratando de rehuir la pregunta, hasta que luego comprendió que obraría más acertadamente diciendo una parte de la verdad.

—Un hombre que se ocultó en el portal durante el crepúsculo y que debía estarme esperando... Sin duda... es así, y entonces, cuando entré, me pegó una puñalada ahí, en el hombro.

Estremecida, inclinóse aún más Benedetta, y le miró al fondo de los ojos, preguntándole:

—Pero, ¿quién era ese hombre?

Y como observase que Darío, con voz cada vez más baja y fatigada, contestaba que no sabía nada y que aquel hombre había herido aprovechando las tinieblas sin que pudiese reconocerle, lanzó un grito terrible.

—¡Es Prada! ¡Es Prada! ¡Lo sé! ¡Dilo de una vez.

Benedetta deliraba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—¡Lo sé! ¿Lo oyes? ¡Lo sé! No quise ser suya y no quiere que seamos el uno del otro y preferirá matarte el día en que yo tenga libertad para entregarme á ti. Le conozco mucho y sé que no seré nunca dichosa. ¡Ha sido Prada! ¡Prada!

El herido se incorporó como impulsado por brusca energía y protestó con toda lealtad.

—No, no es Prada, ni es tampoco un hombre pagado por él... Eso puedo jurártelo. No reconocí á ese hombre, mas no es Prada, ¡no! ¡no!

Hablaba Darío con un acento tal de verdad, que Benedetta tuvo que convencerse. Además de esto, el terror se apoderó otra vez de ella cuando sintió que la mano que tenía entre las suyas íbase ablandando, quedando poco á poco inerte, húmeda, como si se helase. Rendido por el esfuerzo que acababa de hacer, cayó otra vez sobre la almohada, con el rostro completamente blanco, los ojos cerrados y desmayado, como si se fuese á morir.

Sobrecogida de terror, tocóle Benedetta, palpándole con las manos.

—¡Vedlo, señor abate, vedlo! ¡Se muere! ¡Se muere! Ya está completamente frío. ¡Dios mío! ¡Que se me muere!

Pedro, al que trastornaba con aquellos gritos, trató de tranquilizarla.

—Ha hablado demasiado y eso hizo que volviese á desmayarse como antes... Os aseguro que siento cómo late aún su corazón. ¡Mirad! Apoyad aquí la mano... Por favor, no os pongáis así; el médico vendrá de un momento á otro y ya veréis cómo sale todo bien.

No le hizo caso Benedetta y Pedro tuvo que presenciar una escena extraordinaria que le llenó de sorpresa. De un modo brusco se arrojó ella sobre el inanimado cuerpo del hombre adorado, que estrechó con frenético abrazo, bañándole con sus lágrimas, cubriéndole de besos y balbuceando palabras ardientes.

—¡Ah! ¡Si te perdiese!... ¡Si te perdiese! Y no me quise entregar á ti y cometí la necedad de rechazarte cuando aun podíamos conocer la dicha. Sí, una idea para la Virgen, una idea de que la virginidad la agrada y de que una debe conservarse virgen para el marido si se quiere que bendiga el casamiento, ¿qué era lo que podía importarla

que fuésemos felices en seguida? Y además, ya lo ves, si me hubiese engañado y te arrancase de mi lado antes de que hubiésemos dormido el uno en brazos del otro, entonces no tendría más que un sentimiento: el de no haberme entregado á ti, el de no haberme condenado por ti. ¡Sí, la condenación antes que dejar de ser el uno del otro y no de habernos poseído con toda nuestra sangre, con todos nuestros labios!

¿Era aquella la mujer tan tranquila, tan calmosa y razonable, que tenía tanta paciencia para organizar mejor su dicha? Aterrado Pedro, no la reconoció. Hasta allí había visto en ella una reserva tal, un pudor tan natural, cuyo encanto, casi infantil, parecía proceder de su misma naturaleza. A la cuenta, bajo el terrible golpe de la amenaza y del miedo, habíase despertado en un momento en ella la sangre terrible de los Boccanera, todo un atavismo de violencia, de orgullo, de apetitos furiosos, exasperados y desencadenados; quería su parte de vida, su parte de amor. Se exclamaba y lamentaba, como si la muerte, al privarla de su amante, la arrancase su propia carne.

—Os suplico, señora, que os calméis—la dijo Pedro.—Vive... ese corazón late aún... Os estáis martirizando de una manera horrorosa.

Pero Benedetta quería morir con él.

—¡Ah! ¡Darío de mi alma, si te vas llévame contigo! ¡Me acostaré sobre tu corazón y te estrecharé con tanta fuerza entre mis brazos, que se clavarán en los tuyos y será preciso que nos entierren juntos!... ¡Sí, sí, estaremos muertos y casados al mismo tiempo! ¡He prometido no ser más que tuya y lo seré á pesar de todo, hasta en la tierra si no hay más remedio!... ¡Oh! ¡Amado mío! ¡Abre los ojos, abre la boca, bésame si no quieres que yo muera cuando mueras tú!

Por la silenciosa habitación, con sus muros adormecidos, pasó una llamarada de pasión salvaje, de fuego y de sangre. Las lágrimas apoderáronse al cabo de Benedetta, quebrantándola los convulsivos sollozos que hicieron se postrase al lado del lecho, ciega y sin fuerzas. Felizmente, y poniendo fin á tan dolorosa escena, presentóse el médico guiado por Victorina.

El doctor Giordano, que pasaba de los sesenta, era un

viejecito de cabello blanco rizoso, afeitado y de tez fresca y cuya persona, toda ella de aspecto paternal, había adquirido cierta apostura del amable prelado enmedio de su clientela de la Iglesia. Y era, según decían, un hombre excelente que asistía á los pobres sin interés y que sobre todo daba muestras, en los casos delicados, de una discreción y de una reserva verdaderamente eclesiásticas. Desde hacía treinta años, todos los Boccanera, niños, mujeres y hasta el mismo eminentísimo cardenal, pasaban por sus prudentes manos.

Con mucha dulzura y ayudándole Pedro, y mientras Victorina les alumbraba, desnudaron á Darío, al que el dolor hizo volver en sí de su desmayo. Examinó la herida y en seguida, con su aire sonriente, declaró que no era de peligro. Aquello no era nada, á lo sumo tres semanas de cama y sin que hubiese que temer ninguna complicación. Y aficionado, lo mismo que todos los médicos de Roma, á apreciar las puñaladas que tenía que curar todos los días entre los clientes que la casualidad le deparaba procedentes del pueblo bajo, se entretuvo placenteramente examinando la herida, admirándola como conocedor, pareciéndole, sin duda, que se hallaba en aquel caso, ante un trabajo bien hecho. Y al fin díjole al príncipe bajando la voz:

—A esto le llamamos nosotros una advertencia... El hombre que os hirió no quiso mataros y dió el golpe de arriba abajo, de manera que se deslizase por las carnes sin interesar el hueso. ¡Ah! ¡Hay que ser muy diestro para dar una puñalada como ésta!

—Sí, sí—murmuró Darío—me perdonó la vida puesto que pudo atravesarme de parte á parte.

Benedetta no oía nada. Desde que el médico declaró que la herida no tenía ninguna gravedad y manifestó que la debilidad y el desvanecimiento procedían sólo de la violenta secudida nerviosa experimentada, sentóse aniquilada en una silla, quedando en un estado de completa postración. Era aquello la distensión de la mujer después de la horrenda crisis de la desesperación. De sus ojos escaparon lágrimas dulces, lentas, y levantándose, fuese á Darío con una efusión de alegría apasionada y muda.

—Quisiera, mi buen doctor—dijo el herido—que nadie

se enterase... porque es tan ridícula esta historia... Según parece nadie ha visto nada á excepción del señor abate, y á éste le suplico guarde el secreto, y lo haréis, ¿no es así? Sobre todo que no se vaya á inquietar al cardenal ni tampoco á mi tía ni á ninguno de los amigos de mi casa.

El doctor Giordano se sonrió con su acostumbrada expresión.

—Está bien. Es muy natural, pero no os atormentéis de ese modo. Para todo el mundo rodásteis por la escalera y os dislocásteis un hombro, y ahora que os vende la herida, procurad dormir sin tener mucha calentura, que yo volveré mañana por la mañana.

Empezaron entonces una serie de días de gran calma que se deslizaron tranquilamente y durante los cuales organizóse una nueva vida para Pedro. Los primeros días permaneció hasta sin salir del antiguo adormecido palacio, leyendo ó escribiendo, no teniendo por las tardes, hasta la hora del crepúsculo, más distracción que la de irse á sentar á la habitación de Darío, en la que tenía la seguridad de encontrar á Benedetta. Después de una calentura bastante intensa que duró cuarenta y ocho horas, la curación siguió su acostumbrado curso y las cosas marchaban del mejor modo posible, habiendo creído en la historia del hombro dislocado todo el mundo que la oyó, llegando la cosa á tal extremo, que el cardenal exigió de la extricta economía de *donna* Serafina que en el descansillo se encendiese una segunda lámpara para que no se volviera á renovar semejante accidente. En aquella paz monótona que se iba rehaciendo, no se experimentó más que una postrera sacudida, mejor dicho, una amenaza de perturbación, en la que se mezcló Pedro una noche en que se entretuvo más que otras al lado del convaleciente.

Aprovechando la ausencia de Benedetta, que hacía unos cuantos minutos que había salido, Victorina, que entraba con una taza de caldo, se inclinó sobre el príncipe y le dijo en voz baja:

—Señor, todos los días viene una muchacha, llorando, á preguntarnos cómo seguís, es la Pierina... y no puedo enviarla á paseo porque no hace más que rondar por los alrededores, y he preferido avisároslo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Sin querer, se enteró Pedro de ésto; oirlo y adquirir una brusca certidumbre, todo fué uno, comprendiendo en el acto la verdad. Darío, que le estaba mirando, adivinó lo que pensaba, y así, sin responder á Victorina, dijo:

—¡Eh! ¡Sí, abate, sí, ha sido ese bruto de Tito! ¿No os parece que esto es estúpido?

Por más que se defendiese protestando de no haber hecho nada para merecer que el hermano le avisase que respetase á la hermana, sonreíase con cierto embarazo, muy aburrido y hasta un poco avergonzado con semejante historia. Y respiró indudablemente con más desahogo cuando le prometió ver á la joven, si volvía, y hacerla comprender que era mejor que permaneciese en su casa.

—¡Es una aventura estúpida! ¡Muy estúpida!—decía el príncipe, exagerando su cólera y como para burlarse de sí mismo. Y siguió la tranquila velada en la antigua adormecida cámara del vetusto y muerto palacio del que no subía ningún ruido, ni siquiera un aliento.

Cuando salió otra vez á la calle no se atrevió Pedro á apartarse mucho de aquel barrio para tomar el aire un poco. Interesábale mucho aquella antigua vía Julia, cuya historia conocía así como sus pasados esplendores de la época de Julio II, que mandó rectificar su alineación, y soñó en adornarla con palacios magníficos. Durante el carnaval verificábanse carreras en ella y se salía á pie ó á caballo desde el palacio Farnesio para llegar hasta la plaza de San Pedro. Hacía muy poco había leído que el embajador del rey de Francia, el señor de Estrée, marqués de Couré, que habitaba en el palacio Sachetti, festejó de una manera magnífica el nacimiento del delfín en 1630, dando á su costa, durante tres días, el espectáculo de grandes carreras desde el puente Sixto á San Juan de los Florentinos, desplegando un lujo extraordinario, con la calle cubierta de flores y todas las ventanas colgadas con riquísimos tapices. La segunda noche se quemó un castillo de fuegos artificiales en el Tiber y el conjunto representaba la nave Argos llegando á Jason á la conquista del Vellocino de Oro. Otra vez de la Fuente de los Farnesio, del Mascheroni, manó vino. ¡Cuán lejanos eran aquellos tiempos y qué cambiados estaban hoy en aquella calle de silencio y soledad que tenía toda la grandeza triste de

su abandono, larga y recta, soleada ó tenebrosa en medio de aquel barrio desierto! Desde las nueve la enfilaba ardiente sol, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo, llano y sin aceras que lo limitasen, mientras que á los lados, que pasaban alternativamente de la viva á la negra sombra, dormían los antiguos palacios, las pesadas y macizas mansiones con sus puertas vetustas cuarteadas con placas enormes y clavos de cuadrada cabeza, con sus rejas enormes, voladas y de labrado herraje, con pisos enteros en los que no se veía ni una sola ventana abierta y como clavadas éstas para no dejar penetrar la luz del sol.

En el momento en que se abría una puerta, veíanse bóvedas profundas, patios interiores, húmedos y fríos, manchados con ese musgo que produce la humedad y que, semejantes á claustros, estaban rodeados de pórticos. Luego veíanse en las dependencias, en las construcciones bajas que, al cabo, se habían ido agrupando allí; sobre todo hacia la parte de las callejuelas que bajaban hacia el Tíber, unas cuantas y humildes y silenciosas industrias que se instalaron allí: una panadería, una sastrería, una encuadernación, unos cuantos tenduchos obscuros, unas verdulerías y fruterías con cuatro tomates y cuatro lechugas ó escarolas encima de una tabla, tabernas, en las que se veían fuera muestras de vinos de Frascati ó de Genzano y dentro bebedores que parecían muertos. Hacia el medio de la calle, la cárcel, que en ella se encuentra en la actualidad, no era lo más apropósito para alegrar la vista con sus abominables paredes pintadas de amarillo. Toda una nube de hilos telegráficos seguía de trecho en trecho aquel largo corredor de tumbas, por el que se deslizaban escasos transeuntes, en el que se desmenuzaba el polvillo del pasado, hasta la arcada del palacio Farnesio, allá á lo lejos y al otro lado del río, por cima de los árboles del hospital del Espíritu Santo. Pero sobre todo de noche, cuando reinaba completa obscuridad, era cuando á Pedro le embargaba la desolación ó una especie de horror sagrado que se desprendía de la calle. No había allí ni un alma y sí el aniquilamiento completo. Ni una sola luz en las ventanas, nada más que la doble hilera de mecheros de gas muy espaciados, semejantes á luces de lamparillas amortiguadas por lo denso de las tinieblas. Sólo de trecho en trecho una

taberna iluminada, con sus cristales raspados, tras los cuales ardía con sorda inmovilidad una luz, sin que se oyese ni una voz ni una carcajada. Allí no había viviente más que los dos centinelas de la cárcel, uno delante de la puerta y el otro en la esquina de la estrecha callejuela, los dos en pie y erguidos en la muerta calle.

Además, el barrio entero le apasionaba; aquel hermoso y antiguo barrio caído en el olvido, tan separado de la vida moderna y que no exhalaba más que un olor á cerrado, ese pesado y discreto olor eclesiástico. Por la parte de San Juan de los Florentinos, en el sitio en que la nueva vía de Vittorio Emmanuele lo despanzurró todo, el contraste resultaba más violento entre las elevadas casas de cinco pisos, esculpidas, esplendorosas, apenas concluídas y las negras casuchas, achatadas y feas de las callejuelas vecinas.

Por la noche resplandecían los globos eléctricos con la luz deslumbradora, mientras que los mecheros de gas de la vía Julia y de las calles inmediatas parecían humeantes lámparas. Era aquello una reunión de antiguas y célebres vías, la dalle de Banchi Vechi, la del Pellegrino, la de Monserrato y luego la infinidad de callejuelas que las cortaban y ponían en comunicación, dirigiéndose todas hacia el Tíber y como eran tan estrechas, los coches apenas podían pasar por ellas. Y cada una tenía su iglesia, una multitud de iglesias todas semejantes, muy adornadas, doradas y pintadas, que se abrían únicamente á la hora de los oficios y entonces llenábanse de sol y de incienso. En la vía Julia, además de las iglesias de San Juan de los Florentinos, de San Biagio della Pagnota, de San Eligio degli Orifici, se encontraba allá abajo, tras el palacio Farnesio, la iglesia de los Muertos, en la que á Pedro le agradaba entrar para meditar acerca de aquella Roma salvaje, acerca de los penitentes que servían esa iglesia y cuya misión consistía en ir á recoger al campo los cadáveres abandonados que les indicaban. Una noche tuvo ocasión de asistir á las preces de difuntos, rezadas ante los cadáveres de dos desconocidos que hacía quince días estaban sin sepultar y á los que encontraron en un campo, á la derecha de la vía Appia.

El paseo favorito de Pedro fué muy pronto el muelle

nuevo del Tíber que se extendía delante de la otra fachada del palacio Boccanera. No tenía más que hacer que bajar al *vicolo*, la calle estrecha, y desembocaba en seguida en un lugar solitario en el que las cosas influían en él haciendo se le ocurriesen infinitos pensamientos. El muelle estaba sin concluir y los trabajos parecían hallarse completamente abandonados, era aquello como un inmenso taller de cantería, lleno de maderas, piedras de sillería, montones de materiales de construcción, cortado todo por empalizadas medio desmontadas y por barracas con el techo hundido en parte, y destinadas para guardar las herramientas. El lecho del río se había ido levantando mientras que las continuas excavaciones rebajaban el nivel del suelo de la ciudad en las dos orillas y por esto, para ponerla al abrigo de las inundaciones, era para lo que habían aprisionado las aguas entre aquellos gigantescos muros de fortaleza. Y fué preciso levantar de tal manera las orillas, que bajo su porticada galería y su doble escalera, en la que en otra época se amarraban los barcos de remo, la terraza del jardinito del palacio Boccanera quedóse muy abajo y amenazada con verse envuelta en los escombros y desaparecer el día en que se acabasen los trabajos proyectados por los ingenieros. No se había nivelado nada aún y las tierras allí acarreadas habíanse quedado tal cual las vertieron los volquetes y no había más que hoyos, zanjas y amontonamientos en medio de los materiales abandonados. Unicamente algunos desesperados chiquelos eran los que iban á jugar á aquellos escombros entre los que se hundía el palacio; los jornaleros sin trabajo dormían allí tendidos al sol y las mujeres de la vecindad ponían á secar sus pobres coladas sobre los montones de guijarros. Y á pesar de todo esto, era aquel un asilo nocturno, de segura paz, lleno siempre de temas propios para la meditación á la que se abandonaba olvidándolo todo, durante largas horas pasadas contemplando el río, los muelles y la ciudad, enfrente, á los dos extremos.

Desde las ocho el sol iluminaba, dorando el vasto agujero con su blonda cabellera. Cuando contemplaba la lontananza, hacia la izquierda, veía los lejanos techos del Transtibere que se recortaban con un matiz grisiento azulado de bruma sobre el fondo espléndido y azul del cielo,

Hacia la derecha el río hacía un recodo, más allá del redondo ábside de San Juan de los Florentinos, los álamos del hospital del Espíritu Santo plegaban en la otra orilla su verde tapiz dejando ver en el horizonte el claro perfil del castillo de Santángelo. Pero sobre todo no podía separar la mirada de la orilla de enfrente, porque en ella había quedado intacto un trozo de la más antigua Roma. Desde el puente Sixto al puente de Santángelo, se encontraba en la orilla derecha la parte de los muelles dejada en suspenso y cuya construcción debía concluir más adelante por encerrar el río entre sus elevadas y blancas murallas de fortaleza.

Y era en verdad una sorpresa y un encanto aquella extraordinaria evocación de los antiguos tiempos, aquella orilla cargada con todo un girón de la antigua ciudad de los papas. En la calle de Lugara habían tenido que revocarse las fachadas uniformes, pero aquí la parte trasera de las casas que llegaban hasta el río continuaban llenas de grietas, sucias, salpicadas de moho, con la patina que las comunicara el ardiente estío y semejantes á bronces antiguos. ¡Y qué conjunto, que increíble amontonamiento! En la parte baja negras bóvedas en las que entraba el agua; pilotes que sostenían las paredes, trozos de antiguos muros romanos semejantes á rocas cortadas á pico, después escaleras dislocadas, verdosas, que subían desde la arenosa orilla del río; terrazas que se sobreponían unas á otras; pisos que alineaban sus ventanitas irregulares abiertas al azar; casas que se elevaban unas por cima de otras y todo esto en abigarrado montón con una extraña fantasía de balcones, de galerías de madera, de puentes arrojados á través de los patios, de bosquecillos de árboles que se habría dicho crecían sobre los techos y bohardillas añadidas, colocadas en el centro de las tostadas tejas. Enfrente vertía con gran ruido sus aguas una alcantarilla por la boca de una especie de moldura esculpida cóncava, gastada y sucia.

En todas partes por donde, entre las fachadas traseras de las casas aparecía el río, presentábase cubierta de una vegetación exhuberante formada por hierbas, arbustos, mantos de hiedra arrastrándose con regios pliegues. Miseria y suciedad desaparecían ante la gloria del sol; las antiguas fachadas amontonadas, agrietadas, cubríanse de oro y las coladas enteras que colgaban de las ventanas, adornaban á éstas con la púrpura de las faldas y la cegadora nívea blancura del lienzo. Mientras tanto allá arriba, por cima del barrio, elevábase el Janículo, entre los deslumbrantes esplendores del astro, con el fino perfil de San Onofre, que se destacaba entre pinos y cipreses. Con mucha frecuencia, echábase Pedro de bruces sobre la baranda del enorme muelle, permaneciendo allí durante largas horas con el corazón henchido, lleno de tristeza de aquellos siglos muertos, y contemplando cómo se deslizaban las aguas del Tíber. No hay nada que pueda expresar el gran cansancio de esas viejas aguas, su pesada lentitud en el fondo de aquella trinchera babilónica en que estaban encerradas; murallas desmesuradas de presión, rectas, lisas, desnudas, abotargadas aún con su fealdad nueva. Con el sol dorábanse las amarillentas aguas del Tíber, se tornasolaban de cambiantes de verde, de azul, bajo el estremecimiento apenas sensible de su corriente; pero en cuanto de él se apoderaba la sombra, presentábase opaco, de color de lodo, con una vejez tan grande y pesada, que ni siquiera se reflejaban en ellas las casas de enfrente.

¡Y qué abandono más desolador! ¡Qué río de silencio y de soledad! Si después de las lluvias del invierno rodaban sus aguas furiosas con mugidos de tormenta, en cambio, durante el verano, como se empezaba durante los largos meses de cielo puro, atravesando Roma con una corriente lenta, sorda, como convencida de lo inútil de todo ruido. Podía permanecerse allí durante el día entero sin ver pasar ni una barca, ni una vela que lo animase. Algunos barcos, dos ó tres vaporcitos procedentes del litoral y las tartanas que llevaban vinos desde Sicilia, detenían todos ellos al pie del Aventino. Más allá, no había más que el desierto, aguas mansas, muertas, en las que de trecho en trecho, veíase alguno que otro inmóvil pescador que echaba pacientemente el sedal. Pedro sólo veía un poco hacia la derecha, al pie de la orilla antigua, una especie de barcaza cubierta, algo como arca de Noé medio podrida, tal vez un barco-lavadero, pero en el que jamás se veía un alma, y había aun, en una prolongada lengua de barro, un bote zozobrado, con un costado hundido, la-

mentable como símbolo de toda navegación imposible y abandonada. ¡Ah! ¡Ruina de río, tan muerta como aquellas otras ruinas de que se cansó de bañar el polvo durante tantos siglos! ¡Y qué evocación la de esos siglos de historia, que las aguas amarillentas habían reflejado; cuántas cosas y cuántos hombres hacia los que experimentaron asco ó cansancio, hasta el punto de haberse tornado tan pesadas, tan mudas, tan solitarias con su deseo de la nada!

Allí fué donde, una mañana, reconoció Pedro á la Pierina en pie tras uno de los barracones de madera que habían servido para guardar herramientas. Alargaba la cabeza y miraba fijamente, tal vez desde hacía muchas horas, la ventana del cuarto de Darío, en la esquina del muelle y de la callejuela. Asustada, á la cuenta, por el severo recibimiento que la dispensara Victorina, no se había vuelto á presentar en el palacio á preguntar cómo seguía el herido; pero se iba á aquel sitio y allí pasaba horas enteras, y hasta días, habiendo sin duda preguntado á algún criado cuál era la ventana, esperando delante de ésta y sin cansarse una aparición, un signo de vida y de salvación cuya sola esperanza hacía que latiese con fuerza su corazón. Acercóse el abate á ella sintiéndose infinitamente conmovido al verla ocultarse de aquella manera, tan humilde, tan temblorosa, con su emoción y con su regia belleza. En vez de reprenderla, de echarla de allí, conforme se lo habían encargado, se mostró muy cariñoso y muy jovial, hablándola de su familia lo mismo que si no la hubiese sucedido nada y se las compuso de tal manera para pronunciar el nombre de Darío, que la dió á entender que antes de quince días ya podría levantarse. Al principio sobresaltóse, mostróse huraña, desconfiada y pronta á echar á correr: mas luego, cuando comprendió, de sus ojos escapáronse algunas lágrimas y riéndose, feliz y alegre, envióle un beso con la punta de los dedos, diciéndole: ¡Grazie, grazie! «¡Gracias, gracias!» y echó á correr. Jamás la volvió á ver.

Y fué también una mañana cuando Pedro, en ocasión en que iba á decir su misa á Santa Brígida, en la plaza Farnesio, experimentó una gran sorpresa al encontrar á hora tan temprana á Benedetta que salía de aquella iglesia llevando en la mano un frasquito lleno de aceite. No se cortó ni se apuró en el primer momento, explicándole desde luego que cada dos ó tres días iba allí para que el sacristán la facilitase unas cuantas gotas del aceite que alimentaba la lámpara que ardía ante la antigua estatua en madera de la *Madona*, en la que tenía una confianza absoluta. Confesó más, dijo que no tenía confianza mas que en aquella, porque no había obtenido nada de cuando se había dirigido á otras que sin embargo, tenían mucha reputación y que eran *Madonas* de piedra y hasta de plata. Así que una devoción ardiente, toda su devoción en realidad, inflamaba su corazón tratándose de aquella santa imagen que no la negaba nada. Y, con mucha sencillez, como si se tratase de la cosa más natural del mundo, y fuera de discusión, afirmó que eran aquellas gotas de aceite, con las que mañana y noche frotaba la herida de Darío, las que apresuraban la curación de éste, tan pronta y de hecho milagrosa. Sobrecogido, desolado Pedro al observar que aquella criatura tan admirable por su prudencia, pasión y gracia, profesaba una religión tan infantil, no se permitió siquiera sonreir.

Todas las tardes, al volver de su paseo, cuando iba á pasar una hora en el cuarto del convaleciente Darío, empeñábase Benedetta en que contase lo que había hecho durante el día, para distraer de esa manera al herido, y lo que narraba, sus asombros, sus emociones, sus cóleras á veces adquirían un triste encanto en medio de la calma ahogada de la habitación. Pero, sobre todo cuando se atrevió á salir del barrio, cuando se sintió cada vez más atraído por la belleza de los jardines romanos, á los que iba en cuanto abrían las puertas, para tener la seguridad de que no iba á encontrar á nadie, cambiáronse sus impresiones, y fueron sensaciones entusiastas de las que dió cuenta; todo un amor y embeleso por los bellos árboles, las murmuradoras aguas y las terrazas que se abrían ante sublimes horizontes.

No fueron los más extensos entre aquellos jardines, los que más le impresionaron, llenando su corazón. En la villa Borghese, pequeño bosque de Boulogne de Roma, había arboledas majestuosas, paseos regios, á los que los coches iban á dar vueltas por las tardes, antes de dar el

obligado paseo por el Corso; le conmovió aún más el jardín reservado que había delante de la villa, de esa villa de un lujo de mármol deslumbrador y en la que se encuentra hoy el museo más hermoso del mundo; hay allí un sencillo tapiz de fino musgo, un gran pilón central, dominado por la desnuda blancura de una Venus y gran número de fragmentos de antigüedades, vasos, estatuas, columnas, sarcófagos, todo ello colocado simétricamente en cuadro y sin más adorno que aquella hierba desierta, soleada, melancólica. En el Pincio, á donde volvió, disfrutó de una mañana deliciosa y comprendió entonces el encanto de aquel estrecho rincón con sus árboles raros, siempre verdes, con su vista admirable, todo Roma y San Pedro en lontananza, en una claridad tan ténue, tan límpida, espolvoreada de sol. En la villa Albani, en la villa Pamphili, volvió á encontrar los magníficos pinos parasoles, con su gracia gigante y altiva, las poderosas encinas verdes de retorcidas ramas y negra hoja. En la última villa sobre todo, las encinas inundaban los paseos con una semiluz deliciosa y el pequeño lago convidaba al ensueño en sus orillas adornadas de sauces llorones y sus macizos de rosas, su parterre en pendiente, desarrollando un mosaico de un gusto barroco, complicado dibujo de arabescos y de rosas coloreado por la diversidad de hojas y de flores.

Y lo que llamó más la atención en ese jardín, el más noble, el más vasto y mejor cuidado, fué, al bordear una pared bajita, volver aún á ver á San Pedro bajo un aspecto nuevo y tan imprevisto, que se llevó para siempre en su memoria la simbólica imagen. Roma había desaparecido por completo y no quedaba allí, entre las pendientes del monte Mario y otra ladera cubierta de árboles que ocultaba la ciudad, más que la cúpula colosal que parecía colocada sobre bloques esparcidos, blancos y rojos. Eran los islotes formados por las casas del Borgo, las amontonadas construcciones del Vaticano y de la basílica que dominaba, que aplastaba con la cúpula desmesurada que se destacaba con tonos grises azulados sobre el claro azul del cielo, mientras que, á sus espaldas, á lo lejos, hacía una vista azulada de ilimitada campiña y muy delicada de tono.

Pedro sintió, empero, aun más el alma de las cosas en los jardines menos suntuosos y de una gracia más cerrada, ¡ah! la villa Mattei, en las pendientes del Caelio con su jardín distribuído en terrazas, sus paseos íntimos que bajaban bordeados por áloes, laureles, arbustos y gigantes bojes amargos recortados para que presentasen diversas formas, sus naranjos, sus rosales y sus fuentes, ¡qué hermoso espectáculo! Pasó allí horas adorables y no experimentó una sensación semejante, hasta que visitó el Aventino y sus tres iglesias que se pierden entre la fronda; sobre todo en Santa Sabina, cuna de los dominicos y cuyo jardincito, cerrado por todas partes, sin vista alguna, duerme con una paz tibia y olorosa con sus numerosos naranjos en medio de los cuales descuella colosal y nudoso el de Santo Domingo, árbol que, á pesar de los años, está cargado de aromático y maduro fruto.

Después, al lado, en el Priorato de Malta, el jardín por el contrario tiene un horizonte inmenso; sus muros de contención córtanse á pico sobre el Tiber cuya corriente enfila por completo, lo mismo que las fachadas y los tejados que se oprimen á ambos lados hasta llegar á la lejana cima del Janículo. En los jardines de Roma había en todos ellos los mismos bojes amargos recortados, los eucaliptos de tronco blanco, hojas pálidas, largas como cabelleras, las verdes encinas nudosas y sombrías, los gigantescos pinos, los negros cipreses, los mármoles blanqueando en medio de macizos de rosas, de murmuradores surtidores que se deslizaban bajo mantos de hiedra. Y no experimentó en ninguna parte alegría más tiernamente enternecida que en la villa del papa Julio, cuyo pórtico abierto en forma de hemiciclo sobre el jardín, trasunto de toda la vida de una época sensual y amable que relata con su pintada decoración, su enrejado de oro cargado de flores á través de las cuales deslízanse vuelos sonrientes de amorcillos. Por último, la noche que fué al palacio desde la villa Farnesio, dijo que llevaba todo el alma de la Roma muerta y no fueron las pinturas hechas con arreglo á los cartones dibujados por Rafael, sino la linda sala de la orilla del agua, con aquella decoración azul, lila y rosa claros, de un arte sin genio, pero sí muy encantador y romano; fué también lo que le emocionó más el jardín aban-

donado, que en otros tiempos bajaba hasta el Tíber y que los nuevos muros de contención oprimían entonces; ese jardín de una desolación lamentable, saqueado, giboso, invadido por las plantas silvestres al igual de un campo santo, pero en el que, sin embargo, maduraban aún los dorados frutos de naranjos y limoneros.

Después, por última vez, tuvo su corazón una sacudida la hermosa tarde del día en que visitó la villa Médicis. Allí estaba en tierra francesa. Y en aquel aun maravilloso jardín con sus bojes, sus pinos, sus paseos á la par magníficos y encantadores, ¡qué refugio de meditación antigua aquel bosque en que las obscuras verdes encinas con sus hojas de bronce reluciente, lanzaban como chispazos de rojo oro y de luz al reflejar la del sol poniente! Es preciso subir por una escalera interminable y desde allá arriba desde el templete que domina, se posee con una mirada á Roma entera y lo mismo que si alargando los brazos se pudiese estrechar toda entre ellos. En el salón comedor de la villa, que adornan los retratos de todos los artistas pensionados que por allí pasaron, lo mismo que en la biblioteca, en ésta sobre todo, gran sala en que reina una calma profunda, se disfruta de una vista maravillosa, la más amplia y conquistadora, una vista de ambición desmesurada cuyo infinito debía contribuir á que los jóvenes allí encerrados sintiesen en su corazón la voluntad de poseer el mundo entero. Pedro, que había ido allí siendo hostil al «premio de Roma», á esa educación tradicional y reglamentada tan peligrosa para la originalidad, quedóse durante un momento seducido por aquella paz tibia, aquella límpida soledad del jardín y aquel sublime horizonzonte en que parecía se oía el batir de las alas del genio. ¡Ah! ¡Qué delicia! ¡Tener veinte años y vivir tres en medio de aquella dulzura infinita, entre las más hermosas obras humanas, decirse que se es aun muy joven para producir y reconcentrarse, buscar y aprender á gozar, á amar y á sufrir! Pero á continuación meditó y se dijo que no era aquella tarea de juventud, y que para gozar del deleite divino de semejante retiro de arte y de cielo azul, se necesitaba en verdad la edad madura, victorias ya ganadas y el comienzo del cansancio de las obras ya hechas. Habló con los pensionados y observó que, si almas juveniles

de ensueño y meditación, así como la sencilla medianía se acomodaban á una vida enclaustrada en el arte del pasado, todo artista de batalla, todo temperamento personal consumíase de impaciencia, con los ojos vueltos hacia París, abrasado por el ansia de hallarse cuanto antes en pleno fuego de producción y de lucha.

Y todos esos jardines, de los que Pedro hablaba con admiración por las noches, despertaban en Benedetta y en Darío el recuerdo del jardín de la villa Montefiori, á la sazón destrozado, y antes tan lleno de umbrías, en el que estaban plantados los mejores naranjos de Roma, todo un bosque de naranjos centenarios en el que habían aprendido á amarse.

—¡Ah!—exclamó la *contessina*.—¡Cuánto me acuerdo de la época de las flores y de aquel olor tan bueno, talmente fuerte, talmente embriagador, que una vez quedéme tendida en la hierba sin poderme levantar. ¿Te acuerdas, Darío? Me cogiste en tus brazos y me llevaste á la fuente donde se estaba tan bien y hacía tanto fresco.

Benedetta estaba, como de costumbre, sentada en el borde de la cama y tenía entre sus manos las del convaleciente que, al oirla, se sonreía.

—Sí, sí, me acuerdo... Te besé en los ojos y al fin los abriste... En aquellos tiempos no te mostrabas tan cruel y me dejabas que te besase en ellos siempre que se me antojaba; pero éramos unos niños y si no lo hubiésemos sido habríamos sido marido y mujer en seguida, en aquel gran jardín, en que había olores tan fuertes y en el que corríamos con tanta libertad.

Aprobaba Benedetta haciendo movimientos afirmativos con la cabeza y convencida de que sólo la *Madonna* los había protegido.

—Es muy cierto, es verdad... y qué felicidad más grande ahora que vamos á poder ser el uno del otro sin que los ángeles tengan que llorar.

La conversación volvía siempre al mismo punto; al asunto de la anulación del casamiento que todos los días adquiría un aspecto más y más favorable, y Pedro asistía todas las noches á sus alegrías y no le oía hablar más que de su casamiento, de sus proyectos, de sus goces de enamorados sueltos en pleno paraíso. Dirigida en aquella oca-

sión por una mano todopoderosa, *donna* Serafina podría llevar las cosas con más vigor, porque apenas pasaba un día sin que volviese con alguna buena noticia. Tenía empeño en terminar aquel asunto para la continuación y por el honor del apellido, puesto que Darío no quería casarse más que con su prima y que por otra parte aquel casamiento lo explicaría y lo excusaría todo, poniendo término á una situación por demás intolerable. El abominable escándalo, las continuas habilillas que trastornaban á la sociedad blanca y á la sociedad negra, contribuían á ponerla fuera de sí, tanto más, cuanto que comprendía la necesidad de una victoria decisiva ante la eventualidad de un cónclave posible en el que deseaba que el nombre de su hermano brillase con un esplendor puro, soberano. Esa secreta ambición de toda su vida, esa esperanza de ver á su raza dar un tercer papa á la Iglesia, no la inflamó jamás con una pasión tan grande, como si entonces hubiese sentido la necesidad de consolarse en su frío celibato desde que su única alegría en este mundo, el abogado Morano, la abandonaba de aquella manera tan cruel.

Vestida siempre con un traje de color obscuro, mostrábase tan activa, era tan delgada é iba tan encorsetada, que de espaldas, se la habría podido tomar por una joven, siendo ella el alma negra del vetusto palacio. Y Pedro, que la encontraba en todas partes, rondando como ama de gobierno cuidadosa y velando celosamente por el cardenal, la saludaba en silencio, sobrecogiéndole cada vez frío en el corazón al verla con el rostro tan seco, cortado por largas arrugas en cuyo centro campeaba la voluntariosa nariz de la familia. Pero *donna* Serafina apenas le devolvía el saludo, siendo completamente extraña y desdeñosa para aquel humilde clérigo al que sólo toleraba en su intimidad para complacer á monseñor Nani y no desagradar al vizconde Filiberto de la Choue que había llevado tan grandes peregrinaciones á Roma.

Poco á poco, y al observar todas las tardes la esperanza, la ansiosa alegría y la impaciencia de amor de Darío y Benedetta, acabó Pedro por apasionarse con ellos, deseando una solución pronta. El asunto tenía que volver á presentarse ante la congregación del Concilio, cuya decisión primera en favor de la nulidad del matrimonio quedó sin

efecto por haber pedido el defensor del matrimonio, monseñor Palma, en uso de su derecho, una ampliación de la prueba. Aparte de eso, semejante decisión tomada por un voto de mayoría, no la habría aprobado seguramente el Santo Padre. Se trataba, en suma, de conquistar votos entre los diez cardenales de que se componía la congregación, convencerlos, para obtener la casi unanimidad. La tarea era por demás ardua, porque la parentela de Benedetta, ese tío suyo cardenal, que parecía debía facilitarlo todo, contribuía á entorpecerlo, agravando las cosas en medio de las complicadas intrigas del Vaticano, de rivalidades que trataban de anular al papa posible, apelando para conseguirlo, á eternizar el escándalo, y á la conquista de esos votos era á lo que se lanzaba *donna* Serafina todas las tardes, dirigida por su confesor, el padre Lorenzo, al que iba á visitar á diario al Colegio Germánico, último refugio en Roma de los Jesuitas desde que habían dejado de ser los dueños de Jesús.

La esperanza del éxito se fundaba en que Prada, irritado, cansado con aquel pleito, había manifestado terminantemente que no se presentaría más. De tal manera le parecía odiosa y ridícula la acusación de impotencia que ni siquiera respondió á las repetidas citaciones, sobre todo desde que Lisbeth, su amante pública, á los ojos de todos estaba en cinta y llevaba en sus entrañas un hijo suyo. Callábase, pues, afectando no haber estado casado nunca por más que la herida de su deseo no saciado, de su orgullo de macho rechazado y despreciado, seguía en el fondo manando sangre, abriéndose continuamente con las historias sin fin que corrían de boca en boca y las dudas que acerca de su paternidad hacía circular la sociedad negra. Y puesto que la parte contraria desistía, desaparecía por su propio albedrío, se comprendía la esperanza de Benedetta y de Darío cuando todas las tardes, al volver *donna* Serafina, les anunciaba que creía haber ganado el voto de un cardenal.

El hombre terrible, el hombre que á todos asustaba, era monseñor Palma, el abogado de oficio elegido por la congregación para defender el sagrado lazo del matrimonio. Tenía derechos casi ilimitados, podía apelarse aun otra vez, y en todo caso hacer que el pleito durase cuanto se le

antojase. Su primer escrito, en respuesta al de Morano, había sido terrible, poniendo en duda el estado de virginidad; citando científicamente casos en que mujeres que habían sido poseídas, presentaban las mismas particularidades de aspecto citadas por las comadronas; solicitaba además en su escrito que se procediese á un examen médico detenido por dos peritos que atestiguasen bajo la fe del juramento, y por último, declaraba que siendo la condición primera la obediencia de la esposa, la demandante aun cuando fuese virgen, no tenía fundamento para reclamar la anulación de su casamiento que no se había podido consumar por su resistencia. Y se anunciaba que en el nuevo escrito que preparaba se mostraría aún más implacable, de tal manera era absoluta su convicción. Ante tan hermosa energía de la verdad y de la lógica, iba á ser lo peor, el que los cardenales, ni aun los más benévolos, no se atreverían jamás á pedir la anulación del matrimonio al papa. Por esto el desaliento empezaba á apoderarse otra vez de Benedetta cuando *donna* Serafina al regresar de una visita hecha á monseñor Nani la tranquilizó un poco, diciéndole que su amigo común se había encargado de visitar á monseñor Palma; pero que esto sin duda costaría muy caro. Monseñor Palma, teólogo muy avezado á toda clase de cuestiones canónicas y hombre de intachable honradez, había tenido una gran pena en su vida: la de tener una sobrina pobre y de admirable belleza de la que se enamoró locamente en su edad madura y para evitar el escándalo tuvo que casarla con un ganapán que la pegaba y saqueaba. Las apariencias seguían siendo dignas, mas el prelado pasaba á la sazón por una crisis tremenda, cansado de dar cuanto tenía, y no quedándole ni el dinero necesario para sacar á su sobrino de un mal paso, de una trampa hecha en el juego. Y el hallazgo fué salvar al sobrino pagando la deuda y obtenerle en seguida una colocación, sin pedir nada á su tío, que una noche, á hora muy avanzada, como si se convirtiese en cómplice, fué llorando á dar las gracias á *donna* Serafina por su bondad.

Aquella noche hallábase Pedro haciendo compañía á Darío, cuando entró Benedetta riendo y palmoteando alegremente.

—¡Está hecho! ¡Está hecho! Ahora sale del cuarto d

mi tía á la que juró eterno reconocimiento. Hele ahí ahora obligado á ser amable.

Menos confiado, preguntó Darío:

—Pero, ¿le han hecho firmar alguna cosa? ¿Se ha comprometido formalmente?

—¡Oh! ¿Y cómo quieres que se hiciera eso? ¡Es tan delicado! Se asegura que es un hombre honradísimo.

Benedetta empezó, sin embargo, á experimentar nueva inquietud. ¿Y si monseñor Palma, á pesar de la importancia del gran servicio recibido, siguiese siendo incorruptible? Esa idea les preocupó desde entonces y su espera empezaba de nuevo.

—Lo que no te he dicho aún—añadió Benedetta pasado un momento en silencio—que me decidí al cabo al dichoso reconocimiento. Sí; esta mañana fuí á casa de dos médicos con mi tía.

Sonreíase Benedetta y no parecía cortada en lo más mínimo.

—¿Entonces?...—preguntó Darío con la misma tranquilidad.

—Entonces, ¿qué quieres? Pues han visto que yo no mentía y han redactado cada uno una especie de certificado en latín... Esto parece que es indispensable para que monseñor Palma cambie de opinión.

—¡Ah! ¡Ese latín, señor abate! Habría deseado saberlo y me acordé de vos para que tuviéseis la amabilidad de traducírmelo; pero mi tío no quiso dejar los documentos é inmediatamente se han unido á los autos.

Limitóse el presbítero muy apurado á contestar con un signo afirmativo hecho con la cabeza, porque no ignoraba lo que eran esa clase de certificados; una descripción clara y completa, en términos precisos, con todos sus detalles de estado, de color y de forma. Los amantes no perdían allí para nada el pudor, pues sin duda les parecía muy natural ese examen, puesto que de él dependía toda la felicidad de su vida.

—Y por último—dijo Benedetta—confiemos en que monseñor Palma será agradecido y mientras tanto, Darío mío, cúrate pronto para cuando llegue el hermoso día, tan deseado, de nuestra dicha.

Había cometido la imprudencia de levantarse demasiado pronto y su herida se había vuelto á abrir, lo que le iba á obligar á guardar cama durante unos cuantos días más. Y Pedro volvió al atardecer, á hacerle compañía y á distraerle contándole sus paseos. Enardecíase entonces, recorría los baños de Roma y descubría con embeleso las clásicas curiosidades catalogadas en todas las *Guías*. Así fué como en una velada le habló con una especie de ternura de las principales plazas de la ciudad, que al principio se le figuraron de poca monta y que á la sazón parecíanle más diversas teniendo cada una profunda originalidad: la plaza del Pópolo, tan soleada, tan noble con su monumental simetría; la plaza de España, el punto de reunión tan animado de todos los extranjeros, con su doble escalera de ciento treinta y dos escalones, dorada por los estíos y de una amplitud y de una gracia gigantescas; la plaza Colonna, vasta, siempre hormigueante de pueblo, la más italiana, con su multitud indiferente llena de pereza y de insustancial esperanza, en pie ó charlando alrededor de la columna de Marco Aurelio y esperando á que la fortuna les caiga del cielo; la plaza Navona, larga, regular, desierta desde que el mercado dejó de celebrarse allí y guardando el melancólico recuerdo de su animada vida de antaño; la plaza del Campo de Fiori, invadida todas las mañanas por el tumulto del mercado de frutas y por el de legumbres y verduras por toda una plantación de grandes paraguas, colosales montañas de tomates, pimientos, uvas y géneros de todas clases en medio de una ola chilladora de vendedoras y compradoras. La sorpresa grande la experimentó en la plaza del Capitolio, que evocaba en él la idea de una cima, de un alto, de un lugar descubierto desde el que se dominase la ciudad y el mundo y se encontró con un espacio cuadrado, pequeño, encerrado entre tres palacios, abierta sólo por un lado sobre un horizonte muy limitado y cortado por algunos tejados. Nadie pasaba por allá y hay que subir por una rápida rampa que bordean algunas palmeras y que únicamente los forasteros hacen un rodeo para llegar en coche hasta arriba. Los vehículos esperan y los ansiosos viajeros páranse un momento con la nariz al aire ante el admirable bronce antiguo, el Marco Aurelio á caballo que está colocado en el centro. A eso de

las cuatro, cuando el sol dora el palacio de la izquierda y se destacan sobre el cielo azul las finas estatuas de la cornisa, diríase se halla uno en una plaza de provincias, con sus mujeres de la vecindad que hacen media, sentadas bajo el pórtico y sus bandadas de chiquillos mal trajeados sueltos allí como escuela á la hora de recreo.

Y otra velada manifestó Pedro á Darío y Benedetta cuán grande era la admiración que le producían las fuentes de Roma, la ciudad del mundo en que las aguas corren con más abundancia y magnificencia entre el mármol y el bronce; desde la Navecilla de la plaza de España, el Tritón del la plaza de Barberini; las Tortugas de la estrecha plaza á que dan su nombre, hasta las tres fuentes de la plaza Navona, en cuyo centro triunfa la vasta composición de Bernín, y sobre todo la colosal fuente de Trevi, de gusto fastuoso y que domina el dios Neptuno entre las estatuas de la Salud y de la Fecundidad. Otra noche regresó muy gozoso manifestándoles que al cabo había conseguido explicarse el efecto singular que le producían las calles de la antigua Roma, alrededor del Capitolio y á lo largo del Tíber, en donde en todas partes las casuchas se agrupaban en los costados de los palacios de los príncipes y era el que aquellas calles no tenían aceras y los peatones iban por el centro, sin apresurarse, cruzando por entre los coches, sin ocurrírseles jamás la idea de escurrirse por las dos orillas y por el lado de las casas. Barrios antiguos de que estaba enamorado, calles que sin cesar se desarrollaban con continuas vueltas, estrechas é irregulares plazas, palacios enormes y cuadrados y como desaparecidos entre la multitud empujante de casuchas que por todas partes inundaba.

El barrio del Esquilino le sorprendió también al encontrar por todas partes escaleras que suben, empedradas con guijarros grises y orlado cada escalón con bordillo de piedra blanca, con sus bruscas pendientes que dan vuelta, sus terrazas que se extienden, sus conventos y seminarios de cerradas ventanas lo mismo que habitaciones muertas, y una elevada y desnuda tapia, encima de la cual asoma una soberbia palmera en el azul sin mancha del cielo. Y otra noche contó que, habiendo llevado más lejos su paseo, hasta la Campiña, á lo largo del Tíber, aguas arriba

del puente Molle, volvía entusiasmado por haber tenido la revelación de un arte clásico de que hasta entonces, apenas había disfrutado. A lo largo de las orillas de un río amarillento, acababa de ver varios polluelos que seguían á sus cluecas: río lento, las orillas bordeadas de matorrales, bajos acantilados, recortados, cuya blancura yesosa se destacaba sobre los rojos fondos de la inmensa ondulante llanura que sólo limitaban las azuladas colinas del horizonte, algunos árboles cortados y medio secos y la ruina de un pórtico abierto sobre el vacío en lo alto de la orilla y una fila oblícua de pálidos carneros que iban al abrevadero, mientras que el pastor, apoyado de espaldas en una verde encina, contemplaba la escena. Belleza especial, amplia y rojiza, hecha con una nada, simplificando hasta la línea recta y plana, y el todo ennoblecido por los grandes recuerdos históricos; las legiones romanas atravesando la desnuda Campiña por las vías enlosadas; después el prolongado sueño de la Edad Media y luego después el despertar de la antigua naturaleza en la fe católica, la que, por segunda vez, hizo de Roma la señora del mundo.

Un día que Pedro había ido á visitar el Campo Verano, el gran cementerio de Roma, encontró al regresar al atardecer, á Celia en compañía de Benedetta á la cabecera del lecho de Darío.

—¡Cómo! ¿Os divierte, señor abate, el ir á visitar los muertos?—exclamó la princesita.

—¡Ah! ¡Estos franceses!—dijo Darío al que la sola idea de un cementerio desagradaba.—¡Echan á perder tontamente la vida con su afición á los espectáculos tristes.

—Pero—observó Pedro con mucha dulzura—no hay nada que escape á la realidad de la muerte; lo mejor es por lo tanto contemplarle cara á cara.

De pronto se incomodó Darío.

—¡La realidad! ¡La realidad! ¿Y á qué conduce? Cuando la realidad no es hermosa yo no la quiero mirar y hago esfuerzos para no pensar nunca en ella.

Con su aire tranquilo y sonriente el presbítero continuó á pesar de todo, diciendo cuánto le había sorprendido el buen orden del cementerio, el aire de fiesta que el sol de otoño le comunicaba y un lujo muy grande de mármol en todo, estatuas de mármol puestas sobre los sepulcros,

capillas de mármol, monumentos de mármol. Seguramente obraba allí el atavismo antiguo; los suntuosos sepulcros de la vía Appia surgían allí con su pompa y orgullo desmesurado en la muerte. En la altura en donde, sobre todo la nobleza romana tenía su barrio aristocrático, un montón de verdaderos templos, de estatuas colosales, de escenas con numerosos personajes, á veces de un gusto deplorable, pero que habían costado muchísimos millones. Y lo que llamaba la atención entre los tojos y los cipreses, era la conservación admirable, la intacta blancura de los mármoles, que doraban los ardientes estíos, sin una mancha de musgo, sin esas placas mohosas con que la lluvia marca las estatuas en los países del Norte y que las hacen tan tristes.

Benedetta, que hasta entonces permaneciera silenciosa, conmovióse con el malestar de Darío y al cabo interrumpió á Pedro, diciendo á Celia:

—¿Y la cacería fué muy interesante?

En el momento en que llegó el presbítero, estaba Celia, la princesita, hablando de una cacería de zorras á la que su madre la había llevado.

—¡Oh! ¡Qué cosa más interesante, querida, no hay nada que lo sea tanto!

La cita era por la tarde, allá cerca la tumba de Cecilia Metella, en donde habían establecido el *buffet* bajo una tienda de campaña. Había allí mucha gente; la colonia extranjera, los jóvenes agregados de las embajadas, oficiales, esto sin contarnos nosotros como es natural, todos los caballeros con levita encarnada, muchas señoras con amazona... La señal de partir se dió á la una y el galope duró más de dos horas y media, tanto porque la zorra fué á rendirse muy lejos, pero muy lejos... No pude seguir la caza, pero á pesar de eso lo presencié todo ¡oh! hubo cosas extraordinarias, pues han tenido que saltar todos por cima un muro muy elevado, franquear fosos, zanjas, setos, en fin, una carrera desenfrenada detrás de los perros... Han ocurrido dos accidentes... poca cosa, un señor que se dislocó una muñeca y otro que se rompió una pierna.

Escuchó Darío con pasión aquel relato, porque las cacerías de zorras constituyen el gran placer de Roma; la alegría de la galopada á través de esa campiña romana tan

llana, y sin embargo, tan erizada de obstáculos; la alegría de vencer las estratagemas de la zorra á la que persiguen los perros, sus continuas vueltas, su brusca desaparición algunas veces y su rendición al fin cuando cae molida de cansancio. El goce de la caza sin escopeta, la caza por el único placer de correr tras la cola de aquella alimaña, superarla en velocidad y rendirla al cabo.

—¡Ah!—exclamó con desesperación.—¡Qué estúpido es tener que estar encerrado en esta habitación! Aquí acabaré por morirme de aburrimiento.

Benedetta se limitó á sonreir, pero sin tristeza y sin lamentarse por aquel grito de egoismo ingenuo, ¡ella que se consideraba tan dichosa al tenerle allí, en aquella habitación en donde no recibía más cuidados que los suyos! Pero su amor, tan juvenil y á la vez tan prudente, tenía un no sé qué de maternal que la hacía comprender que Darío no se divertía al verse privado de sus distracciones favoritas, separado de sus amigos, á los que habían mantenido apartados por temor de que la historia del hombre desoyuntado les pareciese sospechosa. Ya no había fiestas, veladas pasadas en el teatro, ni visitas á las damas. Y sobre todo, lo que echaba más de menos era el Corso, siendo aquella falta para él un sufrimiento, una desesperación, al no poder ver ni saber, al contemplar de cuatro á cinco de la tarde cómo desfilaba Roma entera por allí. Por esto, cuando se presentaba un íntimo, todo eran preguntas interminables, si habían visto á uno, si aquel otro volvió á presentarse y cómo concluyeron los amores de un tercero, y si alguna nueva aventura trastornaba la ciudad, historia al menudeo, grandes hablillas de un día, intrigas pueriles de una hora en las que hasta entonces habíanse consumido todas sus energías viriles de hombre.

Celia, á la que agradaba darle cuenta de inocentes hablillas, después de una silenciosa pausa, añadió fijando en él sus ojos cándidos, sus ojos sin fondo de virgen enigmática:

—¡Cuánto trabajo cuesta el componerse un hombre!

¿Había adivinado la verdad aquella niña, cuya única preocupación era el amor? Cortado Darío, miró á Benedetta que continuaba sonriendo con aire plácido; pero ya la princesita había cambiado de tema.

—¡Ah! ¡Si supiéseis, Darío, ayer en el Corso he visto una dama!...

Y se calló sorprendida ella misma y apurada por aquella noticia que se la había escapado; pero después, con mucho ánimo, continuó, como amiga de la infancia que está enterada de todos los secretillos amorosos:

—Sí, á una linda personita á la que conocéis mucho y por cierto que, á pesar de todo, llevaba un ramo de rosas blancas.

Esta vez se rió Benedetta alegremente, mientras que Darío la miraba riéndose también. Los primeros días habíale dado broma porque una cierta dama no enviaba á preguntar por él. Aquella ruptura, hasta cierto punto natural, no enojaba á Darío, porque las relaciones empezaban á hacerse embarazosas, y por más que su fatuidad de buen mozo estuviese un tanto resentida, púsose contento al enterarse de que la Tonietta le había ya reemplazado.

—¡Ah!—se limitó á decir.—¡Los ausentes llevan siempre la peor parte!

—El hombre al que se ama, jamás está ausente—declaró Celia con su aire grave y puro.

Benedetta se puso en pie para arreglar las almohadas en que apoyaba la espalda el convaleciente.

—Vamos, Darío—le dijo—todas esas miserias han concluído; te guardaré á mi lado y no amarás á nadie más que á mí.

Contemplóla él con pasión, besándola en los cabellos porque Benedetta le decía la verdad, pues nunca había amado á nadie más que á ella. Tampoco se equivocaba Benedetta al pensar guardarle para siempre para ella sola en cuanto pudiese darse á él. Desde que le velaba en el fondo de aquella habitación, considerábase dichosa al encontrarle tan niño y tal cual le amara en otros tiempos bajo los naranjos de la villa Montefiori. Conservaba Darío una puerilidad extraña, debida sin duda al empobrecimiento de la raza, esa especie de retorno á la infancia que se observa en los pueblos demasiado viejos, y jugaban en su cama con estampas, ó pasaba horas enteras contemplando fotografías que le hacían reir. Habíase acrecentado mucho su incapacidad para sufrir y quería que Benedetta

estuviese alegre y cantase, divirtiéndola á ésta la gentileza de su egoismo que le hacía soñar, que iba á llevar á su lado una vida de continuas alegrías. ¡Ah! ¡Qué bueno iba á ser vivir siempre juntos al sol, sin hacer nada, ni preocuparse por ninguna cosa, y aunque el mundo se hundiese en algún lado, no tomarse el trabajo ni la molestia de irlo á ver!

—Pero lo que me agrada más que todo—dijo bruscamente Darío—es que veo que al fin el señor abate se enamoró de Roma.

Pedro, que hasta entonces había escuchado en silencio, asintió con muy buena voluntad.

—Sí, es cierto.

—Estuvimos acertados al deciros que se necesitaba tiempo, pero mucho tiempo, para comprender y amar á Roma—observó Benedetta.—Si no hubiéseis estado aquí mas que quince días, os habríais llevado una idea muy deplorable de nosotros, mientras que ahora, y después de pasados dos meses largos, estamos más tranquilos porque sabemos que siempre os acordaréis de nosotros con ternura.

Estaba deliciosamente encantadora al hablar así y Pedro se inclinó por segunda vez. Había reflexionado ya en el fenómeno y creía tener la solución. Cuando se llega á Roma, se lleva una Roma suya, una Roma soñada, de tal manera ennoblecida por la imaginación, que la Roma real es el peor de los desencantos. Es preciso esperar á que se forme la costumbre, el hábito, que la realidad mediocre se atenue para dar tiempo á la imaginación para que pueda trabajar de nuevo y para no ver las cosas tal cual son, mas que á través del prodigioso esplendor del pasado.

Celia se puso en pie para despedirse.

—Hasta la vista, querida, ¿conque muy pronto será ese casamiento? ¿No es verdad, Darío? Ya sabéis que quiero desposarme antes de fin de mes; ¡sí! ¡sí! Será un gran día y una gran fiesta que obligaré á mi padre que dé... ¡Ah! ¡Qué bueno sería que las dos bodas pudiesen celebrarse al mismo tiempo!

Fué á los dos días de ocurrir esto cuando Pedro, después de dar un largo paseo por el Transtibere, paseo al que siguió una visita al palacio Farnesio, comprendió que se iba

formando en su mente la terrible y melancólica verdad sobre Roma. Muchas veces había recorrido el Transtibere, cuya mísera población le atraía dada su conmovedora pasión por los míseros pobres y los que sufren. ¡Ah! ¡Qué cloaca de ignorancia y de miseria! Había tenido ocasión de ver en París rincones abominables de algunos barrios, ciudades espantosas en que la humanidad se pudría en montón; pero nada se acercaba á aquel estancamiento del abandono y la suciedad. Aun en los días más hermosos, días de ese espléndido país del sol, una sombra húmeda helaba las callejuelas tortuosas, ahogadas y semejantes á corredores de cueva. Y no había nada comparable á aquellos olores horribles; una náusea que oprimía la garganta al pasar, un hedor formado por los olores de legumbres agrios, aceite rancio del ganado humano encerrado allí entre sus propios excrementos. Era aquello un conjunto de casuchas irregulares, arrojadas en ese confuso desorden que tanto agrada á los artistas románticos, con puertas negras y abiertas, que se hundían en la tierra, escaleras exteriores que subían hasta los pisos más altos, balcones de madera que se sostenían en equilibrio, como por milagro sobre el vacío.

Había allí fachadas medio caídas que fué preciso sostener con vigas, y sórdidas habitaciones cuya desnudez veíase desde la calle á través de ventanas sin maderas ni cristales; tiendas de comercio más ínfimo, toda la cocina al aire libre de un pueblo que reina la pereza y en el que no se enciende lumbre; las freidurías con sus platos de *polenta* (1) y sus pescados nadando en un aceite mal oliente; los vendedores de legumbres cocidas, exponiendo enormes nabos, apios, coles, espinacas frías y viscosas. La carne que vendían en las carnicerías estaba mal cortada, negra; y se veían cuellos de reses con sangrientos pingajos, como arrancados. Las fruteras no tenían más que pimientos y piñas de pino, con sus puertas adornadas con rastras de tomates secos y sujetos con un hilo. Las únicas tiendas de aspecto algo agradable eran las de salchicheros con sus salazones y sus embutidos, cuyo olor fuerte ate-

(1) Especie de gachas, confeccionadas con harina de maíz, agua y sal, alimento muy usual en Lombardía, especialmente entre los campesinos.

30814
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

nuaba algo el infecto del arroyo. Las administraciones de loterías, con sus gigantescos números, alternaban con las tabernas; de éstas había una á cada treinta pasos y en ellas se anunciaban con grandes rótulos los vinos de los Castillos Romanos, Genzano, Marino y Frascati. Por todo el barrio agitábase una multitud hormigueante, llena de andrajos y cubierta de negra suciedad, bandadas de chiquillos medio desnudos y á los que se comían vivos los piojos, mujeres desgreñadas en mangas de camisa, con faldas sucias, llenas de grasa y que no hacían más que chillar y gesticular; viejos, sentados en bancos é inmóviles bajo el vuelo de los enjambres de moscas que los cubrían, toda una vida, en fin, ociosa y agitada, en medio del continuo ir y venir de carretoncillos arrastrados por asnos, de manadas de pavos guiadas á latigazos por algunos hombres y varios curiosos viajeros que lo examinaban todo con inquietud y sobre los que se arrojaban en seguida bandadas de mendigos. Algunos tachueleros instalábanse tranquilamente con sus viejos zapatos en la calle y allí trabajaban; en la puerta de un sastre veíase un cubo viejo lleno de tierra, convertido en maceta en la que crecía una planta grasa. Y en todas las ventanas, en todos los balcones, en cuerdas tendidas de un lado á otro, de casa á casa, á través de la calle, estaba puesta á secar la ropa, un adorno de andrajos sin fin y sin número que eran como otras tantas simbólicas banderas de aquella miseria abominable.

En su alma llena de fraternidad sintió Pedro que se elevaba un impulso de inmensa compasión. ¡Ah! ¡Sí! Había sido preciso derruir aquellos barrios de sufrimiento y de peste, en los que el pueblo se había corrompido durante tanto tiempo como en una cárcel envenenada y era partidario del saneamiento, de la demolición, aunque para ello hubiese que matar á la antigua Roma con gran escándalo de los artistas. El Transtibere estaba ya muy cambiado; nuevas vías lo despanzurraban, con agujeros, por los que después del pico demoledor había penetrado el aire y el sol que iluminaba aquel suelo infecto. Lo que quedaba parecía más negro, más inmundo, en medio de aquellos restos de derribos, de aquellas brechas recientes, de vastos solares en los que no habían podido reconstruir nada aun.

Esa ciudad en evolución le interesaba muchísimo; más adelante quizá concluirían de edificarlas, pero mientras tanto, qué hora más apasionada esa que en la ciudad antigua agonizaba en la nueva y á través de tantas dificultades. Era necesario haber conocido á Roma de las inmundicias, ahogada bajo los excrementos, las aguas de las alcantarillas y los restos de las verduras y las basuras.

El Ghetto, derribado recientemente, había, desde hacía tantos siglos impregnado de tal manera el suelo con la humana podredumbre, que de su emplazamiento, al quedar al descubierto, lleno de baches y de escombros, seguía exhalándose infame pestilencia. Hacían muy bien al dejarlo de aquella manera, para que se secase y se purificase con el aire y con el sol. En todos esos barrios de las orillas del Tíber, en los que se han emprendido trabajos de edilidad de mucha consideración, se encuentra á cada paso el mismo espectáculo. Se sigue una calle estrecha, mal oliente, de una humedad glacial, pasando por entre sombrías fachadas con tejados que casi se tocan y de pronto se va á parar á un claro, pero á un claro abierto á hachazos entre el bosque de vetustas casas leprosas. Encuéntranse en esos claros, plazoletas, anchas aceras, elevados edificios blancos, cargados de esculturas; pero todo el conjunto en estado de boceto, sin concluir aún, lleno de andamiajes y cerrado por toscas vallas. Por todas partes los comienzos de grandes vías proyectadas, un colosal taller de cantería que la crisis económica paró de repente y del que parece amenaza detener eternamente el trabajo; la ciudad de mañana detenida en su crecimiento, habiéndose quedado en tan angustiosa situación con sus comienzos desmesurados, demasiado precoces y que desentonan. Mas no por eso la obra dejaba de ser buena y sana, de una necesidad social indiscutible para una ciudad moderna, á no ser que dejase á Roma que se pudriese en el mismo sitio, lo mismo que si fuese una curiosidad de pasados siglos, una pieza que en un museo se guarda entre cristales.

Aquel día Pedro, al dirigirse desde el Transtibere al palacio Farnesio, en donde le estaban esperando, fuese por la calle de los Pettinari, después por la de los Giubbonari, la primera tan sombría, estrechada entre el gran muro negro del hospital y las casas miserables de enfrente; la segunda

viviente con la continua oleada popular, alegrada por los escaparates de los joyeros con las alhajas y gruesas cadenas de oro y por los vendedores de telas en los que flotan grandes trozos de aquellas con sus vistosos colores azules, amarillos, verdes y rojos. El barrio obrero que acababa de recorrer, ese barrio obrero y ese otro barrio del comercio á la menuda, que atravesaba á la sazón, evocaron en su memoria el recuerdo de la espantosa miseria que había visto anteriormente, la masa lamentable de trabajadores decaídos, reducidos, por la huelga forzosa, á la mendicidad y campando por sus respetos en las soberbias y abandonadas construcciones de los Prados del Castillo. ¡Ah! ¡Pobre triste pueblo, al que habían impedido salir de la infancia, manteniéndole en una ignorancia y en una credulidad de salvaje, por siglos enteros de teocracia, y tan acostumbrado á la noche de su indigencia, á los sufrimientos de su cuerpo, que permanece aún hoy fuera del despertar social, considerándose sencillamente feliz con tal de que le dejen gozar en paz de su orgullo, de su pereza y de su sol! Parecía ciego y sordo en su decadencia, continuaba la vida estancada de antaño, en medio de los trastornos de la Roma moderna, sin darse cuenta de ello más que por las molestias que le ocasionaban al ver que derriban los antiguos barrios en que vegetaba, las costumbres cambiadas; los víveres más caros, lamentándose de todo, como si la limpieza, la claridad y la salud le estorbasen, cuando era preciso pagarlas con todas las consecuencias de una crisis obrera y económica. Que quisiese ó no, era, sin embargo, en su obsequio, por lo que en el fondo se hacían todas aquellas obras limpiando á Roma y la reconstruían con la idea de convertirla en una gran capital moderna; porque la democracia se halla al extremo de todas las transformaciones actuales; es el pueblo el que heredará mañana esas ciudades de las que se expulsa hoy la suciedad y la enfermedad, y en las que acabará por organizarse la ley del trabajo que ha de matar la miseria. Y he ahí por qué se habla mal de las ruinas, á las que se limpió y quitó el polvo, y á las que hoy se cuida con burgués esmero, del Coliseo libre de las hiedras y hierbajos, de sus arbustos y flores selváticas, que las jóvenes inglesas conservaban en sus herbarios, si se enojan ante los elevados muros que encauzan el Tíber, echando de menos las antiguas orillas tan románticas, con sus umbrías y antiguos restos de edificios lamidos por el agua, es preciso decirse que la vida nace de la muerte y que mañana debe tornar á florecer sobre el polvo del pasado.

Pensando en todas estas cosas llegó Pedro á la plaza Farnesio, desierta y severa, con sus casas cerradas y sus dos fuentes, de las que la una, en pleno sol, desgranaba hilos de perlas en medio de un silencio profundo. Durante un momento contempló la fachada desnuda y monumental del pesado y cuadrado palacio, su elevada puerta sobre la que flotaba al aire el pabellón tricolor, las trece ventanas de su fachada y friso famoso de un arte tan maravilloso. Después de esto entró. Un amigo de Narciso Habert, uno de los agregados á la embajada cerca del rey de Italia, le esperaba allí, pues le había prometido acompañarle á visitar el inmenso palacio, el más hermoso de Roma y que Francia alquiló para alojar en él á su embajador. ¡Ah! ¡Colosal mansión, suntuosa y mortal, con su vasto patio porticado y lleno de sombría humedad, su gigantesca escalera con peldaños bajitos, sus corredores interminables y sus galerías y salas desmesuradas! Era todo aquello de una pompa soberana en la muerte; de sus paredes desprendíase un frío glacial, penetrante hasta los huesos de las hormigas humanas que se aventuraban bajo sus bóvedas. El agregado, con discreta sonrisa, indicó que la embajada se aburría allí muchísimo, cociéndose en verano y helándose durante el invierno. Lo único que allí había, que fuese riente y animado era la parte ocupada por el embajador, el primer piso que tenía vistas al Tíber. Allí, desde la célebre galería de los Carrache, se ve el Janículo, los jardines Corsini, Aqua Paola, por cima de San Pietro in Montorio. Después, pasado un vasto salón, encuéntrase el despacho, de una dulce tranquilidad é iluminado por el sol. El comedor, los cuartos, las demás salas que le siguen, ocupadas por el personal, no tienen más que la sombra triste de una calle lateral. Todas esas vastas habitaciones, de seis á ocho metros de elevación, tienen techos pintados ó admirablemente esculpidos, paredes desnudas, algunas adornadas con frisos, con mobiliarios descabalados, viéndose soberbias consolas antiguas, mezcladas con

una prendería moderna. Y esa tristeza de las cosas llega á la abominación, cuando se penetra en las habitaciones de gala, en las grandes salas de honor que ocupan la fachada que da á la plaza; allí no hay un mueble ni una tapicería, nada más que un desastre, magníficas salas desiertas, entregadas á las arañas y á las ratas.

La embajada no ocupa más que una, en la que amontona los polvorientos legajos del archivo, en mesas de pino blanco, en el suelo y en todos los rincones. Al lado se halla la gran sala de dieciocho metros de altura, que coje dos pisos, que su propietario, el antiguo rey de Nápoles, se había reservado y que ahora sirve como de lugar de desahogo para colocar todo lo que estorba; hay allí bocetos, estatuas á medio hacer, un hermoso sarcófago en medio de un amontonamiento de restos de todas clases. Y esto no era más que una parte del palacio, pues su piso bajo está completamente deshabitado. Nuestra escuela de Roma ocupa un rincón del segundo piso, mientras que nuestra embajada se estrecha friolerамente en el rincón más habitable del primero, viéndose obligada á abandonar el resto, cerrando las puertas con doble llave para cortar el inútil trabajo de tenerla que mandar barrer. Es por cierto regio el conjunto del palacio Farnesio; construído por el papa Paulo III, ocupado durante más de un siglo por cardenales; pero ¡qué incomodidad más cruel, qué horrorosa melancolía en aquella ruina inmensa, cuyas tres cuartas partes de habitaciones están sin habitar, como muertas, inútiles, imposibles y retiradas de la vida! Y por la noche ¡oh! ¡Por la noche, portal, patio, escalera, corredores, todo invadido por una obscuridad invasora, por espesas tinieblas, con las que en vano luchan algunos humeantes mecheros de gas! ¡Qué viaje más interminable á través de ese lúgubre desierto de piedra para llegar hasta el salón templado y amable del embajador!

Salió Pedro de allí sobrecogido y zumbándole el cerebro. Y los demás palacios, todos aquellos que había visitado durante su permanencia en Roma y en sus largos paseos, evocáronse en su memoria, decaídos todos de su esplendor antiguo, vacíos de los regios trenes que antaño los animaran y destinados á no ser en adelante más que casas de las que se alquilaban pisos. ¿Qué hacer con aque-

llas salas grandiosas, con aquellas galerías, hoy que no hay fortunas capaces para sostener la vida fastuosa para que se construyeron, ni aun para pagar y alimentar el personal numeroso que se necesitaría para su conservación? Son muy raros los príncipes que, como el príncipe Aldobrandini, con su numerosa prole, ocupan solos un palacio. La gran mayoría de ellos alquilan las antiguas mansiones de sus abuelos á sociedades, á particulares, reservándose un piso y á veces hasta alguna sencilla habitación en el sitio más apartado y obscuro. El palacio Chigi está alquilado, los bajos á varios banqueros; el piso primero, al embajador de Austria, mientras que el príncipe y su familia se reparten el segundo con un cardenal. Alquilado está el palacio Schiarra; el piso primero, al ministro de negocios extranjeros, el segundo á un senador, y el príncipe y su madre no se han reservado más que el cuarto bajo. El palacio Barberini también está alquilado, ocupando varias familias los bajos, primero y segundo piso, y el príncipe y los suyos se han instalado en el último, en lo que fueron antiguamente habitaciones de los criados. Lo mismo sucede en el palacio Borghése, cuyos bajos ocupa un corredor de antigüedades; en el primero funciona una logia masónica, y en los demás viven distintas familias, mientras que el príncipe, sólo se reservó algunas habitaciones en un piso modesto, burgués. Alquilado está el palacio Odelscachi como lo están igualmente el palacio Colonna y el palacio Doria, en tanto que sus propietarios llevan la vida tranquila y reducida de buenos propietarios que procuran sacar todo el partido posible de sus fincas para hacer frente á sus gastos.

Y era esto porque un viento de ruina soplaba sobre el patriciado romano del que las fortunas más cuantiosas habían zozobrado en la crisis financiera, quedando muy pocos ricos y ¡con qué riqueza! con una riqueza inmóvil y muerta que ni el negocio ni la industria podrían renovar. Los numerosos príncipes que se habían atrevido á emprender negocios habíanse arruinado por completo; los otros estaban aterrados y abrumados por enormes impuestos que se les llevaban cerca de una tercera parte de sus rentas y no les quedaba más recurso que el de ver cómo se agotaban en su inmovilidad los últimos millones estan-

cados que les quedaban para fraccionarse por las particiones, para morir, como muere el dinero como todas las cosas, cuando no arraiga en una tierra viviente. En todo esto no había más que cuestión de tiempo porque la ruina final era irremediable, de una absoluta fatalidad histórica. Y los que se resignaban á alquilar, luchaban nún por la vida, procuraban acomodarse á la época presente, haciendo esfuerzos para poblar al menos el desierto de sus palacios demasiado grandes, mientras que la muerte habitaba ya en los de los otros, en los de los tercos y soberbios que se encerraban en la tumba de su casa como le sucedía á aquel terrible palacio Boccanera en el que sólo se oía de vez en cuando el ruido producido por la vieja carroza del cardenal, cuando salía ó entraba, al rodar sordamente sobre la hierba del lóbrego patio.

Pero á Pedro habíanle llamado sobre todo la atención esas dos últimas visitas, al Transtibere y al palacio Farnesio, y se completaban una á otra, ayudando á su compresión, pudiéndose deducir de ellas una conclusión que nunca se había presentado con claridad tan aterradora; no había aún pueblo, y muy pronto iba á dejar de haber aristocracia.

Esta idea, desde entonces fué su obsesión como si se tratase del fin de un mundo, de una sociedad. El pueblo, al que había visto tan miserable, de una ignorancia y una resignación tales en su larga infancia en la que le obligaban á permanecer su historia y el clima que le rodeaba, necesitaría muchos años de instrucción y de educación para que pudiese constituir una democracia fuerte, sana y laboriosa que tuviese tanta conciencia de sus derechos como de sus deberes. La aristocracia moríase en el fondo de esos palacios que se veían abajo y no era más que una raza concluída, bastardeada, tan mezclada con la sangre americana, austriaca, polaca y española, que la pura sangre romana era una excepción; esto sin contar con que había dejado de ser de espada y de religión, porque repugnaba servir á la Italia constitucional y desertaba del Sacro Colegio en donde los advenedizos eran los únicos que revestían la púrpura. Aparte de esto, entre los grandes de arriba y los pequeños de abajo, no existía aún una burguesía, una clase media sólidamente instalada, fuerte,

con una savia nueva y bastante prudente é instruída para ser la educadora transitoria de la nación. La burguesía lo eran aún los antiguos domésticos, los clientes antiguos de los príncipes, los colonos que arrendaban sus tierras, los intendentes, abogados ó notarios que se encargaban de la gerencia de sus asuntos; lo era toda esa sociedad formada por los empleados, funcionarios de todas las categorías y clases, diputados, senadores, que el gobierno había llevado tras sí desde las provincias; lo eran, por último, los halcones rapaces que caían sobre Roma, los Prada, los hombres de presa que habían acudido de todo el reino, que clavaban las garras y devoraban todo con sus picos, pueblo y aristocracia. ¿Para quién, pues, habían trabajado? ¿Para quién los trabajos de la nueva Roma, de una esperanza y de un orgullo tan desmesurados, que no podían terminarlos? Soplaba el terror, oíase un crujido despertando en todos los corazones fraternales una inquietud preñada de lágrimas. ¡Sí! La amenaza del fin de una clase social, el no tener aún pueblo, la aristocracia condenada á desaparecer y una burguesía ambiciosa devorante que guiaba el saqueo por entre las ruinas. Y qué símbolo más tremendo el de esos palacios nuevos construídos sobre el modelo gigantesco de antaño, esos palacios enormes, fastuosos, pululando para esos centenares de miles de almas vanamente esperadas, esos palacios en los que debía instalarse la riqueza creciente, el yo triunfante de la nueva capital del mundo y que se habían convertido en refugios lamentables, manchados y ya tambaleantes, de la miseria del pueblo bajo, y tras de éste, la de todos los mendigos y vagabundos.

En la noche de ese día, y reinando por completo la negra sombra, fuese Pedro á pasar una hora al muelle del Tíber delante del palacio Boccanera. Aquello era para él un recogimiento, una soledad extraordinaria á la que tenía cariño á pesar de los avisos de Victorina que pretendía que aquel sitio no era seguro. Y en realidad, en noche de tan densa obscuridad como aquella, nunca se habría hallado sitio más á propósito para una emboscada y que al mismo tiempo tuviese una decoración más trágica. No se veía ni un alma, ni un transeunte y sí un silencio

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

un vacío, una sombra que se extendía á derecha é izquierda y enfrente. Las empalizadas que cerraban el inmenso taller de cantería abandonado, impedían el paso hasta á los mismos perros.

En la esquina del palacio, envuelto en tinieblas y que había quedado más bajo después del arreglo de las rasantes, había un mechero de gas que iluminaba el muelle á ras del suelo giboso, con un resplandor indeciso, y los materiales de construcción tirados por allí, los montones de ladrillos, las piedras de sillería producían grandes y vagas sombras. A la derecha brillaban algunas luces sobre el puente de San Juan de los Florentinos y en las ventanas del Hospital del Espíritu Santo. A la izquierda, en el indefinido hundimiento de la corriente del río, los barrios lejanos se hundían, desaparecían. Después, enfrente estaba el Transtibere, semejándose las casas de la orilla á pálidos fantasmas indistintos, con los rasos vidrios amarillentos, con una claridad turbia, mientras que por cima una banda sombría era lo único que indicaba el Janículo en el que los faroles de algún paseo, allá en lo alto, hacían centellear un triángulo de estrellas.

El Tíber era, sobre todo, lo que más apasionaba á Pedro, á aquellas horas nocturnas de una majestad tan melancólica. Permanecía echado de bruces sobre el ancho parapeto de piedra contemplándole durante largos minutos mientras deslizaba su corriente en los elevados muros que, por la noche, tomaban la negra y monstruosa apariencia de una prisión construída allí por un gigante. Mientras que las luces brillaban en las casas de enfrente, veía las turbias aguas pasar, tornasolándose con lentitud en los reflejos cuyo estremecimiento dábales una vida misteriosa. Y soñaba sin cansarse en el pasado famoso de aquel río, evocaba con mucha frecuencia la leyenda que asegura que entre el lodo de su lecho hay enterradas riquezas fabulosas.

A cada invasión de los bárbaros, y sobre todo antes del saqueo de Roma, decíase que habían arrojado allí los tesoros de los templos y de los palacios, para librarles de la rapiña de los vendedores. Allá abajo ¿aquellas barras de oro que temblaban en el agua verde, no eran producidas por las blancuras de las columnas y las estatuas? Y aquellos tornasolados profundos que relumbraban cual pequeñas llamaradas, ¿no serían un montón confuso de metales preciosos, copas, vasos y alhajas adornadas con finas pedrerías? ¡Qué ensueño ese pululamiento entrevisto en el seno del antiguo río y la vida oculta de esos tesoros que habían dormido allí durante tantos siglos! ¡Y qué esperanza, para el orgullo y enriquecimiento de un pueblo, la de los hallazgos milagrosos que podían hacerse en el fondo del río si pudiesen sondearlo ó desecarlo un día, como se había ya hecho un proyecto! Allí estaba quizás la fortuna de Roma.

Empero durante aquella noche tan negra, y mientras permanecía Pedro echado de bruces sobre el parapeto, no hubo en él más que pensamientos de severa realidad. Coninuaba sus reflexiones del día que le inspiraron sus visitas al Transtibere y más tarde al palacio Farnesio. Y ante aquellas aguas muertas llegó á hacer la conclusión de que, la elección de Roma, para convertirla en una capital á la moderna, era la gran desdicha que hacía sufrir tanto á la pobre Italia. Y, sin embargo, sabía que esa elección se imponía como inevitable, pues Roma era la reina de la gloria, la antigua señora del mundo, á la cual estaba prometida la eternidad y sin la que la unidad nacional, habíase creído siempre imposible, de tal manera, que el caso se presentaba terrible, puesto que sin Roma, Italia no podía existir y que con Roma parecía difícil que existiese. ¡Ah! ¡Qué sorda voz de desastre adquiría durante la noche, aquel río muerto! Ni una sola barca, ni un estremecimiento comercial é industrial de las aguas que acarrean la vida á las grandes ciudades! Sin duda habíanse ideado grandes proyectos; Roma convertida en puerto de mar, trabajos gigantescos, el lecho del río ahondado para permitir á los buques de mucho tonelaje que pudiesen llegar hasta el Aventino, pero todo esto no eran más que quimeras, porque apenas acababan de dragar la embocadura, cuando otra vez volvía ésta á cegarse. Y la otra causa de agonía, la Campiña romana, el desierto de muerte que atravesaba ese río y que formaba alrededor de Roma como una criatura de esterilidad. Hablábase de hacer en ella grandes obras de drenaje y replanteo, y se discutía en vano la cuestión de si era ó no fértil en la época

de los romanos y, no obstante eso, Roma continuaba encerrada en medio de ese vasto cementerio como una ciudad de otros tiempos, separada para siempre del mundo moderno por esa landa en la que se acumuló el polvo de los siglos.

Las razones geográficas que en épocas pasadas la dieron el imperio del mundo, no existen hoy. El centro de la civilización no está en su lugar y el lago Mediterráneo está repartido entre naciones poderosas. Todo va á parar á Milán, la ciudad de la industria y el comercio, mientras que Roma es sólo un pasaje. Por esto sin duda los más heroicos esfuerzos hechos durante veinticinco años, no han podido librarla de ese sueño letárgico é invencible que sigue invadiéndola. La capital que quisieron improvisar con demasiada precipitación, se detuvo angustiada en su desarrollo y casi arruinó á la nación. Los recién llegados, el gobierno, las cámaras y los funcionarios, no hacen más que acampar y huyen en cuanto empiezan los primeros calores, para evitar el clima mortal. Y hasta tal punto sucede esto, que se cierran hoteles y almacenes, que paseos y calles se quedan vacíos y la ciudad, no habiendo adquirido vida propia, parece que cae en el marasmo de la muerte en cuanto la vida ficticia que la anima la abandona. Todo está así en espera, en esa ciudad de sencilla decoración, en la que la población no aumenta ni disminuye y en la que se necesitaría que surgiesen muchos hombres y muchos millones en dinero para acabar de construir y poblar las inútiles é inmensas construcciones de los barrios nuevos. Y si era cierto que mañana refluiría todo en el polvo del pasado, era pues preciso forzarse á la esperanza. Pero ¿no estaba ese mismo suelo exhausto ya, puesto que ni los monumentos arraigaban? ¿Se habría concluído para siempre la savia que hace sean buenos y sanos los seres, fuertes las naciones?

A medida que avanzaba la noche, las luces de las casas del Transtibere íbanse apagando de una á una, y Pedro permaneció allí durante mucho rato aun, dominado por la desesperación é inclinado sobre las aguas que se habían vuelto negras. Eran las tinieblas sin fondo y no quedaban, entre la sombra del Janículo que había ido espesándose, más que las tres lucecillas de gas, el triángulo de estre-

llas. Ningún reflejo tornasolaba ya el Tíber con dorados estremecimientos ni hacía danzar, bajo el misterio de su corriente, la quimérica visión de fabulosas riquezas y habíase concluído la leyenda, el candelabro de oro de siete brazos, los vasos de oro, las alhajas de pedrería, todo ese ensueño de riqueza y de un tesoro antiguo desaparecido en la noche como la misma antigua gloria de Roma. Ni una claridad, ni un ruido, el sueño infinito, nada más que el sordo rumor de la caída de las aguas de la alcantarilla, allá á la derecha, que se oía y no se veía. Las aguas habían desaparecido también y á Pedro no le quedaba más sensación que la de su corriente de plomo por entre las tinieblas, la pesada vejez, la secular fatiga, la tristeza inmensa y el deseo del vacío de ese Tíber muy anciano y muy glorioso, que parecía no rodar entre sus aguas más que la muerte de un mundo. Sólo el riquísimo cielo, el eterno cielo fastuoso, era lo que desarrollaba allí la vida esplendorosa de sus miles de astros, por cima del río de sombra que se deslizaba al pie de las ruinas de cerca de tres mil años.

Y como Pedro, antes de irse á su cuarto entrase en el de Darío para sentarse un momento, halló allí á Victorina preparándolo todo para la noche, y que al oirle contar de donde venía, no pudo por menos de exclamar:

—¡Cómo! ¿Os habéis vuelto á pasear por ese muelle á estas horas, señor abate? Sin duda tenéis empeño en que os larguen alguna buena puñalada. ¡Ah! ¡Os aseguro que no sería yo quien tomase el fresco á una hora tan avanzada de la noche en esta condenada ciudad!

Con su acostumbrada familiaridad volvióse hacia el príncipe, que reclinado en un sillón sonreía al oirla.

—Habéis de saber que esa muchacha, la Pierina, no ha venido; pero la ví que andaba rodando por allá abajo, por los derribos.

Con un gesto hízola callar Darío, que se encaró con Pedro.

—Y sin embargo la hablásteis... Esto es tonto después de todo... Ya veréis á ese bruto de Tito venirme á clavar su puñal en el otro hombro.

Se calló de una manera brusca porque acababa de ver delante de él á Benedetta, que había entrado en la habita-

ción, sin hacer ruido, para darle las buenas noches y le estaba escuchando. Su apuro fué grande; quiso hablar, explicarse y jurarla que su inocencia en aventura semejante era completa; pero sonrióse ella y se limitó á decirle con mucha ternura:

—Estaba enterada de tu historia, Darío mío. Debes comprender que no soy tan tonta para no haber reflexionado y comprendido... Si no te hice ninguna pregunta es porque estaba segura de que á pesar de todo, me seguías amando.

Aparte de esto era muy dichosa porque aquella misma noche había sabido que monseñor Palma, el defensor del matrimonio en su pleito del divorcio, se mostraba agradecido por el servicio prestado á su sobrino, presentando un nuevo escrito que le era favorable. No era esto que el prelado, deseoso de servirla, se hubiese declarado abiertamente y de un modo completo por ella, pero los certificados de los dos médicos le habían permitido manifestar que existía el estado de virginidad indudable, y en seguida, deslizándose habilmente sobre el hecho de que la no consumación procedía de la resistencia de la mujer, agrupó con mucha destreza todas las razones que hacían necesaria la anulación. De este modo quedaba descartada toda esperanza de aproximación y se manifestaba como indudable que los esposos se hallaban en peligro continuo de caer en la incontinencia. Aludía discretamente al marido, indicando que había sucumbido á ese peligro y después alababa la alta moralidad de la esposa, su devoción, todas sus virtudes que eran una garantía en favor de su veracidad. Y sin pronunciarse definitivamente por una solución determinada, dejaba esta para que resolviese la congregación. Desde luego, y apuesto que monseñor Palma repetía poco más ó menos los argumentos del abogado Morano, y una vez que Prada se obstinaba en no mostrarse parte, parecía fuera de toda duda que la congregación votaría la anulación por una gran mayoría, lo que permitiría al Santo Padre obrar con benevolencia.

—¡Ah! ¡Hénos ya al final de nuestras penas, Darío mío! Pero ¡cuánto dinero! ¡Cuánto dinero se necesita! Mi tía dice que apenas nos va á quedar agua para beber.

Y se reía con esa indiferencia hermosa de apasionada

enamorada. No era esto porque la jurisdicción de las congregaciones fuese ruinosa, porque en principio la justicia era gratuita, sólo que había que pagar una multitud de gastos insignificantes, á los empleados subalternos, á los médicos por sus reconocimientos, las inscripciones en los registros, los escritos, los pedimentos. Después aunque no se compraban directamente los votos de los cardenales, no por esto ciertos votos de estos dejaban de costar carísimos y gastar grandes sumas cuando era preciso contar con las personas que les rodeaban y hacer maniobrar todo un mundo alrededor de sus eminencias. Sin contar con que los grandes regalos en dinero son, en el Vaticano, razones decisivas para arreglar las peores dificultades, pero hay que saberlo hacer con tacto. Y por último el sobrino de monseñor Palma había costado horriblemente caro.

—¿No te parece, Darío? Puesto que estás curado, que nos permitan casarnos pronto y esto es todo lo que pedimos... Les daré hasta mis perlas que es la única fortuna que me quedará.

Darío reíase también porque el dinero no había influído nunca en su vida. No lo tuvo jamás en abundancia y contaba con vivir siempre al lado de su tío el cardenal que no dejaría el matrimonio en medio de la calle. En su ruina esos cien mil, doscientos mil francos, no representaban nada para él que había oído decir que algunos divorcios costaron hasta quinientos mil francos ó muchísimo más aun. Así que no contestó más que con una broma.

—Dales mi sortija, dáselo todo, querida mía, y vivamos dichosos y felices en el fondo de este viejo palacio aunque sea preciso venderlo todo, hasta los últimos muebles.

Benedetta se entusiasmó y cogiéndole la cabeza entre las manos le besó apasionadamente en los ojos con un arranque de extraordinaria pasión.

Volvióse de pronto hacia Pedro al que dijo:

—¡Ah! Perdonadme, señor abate... tengo que daros un recado. Sí, fué monseñor Nani, el mismo que nos trajo la buena noticia, quien me encargó que os dijese que os hacéis olvidar demasiado y que convendría que obraseis en defensa de vuestro libro.

Escuchóla asombrado el presbítero.

—Pero si fué él quien me aconsejó que desapareciese...

—Sin duda... Sólo que, según parece, ha llegado el momento en que es preciso que veáis á todo el mundo, moviéndoos y defendiendo vuestra causa. Y ¡sabed una cosa! He podido averiguar el nombre del relator encargado de examinar vuestro libro, es monseñor Fornaro, que vive en la plaza de Narvona.

El asombro de Pedro fué en aumento. No se hacía nunca eso de decir el nombre de un relator, que se guardaba en secreto para que tuviese entera libertad para juzgar. ¿Era, pues, que iba á comenzar una nueva fase de su existencia en Roma? Y sencillamente respondió:

—Está bien, en adelante obraré é iré á visitar á todo el mundo.

X

Al día siguiente Pedro, cuyo único pensamiento era el de acabar cuanto antes, quiso ponerse en campaña. Habíase, sin embargo, apoderado de él una gran incertidumbre: ¿á qué puerta llamar la primera; por qué personaje comenzar las visitas si quería evitar una falta entre una sociedad que comprendía era tan vanidosa y complicada? Y como quiera que en el momento en que abría la puerta para salir tuvo la suerte de ver en el corredor á *don* Vigilio, el secretario del cardenal, le rogó que entrase un momento en su cuarto.

—Vais á prestarme un gran servicio, señor abate, y me entrego á vos porque tengo necesidad de un consejo.

Comprendía Pedro que aquel hombrecillo delgado, de azafranado cutis y al que continuamente hacíale tiritar el escalofrío de la calentura y que hasta entonces había, al parecer, huído de él por temor de comprometerse, estaba muy enterado y mezclado en todo no obstante su discreción extremada y medrosa. Hacía, sin embargo algún tiempo que se mostraba menos huraño, que centelleaban sus negros ojos cuando encontraba á su vecino como si experimentase la misma impaciencia que debía consumir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á aquel, al verse inmovilizado de aquella manera durante unos días tan largos. Por esto no trató de esquivar la conversación.

—Os suplico que me perdonéis,—añadió Pedro,—por haceros entrar en esta habitación tan desarreglada porque esta mañana precisamente he recibido de París ropa blanca y de invierno... Figuraos que vine sin traer más que una maletita para pasar quince días y pronto hará tres meses que estoy aquí, y tan poco adelantado como la mañana en que llegué.

Don Vigilio hizo un ligero movimiento de cabeza asintiendo.

—Sí, sí, ya lo sé.

Explicóle entonces Pedro que monseñor Nañi le había enviado á decir por medio de la *contessina*, que obrase, que visitase á todo el mundo para defender su libro y estaba muy apurado no sabiendo cómo empezar esas visitas para que produjesen un resultado útil. ¿Debía por ejemplo ir á visitar antes que á nadie á monseñor Fornaro, al prelado consultor encargado de dictaminar sobre su libro y cuyo nombre le habían dicho?

—¡Ah!—exclamó *don* Vigilio estremeciéndose.—¡Monseñor Nani ha llegado hasta ese extremo, hasta deciros el nombre! ¡Ah!... ¡Esto es mucho más de lo que yo creía!

Olvidándose de todo, dejándose arrastrar por la pasión, añadió:

—¡No! ¡No! No empecéis por monseñor Fornaro. Ante todo id á hacer una visita con mucha humildad al prefecto de la congregación del Indice, á su eminencia el cardenal Sanguinetti, porque éste no os perdonaría jamás el que hubieseis ido á prestar á otro, antes que á él, ese primer homenaje y si lo sabía algún día...

Se calló, y en voz baja, sacudiéndole los escalofríos de la calentura, dijo:

—Y sí lo sabría, porque todo se sabe.

Luego, como si cediese á un impulso, al brío de la simpatía, cogió las manos del joven presbítero extranjero diciéndole:

—Os juro, mi querido señor Froment, que me consideraría muy dichoso pudiéndoos ser útil en alguna cosa, porque tenéis un alma sencilla y acabáis por darme pena.

Pero es preciso que no me pidáis lo imposible... ¡Si supieseis, si os contase todos los peligros que nos rodean!... No obstante esto, creo poderos decir hoy que no contéis en manera alguna con mi amo el cardenal Boccanera que, en muchas ocasiones y en mi presencia, desaprobó vuestro libro, pero en absoluto. Lo único que hay es que este es un santo; un grande hombre honrado, que si no os defiende, tampoco os atacará permaneciendo neutral por miramiento á la *contessina*, su sobrina, á la que idolatra y que os proteje... Cuando le veáis no defendáis vuestra causa porque no serviría de nada y le irritaría.

A Pedro no le apenó mucho la confidencia porque, desde su primera entrevista con el cardenal había comprendido, lo mismo que en las contadas visitas que respetuosamente le había hecho más tarde, que nunca tendría en él más que un adversario.

—Procuraré,—dijo,—darle las gracias por su neutralidad.

Al oirle, dominaronle otra vez todos sus terrores á *don* Vigilio.

—¡No! ¡No! No hagáis semejante cosa porque tal vez comprendería que os he hablado ¡y qué desastre! ¡Comprometeríais mi situación! No he dicho nada... nada he dicho... Id á visitar ante todo á los cardenales... á todos los cardenales... Quedamos, pues, en que no dije más que esto ¿conformes?

Y no queriendo decir nada más se marchó de la habitación, estremeciéndose, escudriñando el corredor á derecha é izquierda con sus ojos centelleantes, llenos de inquietud.

En seguida marchóse Pedro para hacer la visita al cardenal Sanguinetti. Eran las diez y tenía algunas esperanzas de encontrarle. El cardenal vivía al lado de la iglesia de San Luis de los Franceses en una calle obscura y estrecha, en el primer piso de un palacio no muy grande arreglado burguesmente. No era ni mucho menos la ruina gigantesca, de una grandeza regia y melancólica, en que vivía obcecado el cardenal Boccanera, y el antiguo salón reglamentario de gala estaba muy reducido, lo mismo que el tren. No había allí tampoco sala del trono, ni el gran sombrero rojo colgado bajo un dosel, ni el sillón esperan-

do la ida del papa y vuelto de cara á la pared. Dos habitaciones seguidas servían de antecámara á un salón en el que recibía el cardenal y, en su conjunto, todo sin lujo y hasta sin comodidad; muebles de caoba que databan de la época del imperio, tapicerías, alfombras y cortinajes polvorientos y deslucidos por el uso.

El visitante tuvo que llamar varias veces y esperar á que saliese á abrir un criado que con mucha calma se estaba poniendo la librea y que entreabrió un poco la puerta para decir que su eminencia se hallaba desde la víspera en Frascati.

Recordó entonces Pedro que, en efecto, monseñor Sanguinetti era uno de los obispos suburvicarios. Tenía en Frascati, en su obispado, una villa á la que iba á pasar algunos días cuando la necesidad de descanso ó una razón política le obligaba á ello.

—¿Y volverá pronto su eminencia?

—No se sabe... Su eminencia no se encuentra bien de salud y nos encargó mucho que no mandásemos allá abajo á nadie que pudiese molestarle.

Cuando Pedro se halló otra vez en la calle se quedó desconcertado con este primer contratiempo. ¿Debía, sin perder más tiempo, puesto que las cosas urgían, marcharse desde luego á visitar á monseñor Fornaro que vivía en la plaza de Narvona que estaba próxima? Recordó entonces que *don* Vigilio le había recomendado que visitase primero á los cardenales y se le ocurrió una idea; resolvió ir inmediatamente á visitar al cardenal Sarno con el que por fin había hecho conocimiento en las reuniones de los lunes de *donna* Serafina. En medio de su voluntario anulamiento, todo el mundo le consideraba como uno de los miembros más poderosos y temibles del Sacro Colegio, lo que no impedía que su sobrino, Narciso Habert, dijese que no conocía hombre más obtuso tratándose de asuntos ajenos á la congregación y á sus ocupaciones habituales. Si no formaba parte de la congregación del Indice, al menos podía dar un buen consejo y tal vez hacer algo con sus colegas dada su gran influencia.

Encaminóse Pedro directamente al palacio de la Propaganda, en donde sabía podría encontrar al cardenal. Ese palacio, cuya fachada se ve desde la plaza de España, es

un edificio macizo y desnudo, que ocupa una esquina entre dos callejuelas. Y Pedro, al que el italiano chapurrado que hablaba le servía de poco, se perdió en él, subió dos pisos que tuvo que volver á bajar, recorriendo un verdadero laberinto de escaleras, salas y corredores. Tuvo al cabo la suerte de tropezar con el secretario del cardenal, un presbítero joven y muy amable, al que había conocido en el palacio Boccanera.

—Sin duda que su eminencia querrá recibiros... Hicísteis muy bien en venir por la mañana y á estas horas, que son aquellas en que está siempre... Hacedme el favor de venir conmigo.

Fué un nuevo viaje. El cardenal Sarno, que durante muchos años había sido secretario de la congregación de la Propaganda, de la que después presidió como cardenal una de las dos comisiones en que está dividida, la que organizaba el culto de los países de Europa, Africa, América y Oceanía nuevamente conquistados al catolicismo, y en ese concepto tenía allí un despacho, oficinas, toda una instalación administrativa, en la que reinaba como funcionario maniático, que había envejecido sobre su sillón de cuero, sin salir nunca del estrecho círculo de sus carpetas verdes y sin conocer más de la vida que el espectáculo de las calles visto desde su ventana, al pie de la que pasaban carruajes y peatones.

En el extremo de un corredor obscuro, que tenía encendidos hasta de día los mecheros de gas, dejó el secretario á su acompañante, al que dijo se sentase en una banqueta. Pasado un largo cuarto de hora, volvió á presentarse con su aire servicial y amable.

—Su eminencia está ocupado en este momento celebrando una entrevista con unos misioneros que van de viaje, pero concluirá en seguida, y me dijo os hiciese pasar á su despacho, en donde podéis esperarle.

Cuando Pedro se quedó solo en el salón, púsose á examinarlo todo con mucha curiosidad. Era una vasta habitación, desprovista de todo lujo, tapizada de papel verde y alhajada con muebles sencillos, revestidos de damasco verde y con armaduras de madera negra pintada. Las dos ventanas, que daban á una calle lateral obscura y estrecha, iluminaban con una luz mortecina las paredes ensom-

brecidas y la alfombra desteñida y no había, fuera de las consolas más que la mesa escritorio, muy sencilla y de madera negra, colocada al pie de una de las venanas. Su raído tapete desaparecía bajo los montones de papeles y de legajos que la cubrían enteramente. Por un momento se acercó para ver aquel sillón hundido por el uso, el biombo que lo resguardaba frioleramente y el antiguo tintero, todo él por fuera, manchado de tinta. Después empezó á impacientarse al respirar aquel aire pesado y muerto, que le oprimía en medio de un silencio inquietador, turbado tan sólo por los ruidos ahogados de la calle.

En el momento en que iba á ponerse á pasear por el despacho, fijóse la mirada de Pedro en un mapa colgado de la pared y cuya vista le preocupó desde luego, haciéndole concebir los más vastos pensamientos, hasta el punto de olvidarlo todo. Ese mapa, en colores, era el del mundo católico, la tierra entera, el mapamundi desarrollado, en el que, con diversos colores, se indicaban los países según que pertenecían al catolicismo victorioso, dueño absoluto, ó bien al catolicismo siempre en lucha con los infieles, y estos últimos territorios clasificados según la organización, en vicariatos ó prefecturas. ¿No era eso gráficamente todo el esfuerzo secular del catolicismo, la dominación absoluta universal que ambicionó desde el primer momento y que no ha dejado de querer ni de perseguir á través de los tiempos? Dios dió el mundo á su Iglesia; pero es preciso que ésta tome posesión, puesto que el error se empeña en hacerse soberano. De ahí la batalla eterna, los pueblos que, aun en nuestros días, se trata de arrancar á las religiones enemigas, como se hacía en la época en que los Apóstoles abandonaron la Judea para ir á predicar el Evangelio. Durante la Edad Media la gran tarea fué la de osganizar la Europa conquistada, sin que ni siquiera se pudiese intentar la reconciliación con las Iglesias disidentes de Oriente. Más tarde, cuando la Reforma, fué el cisma añadido al cisma, la mitad protestante de Europa y todo el Oriente ortodoxo que había que reconquistar.

Con el descubrimiento del nuevo mundo se despertó el ardor guerrero, y Roma ambicionó apoderarse de esa segunda faz de la tierra y se crearon las misiones que fueron enviadas para someter á Dios aquellos pueblos ignora-

dos la víspera, que El le había dado con los demás. Las grandes divisiones actuales de la cristiandad se formaron por sí mismas; á un lado las naciones católicas en las que sólo tenía que conservarse la fe y que dirigía de una manera soberana la secretaría del Estado, instalada en el Vaticano; y al otro las naciones cismáticas ó simplemente paganas, que se trataba de llevar otra vez á su cuna ó de convertir y sobre las cuales hacía grandes esfuerzos para reinar la congregación de la propaganda. Tras de esto, esa congregación tuvo que dividirse en dos ramas para facilitar así el trabajo; la rama oriental encargada especialmente de las sectas disidentes de Oriente y la rama latina, cuyo poder se extiende sobre todos los demás países de misión. Vasto conjuñto de organización conquistadora, red inmensa de mallas fuertes y apretadas que, arrojada sobre el mundo, no debía dejar escapar ni un alma.

Sólo entonces, ante aquel mapamundi, tuvo Pedro la sensación clara de lo que era toda aquella máquina que funcionaba hacía siglos y cuyo objeto era el de absorber la humanidad. Dotada con riqueza por los papas y disponiendo de un presupuesto de consideración, la vió como si fuese una fuerza aparte, un papado dentro del papado, y entonces comprendió el nombre «Papa Rojo» dado al prefecto de la Congregación, porque ¿de qué poder ilimitado no gozaba aquel hombre de conquista y de dominación, cuyas manos van de un extremo á otro de la tierra? Si el cardenal secretario tiene la Europa central, un punto tan estrecho del globo, el prefecto de la Propaganda tenía él solo el resto, espacios infinitos, los lejanos territorios y casi desconocidos aun. Además, las cifras estaban doscientos millones de católicos apostólicos romanos; mienallí; Roma no reinaba sin contradicción, más que sobre doscientos millones de católicos, apostólicos, romanos; mientras que los cismáticos, los de Oriente y los de la Reforma, si se los sumaba, pasaban de ese número ¡y qué total cuando se añadía ese millar de millones que aun quedaba por convertir! De una manera brusca, impresionáronle de pronto aquellas cifras, hasta el extremo que experimentó un estremecimiento. ¡Cómo! ¿Era cierto aquello? Aproximadamente unos cinco millones de judíos, cerca de doscientos millones de mahometanos, más de

setecientos millones de sectarios de Brahma y de Budha, sin contar con los cien millones de otros paganos, en total un ciento de millones, y ante ese millar de millones los cristianos no eran más que unos cuatrocientos millones fraccionados por continuas divisiones, entregados á una continua batalla, ¡la mitad con Roma y la otra mitad contra Roma! ¿Era esto posible que Cristo no hubiese conquistado en dieciocho siglos, más que el tercio de la humanidad y que Roma, la eterna, la todopoderosa, no contase como sumisa más que la sexta parte de los pueblos? ¡Una sola alma salvada por cada seis! ¡Qué proporción más desventajosa!

El mapamundi hablaba, sin embargo, con la brutalidad de los hechos; el imperio de Roma, señalado con color rojo, no era más que un punto perdido, cuando se le comparaba con el imperio de otros dioses, pintado en amarillo, con los territorios inacabables, que la Propaganda tenía aún que someter. Y la pregunta se hacía ella sola ¿cuántos siglos se necesitarían para que las promesas de Cristo se cumpliesen, la tierra entera estuviese sometida á su ley y la sociedad religiosa dominase por completo á la sociedad civil, no formando más que un solo reino, una sola creencia? Y ante esa pregunta, ante esa tarea inmensa, prodigiosa, que había que terminar, qué asombro no se experimentaba cuando se pensaba en la tranquila serenidad de Roma, en su paciente obstinación, que no ha dudado jamás, que duda hoy menos que nunca, siempre con las manos á la obra por medio de sus obispos y de sus misioneros, incapaz de cansarse, haciendo su obra como los infinitamente pequeños han hecho el mundo, con la absoluta certidumbre de que ha de llegar un día en que ella sola sea la dueña y señora de la tierra!

¡Ah! Pedro veía aquel ejército continuamente en marcha, lo oía en aquel momento, al otro lado de los mares, á través de los continentes, preparando y asegurando la conquista política en nombre de la religión. Narciso le había contado alguna vez con qué cuidado tenían las embajadas que vigilar las maniobras de la Propaganda en Roma, porque las misiones eran á veces instrumentos nacionales que allá, á lo lejos, tenían fuerza decisiva. Lo espiritual asegura lo temporal y las almas conquistadas en-

tregan los cuerpos. Así aquella era una lucha incesante en la que la congregación favorecía á los misioneros de Italia ó de las naciones aliadas, de las que deseaba la ocupación victoriosa. Siempre se había mostrado celosa de su rival francesa, de la Propaganda de la Fe establecida en Lyon, tan rica, tan poderosa y mejor dotada de hombres de energía y de valor. No se contentaba con abrumarla con un tributo exhorbitante, sino que la contrariaba, la sacrificaba con todos aquellos puntos en que temía su triunfo.

En muchas ocasiones los misioneros franceses y las órdenes francesas se veían arrojadas de un país para ceder su puesto á religiosos italianos ó alemanes. Y era ese hogar secreto de intrigas políticas lo que Pedro adivinaba á la sazón bajo el ardor civilizado de la fe en aquel despacho que el sol, no iluminándolo, jamás alegraba. Habíase apoderado de él otra vez el estremecimiento, ese estremecimiento de las cosas que se saben y que de pronto un día, inesperadamente, se os presentan monstruosas y aterradoras. ¿No era para trastornar á los más prudentes, hacer palidecer á los más animosos esa máquina de conquista y de dominación universalmente organizada, funcionando en el tiempo y en el espacio con una testarudez eterna, no contentándose sólo con las almas, sino trabajando además por su reinado futuro sobre todos los hombres y, no pudiendo aún tomar posesión de éstos, dispone y los cede al amo temporal que se los guardará? ¡Qué ensueño más prodigioso, Roma sonriente esperando con tranquilidad el siglo en que haya podido absorber los doscientos millones de mahometanos y los setecientos millones de sectarios de Brahma y de Budha, para formar un pueblo único del que será la reina espiritual y temporal en nombre de Cristo triunfante!

Un ruido de tos hizo volver á Pedro que se estremeció al ver al cardenal Sarno, al que no había oído entrar. Para él fué aquello de encontrarle mirando al mapamundi, como si le sorprendiera en el acto de cometer una mala acción ó violando el secreto de una correspondencia. Un rojo intenso cubrió el rostro de Pedro.

Pero el cardenal, que le miró por un momento fijamen-

te con sus ojos empañados, se fué á su mesa y se sentó pesadamente en un sillón sin decir ni una palabra. Con un gesto le dispensó del acto de besar el anillo.

—He querido presentar mis respetos á vuestra eminencia... ¿es que está enfermo?

—¡No, no tengo nada más que este maldito catarro que no quiere abandonarme! ¡Y además tengo en este momento tantos asuntos que despachar!

Contemplóle Pedro y vióle, á la luz de la ventana, tan enteco, tan contrahecho, con el hombro izquierdo más alto que el derecho, no teniendo nada viviente, ni aun la mirada en su rostro gastado y terroso. Al verle, se acordó de uno de sus tíos de París, el que, después de pasar treinta años en el fondo de la oficina de un ministerio, tenía esa misma mirada apagada, esa piel apergaminada, ese embotamiento fatigado de todo su sér. ¿Sería posible que aquel otro viejecillo amojamado, y que flotaba dentro de su sotana negra ribeteada de rojo, fuese el amo del mundo, poseyese hasta un extremo tal el mapa del cristianismo sin haber salido nunca de Roma, que el Prefecto de la Propaganda no se atrevía á tomar ninguna decisión sin preguntarle antes su opinión?

—Sentáos un momento, señor abate... Puesto que vinísteis á verme es porque tenéis que pedirme algún favor...

Y preparándose para escucharle púsose á revolver, con sus delgados dedos, los legajos que tenía amontonados delante de sí, dirigiendo una mirada rápida á cada documento, lo mismo que un general, un táctico de profunda ciencia cuyo ejército está lejos y al que guía á la victoria desde el fondo del gabinete en que trabaja sin perder nunca ni un solo minuto.

Un poco cortado al ver que, desde luego, le hablaban con tanta claridad del objeto interesado de su visita, decidióse Pedro á precipitar las cosas.

—En efecto, me he permitido venir para pedir consejos á la alta sabiduría de su eminencia, que no debe ignorar que vine á Roma para defender mi libro, y me consideraría muy dichoso si quisiese dirigirme, ayudarme con su experiencia.

Con mucha brevedad le manifestó en qué estado se ha-

llaba su asunto y defendió su causa. A medida que iba hablando observaba que el cardenal le hacía menos caso, pensando en otra cosa como si no alcanzase á comprender lo que le decían.

—¡Ah! ¡Sí, habéis escrito un libro del que se ocuparon una noche en casa de *donna* Serafina... Esto es una falta, porque un presbítero no debe escribir nunca, ¿á qué? Y si la congregación del Indice le persigue será porque tiene seguramente razón, ¿qué puedo hacer? No soy miembro de esa congregación y no sé nada, absolutamente nada.

En vano trató Pedro de enterarle, conmoverle, sintiéndose desesperanzado al tropezar con aquella firmeza é indiferencia. Y se dió cuenta de que aquella inteligencia vasta y penetrante en el dominio que evolucionaba hacía cuarenta años, se volvía obtusa en cuanto salía de su especialidad. No era ni curiosa ni ductil. En sus ojos acababan de apagarse todas las chispas de vida, el cráneo parecía deprimirse y el rostro todo, adquiría un aspecto de mortecina imbecilidad.

—No sé nada, ni puedo nada,—repitió,—y nunca he recomendado á nadie.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, añadió:

—Pero Nani anda en todo eso, ¿qué fué lo que él os aconsejó que hicieseis?

—Monseñor Nani, tuvo la amabilidad de decirme cuál era el nombre del letrado relator. Es monseñor Fornaro y me dijo que fuese á verle.

El cardenal se sorprendió y hasta pareció despertarse. Un destello de luz iluminó su mirada.

—¡Ah! ¡En verdad!... ¡Ah! ¡En verdad!... Pues bien, para que Nani haya hecho eso es preciso que tenga su idea... Id á ver á monseñor Fornaro.

Levantóse de su sillón y despidió á su visitante que tuvo que darle las gracias é inclinarse profundamente. Después, sin acompañarle hasta la puerta, volvióse á sentar con mucha tranquilidad y no se oyó en la mortecina habitación más que el crujido de los papeles producido por sus huesosos dedos al revolver los legajos.

Siguió dócilmente Pedro el consejo y decidió pasar por la plaza de Navona al regresar á la vía Julia; pero en casa de monseñor Fornaro, un criado le dijo que el amo [illegible]

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

haba de salir y que era necesario que fuese muy temprano si quería verle, siendo lo mejor á eso de las diez. No pudo, por tanto, ser recibido hasta el día siguiente. Antes tuvo buen cuidado de informarse y pudo enterarse lo suficiente acerca del prelado; su nacimiento en Nápoles, los estudios empezados en aquella ciudad en el convento de los padres Barnabitas y terminados en el seminario de Roma y, por último, el largo profesorado en la Universidad gregoriana. Era, á la sazón, consultor de muchas congregaciones, canónigo de Santa María la Mayor y su ambición del momento, la más inmediata, era la de llegar á serlo de San Pedro, y tenía el sueño lejano de ser algún día nombrado secretario de la Consistorial, cargo cardenalicio que lleva como consecuencia la púrpura. Considerábanle como á teólogo notable, si bien se le tildaba algunas veces porque sacrificaba en el altar de la literatura escribiendo artículos en varias revistas religiosas, aunque tenía la alta prudencia de no firmarlos. Se decía también que era muy mundano.

En cuanto Pedro entregó la tarjeta le recibieron y habríasele ocurrido quizás la idea ó la sospecha de que le esperaban, si la acogida que le dispensaron no la disipara al observar una sincera sorpresa mezclada con algo de inquietud.

—El señor abate Froment, el señor abate Froment,—repitió el prelado leyendo la tarjeta que conservaba en la mano.—Hacedme el favor de pasar, os lo suplico... Iba á dar orden para que no entrase nadie porque tengo mucho trabajo... pero no importa... sentáos...

Pedro se quedó encantado, contemplando, admirado, á aquel hombre apuesto que no representaba los cincuenta años que ya contaba. Sonrosado, afeitado, con los bucles del pelo muy poco encanecidos, tenía una nariz bien formada, labios húmedos, ojos acariciadores, siendo la personificación de todo lo que la prelacía romana puede presentar como atractivo y decorativo. Tenía realmente un aspecto soberbio con su sotana negra con cuello color violeta, su persona muy bien cuidada y su elegancia correcta, sencilla. La vasta sala en que recibía, iluminada alegremente por dos grandes ventanas que daban á la plaza de Navona, estaba amueblada con un gusto muy raro hoy

entre el clero romano, y tenía un buen aroma formando como un marco de buen humor y bondadosa acogida.

—Sentáos, pues, señor abate Froment, y tened la bondad de decirme á qué debo el honor de vuestra visita.

Habíase tranquilizado recobrando su aire amable, sencillamente servicial, y Pedro, de pronto, ante esa pregunta tan natural, que había debido prever, se quedó cortado. ¿Iba á abordar directamente el asunto y á manifestar el delicado motivo de su visita? Comprendió que aquel sería el partido más digno y más sencillo.

—¡Dios mío! Ya sé, monseñor, que lo que hago no se debe hacer nunca ni debí presentarme ante vos: pero me aconsejaron que diese ese paso y me pareció que entre personas honradas no puede ser nunca malo el buscar la verdad de buena fe.

—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?—preguntó el prelado con un aire de candor perfecto y sin dejar de sonreir.

—Pues bien, sencillamente, que he sabido que la congregación del Indice os había mandado mi libro *Nueva Roma*, encargándoos que lo examináseis y me atreví á presentarme ante vos para el caso de que tuviéseis que pedirme algunas explicaciones.

Monseñor Fornaro no quiso, al parecer, escuchar nada más. Se echó hacia atrás llevándose las manos á la cabeza, pero mostrándose siempre cortés.

—¡No! ¡No! No me habléis, no continuéis, porque me daríais un disgusto muy grande... Supongamos, si queréis que os han engañado porque no se debe saber, no se sabe nada, los demás saben tan poco como yo... Por favor no hablemos de esas cosas.

Felizmente para Pedro, que antes había observado el efecto decisivo que producía el nombre del auditor del Santo Oficio, tuvo la idea de responder:

—No trato, monseñor, de ocasionaros el menor disgusto y os repito que jamás me habría tomado la libertad de veniros á importunar, si monseñor Nani no me hubiese dado á conocer vuestro nombre y las señas de vuestra casa.

Una vez más fué decisivo é inmediato el efecto. Sólo que monseñor Fornaro empleó para rendirse esa gracia

fácil, peculiar de todo cuanto hacía. No cedió en el acto sino que al principio se mostró muy malicioso y reticente.

—¡Cómo! ¿Es monseñor Nani el indiscreto? Pues le regañaré y me enfadaré. ¿Y qué sabe él? No pertenece á la congregación y muy bien pudo haber sido inducido á error. Le diréis que se ha equivocado, que no tengo nada que ver en vuestro asunto y con esto aprenderá á no revelar secretos necesarios y de todos respetados.

Después amablemente con sus ojos acariciadores y su boca sonriente:

—¡Vamos! Puesto que monseñor Nani lo desea no tengo inconveniente, mi querido señor Froment, en charlar un rato con vos, pero ha de ser con la condición de que no sabréis nada por mi conducto, ni de mi escrito, ni de cuanto haya podido hacerse ó decirse en la congregación.

A su vez sonrióse Pedro porque le admiraba hasta qué extremo se hacían fáciles las cosas cuando se ponían á salvo las formas. Y una vez más expuso su caso, el asombro profundo que le produjo el proceso formado á su libro é ignorancia en que se hallaba respecto á las equivocaciones que hubiese podido cometer y que en vano buscaba, pues no las encontraba.

—¡De veras! ¡De veras!—repitió el prelado con el aire de persona á la que admira tanta inocencia.—La congregación es un tribunal y no puede proceder más que cuando la ponen al corriente de un asunto. Si se persigue vuestro libro, es que lo han delatado.

—¡Sí, me han delatado! ¡Ya lo sé!

—No hay duda, y esa delación la hicieron tres obispos franceses, cuyos nombres me permitiréis que me calle, y en vista de esa delación, la congregación dispuso pasase á examinar la obra sospechosa.

Asustado contemplóle Pedro ¡delatado por tres obispos! ¿Y por qué, y con qué objeto?

Acordóse otra vez de su protector.

—Vamos á ver; el cardenal Bergerot me escribió una carta aprobatoria que puse como prefacio al frente de mi obra, ¿es que esto no era una garantía que debía haber bastado al episcopado francés?

Monseñor Fornaro meneó la cabeza con disimulo antes de decidirse á contestar:

—¡Ah! Sí, sin duda, la carta de su eminencia es un hermoso documento... pero, sin embargo, creo que hubiera obrado más acertadamente no escribiéndola, mucho por él y sobre todo por vos.

Y como observase que el presbítero, cuya sorpresa iba en aumento, disponíase á hablar queriendo apremiarle para que se explicase.

—No, no, yo no sé nada, ni digo nada... Su eminencia el cardenal Bergerot es un santo al que todo el mundo reverencia y que si pudiese pecar habría que atribuirlo sólo á exceso de corazón.

Quedáronse silenciosos. A Pedro le pareció que se abría un abismo delante de él; no se atrevió á insistir y replicó con alguna violencia:

—En fin, ¿por qué han delatado mi libro y no los libros de los otros? No es esto que yo á mi vez quiera convertirme en un delator; pero cuántos libros conozco acerca de los cuales cierra Roma los ojos, á pesar de que son mucho más peligrosos que el mío.

Aquella vez dijérase que monseñor Fornaro se consideraba muy dichoso al poder participar de su opinión.

—Tenéis mucha razón, pues ya sabemos que no podemos perseguir todos los libros malos y esto nos tiene desesperados. Es preciso darse cuenta del número inmenso de obras que tendríamos que leer. Entonces lo que hacemos es condenar las peores en montón.

En seguida, con mucha complacencia, dió algunas explicaciones. En un principio, ningún impresor podía publicar ninguna obra sin someter antes el manuscrito á la aprobación del prelado; pero hoy, cuando la imprenta produce tanto, compréndese fácilmente el apuro terrible en que se habrían de ver los obispos si de pronto todos los impresores y editores se sometiesen á esa regla. No habría tiempo, dinero, ni los empleados necesarios para hacer un trabajo tan grande.

Así es que la congregación del Indice condena en masa sin detenerse á examinar los libros publicados, ó que se han de publicar aún, que pertenecen á determinadas categorías; desde luego todos los libros peligrosos para las

costumbres, los libros eróticos, todas las novelas, tras estos, las Biblias en lengua vulgar, porque los libros sagrados no deben permitirse sin alguna discreción; los libros de brujería, los de ciencia, historia ó filosofía contrarios al dogma, los libros de heresiarcas ó de simples presbíteros en que se discute la religión. Estas eran leyes muy prudentes dictadas por diferentes papas, cuya exposición servía de prólogo al catálogo de libros prohibidos que la congregación publicaba, y sin las cuales, ese catálogo, para estar completo, habría llenado por sí solo una biblioteca. En resumen, que cuando se echaba una mirada sobre él, se veía que la interdicción alcanzaba sobre todo á los libros de los sacerdotes, pues Roma, ante la dificultad enorme de semejante tarea, no podía tener más cuidado que el de velar por la disciplina y buena policía de la Iglesia. Este era el caso de Pedro y de su obra.

—Ya comprenderéis,—siguió diciendo monseñor Fornaro,—que no vamos á hacer el reclamo á un montón de libros malsanos, honrándolos con una condenación particular. En todos los pueblos hay legiones de ellos y no tendríamos ni bastante papel, ni tinta suficiente para ocuparnos de todos. De vez en cuando, nos limitamos á condenar uno cuando está firmado por un autor de nombre célebre y que mete mucho ruido ó encierra ataques inquietantes contra la fe. Esto basta para recordar al mundo que existimos, que nos defendemos sin abandonar ni uno solo de nuestros deberes ó derechos.

—Pero ¿y mi libro? ¿Y mi libro?—preguntó Pedro.—¿A qué esa persecución contra mi libro?

—Os lo explicaré, querido señor Froment, tanto como me esté permitido. Sois presbítero, vuestro libro obtuvo un gran éxito y publicasteis una edición á precio reducido que se vende muy bien. Y no hablo del mérito literario que es muy grande, un soplo de verdadera poesía que me encantó y por la que os felicito con toda sinceridad... ¿Cómo queríais que en estas condiciones cerrásemos los ojos sobre una obra en la que se habla del aniquilamiento de nuestra santa religión y de la destrucción de Roma?

Pedro se quedó con la boca abierta y estupefacto.

—¡Santo Dios! ¡La destrucción de Roma! ¡Pero si precisamente yo la quiero rejuvenecida, eterna y de nuevo señora del mundo!

Y dejándose arrastrar por su ardiente entusiasmo, se defendió otra vez, confesó su fe una vez más; el catolicismo volviendo á ser la primitiva Iglesia, sacando una sangre regenerada del cristianismo fraternal de Jesús; el papa libertado de toda realeza terrestre, reinando sobre la humanidad entera por medio de la caridad y el amor, salvando al mundo de la horrenda crisis social que le amenaza, para conducirle al verdadero reino de Jesús, á la comunidad cristiana de todos los pueblos reunidos en uno solo.

—¿Es que el Santo Padre puede desaprobar mi obra? ¿Es que no son esas sus ideas secretas que se empiezan á adivinar, y que mi único error consiste en manifestarlas demasiado pronto ó con libertad excesiva? ¿Acaso, si me permitiesen verle, no conseguiría yo que cesasen inmediatamente todas las persecuciones?

Monseñor Fornaro no hablaba ya, limitándose á hacer movimientos con la cabeza, sin incomodarse por el arranque juvenil del presbítero. Al contrario, sonreía con una humildad cada vez mayor, como si gozase ante tanto sueño é inocencia tanta. Al cabo respondió alegremente:

—¡Id! ¡Id! No seré yo el que os detenga; me está prohibido deciros nada... pero el poder temporal... el poder temporal...

—¡Y bien! ¿Y el poder emporal?—preguntó Pedro.

De nuevo debió de hablar el prelado, levantando hacia el cielo su rostro amable y moviendo con animación sus bien cuidadas manos. Y cuando dijo algo, fué para añadir:

—Después hay eso de la nueva religión... porque esas palabras figuran dos veces... religión nueva, ¡oh! ¡Dios mío!

Se agitó un poco más, y al tratar ese punto, se mostró tan asombrado, que Pedro, dominado por la impaciencia, exclamó:

—No sé cuál será vuestro dictamen, monseñor, pero lo que sí puedo aseguraros, es que jamás intenté atacar al dogma. Y esto, de buena fe, resalta en todo mi libro, pues sólo traté de hacer una obra de compasión y de sal-

vuación... En buena justicia hay que tener en cuenta las intenciones.

Monseñor Fornaro había vuelto á mostrarse muy tranquilo y paternal.

—¡Oh! ¡Las intenciones! ¡Las intenciones!—exclamó.

Se puso en pie para despedir al visitante.

—Podéis estar convencido, mi querido señor Froment, que me honra mucho el paso que disteis... Como es natural, no puedo revelaros cuál puede ser mi dictamen; hemos hablado mucho y hasta debí haberme negado á escuchar vuestra defensa. Creedme que, á pesar de eso, estoy dispuesto á serviros en todo aquello que no vaya contra mi deber... pero temo mucho que vuestro libro será condenado.

Al observar el sobresalto de Pedro, añadió:

—Sí, son los hechos los que se juzgan y no las intenciones, toda defensa es inútil por lo tanto; el libro está ahí tal cual él es. Por muchas explicaciones que deis no lo cambiaréis. Esa es la razón por la que la congregación no oye ni cita jamás á los acusados, ni acepta de éstos más que la retracción pura y simple. Y lo más prudente, lo más acertado que podríais hacer, era retirar vuestro libro, someteros... ¿No? ¿No queréis? ¡Ah! ¡Qué joven sois aún, amigo mío!

Y rióse alto al observar el gesto de rebelión, de indomable fiereza que se había escapado á su joven amigo, como llamaba á Pedro. Luego en la puerta, y en un arranque de nueva expansión, le dijo en alta voz:

—Veamos, querido. Deseo hacer algo en vuestro favor y voy á daros un buen consejo... En el fondo yo no soy nada... Entrego mi dictamen, lo imprimen y pueden tomarlo ó no en cuenta... Mientras que el secretario de la Congregación, el padre Dangelio, puede hacerlo todo, hasta lo imposible... Idle pues á ver... vive en el convento de los Dominicos, detrás de la plaza de España. No me nombréis siquiera. ¡Y hasta la vista, querido, hasta la vista!

Aturdido Pedro, encontróse en la plaza de Navona sin darse cuenta de lo que debía creer ó esperar. Apoderábase de él un pensamiento de cobardía. ¿A qué continuar una lucha en la que los adversarios continuaban siendo desconocidos, intangibles? ¿Por qué en adelante empeñarse en

permanecer en aquella Roma que apasionaba tanto y que al mismo tiempo era tan falaz? Huiría, regresaría aquella misma noche á París, desaparecería y olvidaría las amargas desilusiones, entregándose á la práctica de la más humilde caridad. Hallábase en uno de esos momentos de abandono en que la tarea, durante largo tiempo soñada, se presenta de pronto como imposible; pero en medio de su decepción seguía su camino, iba sin embargo á su objeto.

Cuando se vió en el Corso, y más tarde en la calle de los Condoth y por último en la plaza de España, resolvió ver al padre Dangelio. El convento de los Dominicos está allí, al pie de Santa Trinidad de los Montes.

¡Ah! Nunca había pensado en los dominicos más que con respeto, al que se mezclaba un poco de temor. ¡Durante cuántos siglos fueron los sostenedores más vigorosos y que con más ahinco defendieron la idea autoritaria y teocrática! La iglesia le debió su más sólida autoridad y fueron los soldados gloriosos de su victoria. Mientras que San Francisco conquistaba para Roma las almas de los humildes, Santo Domingo la sometía las de los inteligentes y los poderosos, todas las almas superiores. Y esto apasionadamente, con una llama de fe y de voluntad admirables, empleando todos los medios de acción posibles, la predicación, el libro, y hasta por la presión policiaca y judicial. Si no creó la Inquisición, la utilizó, y su corazón fraternal combatió el cisma á sangre y fuego. Viviendo él y sus frailes en la pobreza, castidad y obediencia, las grandes virtudes de esos tiempos orgullosos y desordenados, íbase por las ciudades predicando á los impíos y procurando atraerlos á la Iglesia y entregándolos á los tribunales religiosos cuando su palabra no bastaba. Atacaba también á la ciencia, quiso hacerla suya y soñó en defender á Dios con las armas de la razón y de los conocimientos humanos, abuelo del angélico Santo Tomás, lumbrera de la Edad Media que lo incluyó todo en la *Summa*, la psicología, la política y la moral.

De este modo fué como los dominicos llenaron el mundo, sosteniendo la doctrina de Roma en los púlpitos célebres de todos los pueblos, luchando casi en todas partes contra el espíritu libre de las Universidades, siendo vigi-

fieles guardianes del dogma, artesanos infatigables de la fortuna de los papas, los más poderosos entre los obreros del arte, de las ciencias y de las letras que han constituído el enorme edificio del catolicismo tal cual existe aún hoy día.

Pero hoy, que comprendía Pedro que se derrumbaba ese edificio que habían creído sólidamente construído con cal y arena para toda una eternidad, se preguntaba qué utilidad podrían tener aquellos obreros de otros pasados tiempos, con su policía y sus tribunales muertos bajo la universal execración; con su palabra que no se escucha, con sus libros que no se leen apenas, su papel de sabios y de civilizadores que ha terminado ante la ciencia actual y cuyas verdades hacen que cruja más y más el dogma por todas partes. Es cierto que constituyen siempre una orden influyente y próspera; sólo que está ya muy lejos la época en que su general reinaba en Roma, dueño del sagrado palacio y teniendo por toda Europa escuelas, conventos y subordinados.

De tan vasta herencia no les quedaba en la Curia romana más que algunos cargos adquiridos en época anterior, entre los que figura el de secretario de la Congregación del Indice, una antigua dependencia del Santo Oficio y en la que gobiernan soberanamente.

Sin pérdida de momento hicieron pasar á Pedro al despacho del padre Dangelio. La sala era grande, desnuda y blanca, inundada de luz solar. Allí no había más que una mesa, unos cuantos escabeles y un crucifijo de cobre colgado de la pared. Al lado de la mesa estaba en pie el padre Dangelio, que era hombre de unos cincuenta años, muy delgado y que vestía con severa dignidad el amplio traje blanco y negro. En su larga faz de asceta, boca pequeña, nariz delgada, barba poco desarrollada de terco, los ojos tenían una fijeza que molestaba. Y además se mostró muy claro, muy sencillo y su recibimiento fué de una cortesía glacial.

—¿Sois el señor abate Froment, autor de la *Nueva Roma*, no es esto?

Y se sentó en un escabel, señalando otro con la mano.

—Hacedme el favor, señor abate, de decirme cuál es el objeto de vuestra visita.

Tuvo Pedro entonces que empezar de nuevo sus explicaciones y su defensa, y esto fuele al poco tiempo muy penoso, porque observó que caían en el silencio, en un frío de muerte. El padre no se movía, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos y penetrantes, clavados en los del presbítero.

Y cuando éste se calló, le dijo sin apresurarse:

—He creído, señor abate, que no debía interrumpiros; pero no tenía para qué escucharos. Se está instruyendo el proceso de vuestro libro y no hay potencia en el mundo capaz de detener su marcha. No comprendo, pues, qué es lo que esperáis de mí.

Con voz temblorosa, atrevióse Pedro á responder:

—Espero bondad y justicia.

Pálida sonrisa, de una orgullosa humildad, asomó á los labios del religioso.

—No tengáis ningún temor, porque Dios se dignó iluminarme en mis humildes funciones. No tengo, por otra parte, que hacer ninguna justicia, porque no soy más que un modesto empleado, encargado de clasificar y documentar los asuntos. Son sus eminencias solas, los miembros de la congregación, los únicos que han de sentenciar acerca de vuestro libro... Lo harán seguramente con la ayuda del Espíritu Santo y no tendréis más recurso que humillaros ante su sentencia cuando la ratifique Su Santidad.

Cortó la conversación y se puso en pie, obligando á Pedro á que hiciese lo mismo. Eran casi las mismas palabras que las oídas en casa de monseñor Fornaro, pero dichas con una claridad cortante, con una especie de tranquila valentía. En todas partes tropezaba con la misma fuerza anónima, con la máquina montada de una manera potente, cuyos engranajes no quieren conocerse unos á otros y que, sin embargo, aplasta. Durante largo tiempo aun le pasearían así, sin duda, del uno al otro, sin que pudiese encontrar jamás la voluntad razonadora que obraba. Y no tenía más que hacer que inclinarse.

No obstante, antes de marcharse ocurriósele la idea de pronunciar una vez más el nombre de monseñor Nani, del que empezaba á conocer el poder.

—Os suplico que me perdonéis si os molesté inútilmen-

te; pero al hacerlo cedí á los bondadosos consejos de monseñor Nani, que se digna interesarse por mí.

Pero el efecto producido fué inesperado. De nuevo iluminóse el ascético rostro del padre Dangelio con una sonrisa, con un encogimiento de labios, en el que se aguzaba el más irónico desdén. Habíase puesto muy pálido y sus ojos, reveladores de una viva inteligencia, centellearon.

—¡Ah, es monseñor Nani el que os envía!... Pues bien, si creéis que necesitáis protección, es inútil que os dirijáis á nadie más que á él... Es todopoderoso... idle á ver... idle á ver.

Este fué todo el ánimo que sacó de su visita; el consejo de que volviese á ver al que le enviaba. Comprendió que se le iba el pie y resolvió regresar al palacio Boccanera para reflexionar y comprender lo que le pasaba antes de continuar sus diligencias. Ocurriósele en seguida la idea de interrogar á *don* Vigilio y quiso la suerte que, aquella noche, después de cenar, encontrase al secretario en el corredor, con su palmatoria en la mano y en el momento en que iba á acostarse.

—¡Tengo que contaros tantas cosas! Os suplico, querido señor, que paséis un momento á mi cuarto.

Con un gesto hízole callar y luego añadió en voz baja:

—¿No visteis al abate Paparelli en el primer piso? Nos seguía.

Con mucha frecuencia encontraba Pedro en la casa al caudatario, cuya cara flácida, aire socarrón y huroneador de solterona con falda negra, le disgustaba soberanamente. Pero nunca le había inquietado su presencia y le sorprendió la pregunta. Por otra parte *don* Vigilio, sin esperar la respuesta, habíase vuelto al extremo del corredor, en donde se detuvo á escuchar durante largo rato. Volvióse después á paso de lobo, apagó su vela y de un salto entró en el cuarto de su vecino.

—Ya estamos,—murmuró cuando se cerró la puerta,—si no tenéis inconveniente, no nos quedemos en este salón, pasemos á vuestro dormitorio, pues valen más dos paredes que una.

Cuando la lámpara estuvo sobre la mesa y ambos se sentaron en el fondo de aquella pieza descolorida, cuyo papel gris liso, los muebles descabalados, el suelo y las

paredes tenían la melancolía de las cosas viejas, pudo observar Pedro que el abate Vigilio sufría un acceso de calentura más intenso que de costumbre. Su cuerpo enflaquecido tiritaba y nunca sus ojos de brasa habíanse inflamado con tan negro fulgor, destacándose sobre su faz amarillenta, estragada por la fiebre.

—¿Es que no os encontráis bien? No quisiera fatigaros.

—¡Bien! ¡Ah! ¡Mis carnes abrasan! Pero á pesar de eso quiero hablaros. ¡No puedo más! ¡No puedo más! Es preciso que un día ú otro me desahogue.

¿Era su enfermedad la que hacía desease distracción? ¿Era que quería romper un largo silencio para no morir ahogado? En seguida hizo que Pedro le contase cuanto le había ocurrido durante los últimos días y se excitó más cuando supo de qué manera habían recibido al visitante el cardenal Sarno, monseñor Fornaro y el padre Dangelio.

—¡Eso es! ¡Eso mismo! ¡Y no me extraña nada y, sin embargo, me indigno con vos! Sí, lo que sucede no me importa y no obstante háceme enfermar, porque despierta el recuerdo de mis miserias, ¡de las mías! Es preciso no contar con el cardenal Sarno, que vive muy lejos, siempre allá, en remotos países y que jamás hizo un favor á nadie, pero ¡Fornaro! ¡Ese Fornaro!

—Me pareció muy amable, mejor dicho, bondadoso, y en realidad se me figura que, á consecuencia de mi visita, modificará bastante su dictamen.

—¡Modificarlo él! Va á ensañarse con vos tanto como amable se mostró. Se va á cebar, á comeros y engordará con vuestra fácil presa. ¡Ah! ¡No le conocéis; con su aspecto agradable, está siempre al acecho para ir haciendo su fortuna con las desgracias de los pobres diablos, cuya derrota sabe que ha de ser agradable á los poderosos! Así que prefiero al otro, al padre Dangelio, que es un hombre terrible, pero al menos franco y valiente y dotado de una inteligencia superior. Puedo añadir desde luego que éste os quemaría como un puñado de paja si estuviese en su mano el hacerlo si fuese el amo... Y si pudiese decíroslo todo, si yo os hiciese penetrar conmigo en lo que hay detrás de las exterioridades de ese mundo, veríais los monstruosos apetitos de ambición, las complicaciones abomi-

nables de las intrigas, las venalidades, las cobardías, las traiciones y hasta los crímenes!

Al verle tan exaltado tajo la llama de un odio tal, Pedro creyó que podría obtener cuantos informes había buscado en vano hasta entonces.

—Decidme únicamente en donde se halla mi asunto. Cuando llegué aquí y os pregunté, me respondisteis que ningún documento había llegado aún á poder del cardenal. Pero los autos se incoaron y debéis estar enterado, ¿no es esto? Y á propósito de eso, monseñor Fornaro me habló de tres obispos franceses que han delatado mi libro, exigiendo que se le persiguiese. ¡Tres obispos! ¿Será posible?

Don Vigilio se encogió violentamente de hombros.

—¡Ah! ¡Qué buena alma sois! A mí me choca que no sean más que tres... Sí, muchos documentos referentes á vuestro asunto se hallan en mi poder y desde luego ya me figuraba yo lo que podía ser vuestro negocio. Los tres obispos son: el primero el de Tarbes que, indudablemente, no es más que un ejecutor de las venganzas de los Padres de Lourdes, y después los de Poitiers y de Evreux, conocidos ambos por su intransigente ultramontanismo y además por ser apasionados adversarios del cardenal Bergerot. No ignoráis que este último está mal visto en el Vaticano, en el que sus ideas galicanas, y su espíritu ampliamente liberal, producen verdaderas tempestades de cólera... Y no busquéis más en ninguna parte, porque todo el mal está allí; es una ejecución lo que los Padres de Lourdes exigen al Santo Padre, sin contar con qué se desea alcanzar, por cima de vuestro llibro, al cardenal Bergerot, gracias á la carta aprobatoria que con tanta imprudencia os envió y que publicásteis á manera de prefacio... Desde hace mucho tiempo las condenaciones del Indice no son más, tratándose de eclesiásticos, que puñaladas asestadas en la sombra. La delación asquerosa reina como señora soberana y á ésta sigue la ley del capricho. Podría citaros hechos increíbles, libros inocentes, escogidos entre otros cien para matar una idea á un hombre; porque detrás del autor se apunta siempre á alguien, pero más lejos y más alto. Hay allí un nido tal de intrigas y una fuente tan copiosa de abusos, en la que sacian la sed de venganzas

y los bajos rencores personales, que la institución del Indice se derrumba y aquí mismo, entre los que rodean al papa, se siente la necesidad absoluta de reglamentarlo de nuevo y muy pronto, si no se quiere que caiga en completo descrédito... Empeñarse en conservar el poder universal con todas las armas, lo comprendo; pero es preciso que esas armas sean posibles, que no induzcan á la rebelión con la imprudencia de su injusticia y que con su procedimiento anticuado é infantil no hagan sonreir!

Con el corazón oprimido por doloroso asombro, escuchó Pedro esto. Sin duda, desde que estaba en Roma, desde que veía á los Padres de la Gruta, saludados y respetados y dominadores por las regias limosnas que hacían al dinero de San Pedro, comprendía que estaban azuzando las persecuciones y adivinó que querían hacerle pagar la página de su libro en que hacía constar que en Lourdes había una distribución inicua de la fortuna, un espectáculo tremendo que hacía dudar de Dios, una continua causa de combate que debía desaparecer en la sociedad verdaderamente cristiana de mañana (1). A la sazón se daba cuenta también del escándalo que debía haber producido su alegría confesada, al ver destruído el poder temporal, y sobre todo aquellas malhadadas palabras de la «religión nueva». Lo que por sí sólo bastaba para armar á sus delatores; pero lo que más le admiraba y desesperaba era el saber que consideraban como á un crimen la carta del cardenal Bergerot, su libro delatado y condenado para herir de soslayo al prelado venerable, al que no se atrevían á atacar de frente. El pensamiento de afligir á aquel hombre tan santo, de ser para él causa de su derrota, á pesar de su ardiente caridad, le hacía sufrir cruelmente. ¡Y qué desesperación más grande al encontrar en el fondo de esas querellas, en las que sólo debía luchar el amor al prójimo ó la caridad, las más sucias cuestiones de dinero ó de orgullo, los apetitos desenfrenados del más feroz egoismo!

Después de pensar en todo, produjose en Pedro una re-

(1) Véase la obra LOURDES, de E. Zola, publicada por esta Casa Editorial.—N. del T.

belión contra ese Indice odioso é imbécil. Sabía al presente cuál era su funcionamiento desde la delación hasta la pública exposición de los nombres de los libros condenados. El secretario de la congregación, el padre Dangelio, al que había visto, era el que recibía la delación é instruía desde luego el proceso, ordenaba los autos con su pasión de monje autoritario y letrado, soñando en gobernar las conciencias y las inteligencias como en los tiempos heroicos de la Inquisición. De los prelados consultores, había visto á uno, á monseñor Fornaro, encargado de dictaminar acerca de su libro, tan ambicioso y tan benévolo y teólogo tan sutil, que no se habría apurado mucho para encontrar ataques á la Fe en un tratado de álgebra, cuando el avance de su fortuna lo exigía.

Tras esto venían las raras y contadas reuniones de los cardenales de la congregación, que votaban suprimiendo desde lejos un libro enemigo con la melancólica desesperación de no poder hacer lo mismo con todos, y por último el papa aprobando y firmando el decreto, una pura formalidad, porque todos los libros ¿no eran culpables? ¡Pero qué extraordinario y lamentable bastión del pasado ese Indice envejecido, caduco y vuelto á la infancia! Se comprendía cuán formidable debió ser su poder en la época en que los libros eran muy escasos y en que la Iglesia tenía tribunales de sangre y fuego para hacer ejecutar sus sentencias. Después multiplicáronse los libros de tal manera, el pensamiento escrito é impreso se convirtió en un torrente tan profundo y caudaloso, que aquella corriente lo inundó y lo sumergió todo. Inundado, reducido á la impotencia, hallábase entonces el Indice, encerrado dentro de la vana protesta de condenar en montón la colosal producción actual, limitando cada vez más su esfera de acción, entregándose únicamente al examen de las obras escritas por eclesiásticos, y en esto llegó á corromper su misión, viciándose con las malas pasiones y convirtiéndose en instrumento de venganzas, de odios y de asquerosas intrigas. ¡Ah! ¡Esa miseria de ruina, esa confesión de vejez imposibilitada, de parálisis general y creciente, viviendo en medio de la burlona indiferencia de los pueblos!

El catolicismo, el antiguo agente glorioso de la civilización, haber venido á parar á esto ¡á arrojar al fuego de su

infierno los libros á montones! ¡Casi toda la literatura, la historia, la filosofía y la ciencia de los siglos pasados y del nuestro! En los momentos actuales se publican pocos libros que estén exentos de caer bajo los anatemas de la Iglesia; lo que hace ésta, es que si parece que cierra los ojos, lo hace para evitar el trabajo imposible de perseguirlo y destruirlo todo y sí, no obstante, se empeña en conservar su soberana autoridad sobre las inteligencias, es á manera de reina antigua que, desposeída de sus estados, y sin poder disponer ni de jueces ni de verdugos, continuase dictando inútiles sentencias acatadas por una ínfima minoría. Supóngasela por un momento victoriosa, triunfante, dueña por un milagro del mundo moderno y se pregunta uno qué es lo que haría con el pensamiento humano contando con tribunales para condenar y fuerzas organizadas para ejecutar. Supóngase por un momento las reglas del Indice puestas en práctica al pie de la letra, un impresor sin poder hacer una obra á no contar previamente con la licencia del Ordinario; todos los libros sometidos luego á la congregación; el pasado expurgado, el presente agarrotado y sometido al régimen del terror intelectual. ¿No sería esto la clausura de todas las bibliotecas, el encierro en un calabozo de todo el pensamiento escrito, el porvenir cerrado y la detención total de todo progreso y adelanto conquistador? En nuestros días, ahí está Roma como un ejemplo terrible de tan desastrosa experiencia, con su helado suelo, su muerta savia, muerta por siglos de gobierno papal; Roma, que ha llegado á ser tan estéril, que, á pesar de haber pasado veinticinco años desde que despertó, no ha podido nacer allí ni un hombre, ni una obra. ¿Y quién sería capaz de aceptar eso, no entre los espíritus revolucionarios, sino entre los espíritus religiosos de alguna ilustración y amplitud de miras? Todo se derrumbaba entre lo infantil y lo absurdo.

Era profundo el silencio que reinaba y Pedro, al que esas reflexiones trastornaron, hizo un gesto desesperado al ver *á don* Vigilio mudo en su presencia. Por un momento calláronse ambos entre la inmovilidad de muerte que subía del antiguo adormecido palacio, en medio de aquella habitación cerrada, iluminada por la luz tranquila de la lámpara. Y fué *don* Vigilio el que se inclinó con la mi-

nada centelleante para murmurar con un ligero estremecimiento de su fiebre:

—Sabedlo de una vez; en el fondo de todo esto, están ellos, siempre ellos.

Pedro, que no le comprendió, le miró con asombro, inquietándole aquellas palabras incoherentes y dichas sin aparente transición.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los jesuítas!

Y el clérigo, enflaquecido, amarillento, concentró en ese grito la rabia acumulada de su pasión que estallaba. ¡Ah! ¡Peor para él si cometía una nueva tontería! ¡Al fin había pronunciado la palabra terrible! Dirigió, sin embargo, una mirada de extravío y de desconfianza alrededor del cuarto. Luego después se desahogó con un torrente de palabras, tanto más irresistible, cuanto más tiempo hacía que lo había contenido en el fondo de su corazón.

—¡Ah! ¡Los jesuítas! ¡Los jesuítas! Os figuráis conocerlos y no sospecháis siquiera cuán abominables son sus obras, ni cuán grande, inmenso su poderío. No hay más que ellos, en todas partes y siempre. Decidlo así, en cuanto ceséis de comprender, si es que queréis comprender lo que sucede. Cuando tengáis un disgusto, os suceda algo, sufráis ó lloréis, pensad siempre: «Son ellos que están ahí.» No estoy seguro de que no haya uno oculto en ese armario ó bajo el lecho... ¡Ah! ¡Los jesuítas! ¡Los jesuítas! Ellos me devoraron y me devoran y seguramente que no dejarán nada de mi carne ni de mis huesos.

Con voz entrecortada contó su historia y relató cuan llena de esperanzas había sido su juventud. Pertenecía á la nobleza de provincias, rico, con buenas rentas y dotado de una inteligencia muy viva, muy dúctil, y con un porvenir sonriente. A la sazón podía haber sido ya prelado y hallarse en disposición de aspirar á cargos más elevados; pero cometió la torpeza de hablar mal de los jesuítas y de oponerse á sus planes en dos ó tres circunstancias y desde entonces, según decía, habían hecho llover sobre él todos los males imaginables; su padre y su madre murieron, su banquero huyó y las buenas colocaciones se le escapaban en cuanto se preparaba para obtenerlas, persiguiéndole toda clase de desdichos en su santo ministerio, hasta el

punto de que le pusiesen en entredicho. No gozaba más que un poco de reposo desde el día en que el cardenal Boccanera, compadecido de su desgracia, le tomó á su servicio.

—Este es el refugio, el asilo. Execran á su eminencia que jamás tuvo á su lado y aun no se han atrevido á atacarle á él ni á los que le rodean. ¡Ah! No, no me hago ilusiones, algún día me cogerán otra vez! Tal vez se enteren de nuestra conversación de esta noche y me la hagan pagar muy cara, porque hice mal hablando, pero hablé á pesar mío. Me robaron toda mi dicha y me dieron todas las desgracias posibles, ¡todas!... ¡todas! ¡Ya lo oís!

Creciente malestar fuese apoderando de Pedro, que exclamó haciendo por tomarlo á broma:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Y son también los jesuítas los que hicieron que os atacasen las calenturas?

—¡Sí, sí que fueron ellos!—respondió con violencia *don* Vigilio.—Cogí esas calenturas á orillas del Tíber una noche que me fuí allí á llorar la gran pena que me dominaba al verme expulsado de la modesta iglesia de que estaba encargado.

Hasta entonces no había querido Pedro creer nunca en la terrible leyenda de los jesuítas. Pertenecía á una generación que se sonreía al hablar del hombre lobo y que encontraba un poco ridículo el miedo burgués á los hombres negros, ocultos entre las paredes y aterrorizando á las familias. Aquello era para él como cuentos de nodriza exagerados por las pasiones políticas y religiosas. Por esto se quedó mirando con asombro á *don* Vigilio, temeroso de tenérselas que haber con un maniático.

No obstante evocó en su mente la historia extraordinaria de los jesuítas. Si San Francisco de Asís y Santo Domingo son el alma y el espíritu de la Edad Media, los maestros y los educadores; el uno expresando toda la ardiente fe caritativa de los humildes, y el otro defendiendo el dogma, fijando la doctrina para los inteligentes y los poderosos, Ignacio de Loyola preséntase en el umbral de los tiempos modernos para salvar la sombría herencia que corría gran peligro, acomodando la religión á las nuevas sociedades dándola otra vez el imperio del mundo que va

á nacer. Desde luego parecía haberse hecho la experiencia. Dios, en su lucha intransigente con el pecado iba á ser vencido, porque en adelante era seguro que la antigua voluntad de suprimir el pecado, de matar el hombre en el hombre mismo, con sus apetitos, sus pasiones, su corazón y su sangre, no podía producir más resultado que el de una derrota desastrosa en la que la Iglesia se encontraba en vísperas de naufragar. Y fueron los jesuítas los que acudieron á salvarla de semejante peligro, devolviéndola á la vida conquistadora, decidiendo que es ella la que debe ir al mundo ya que éste parece no querer ir á ella. Todo está en eso, declaran que hay arreglos con el cielo, se pliegan á las costumbres, á los prejuicios, hasta á los mismos vicios, mostrándose sonrientes, condescendientes, sin ningún rigorismo, y dando muestra de una diplomacia amable, pronta á emplear las más grandes abominaciones para la mayor gloria de Dios. Ese es su grito de reclutamiento y esa su moral flúida, esa moral de que se ha hecho un crimen; la de que todos los medios son buenos para conseguir el objeto, cuando ese objeto son los intereses del mismo Dios representados por los de su Iglesia.

¡Qué exito más colosal! Pululan, tardan muy poco en llenar la tierra y en ser en todas partes y sin disputa los dueños. Confiesan á los reyes, adquieren riquezas inmensas y poseen una fuerza invasora tan grande, que no ponen el pie en un país, por muy humildemente que lo hagan, sin que en seguida no se apoderen de él con almas, cuerpos, poder y fortuna. Fundan sobre todo escuelas, son incomparables moldeadores de cerebros, porque han comprendido que la autoridad pertenece siempre al mañana, á las generaciones que brotan y de las que es preciso continuar siendo los amos si se quiere reinar eternamente. Su poderío es tal, basado en la necesidad de una transacción con el pecado, que, al día siguiente del Concilio de Trento, transforman el espíritu del catolicismo, le penetran y se lo identifican, llegando á ser los soldados indispensables del papado que vive de ellos y para ellos. Desde entonces Roma les pertenece, Roma, en la que durante tanto tiempo mandó su general, de donde salieron las consignas de esa táctica obscura y genial llevada á cabo ciegamente por un ejército numeroso, cuya sabia organización cubre el globo con una red de hierro bajo el aterciopelado cutis de unas manos delicadas muy acostumbradas á manejar á la pobre humanidad doliente. El prodigio, empero, es el de la asombrosa extraordinaria vitalidad de los jesuítas sin cesar acosados, condenados, ejecutados y á pesar de eso siempre en pie. En cuanto su poder se afirma empieza su impopularidad y se hace poco á poco universal. Es un acoso general, una grita de execración que se eleva contra ellos, acusaciones abominables, procesos escandalosos en los que aparecen como malhechores ó corruptores. Pascal, los entrega al desprecio público, los parlamentos condenan sus libros al fuego, y las Universidades rebaten su enseñanza y su moral como deletéreas. En cada reino provocan tales perturbaciones y luchas tan grandes que pronto los expulsan de todas partes. Durante más de un siglo andan errantes, arrójanles de todas partes y más tarde vuélvenlos á llamar, pasando así y repasando las fronteras, saliendo de un país entre gritos de odio para volver después cuando se apaciguó todo. Por último, suprímelos un papa, lo que fué un desastre tremendo para ellos, los restablece otro y desde aquella época están como tolerados. Y en esa diplomática anulación, en la sombra voluntaria en la que prudentemente viven, no dejan de ser los triunfadores, de tener el aire tranquilo y seguro de la victoria como soldados que conquistan para siempre la tierra.

Sabía Pedro que en la actualidad, á no juzgar más que por la apariencia de las cosas, parecen desposeídos de Roma. Han dejado de cuidar del culto en la iglesia de Jesús y no dirigen tampoco el Colegio Romano en el que educaron tantas almas y, sin casa propia, reducidos á la hospitalidad extraña, hánse refugiado modestamente en el Colegio Germánico en el que hay una capillita. ¿Era necesario creer en una habilidad soberana, en la habilísima astucia de desaparecer para seguir siendo los amos secretos y todopoderosos, la voluntad oculta que lo dirige todo? Se decía que la infalibilidad pontificia era obra suya, arma con que ellos mismos se armaron, fingiendo hacerlo con el papado para las necesidades próximas y decisivas que su genio adivinó en vísperas de grandes trastornos sociales. Entonces sería tal vez cierto lo que en un es-

tremecimiento de misterio contaba *don* Vigilio acerca de esa soberanía oculta, esa mano que intervenía en el gobierno de la Iglesia, en el Vaticano; en esa realeza ignorada y total.

De pronto y bruscamente, acudió á la mente de Pedro una idea que preguntó:

—¿Es pues jesuíta, monseñor Nani?

Ese nombre pareció devolver á *don* Vigilio toda su inquieta pasión é hizo un ademán con mano temblona.

—¡El! ¡Ah! Es demasiado fuerte, hábil y con exceso precavido para haberse puesto la faja; pero salió del Colegio Romano en que se formó su generación y se infiltró con ese genio de los jesuítas que se adapta de una manera tan admirable al suyo propio. Si comprendió el peligro, el de señalarse adoptando una librea impopular y engorrosa, no por eso es menos jesuíta, ¡oh! jesuíta en la carne, en los huesos, en el alma y superiormente. Tiene la evidente convicción de que la Iglesia no puede triunfar más que sirviéndose de las pasiones de los hombres, y lo cree porque la ama sinceramente; es muy piadoso en el fondo, muy buen sacerdote, sirviendo á Dios sin debilidad alguna por el poder absoluto que da á sus ministros. Aparte de esto, es tan amable, incapaz de cometer una falta ó una brutalidad, ennoblecido por la línea de nobles venecianos, sus ascendientes, instruído profundamente por el conocimiento de la sociedad, con la que estuvo muy mezclado en Viena, en París, en las nunciaturas, sabiéndolo y conociéndolo todo, gracias á las delicadas funciones que desempeña desde hace diez años como asesor del Santo Oficio. ¡Ah! ¡Es toda una potencia! ¡No es el jesuíta furtivo, cuya negra sotana se desliza entre la desconfianza de Oficio. ¡Ah! ¡Es toda una potencia! No es el jesuíta furtivo, cuya negra sotana se desliza entre la desconfianza de todos, sino el jefe sin uniforme que le señale, ¡es la cabeza, es el cerebro!

Estas palabras hicieron que Pedro se pusiese serio, porque no se trataba de hombres ocultos en las paredes, ni de sombríos complots de una secta novelesca. Si esos cuentos no se avenían bien con su excepticismo, admitía sin inconveniente que una moral oportunista, como la de los jesuítas, nacida de las necesidades de la lucha por la vida,

se había inoculado y predominaba en la iglesia entera. Aun cuando desapareciesen los jesuítas, su espíritu los sobreviviría, puesto que era el arma de combate, la esperanza de victoria, la sola táctica que podía hacer que los pueblos fuesen á parar al dominio de Roma. Y la lucha seguía, en realidad, en esa tentativa de acomodamiento que se perseguía entre la religión y el siglo. Comprendió desde luego que hombres, como monseñor Nani, pudiesen adquirir una importancia enorme, decisiva.

—¡Ah! ¡Si supieseis! ¡Si supieseis!—siguió diciendo *don* Vigilio.—Está en todas partes y en todo pone mano. ¡Mirad! Aquí, en casa de los Boccanera, no pasa nada sin que yo no lo encuentre en el fondo, enredando ó desenredando los hilos, según las necesidades que él sólo conoce.

Y con esa fiebre inagotable de confidencias, cuya crisis le abrasaba, contó de qué manera monseñor Nani había trabajado el divorcio de Benedetta. Los jesuítas han conservado siempre, á pesar de su espíritu de conciliación, una actitud irreconciliable respecto á Italia, sea porque no desesperan de reconquistar á Roma, ó sea porque esperan á que suene la hora de tratar con el verdadero vencedor. Comensal familiar desde hacía mucho tiempo de *donna* Serafina, Nani la aconsejó y la ayudó para que recobrase á su sobrina y á precipitar la ruptura con Prada en cuanto Benedetta perdió á su madre. Fué él, quien, para despojar moralmente al abate Pisoni, al cura patriota confesor de la joven, al que acusaban de haber hecho el casamiento, la impulsó á que tomase al mismo director espiritual que su tía, el padre jesuíta Lorenzo, hombre apuesto, de hermosos ojos claros y bondadosos, cuyo confesonario se hallaba en la capilla del Colegio Germánico. Y parecía indudable que esta maniobra decidió toda la aventura y lo que un cura hizo en favor de Italia, un padre jesuíta lo deshizo en contra de Italia.

¿Por qué Nani, después de consumada la ruptura, parecía haberse apartado durante un momento del asunto hasta el punto de dejar en peligro de perderse la demanda de anulación del matrimonio? ¿Y por qué se ocupaba otra vez, haciendo que comprasen á monseñor Palma, poniendo á *donna* Serafina en campaña é interviniendo él mismo con su influencia sobre los cardenales de la congregación del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Concilio? En todo esto había puntos obscuros, lo mismo que en todos los asuntos de que se ocupaba; porque era más que nada, hombre de combinaciones á largo plazo. Se podía suponer, sin embargo, que quería apresurar el casamiento de Benedetta y Darío para acabar de una vez con las abominables habillas de la sociedad blanca, que acusaba al primo y á la prima de no tener en el palacio más que un solo lecho, y esto, bajo la mirada llena de indulgencia de su tío cardenal. O tal vez que ese divorcio, obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de las influencias de más notoriedad, era un escándalo voluntario, primero llevado con mucha lentitud, y después precipitado al presente para perjudicar al mismo cardenal, del que los jesuítas podían quizás, tener necesidad de desembarazarse en alguna circunstancia próxima.

—Me inclino bastante á esta suposición,—dijo *don* Vigilio como conclusión,—tanto más, porque esta noche he sabido que el papa está algo enfermo. Con un anciano, que pronto tendrá ochenta y cuatro años una catástrofe repentina no es imposible, y el papa no puede tener un constipado sin que todo el Sacro Colegio y la prelatura toda no estén en el aire, transtornados, revueltos por la brusca batalla de las ambiciones. Los jesuítas han combatido siempre la candidatura del cardenal Boccanera á pesar de que deberían estar á su lado por su rango y por su intransigencia respecto á Italia; pero les inquieta la idea de darse semejante amo al que le tildan de una rudeza intempestiva, de una fe violenta sin ductibilidad y demasiado peligrosa hoy en estos tiempos de diplomacia porque atraviesa la Iglesia... No me extrañaría nada, por tanto, que procurasen desacreditarle, hacer que su candidatura sea imposible, valiéndose para ello de los medios más vergonzosos y más ocultos.

A Pedro empezó á invadirle un ligero estremecimiento de miedo. El contagio de lo desconocido, de las tenebrosas intrigas tramadas en la sombra, obraba sobre él, en medio del silencio de la noche, en el fondo de ese palacio, cerca de ese río Tíber y en esa Roma toda ella llena de dramas legendarios. Hizo, al fin, un brusco retorno á sí mismo, á su caso personal.

—¡Pero yo! ¡Yo en todo eso! ¿Por qué parece que mon-

señor Nani se interesa por mí? ¿Cómo se encuentra mezclado en el proceso que se sigue á mi libro?

Don Vigilio hizo un gran gesto.

—¡Ah! ¡No se sabe nunca! ¡No se sabe nunca la verdad! Lo que puedo asegurar es que no se enteró del asunto hasta que las declaraciones de los obispos de Tarbes, de Poitiers y de Evreux, estaban ya entre las manos del padre Dangelio, el secretario de la congregación del Indice. He sabido que entonces hizo grandes esfuerzos para que ese proceso no siguiese adelante, considerándolo, sin duda, impolítico é improcedente. Pero cuando la congregación se aapodera de un asunto, es muy difícil, si no es imposible, hacérselo soltar, y esto con mayor motivo porque tropezó con el padre Dangelio, con este que, como buen dominico, es adversario encarnizado de los jesuítas... Fué entonces cuando hizo que la *contessina* escribiese al señor de la Choue para que os dijese que viniéseis á defenderos y para que aceptáseis, durante la permanencia en Roma, hospitalidad en este palacio.

Esta revelación acabó de emocionar á Pedro.

—¿Estáis seguro de lo que decís?—preguntó.

—Completamente seguro, porque un lunes oí hablar de vos y ya os indiqué que parecía conoceros íntimamente lo mismo que si se hubiese entregado á minuciosas investigaciones acerca de vuestra persona. Para mí había leído vuestro libro y estaba sumamente preocupado.

—¿Creéis pues que profesa mis ideas, que sería sincero al defenderle y haciendo esfuerzos para defenderme á mí?

—¡Oh! ¡No! ¡No, de ningún modo! ¡Con seguridad que execra vuestras ideas, á vuestro libro y á vos mismo! Es preciso conocerle y saber que bajo su acariciadora amabilidad se oculta un desdén muy grande al débil, un horror al pobre y su amo al poder y á la autoridad. Sin inconveniente os perdonaría acaso lo de Lourdes por más que hay allí una maravillosa arma de gobierno; pero no os perdonaría jamás el poneros al lado de los humildes y míseros de este mundo y el pronunciaros contra el poder temporal. ¡Si le oyeseis burlarse con tierna ferocidad del señor de la Choue, al que llama el sauce llorón elegiaco dell neocatolicismo!...

Llevóse Pedro las manos á las sienes y se oprimió desesperadamente la cabeza.

—Entonces, porque... decidme el por qué, decídmelo... os lo suplico, ¿á qué hacerme venir aquí á esta casa y á su completa disposición? ¿Para qué hacerme pasear durante tres meses por Roma, tropezando con todos los obtáculos imaginables, cansándome, cuando le era tan fácil dejar que el Indice suprimiese mi libro si le estorbaba? Es cierto que las cosas no habrían pasado tranquilamente, porque estaba dispuesto á no someterme, á confesar en voz alta mi nueva fe, hasta contra las decisiones de Roma.

Los negros ojos de *don* Vigilio centellearon en su faz amarillenta.

—¡Eh! Puede que sea que no quiso eso. Sabe que sois muy inteligente y muy entusiasta, y muchas veces le oí que no se debe luchar cara á cara con los entusiasmos, ni con las inteligencias.

Púsose Pedro en pie y ya ni siquiera escuchaba, paseándose muy agitado por la habitación como arrastrado por el desorden de sus ideas.

—Vamos, es necesario que sepa y comprenda si quiero continuar la lucha. Vais á hacerme el favor de prestarme un servicio, el de informarme detalladamente acerca de cada uno de los personajes que figuran en mi asunto. ¡Jesuítas, jesuítas por todas partes! ¡Dios mío! Lo veo, tal vez tenéis razón... Aunque así sea, es preciso que me expliquéis los matices. Así, por ejemplo, Fornaro...

—Monseñor Fornaro, ¡oh! Es un poco de todo y lo quieren; pero también está educado en el Colegio Romano y estad persuadido de que es jesuíta por educación, jesuíta por posición y ambición. Arde en deseos de ser cardenal y si llega á serlo algún día, le consumirán los de ser papa; ¡todos ellos son candidatos al papado desde que salen del Seminario!

—¿Y el cardenal Sanguinetti?

—¡Jesuíta! ¡Jesuíta! Entendamos; lo ha sido, después dejó de serlo y ahora indudablemente lo es. Sanguinetti ha coqueteado con todos los poderes. Durante largo tiempo le creyeron partidario de la conciliación entre la Santa Sede é Italia; después, cuando todo se echó á perder, tomó partido violentamente en contra de los usurpadores. Del

mismo modo varias veces tuvo altercados con León XIII, hizo después las paces y vive hoy con el Vaticano bajo cierta diplomática reserva. En resumen, que no tiene más que un objeto y es el de conseguir la tiara, pero lo demostró demasiado á las claras y esto gusta mucho á los candidatos... por el momento parece que la lucha está ceñida al lado de los jesuítas explotando el odio de éstos hacia su rival, contando con que, en su deseo de inutilizar á Boccanera, se verán obligados á sostenerle á él. Lo dudo yo mucho porque son muy ladinos y vacilarán antes de patrocinar á un candidato que se comprometió tanto... En cuanto á él, cizañero, apasionado, orgulloso, no sospecha nada y puesto que, según me decís, está en Frascati, estoy seguro de que fué á encerrarse allí en cuanto se enteró de la noticia de la enfermedad del papa y con algún fin de elevada táctica.

—¡Y bien! ¿Y el papa León XIII?

Al oir la pregunta vaciló un poco *don* Vigilio y sus ojos parpadearon.

—¿León XIII? ¡Es jesuíta! ¡Jesuíta! Sé muy bien que dicen que está con los dominicos, y esto es cierto, si se quiere, porque se cree animado por su espíritu y volvió al favor á Santo Tomás y restauró sobre esa doctrina toda la enseñanza eclesiástica... pero hay también en él un jesuíta sin quererlo, sin saberlo, y el papa actual será de esto el ejemplo más famoso. Estudiad sus actos, daos cuenta de su política y veréis la emanación, la acción misma del alma jesuíta y esto es porque se impregnó á pesar suyo, y es también porque todas las influencias que obran sobre él, directa ó indirectamente, salen de ese horno, ¿por qué, no me creéis? Os repito que los jesuítas lo han conquistado, absorbido todo, que Roma entera es suya, desde el clérigo más humilde hasta el mismo Padre Santo.

Y continuó respondiendo á cada nuevo nombre citado por Pedro, con ese grito testarudo y monomaníaco: ¡jesuíta! ¡jesuíta! Parecía que no era posible ser otra cosa en la Iglesia, y que esa explicación se refería á un clero reducido á pactar con el mundo nuevo si quería salvar á su Dios. La edad heroica del catolicismo había pasado y no podía vivir en adelante más que con el auxilio de diplomacia y de astucias, de concesiones y de acomodos.

—¡Y ese Paparelli, jesuíta, jesuíta!—siguió diciendo *don* Vigilio bajando instintivamente la voz.—¡Oh! Sí, es jesuíta pero el jesuíta humilde y terrible, el jesuíta practicando el más abominable de sus trabajos, el del espionaje y de la perversión! Juraría que lo han colocado aquí para espiar á su eminencia, y hay que ver con qué genio de ductibilidad y de astucia consiguió desempeñar su tarea, hasta el extremo de que hoy es su voluntad la que impera, pues abre la puerta á quien le place, dispone de su amo como de casa propia, influyendo en cada una de sus resoluciones. Y poseyéndole por último con la lenta invasión de cada hora.

—¡Sí! Es la conquista del león por el insecto; es el infinitamente pequeño que dispone del infinitamente grande y ese clérigo tan íntimo, ese caudatario cuyo papel es el de sentarse á los pies de su cardenal como un perro fiel, es el que manda, el que en realidad domina y le impulsa hacia donde quiere... ¡Ah! ¡jesuíta, jesuíta! Desconfiad de él, cuando le veais deslizarse sin ruido envuelto en su raida sotana, semejante á una ajada solterona con falda negra, con su cara flácida y arrugada de devota vieja. Enteraos si está detrás de alguna puerta, en el fondo de un armario ó bajo los lechos. Lo que os digo, que os devorarán como me han devorado á mí, y que harán que tengáis la fiebre, la peste si no tenéis previsión.

De pronto detúvose Pedro delante del presbítero secretario; perdía pie y la cólera y el temor acababan por apoderarse de él. Y después de todo, ¿por qué no habían de ser verdaderas todas aquellas historias?

—¡Dadme entonces un consejo!—exclamó.—Si esta noche os pedí que entraseis en mi cuarto, fué porque no sabía lo que debía hacer y tenía necesidad de alguien que me guiase hacia el buen camino.

Interrumpióse, continuó su agitado paseo como impulsado por el desbordamiento de la pasión.

—¡Y si no, está bien, no me digáis nada! Todo ha concluído y prefiero marcharme. Ese pensamiento se me había ocurrido ya antes de ahora; pero durante una hora de cobardía, con la idea de desaparecer, de volverme á vivir en paz á mi rincón; mas si ahora me marcho será como vengador, como justiciero, para decir en voz muy alta en

París lo que ví en Roma; lo que han hecho del cristianismo de Jesús; el Vaticano cayendo hecho polvo, el olor á cadáver que aquí se desprende de todo, la estúpida ilusión de los que esperan ver salir un renuevo del alma moderna de ese sepulcro en donde duerme la descomposición de los siglos... ¡Oh! ¡No cederé; no me someteré, sino que defenderé mi libro con otro nuevo! Y de lo que sí os respondo, es de que éste hará mucho ruido en el mundo, porque tañerá el toque de agonía de una religión que se muere y á la que es preciso enterrar pronto si no se quiere que los restos emponzoñen á los pueblos.

Esto ya no cogía en el cerebro de *don* Vigilio, en el que se despertaba el clérigo italiano con su estrechez de miras y de creencias y su ignorante terror ante las nuevas ideas. Y asustado cruzó las manos.

—¡Calláos! ¡Calláos! Eso son blasfemias... y además no podéis marcharos así, sin intentar otra vez ver á Su Santidad, que es el único soberano. Sé que voy á sorprenderos; pero el padre Dangelio, burlándose, os dió un buen consejo, volved á ver á monseñor Nani, porque es el único que os abrirá las puertas del Vaticano.

Experimentó Pedro un nuevo sobresalto de cólera.

—¡Cómo! ¿Salí de monseñor Nani y he de volver á monseñor Nani? ¿Qué juego es éste? ¿Puedo conformarme en ser un volante que se envían de uno á otro todos los jugadores con sus raquetas? ¡Al fin y á la postre se están burlando de mí!

Trastornado, rendido, dejóse caer Pedro en un sillón enfrente del abate que no se movía y cuyo rostro había tomado un matiz plomizo como resultado de tan larga velada; sus manos temblaban como siempre. A esas palabras siguió un prolongado silencio. Después de esto explicó *don* Vigilio que tenía otra idea, que conocía un poco al confesor del papa, un padre franciscano, de gran sencillez, al que podrían dirigirse. Tal vez, á pesar de su humildad, el concurso de ese padre podría serles de gran utilidad. Era una prueba que podía interesarse. El silencio empezó otra vez, y Pedro, cuyas vagas miradas fijábanse en la pared, acabó por distinguir el antiguo cuadro que tanto le conmoviera en el día de su llegada. A la pálida luz de la lámpara acababa de verle destacarse, y vivir cual si fuese

la encarnación misma de su caso, de su desesperación inútil ante la puerta rudamente cerrada de la verdad y de la justicia. ¡Ah! Cuánto se le parecía á aquella mujer expulsada, aquella obstinada del amor, sollozando, con la cara cubierta por el cabello y que no se podía ver, caída en los escalones del palacio, ante la puerta implacablemente cerrada. Estaba tiritando envuelta en un sencillo lienzo, no decía su secreto, infortunio ó falta, dolor inmenso del abandono. Y tras de sus manos contraídas sobre el rostro, Pedro le prestaba el suyo, convertíala en su hermana, como todas las pobres criaturas sin techo ni pan, que lloran al verse desnudas y sin amparo, y que carcomen sus puños al querer forzar el malhadado umbral de los hombres. No podía mirarla sin compadecerla, y se conmovió tanto aquella noche al verla, como siempre, desconocida, sin nombre y sin rostro, y sin embargo, bañado éste por abrasadoras lágrimas, que de pronto preguntó á *don* Vigilio:

—¿Sabéis quién es el autor de ese antiguo cuadro? Me conmueve hasta el fondo del alma como si fuese una obra maestra.

Quedóse el secretario estupefacto al oir pregunta tan inesperada que le hacían de repente sin transición alguna, y levantó la cabeza para mirar al cuadro y le chocó más cuando se fijó en el lienzo ennegrecido, abandonado y encerrado en un marco pobre.

—¿De dónde procede esa pintura? ¿lo sabéis? ¿Cómo se explica que la hayan relegado al fondo de esta habitación?

—¡Oh!—respondió con un gesto de indiferencia.—Eso no vale la pena, pues hay muchos... cuadros antiguos sin ningún valor... En cuanto á ese es probable que haya estado siempre ahí. De todos modos no lo sé y ni siquiera lo había visto.

Púsose al cabo en pie con mucha prudencia. Ese sencillo movimiento le produjo tal estremecimiento, que apenas tuvo fuerzas para despedirse y, al intentarlo, la fiebre hacía castañetear sus dientes.

—No me acompañéis, dejad la luz en donde está... Para concluir, creo que lo mejor sería que os entregaseis en manos de monseñor Nani, porque éste al menos es un hombre superior. Ya os lo dije en cuanto llegasteis, que queráis ó no, haréis cuanto se le antoje. Entonces ¿á qué luchar? ¡Y nunca digáis á nadie ni una palabra de nuestra conversación de esta noche, porque sería mi muerte!

Abrió la puerta sin hacer ruido, miró á todas partes y con desconfianza á derecha é izquierda, procurando penetrar en las tinieblas del corredor y luego se atrevió á salir, desapareció, entró en un cuarto con tanto silencio que ni aun se oyó el roce de sus pies en medio del sueño de la tumba del antiguo palacio.

Impulsado al día siguiente por un deseo de lucha, quiso Pedro intentarlo todo é hizo que *don* Vigilio le recomendase al confesor del papa, á ese padre franciscano, al que el secretario trataba muy poco. Tropezó con un buen fraile, hombre el más timorato, elegido, sin duda, por su misma modestia y sencillez, sin influencia alguna para que no abusase de su posición todopoderosa al lado del papa. Por parte de éste había también una humildad afectada al no tener por confesor más que á uno de los regulares más humildes de la Orden del amigo de los pobres, del santo mendigo de los caminos. Aquel padre gozaba, sin embargo, de fama de ser un fogoso orador lleno de fe y el papa escuchaba sus sermones oculto, según la etiqueta vaticana, tras una cortina; porque, si como soberano pontífice infalible no podía recibir lecciones de ningún presbítero, se admitía que, como hombre, podía sacar partido al escuchar la palabra santa. Fuera de esa elocuencia el buen padre no era más que un sencillo lavandero de almas, el confesor que absuelve y escucha, sin acordarse de las impurezas que lava con las aguas de la penitencia y Pedro, al verle tan realmente pobre y nulo, no insistió para pedirle una intervención que comprendió sería ineficaz.

Aquel día le obsesionó hasta la noche la figura del ingenuo amante de la Pobreza, del delicioso Francisco de Asís, como decía Narciso Habert. Con mucha frecuencia había meditado con asombro, acerca de la venida de ese nuevo Jesús, tan cariñoso con los hombres, las bestias y las cosas; con el corazón inflamado por una caridad tan ardiente hacia los miserables, en esa Italia del egoismo y del goce, en la que la alegría de la belleza es la única que sigue reinando. Sin duda los tiempos han cambiado mu-

cho ¡y qué savia de amor no se necesitó en los antiguos durante los grandes sufrimientos de la Edad Media, para que semejante consolador, surgido del suelo popular, se pusiese á predicar el don de sí mismo á los demás, la renuncia á las riquezas, el horror á la fuerza bruta, la igualdad y la obediencia que deben asegurar la paz del mundo! Recorría los caminos, vistiendo como los más míseros, y ciñendo á su cintura áspera cuerda que sujetaba el burdo sayal, libres sus desnudos pies en las sandalias y sin bolsa ni bastón. Tenía, y lo mismo que él sus hermanos, muy suelta la lengua, predicando con libertad absoluta, pero con un dejo de poesía, un atrevimiento soberano de verdad, convirtiéndose en todas partes en justiciero, atacando á los ricos y á los poderosos, atreviéndose á denunciar á los malos sacerdotes y habiéndoselas cara á cara hasta con los obispos licenciosos, simoniacos y perjuros.

Acogióles un grito de alivio, de esperanza, seguíales el pueblo en masa y fueron los amigos, los libertadores de todos los pequeños, de todos los míseros que sufrían. Por esto, al principio, la aparición de semejantes revolucionarios inquietó á Roma, los papas vacilaron antes de autorizar la orden y cuando cedieron fué seguramente con la idea de utilizar en provecho propio aquella nueva fuerza, la conquista del pueblo ínfimo, de la masa inmensa y vaga cuya sorda amenaza rugió siempre á través de las edades, hasta en las épocas de mayor despotismo. Desde entonces el papado tuvo en los hijos de San Francisco un ejército de continuo vencedor, ejército errante que se esparcía por todas partes, caminos, aldeas, villas, ciudades, que penetraba hasta en el hogar del pobre, del obrero y del labrador, captándose las simpatías de los corazones sencillos. ¡Imagínese el poderío democrático de semejante orden que parecía salida de las entrañas mismas del pueblo! De ahí su rápida prosperidad, el número de frailes que fué en aumento y pululó en pocos años, los numerosos conventos fundados en todas partes, la Orden Tercera invadiendo la población laica hasta el punto de impregnarla y absorberla. Y esto probaba que había en ella una producción del suelo, una vegetación poderosa del tronco plebeyo y era que iba á nacer todo un arte nacional; los

precursores del Renacimiento en pintura, y el mismo Dante, alma del genio de Italia.

Ahora, desde hacía algunos días, veíalas Pedro á aquellas grandes órdenes religiosas de otros tiempos y tropezaba con ellas en la Roma actual. Los franciscanos y los dominicos, que durante tanto tiempo habían combatido juntos por la Iglesia, rivales animados por la misma fe, estaban allí también, pero mirándose cara á cara en sus vastos conventos de próspera apariencia, pero parecía que la humildad de los franciscanos no había contribuído á la larga á mantenerlos apartados. Tal vez se debiese esto á que su papel de amigos y libertadores ha cesado desde que el pueblo se libró por sí mismo por medio de sus conquistas políticas y sociales. Y la única batalla seguía librándose entre dominicos y jesuítas, es decir, entre los predicadores y los educadores, pues unos y otros han tenido y tienen, la pretensión de amasar el mundo á la imagen de su fe. Se oía el rumor de las influencias, era una guerra continua de todas las horas en la que Roma, el poder supremo del Vaticano, era el eterno botín que se disputaban. Los dominicos, sin embargo, en vano contaban con Santo Tomás, que combatía por ellos, pues barruntaban que se derrumbaba su antigua ciencia dogmática y todos los días tenían que ceder un poco de terreno á los jesuítas victoriosos con el siglo. Después seguían los cartujos, revestidos con su hábito blanco, los silenciosos muy santos y muy puros, los contempladores que huyen del mundo, refugiándose en los claustros de tranquilas celdas; los desesperados y los consolados, cuyo número puede ser menor, porque vivirán eternamente cual por toda la eternidad viven el dolor y la necesidad de soledad. Estaban también los benedictinos, los hijos de San Benito, cuya regla admirable ha santificado el trabajo, obreros apasionados de la ciencia y de las letras y que, en su época, fueron durante mucho tiempo instrumentos poderosos de la civilización, que ayudaron á la instrucción universal con sus trabajos inmensos de crítica y de historia, y Pedro, que los estimaba en mucho y que se refugiara entre ellos á nacer dos siglos antes, se admiró al ver que construían en el Aventino un inmenso convento, para el cual había dado León XIII muchos millones, como si

la ciencia de hoy y la de mañana fuese aún un campo en el que pudiesen cosechar algo y ¿para qué? cuando los obreros han cambiado, cuando los dogmas están allí para interceptar el camino á quien debe seguirlo, respetándolos y sin derribarlos de una vez.

Allí también había un pululamiento de las órdenes menores que se cuentan á centenares, como eran los carmelitas, los trapenses, los mínimos, los barnabitas, los lazaristas, los cudistas, los misioneros, los recoletos, los hermanos de la doctrina cristiana; veía al mismo tiempo los bernardos, los agustinos, los teatinos, los observantinos, los celestinos, los capuchinos, sin contar las correspondientes órdenes de mujeres ni las clarisas, ni las religiosas sin número, tales como las religiosas de la Visitación, ó las del Calvario. Cada casa tiene su instalación modesta ó suntuosa y ciertos barrios de Roma formábanse únicamente de conventos y todo aquel pueblo, agrupado tras las mudas fachadas, zumbaba, agitábase, intrigaba animado por la continua lucha de los intereses y las pasiones. La antigua evolución social que los había producido no funcionaba desde hacía mucho tiempo, y no obstante se empeñaban en vivir, siendo cada día más inútiles y estando cada día más debilitados, destinados á sufrir lenta agonía, hasta el día en que les falten á un tiempo el aire y el sol en el seno de la nueva sociedad.

Y en sus diligencias, en sus correrías que empezaron otra vez, no era con los regulares con los que tropezaba Pedro, sino que tenía que habérselas sobre todo con el clero secular, con ese clero de Roma que al cabo fué conociendo muy bien. Una jerarquía muy rigurosa aun, servía para mantener clases y rangos y en lo alto, alrededor del papa, reinaba la familia pontifical, los cardenales y los prelados, muy elevados y muy nobles, con gran prosopopeya y orgullo, bajo su aparente familiaridad. Por bajo de éstos el clero parroquial formaba como una burguesía muy digna, de espíritu prudente y moderado, entre la cual no era raro encontrar algunos curas patriotas. Y la ocupación italiana, al instalar toda una nueva sociedad de funcionarios, testigos forzosos de las costumbres, había producido desde hacía un cuarto de siglo un singular resultado: el de purificar la vida íntima del clero romano,

en la cual, en otra época, desempeñó la mujer un papel tan importante, que Roma era casi un gobierno de criadas señoras, reinando en los hogares de solterones. Se llegaba por último á la plebe del clero, que Pedro había estudiado con mucha curiosidad, á ese conjunto de presbíteros miserables, sórdidos, medio desnudos, vagando en busca de una misa á la manera de animales famélicos, yendo á parar á las hosterías y tabernas sospechosas, en compañía de mendigos ó ladrones. Interesábale, sin embargo, aun mucho más la multitud flotante de clérigos procedentes de toda la cristiandad, los aventureros, los ambiciosos, los creyentes, los locos, á los que Roma atraía, cual de noche atrae la lámpara á los insectos que pululan en la sombra. Habíalos allí de todas las nacionalidades, en todos los estados de fortuna, de todas las edades, galopando bajo el látigo de sus apetitos y moviéndose desde la mañana á la noche alrededor del Vaticano, para morder la presa, de la que habían ido á apoderarse. Los encontraba por todas partes y con alguna vergüenza se decía que era uno de tantos que amontonaba con su unidad ese número increible de sotanas que se encontraba por las calles.

¡Ah! ¡Qué flujo y reflujo, qué continua marea hay en Roma de sotanas negras y de hábitos de todos los colores! Los Seminarios de distintas naciones habrían bastado para empavesar las calles con sus comitivas en los frecuentes paseos; los franceses con sus negras sotanas; los americanos del Sur, negros con beca azul; los americanos del Norte, con la beca roja; los polacos, negros con la beca verde; los griegos, azul; los alemanes encarnados; los romanos, violeta, y todos los demás, bordados y ribeteados de cien distintas maneras. Después, además de todo esto, había las cofradías, los penitentes blancos, negros, azules, grises, con cogulla, con pelerinas diferentes, grises, azules, negras ó blancas. Y con esto parecía que, algunas veces, resucitaba la Roma papal y se la veía vivaz y tenaz, luchando para no desaparecer entre la Roma cosmopolita actual, en la que se disfuminan el tono neutro y el corte uniforme de los trajes.

En vano fué Pedro de casa de uno á la de otro prelado, trató con presbíteros, atravesó iglesias, pues no se pudo acostumbrar al culto y á la devoción romana que le cho-

caba cuando no le hería. Un domingo, una mañana en que estaba lloviendo, entró en Santa María la Mayor, creyó que se hallaba en una sala de espera, de una riqueza inaudita por cierto, con sus columnas y su techo de templo antiguo, el suntuoso dosel de su altar papal, los resplandecientes mármoles de su confesión y sobre todo su capilla Borghese en la que Dios, sin embargo, parece que no vive. En la nave central, ni un banco ni una silla, un continuo ir y venir de fieles que la atravesaban lo mismo que se atraviesa la sala de una estación, manchando con su calzado mojado el precioso embaldosado de mosaico, mujeres y chiquillos á los que el cansancio había hecho sentar alrededor, en los zócalos de las columnas, lo mismo que se ve en las estaciones cuando en medio del gentío que las llena, cada uno espera su tren. Y para esa multitud de pueblo bajo, entrada allí al paso, decía un presbítero una misa rezada en el fondo de una capilla lateral, y delante de esa capilla habíase formado una larga cola de peronas en pie que atravesaba la iglesia de parte á parte. Al azar, todos se inclinaron con mucho fervor; después aquel grupo se deshizo, estaba dicha la misa. En todas partes veíase la misma concurrencia del país del sol, apresurada, y á la que no agradaba instalarse en asientos, que no hacía á Dios más que cortas visitas familiares, fuera de las grandes recepciones de gala en San Pablo, lo mismo que en San Juan de Letrán, en todas las antiguas basílicas lo mismo que hasta en San Pedro.

En Jesús únicamente fué en donde, otro domingo, encontró una gran concurrencia á misa que le recordó las multitudes devotas del Norte; allí había bancos, mujeres sentadas, una tibia temperatura mundana bajo el lujo de las bóvedas cargadas de oro, de esculturas y de pinturas, de un esplendor rojizo admirable, sobre todo desde que el tiempo borró algo el gusto barroco, demasiado pronunciado; pero ¡cuántas iglesias vacías, entre las más antiguas y las más venerables, como San Clemente, Santa Ana, Santa Cruz de Jerusalén, en las que no se veía más, á la hora de los oficios, que algunos vecinos del barrio! Cuatrocientas iglesias, aun para Roma, son muchas naves para llenarlas y entre ellas las hay que sólo se frecuentan en determinados días de ceremonia, mientras que otras sólo

abrían sus puertas una vez al año, el día de la fiesta del santo patrón. Algunas viven gracias á la fortuna de poseer un fetiche, un ídolo que socorre las humanas miserias; la de Araceli tiene un niño Jesús milagroso *il Bambino*, que cura á los niños enfermos; en San Agustín hay la «Madonna del Parto» la Virgen que ayuda á librar con bien á las mujeres que están en cinta. Otras tenían su reputación fundada en el agua de sus pilillas, en el aceite de sus lámparas, el poder de un santo de madera ó de una Madonna de mármol. En cambio otras parecían completamente descuidadas, abandonadas á los viajeros y curiosos, á merced de la pequeña industria de sus sacristanes y semejantes á museos poblados de dioses muertos. Varias permanecían aún en un estado que emocionaba como Santa María de la Rotonda, instalada en el Pantheon, en una sala redonda que tiene algo de circo y en el que la Virgen es la verdadera inquilina del Olimpo. Le interesó mucho también el espectáculo de las iglesias de los barrios pobres, San Onofre, Santa Cecilia, Santa María del Transtibere porque no halló en ellas la fe viva, la oleada popular que esperaba. Una tarde, hallábase en la última, que estaba enteramente vacía, y oyó entonar á los chantres un canto lamentoso en medio de aquel desierto. Otro entró en San Crisógono y encontró la iglesia toda ella con las paredes cubiertas de tapices, sin duda, para la fiesta del día siguiente; las columnas envueltas en fundas de rojo damasco, los pórticos con guardamalletas y cortinajes alternados, amarillos y azules, blancos y rojos y huyó ante aquella poco estética decoración, que tenía un relumbrón de feria. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba todo aquello de las catedrales severas en que, siendo niño, había orado y creído!

En todas partes halló la misma iglesia, la basílica antigua, acomodada al gusto de Roma del último siglo por Bernin ó sus discípulos. En San Luis de los Franceses, cuyo estilo es mucho mejor, de una elegante sobriedad, no le emocionó más que el recuerdo de los grandes muertos, los héroes y los santos que descansaban el eterno sueño en tierra extraña bajo las losas. Y como buscase el estilo gótico, acabó por ir á visitar á Santa María de la Minerva, que dicen que es la única muestra que hay de él en Roma. Aquello fué para él un asombro, una estupefac-

ción al ver las columnas enlazadas cubiertas de mármol, las ojivas que no se atreven á lanzarse, ahogadas en plena cintra, las bóvedas que se redondean condenadas á sufrir la pesada majestad de la cúpula.

¡No! ¡No! La fe, cuyas tibias cenizas veíanse allí, no era la del hogar inmenso cuya brasa invadió y abrasó desde lejos la cristiandad entera. Monseñor Fornaro, al que la casualidad le hizo encontrar al salir de Santa María de la Minerva, clamó contra lo gótico, calificándolo de pura herejía. La primera iglesia cristiana era la basílica, nacida del templo y se profería una blasfemia cuando se decía y aseguraba que no se veía la verdadera iglesia cristiana más que en la catedral gótica, porque el gótico no era más que el detestable espíritu anglosajón, el genio rebelde de Lutero. Quiso Pedro responder apasionadamente al prelado; pero se calló, temiendo decir demasiado. ¿No era esa, en efecto, la demostración decisiva de que el catolicismo era la misma vegetación del suelo de Roma, el paganismo transformado por el cristianismo? Además éste ha crecido con un espíritu diferente, hasta el punto que entró en rebelión, que se volvió contra la ciudad madre, el día del cisma. El apartamiento ha ido pronunciándose cada vez más, las diferencias acúsanse hoy más y más en la evolución de las sociedades nuevas, á pesar de los desesperados esfuerzos de unidad, de manera que el cisma, una vez más, aparece inevitable y próximo. Y conservaba contra las basílicas otro rencor de niño, antaño piadoso y sentimental el que le producía en ellas la falta de campanas, de hermosas y grandes campanas, tan amadas por los humildes. Para las campanas hacen falta campanarios y en Roma no hay más que cúpulas. Decididamente Roma no era la ciudad de Jesús, sonante y repiqueteadora, de la que la oración subía en ondas sonoras entre el arremolinado vuelo de las cornejas y de las golondrinas.

Pedro continuaba empero sus diligencias, dominándole una sorda irritación que le hacía obstinar, volviendo á hacer visitas, cumpliendo la palabra que se había dado de visitar á todos los cardenales de la congregación del Indice á pesar de las molestias que esto podía producirle. Poco á poco fuese encontrando mezclado con las otras congregaciones, con esa especie de antiguos ministerios del gobierno pontificio, hoy menos numerosos, pero aun con una complicación de engranajes extraordinaria, teniendo cada una de ellas un cardenal como prefecto, miembros cardenales que celebraban sus sesiones, prelados consultores y un mundo de empleados. Tuvo que ir muchas veces á la Cancillería, en donde está instalada la congregación del Indice, y se perdió en aquella inmensidad de escaleras, de corredores y de salas, sintiendo, en cuanto entraba por el pórtico del patio, el helado estremecimiento de los vetustos muros, no pudiendo lograr el querer á aquel palacio, obra maestra de Bramante y tipo el más puro del Renacimiento romano, pero de una belleza tan desnuda y fría. Conocía ya la congregación de la Propaganda, en la que le había recibido el cardenal Sarno y fué la casualidad de las visitas, al ser enviado de una á otra parte, en esa caza de influencias, la que le hizo conocer del mismo modo las otras congregaciones la de Obispos y Regulares, la de los Ritos y la del Concilio. Llegó á entrever la Consistorial, la Datería y la Sagrada Penitenciaría. Era aquel el enorme mecanismo de la administración de la Iglesia, el mundo entero al que había que gobernar, extender las conquistas ó administrar los asuntos de los países conquistados, juzgar las cuestiones de fe, de costumbres y de personas, examinar y castigar los delitos, conceder las dispensas y vender los favores.

No se puede imaginar el número tremendo de asuntos que, todas las mañanas, iban á parar al Vaticano, figurando entre ellos las cuestiones más graves, las más delicadas y complejas, cuya solución originaba rebuscar en los archivos y estudios sin cuento. Era necesario responder á esa multitud de visitantes que invadían á Roma, procedentes de todos los puntos de la cristiandad, á aquellas cartas, súplicas y legajos cuya oleada se distribuía y se amontonaba en todas las oficinas. Lo milagroso era el discreto silencio con que se llevaba á cabo tarea tan colosal, sin oírse ni un ruido en la calle, por tribunales, juntas, fábricas de santos y de nobles, sin que saliese jamás de allí ni la más pequeña trepidación del trabajo, un mecanismo tan bien untado de aceite que, á pesar de la oxidación de siglos, del desgaste profundo é irremediable, funcionaba detrás de las paredes, sin que nadie lo adivinase,

¿No estaba en eso toda la política de la Iglesia? Callarse, escribir lo menos posible y esperar; pero ¡qué mecanismo más prodigioso, más anticuado y no obstante tan poderoso aun! ¡Cómo se sentía cogido en medio de aquellas congregaciones, en la red de hierro del poder más absoluto que hayan podido organizar nunca los hombres para dominar! En vano vería los agujeros, las grietas, una vetustez que anunciaba la ruina, pues no por eso dejaba de pertenecerla desde que se había arriesgado á meterse entre ella y estaba cogido, machucado y arrastrado á través de aquella enmarañada red, de aquel laberinto sin fin, en el que se agitaban vanidades y venalidades, corrupciones y ambiciones, tanta miseria y tanta grandeza. ¡Y qué lejos se hallaba de la Roma que había soñado y qué cóleras experimentaba á veces en medio de su laxitud y de su voluntad de defenderse.

De una manera brusca explicábanse muchas cosas que Pedro no había comprendido nunca. Un día en que volvió á la Propaganda, el cardenal Sarno le habló de la francmasonería con una rabia tan fría, que de repente vió con claridad. Hasta entonces la francmasonería le había hecho sonreir y creía en ella tan poco como antes en los jesuítas, pareciéndole infantiles las ridículas historias que circulaban colocando á esos hombres de sombra y de misterio, cuyo secreto incalculable poder había gobernado al mundo, en los dominios de la leyenda. Admirábale sobre todo el ciego rencor que animaba á ciertas gentes en cuanto acudía á sus labios la palabra masonería; un prelado, y por cierto de los más distinguidos é inteligentes, le aseguró un día, con aire de profunda convicción, que toda logia masónica estaba presidida, á lo menos una vez al año, por el mismo diablo en persona y visible. Aquello era confundir el sencillo buen sentido. Y al fin comprendió la rivalidad; la furiosa lucha de la Iglesia católica y romana contra la otra Iglesia, contra la Iglesia de enfrente. La primera se creyó en vano triunfante, porque comprendió que en la otra tenía una competidora; una enemiga muy antigua, que pretendía ser mucho más antigua que ella y cuya victoria era siempre posible; pero sobre todo, el choque resultaba de que las dos sectas tenían la misma ambición de soberanía universal, la misma organización internacional, la misma red echada sobre los pueblos, los misterios, los dogmas y los ritos. Dios contra Dios, fe contra fe, conquista contra conquista, y desde luego, lo mismo que dos tiendas rivales establecidas á los dos lados de una calle, se estorbaban mutuamente y la una debía acabar por matar á la otra.

Si á Pedro le parecía caduco el catolicismo y amenazado de muerte, abrigaba también escépticas dudas acerca de la masonería y de su poder. Había hecho muchas preguntas, practicado una especie de averiguación para darse cuenta de la realidad de aquel poder en esa ciudad de Roma, en la que los dos poderes supremos encontrábanse frente á frente, en la que el gran maestre vivía frente al papa. Le contaron que los últimos príncipes romanos habíanse creido obligados á hacerse recibir en las logias masónicas para no llevar una vida demasiado erizada de dificultades, agravar su poco satisfactoria situación y cerrar el porvenir á sus hijos. Al hacer esto, ¿cedían únicamente á la fuerza irresistible de la evolución social actual? ¿No iba también la masonería á perecer en su propio triunfo, el de las ideas de justicia, de razón y de verdad que durante tanto tiempo defendiera á través de las tinieblas y de las violencias de la historia? Es un hecho constante en ésta; la victoria de la idea mata la secta que la propagó; hace inútil y un poco barroco el aparato con que los sectarios tuvieron que rodearse para impresionar las imaginaciones. El carbonarismo no sobrevivió jamás á la conquista de las libertades públicas que reclamaba, y el día en que la Iglesia católica se derrumbe después de haber llevado á cabo su obra civilizadora, la otra Iglesia, la Iglesia masónica de enfrente, desaparecerá también por haber realizado su obra libertadora. Aun hoy, el famoso poderío de las logias masónicas sería un instrumento poco eficaz de conquista sujeto, como también lo está, por las tradiciones, perjudicado por un ceremonial que se toma á broma, reducido á no ser más que un lazo de inteligencia ó de mutuo socorro, si el gran aliento de la ciencia no arrastrase á los pueblos, ayudando á la destrucción de las religiones envejecidas.

Entonces fué cuando Pedro, rendido por tantas caminatas y diligencias, se vió otra vez dominado por la ansiedad

en medio de su obstinación de no marcharse de Roma sin haberse antes batido hasta el fin, como soldado siempre lleno de esperanza que no cree nunca en la derrota. Había visitado á todos los cardenales, cuya influencia podía servirle de algo; al cardenal vicario encargado de la diócesis de Roma, literato que habló con él de Horacio; político un poco enredador, que se puso á hacerle muchas preguntas acerca de Francia, de la República, sobre el presupuesto de Guerra y Marina, pero que no se ocupó, ni lo más mínimo, del libro incriminado. Visitó también al gran penitenciario, al cardenal que una vez entreviera en el palacio Boccanera, viejo muy flaco, con rostro de asceta, del que no pudo obtener más que una homilia de censura, palabras severas contra los presbíteros jóvenes, que, echados á perder, contaminados por el siglo, son autores de obras execrables. Por último visitó en el Vaticano, al cardenal secretario, que era hasta cierto punto el ministro de negocios extranjeros de Su Santidad, del que le habían apartado hasta allí aterrorizándole con las consecuencias de una visita desgraciada. Se excusó por haberse presentado tan tarde y encontró en él al hombre más amable, corrigiendo con diplomática benevolencia el aspecto un tanto rudo de su persona, haciéndole preguntas con mucho interés, después de haberle mandado sentar, escuchándole y hasta alentándole. Al volver á la plaza de San Pedro comprendió que, á pesar de todo, su asunto no había adelantado ni un paso y que si algún día llegaba á forzar la puerta del papa no sería más que pasando por secretaría de Estado. Y aquella noche regresó á la vía Julia azorado, rendido de cansancio y con la cabeza aturdida, después de haber hecho tantas visitas á tan diversas personas; trastornado por sentir cogido todo su cuerpo entre los engranajes de esa máquina de cien ruedas, y se preguntó con terror qué era lo que haría al día siguiente, no quedándole nada que hacer, si llegaría á volverse loco.

Precisamente encontró á *don* Vigilio en un corredor y quiso ocultarle de nuevo y obtener de él un buen consejo; pero el secretario le hizo callar, sin saber por qué, con un gesto lleno de inquietud. Tenían sus ojos expresión de terror y luego con voz débil como un murmullo, le dijo al oído:

—¿Habéis visto á monseñor Nani? ¡No! Pues bien, id á verle... no dejéis de ir. Os repito que no tenéis que hacer más que eso.

Cedió ¿y para qué resistir? Aparte de la pasión de ardiente caridad que le había llevado allí para defender su libro ¿no había ido también á Roma con objeto de hacer alguna experiencia? Era necesario llegar hasta el fin en todas las tentativas.

Al día siguiente, muy temprano se halló bajo la columnata de San Pedro y tuvo que entretenerse para hacer tiempo. Nunca, hasta entonces, había comprendido la enormidad de aquellas cuatro hileras de columnas que daban la vuelta, de aquel bosque de gigantescos troncos de piedra entre los que casi nadie se pasea. Es un desierto grandioso y triste y se pregunta uno el por qué de un pórtico tan majestuoso; sin duda únicamente por la pompa de la decoración, y toda Roma, una vez, presentábase allí.

Siguió después por la calle del Santo Oficio y llegó al palacio de éste, detrás de la Sacristía, en un barrio de soledad y de silencio, que el paso de un transeunte, el lejano rodar de un carruaje turban apenas de vez en cuando. El sol, es el único que vive allí en grandes superficies cubiertas de luz sobre el menudo empedrado blancuzco. Adivínase la vecindad de la basílica, el olor del incienso, la paz enclaustrada con el sueño de los siglos. Y en un ángulo hállase el palacio del Santo Oficio de una desnudez pesada é inquietante, con su elevada fachada amarilla, barrenada únicamente por una sola hilera de ventanas á la vez que en la calle lateral, la otra fachada es aun más fea con su hilera de ventanas más estrechas, con sus ventanillos con cristales empañados. En medio del brillante esplendor del sol parece como que duerme aquel inmenso cubo de albañilería de color de barro, casi sin vistas al exterior y cerrado, fuerte como una cárcel.

Experimentó Pedro un estremecimiento que le hizo sonreir en seguida como si se tratase de una niñería. La santa, romana y universal Inquisición, la sagrada congregación del Santo Oficio, como la llamaban á la sazón no era la de la leyenda, la proveedora de las hogueras, el tribunal oculto y superior que no tenía tribunal al que po-

der apelar y que poseía derecho de vida y muerte sobre la humanidad entera. Conservaba aún el secreto de sus trabajos y se reunía todos los miércoles, juzgando y condenando, sin que nada, ni un soplo saliese de entre sus muros. Si continuaba empero condenando el crimen de herejía, si seguía atacando las obras é hiriendo á los hombres, carecía ya de armas, calabozos, hierros y hogueras, viéndose reducida á un papel de protesta pues no podía imponer, ni aun á los suyos, á los eclesiásticos, más que penas disciplinarias.

Cuando entró y le hicieron pasar al salón de monseñor Nani, que vivía en el palacio en concepto de asesor, experimentó Pedro una sorpresa agradable, la habitación era espaciosa y estaba situada al mediodía é inundada por la alegre luz del sol, reinando en ella una dulzura exquisita á pesar de lo severo de los muebles, del color sombrío de los cortinajes, lo mismo que si allí hubiese vivido una mujer y llevado á cabo ese milagro de adornar con su gracia las cosas más serias. No había flores y, no obstante, aspirábase un aroma agradable. El encanto allí esparcido apoderábase de los corazones en cuanto se pisaba el umbral.

En seguida salióle al encuentro monseñor Nani con su faz sonrosada, sonriente, con sus ojos azules tan vivos y el fino cabello rubio que la edad empezaba á encanecer y tendiéndole las dos manos, le dijo:

—¡Ah! ¡Qué amable sois, querido hijo mío, viniéndome á ver! Vamos, hacedme el favor de sentaros y hablemos como dos buenos amigos.

Y sin esperar á más empezóle á hacer preguntas con una apariencia de extraordinario cariño.

—¿En qué estado os halláis? Vamos, contádmelo todo; decidme cuánto hayáis hecho.

Conmovido Pedro, no obstante las confidencias de *don* Vigilio, dominado por la simpatía que creía inspirar, se confesó sin omitir ni un detalle. Dió cuenta de sus visitas al cardenal Sarno, á monseñor Fornaro, al padre Dangelio; relató también sus otras diligencias para ver á los cardenales influyentes, á todos los del Indice, al Gran Penitenciario, al cardenal Vicario y al cardenal Secretario é insistió en sus viajes sin fin de una á otra puerta, á través

de todo el clero de Roma, á través de todas las congregaciones, en esa colmena inmensa y silenciosa en la que cansó los pies, quebrantó los miembros y embotó el cerebro.

Y monseñor Nani que, al parecer, le escuchaba con aire de asombro, se exclamaba y repetía, á cada estación del calvario del solicitante:

—¡Todo está muy bien! ¡Todo eso es perfecto! ¡Oh! ¡Vuestro asunto marcha de una manera maravillosa! ¡Maravillosamente! ¡Muy bien!

Y gozaba sin que, por otra parte, se revelase ningún indicio de malsana ironía. No se observaba más que su mirada inquisitiva con que escudriñaba al joven presbítero, para saber si éste se hallaba en la sazón de obediencia en que él le deseaba. ¿Estaba lo suficientemente cansado, desilusionado, bastante informado acerca de la realidad de las cosas para que se pudiese concluir con él? ¿Habrían bastado tres meses de permanencia en Roma, para convertir en un prudente, en un resignado, al menos, al entusiasta, un poco loco, del primer día?

De pronto observó monseñor Nani bruscamente:

—Pero, querido hijo mío, ¿qué no me decís ni una palabra de su eminencia el cardenal Sanguinetti?

—Si no os hablé de él, monseñor, fué porque su eminencia se halla en Frascati y no he podido verle.

Entonces el prelado, como si quisiese retrasar aún el desenlace, con el secreto goce de un diplomático artista, exclamóse, levantando al cielo sus manos blancas, regordetillas, con el aire inquieto del hombre que lo declara perdido todo.

—¡Es preciso ver á su eminencia! ¡Es necesario ir á visitarle! ¡Es de todo punto necesario! ¡Ahí es nada! ¡El prefecto del Indice! No podemos hacer nada hasta después que le hayáis visitado, porque no habréis visto á nadie si no le veis á él... Idos, idos á Frascati, hijo mío.

Pedro no pudo hacer más que inclinarse respondiendo:

—Iré, monseñor.

XI

Por más que sabía Pedro que hasta las once no podía presentarse en el palacio del cardenal Sanguinetti, tomó uno de los trenes de la mañana y á las nueve se apeaba en la no muy grande estación de Frascati. Había estado antes allí durante uno de sus días de forzada ociosidad, aprovechándolo para hacer esa clásica expedición de los castillos romanos que van desde Frascati á Rocca di Papa y de Rocca di Papa á Monte Cave, y estaba embelesado dando, durante dos horas, uno de esos paseos que calman, recorriendo las primeras laderas de los montes Albanos en las que está edificado Frascati entre viñedos, olivares y encañados, dominando, desde el inmenso mar rojizo de la campiña, como desde lo alto de un promontorio, hasta la lejana Roma que blanquea semejante á un enorme islote de mármol, á seis leguas de allí.

¡Ah! ¡Frascati! ¡Esa población sobre una altura cubierta de verdura al pie de las umbrosas arboledas del Tusculum, con su terraza famosa desde la que se disfruta la vista más hermosa del mundo, con sus antiguas villas patricias de elegantes y orgullosas fachadas del Renacimiento, sus parques magníficos, siempre verdes y plantado de cipreses, de pinos y de encinas! Era aquello una dulzura, una alegría de la vista, una seducción de la que no se habría cansado nunca. Y desde hacía más de una hora vagaba deliciosamente embelesado por los caminos bordeados por viejos nudosos olivos; por cubiertas veredas sombreadas por los copudos y frondosos árboles de las heredades vecinas; por los perfumados senderos al extremo de los que, en cada recodo, desarrollábase la campiña hasta lo infinito; paseábase así, cuando de pronto tuvo un encuentro que, en el primer momento, le contrarió.

Habíase internado cerca de la estación, en unos terrenos abandonados, antiguos viñedos en los que de algunos años á aquella parte, se habían hecho grandes obras para cimentar modernas construcciones y se quedó muy sorprendido al ver allí una victoria que llegaba de Roma y á la que estaba enganchado magnífico tronco de caballos. Mayor fué su sorpresa cuando vió que el carruaje se paraba á su lado y que le llamaban desde el interior.

—¡Cómo! ¿Estáis aquí, señor abate Froment, tan temprano y de paseo?

Reconoció entonces al conde Prada, que habiéndose apeado dejó que el carruaje vacío siguiese su camino, mientras que él recorría á pie y al lado del presbítero los dos ó trescientos metros últimos. Después de cambiar un cordial apretón de mano le explicó cuál era su gusto.

—Sí, raras veces apelo al tren y generalmente acostumbro á venir en coche. Eso sirve de paseo á mis caballos... Sabréis ya que tengo algunos intereses por aquí, un gran negocio de construcciones que, por desgracia, no marcha muy bien, y esa es la causa de que, á pesar de lo avanzado de la estación, véome obligado á venir con más frecuencia de lo que yo quisiera.

Pedro estaba, en efecto, enterado de esa historia, los Boccanera se habían visto obligados á vender su suntuosa villa, edificada por un cardenal antepasado suyo, bajo la dirección y planos de Jacobo de la Porte, allá á mediados del siglo XVI, una regia residencia veraniega, con admirables umbrías, cenadores, estanques, cascadas y sobre todo una terraza, célebre entre todas las del país, que se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

adelantaba lo mismo que un cabo por cima de la campiña romana, cuya intensidad sin fin va desde las montañas de la Sabina hasta las arenas del Mediterráneo. En las particiones, había recibido Benedetta de su madre grandes viñedos, en la parte baja de Frascati, que aportó en dote á Prada en el momento en que la locura de la piedra soplaba desde Roma á las provincais. A Prada habíasele ocurrido la idea de construir un barrio entero de hotelitos modestos para burgueses como los que pueblan los arrabales de París; habíanse presentado muy pocos compradores, sobrevino la catástrofe económica y liquidaba con mucho trabajo aquel malhadado negocio, después de haber apartado de él, desde el día en que se separaron, los intereses de su esposa.

—Además, con un coche se llega fácilmente á todas partes, se va y se viene cuando uno quiere,—siguió diciendo,—mientras que con el tren se es esclavo de las horas. Hoy por la mañana tengo una cita con destajistas, peritos y abogados, y no sé el tiempo que tardaré. ¿No es verdad que éste es un país maravilloso? Tenemos mucha razón al estar orgullosos de él en Roma. En vano tengo yo muchos quebraderos de cabeza, porque siempre que vengo me late el corazón de alegría.

Lo que no decía Prada, era que Lisbeth Kauffmann, su amiga como él la llamaba, había pasado el verano en uno de aquellos hotelitos nuevos, en donde había instalado su estudio de artista caprichosa, y la visitó toda la colonia extranjera que gracias á su alegría y á su pintura, toleraba, lo bastante para que fuese libre la irregularidad de la situación en que se hallaba desde la muerte de su marido. Habíase concluído por aceptar su preñez y hacía quince días había vuelto á Roma para dar á luz un robusto muchacho, y la venida al mundo de éste, reanimó otra vez en los salones blancos y en los salones negros todas las habilillas acerca del inminente divorcio de Benedetta y de Prada. El amor de éste á Frascati formábanlo seguramente tiernos recuerdos, y la alegría grande de orgullo que le producía el nacimiento de su hijo.

Pedro, que experimentaba en su presencia una cortedad, una especie de malestar, porque le dominaba una instintiva repulsión hacia los hombres de dinero y de presa, quiso corresponder á su perfecta amabilidad pidiéndole noticias de su padre, del anciano Orlando, del héroe de la conquista.

—Dejando á un lado las piernas, se encuentra admirablemente y vivirá cien años, ¡pobre padre! ¡Cuán dichoso habría sido yo al poderle instalar este verano en una de esas casitas! Pero no quiso acceder nunca á mis deseos y se entercó en no querer salir nunca de Roma, como si tuviese miedo de que se la arrebatasen durante su ausencia.

Echóse á reir, divirtiéndose él solo en tomar á broma la edad heroica y pasada de moda de la conquista, y luego añadió:

—Ayer me habló de vos, señor abate, y le admira mucho que no hayáis vuelto á verle.

Esto apenó á Pedro que, en realidad, había empezado á profesar al anciano Orlando una ternura respetuosa. En dos ocasiones, después de la primera visita, había vuelto á saludarle y cada vez habíase negado el anciano á hablar de Roma hasta tanto que su joven amigo no lo hubiese visto todo, comprendido y experimentado todo. Más adelante tendría tiempo para hacerlo, cuando ambos pudiesen hablar con más fundamento.

—Os suplico que me hagáis el favor de manifestarle que nunca le olvidaré,—dijo Pedro,—y que si mi visita se retrasa es porque deseo complacerle; pero no me marcharé sin ir á decirle cuánto me conmovió su acogida.

Siguieron ambos andando lentamente por el camino que formaba cuesta y por entre algunas nuevas villas de las que, la mayor parte, estaban sin concluir. Y cuando Prada supo que Pedro había ido allí con objeto de presentarse al cardenal Sanguinetti se rió de nuevo, pero con su risa de lobo amable, que dejaba al descubierto sus blancos dientes.

—Es verdad, se halla aquí desde que el papa está enfermo... ¡Ah! ¡En qué estado de fiebre le vais á encontrar!

—¿Por qué?

—Pues porque las noticias de Su Santidad no son muy buenas hoy por la mañana. Cuando salí de Roma corría el rumor de que había pasado una noche horrorosa,

Detúvose en un recodo del camino, ante una antigua capilla, modesta iglesia de una gracia solitaria y triste, situada en la linde de un bosque de olivos. Y á su lado encontrábase un vetusto caserón que se caía á pedazos, el antiguo rectorado, sin duda, y del que salió un presbítero alto, de nudosos miembros, faz grande y terrosa, el que dando dos vueltas á la llave, cerró rudamente la puerta antes de alejarse.

—¡Mirad!—dijo en tono de burla el conde.—Ahí tenéis á uno á quien debe latirle también con fuerza el corazón y que con seguridad se va en busca de noticias á casa de vuestro cardenal.

Muy sorprendido Pedro quedóse mirando á Prada.

—Le conozco y es seguramente á él á quien ví,—dijo,—al día siguiente de mi llegada, en casa del cardenal Boccanera, al cual llevó un cesto de higos; al mismo tiempo que iba á pedirle un buen certificado para su hermano pequeño, al que por un acto de violencia, creo que por una puñalada, habían metido en la cárcel, certificado que por cierto le negó rotundamente el cardenal.

—Es el mismo, no lo dudéis porque en otra época era un familiar de la villa de los Boccanera, en la que su hermano estuvo de jardinero. Hoy es el cliente, la hechura del cardenal Sanguinetti. ¡Ah! ¡Es una figura de estudio el tal Santobono, un tipo como supongo no tenéis ninguno en Francia! Vive completamente solo en ese caserón que se derrumba, en este desierto de Santa María de los Campos, en donde no se viene á oir misa más que tres veces al año. Sí, esto es una verdadera canongía que le permite vivir con sus mil francos del beneficio, como un labrador filósofo y cultivando ese huerto bastante grande que veis ahí detrás de esas elevadas tapias.

En efecto; las tapias se extendían sobre la pendiente detrás del curato y muy bien cuidadas, como un refugio huraño en el que, ni aun las miradas, podían penetrar. Por encima de la tapia de la izquierda, veíase una higuera soberbia, una higuera gigante, cuyas anchas hojas recortábanse en negro sobre el fondo azul claro del cielo.

Prada echó á andar otra vez y siguió hablando de Santobono, que era evidente le interesaba. Un clérigo patriota, un garibaldino que había nacido en Nemi, en ese rincón, que aun es salvaje, de los montes Albanos, pertenecía al pueblo y estaba aún muy apegado al terruño; pero que había estudiado y sabía lo bastante de historia para conocer el pasado de Roma y soñar en el restablecimiento del imperio romano en favor de la joven Italia. Y era de los que apasionadamente creían que sólo un gran papa podía realizar ese ensueño primero, apoderándose del poder y luego conquistar las demás naciones. ¿Había cosa más sencilla; el papa mandando á millones de católicos? ¿Acaso media Europa no estaba con él? Francia, España, Austria cederían en cuanto viesen que era poderoso y que dictaba leyes al mundo. En cuanto á Alemania y á Inglaterra y á todas las naciones protestantes, serían inevitablemente conquistadas, pues el papado era el único dique que se podía oponer al error, debiendo llegar un día en que este se estrellase á sus pies. A pesar de todo esto, habíase declarado políticamente en favor de Alemania, dominado por la creencia de que era preciso aplastar á Francia, para conseguir que ésta se arrojase en brazos de la Santa Sede. Y las contradicciones, las fantasías y las más locas imaginaciones chocaban entre sí en el fondo de aquella humosa cabeza en la que ardían las ideas, llegando pronto á la violencia, bajo la primitiva rudeza de la raza; era un bárbaro del Evangelio, un amigo de los humildes y de los que sufren, pero que pertenecía á la familia de los sectarios exaltados, capaces de grandes virtudes y de grandes crímenes.

—Sí,—siguió diciendo Prada,—se entregó en cuerpo y alma al cardenal Sanguinetti, porque ha visto en él al gran papa posible, al papa de mañana, al que debe convertir á Roma en capital única de todos los pueblos. Y esto no está tampoco desprovisto de cierta ambición más baja, por ejemplo, la de conquistar alguna canongía, ó la de encontrar un auxilio poderoso en los pequeños tropiezos de la vida, como el del día en que tuvo necesidad en acudir en socorro de su hermano. Se cuenta con la suerte de un cardenal, lo mismo que se cuenta con la probabilidad de que salga un terno de la lotería... Si el cardenal llega á ser papa, se gana una fortuna... Ahí el por qué le veis desde aquí seguir su camino dando grandes zanca-

días, pues lleva prisa para saber si León XIII vá á morir, y su terno de lotería saldrá premiado con Sanguinetti cubierto con la tiara.

Con mucho interés y lleno de inquietud, preguntó Pedro:

—¿Creéis que el papa está enfermo hasta ese punto?

El conde sonrió y levantando los brazos al aire, respondió:

—¡Ah! ¿Acaso se sabe? Todos están enfermos cuando tienen interés en ello; pero yo creo que realmente lo está; se trata de un desarreglo de los intestinos y esto á su edad es siempre grave pues la menor indisposición puede ser fatal.

Dieron algunos pasos más en silencio, y poco después el presbítero hizo una nueva pregunta:

—Entonces si la Santa Sede estuviera vacante, ¿tendría el cardenal Sanguinetti grandes probabilidades de ser elegido?

—¡Grandes probabilidades! ¡Grandes probabilidades! He ahí una cosa que no se sabe nunca. La verdad es que se le clasifica entre los candidatos posibles, y lo que es si el deseo de ser papa fuese suficiente, Sanguinetti sería con seguridad el papa futuro, porque dedica á ese deseo un arranque de pasión, una fuerza de voluntad extraordinaria y le abrasa hasta los huesos esa suprema ambición. Eso mismo es lo que constituye su debilidad, porque se gasta y lo comprende; por eso debe haberse decidido á todo para los últimos días de lucha. Estad seguro de que, si vino á encerrarse aquí en estos críticos momentos, fué porque así podrá dirigir mejor la batalla desde lejos, al mismo tiempo que aparenta un deseo de retiro, un desprendimiento del mejor efecto.

Y con mucha complacencia, extendióse en detalles acerca de Sanguinetti, cuyas intrigas le agradaban lo mismo que su excitado afán de conquista y la excesiva actividad un tanto enredadora. Le había conocido á su regreso de la nunciatura de Viena, viéndole muy ducho en toda clase de asuntos y muy decidido á poner la mano sobre la tiara. Esa ambición lo explicaba todo, lo mismo sus querellas y sus acomodamientos con el papa actual, que su ternura hacia Alemania, seguida de una brusca evolución hacia Francia y sus actitudes diversas ante Italia, con la que al principio deseó una inteligencia para después encerrarse en una intransigencia absoluta, pues no quería hacer ninguna concesión, mientras tanto no evacuasen Roma. Y en adelante parecía haberse ceñido á eso deplorando el reinado flotante de León XIII para conservar su ferviente admiración á Pío IX, el gran papa heroico de la resistencia cuyo buen corazón no era incompatible con una inquebrantable firmeza. Esto equivalía á decir que él restauraría la benevolencia sin debilidades de la Iglesia, dejando á un lado las peligrosas complacencias de la política.

Y sin embargo de esto, Sanguinetti no soñaba en el fondo más que con la política y había tenido que formular un programa, voluntariamente muy vago, sí, pero que sus clientes y todas sus hechuras iban esparciendo como un aire de místico extasiado misterio. Desde que había tenido el papa otra indisposición, que databa de la primavera, vivía en perpetuas angustias y en mortal inquietud porque había circulado el rumor de que los jesuítas se preparaban á sostener al cardenal Boccanera, por más que éste no los estimaba mucho. Sin duda Boccanera era un intransigente, un hombre rudo, de una piedad extraordinaria y peligrosa en este siglo de tolerancia, y perteneciendo al patriciado, ¿no significaría su elección que el papado no renunciaría jamás al poder temporal? Desde entonces el cardenal Boccanera habíase convertido en hombre temible á los ojos de Sanguinetti que no vivía al verse despojado, pasando horas enteras buscando combinaciones para deshacerse de aquel poderoso rival, propalando sin miramiento alguno las más escandalosas historias acerca de Darío y Benedetta, sin dejar ni un momento de presentarle como al Antecristo cuyo reinado debía consumar la ruina del papado. Su última combinación, para reconquistar el apoyo de los jesuítas, fué la de hacer que sus familiares manifestasen en todas partes que no sólo mantendría intacto el principio del poder temporal sino que además se obligaba á reconquistar ese poder. Y hería además de esto todo un plan que se revelaban misteriosamente al oído, un plan de éxito seguro, que hería como el rayo en todos sus resultados, á pesar de las concesiones

aparentes; dejar de defender á los católicos, de votar y de ser candidato y enviar á la cámara cien miembros primero, doscientos después, trescientos luego para derribar la monarquía de Saboya é instalar en vez de ésta una especie de vasta confederación de las provincias italianas de la que el Santo Padre, otra vez posesionado de Roma, debía ser el presidente augusto y soberano.

Y al terminar ese relato echóse Prada á reir otra vez dejando al descubierto sus blancos dientes que no estaban hechos para soltar la presa que cogiesen.

—Ya estáis viendo que tenemos que defendernos porque se trata de echarnos de aquí, pero por fortuna, para todo eso hay pequeños impedimentos; pero es indudable que semejantes elucubraciones ejercen un acción enorme sobre ciertos cerebros exaltados, como el de Santobono, por ejemplo. Y ahí tenéis á uno al que Sanguinetti llevaría lejos, muy lejos, con una palabra, si se le antojase hacerlo así. ¡Ah! ¡Y que tiene buenas piernas! Miradle allá arriba, ya llegó y entra en el palacio del cardenal, esa villa toda ella blanca y que tiene los balcones esculpidos.

Veíase, en efecto, el palacio, una de las primeras casas de Frascati, de construcción moderna y estilo Renacimiento, y cuyas ventanas abríanse sobre la inmensidad de la campiña romana.

Eran las once, y en el momento en que Pedro, para irse á su vez á ver al cardenal se despedía del conde, le dijo éste:

—Si fuéseis muy amable haríais una cosa que os voy á indicar, y es la de que almorzaseis conmigo, ¿queréis aceptar? En cuanto terminéis vuestra visita, venid á reuniros conmigo allá abajo, á aquel restaurant que tiene la fachada de color de rosa. En cuanto á mí, necesito una hora para arreglar mis asuntos, y celebraré mucho poder comer con vuestra compañía.

Al principio rehusó Pedro y se negó; pero no había excusa posible y al fin tuvo que rendirse, vencido por el trato verdaderamente agradable de Prada. En cuanto se separaron no tuvo que hacer más que subir una calle para hallarse á la puerta del palacio del cardenal, en el que era muy fácil la entrada, no sólo por una necesidad natural de expansión, sino además por el cálculo de representar

el papel de hombre popular. En Frascati, sobre todo, las puertas abríanse de par en par, hasta delante de las sotanas más humildes. Y á Pedro, muy admirado por semejante recibimiento al recordar el mal humor del criado que le aconsejó que no hiciera el viaje, porque á su eminencia no le agradaba que le molestasen cuando estaba delicado de salud, recibiéronle en seguida. A la verdad nada de cuanto había allí revelaba que hubiese un enfermo, porque todo sonreía, todo brillaba en aquella villa espléndida, iluminada por el sol. El salón de espera, en el que acababan de dejarle solo, alhajado por cierto con unos muebles de caoba y terciopelo rojo de un gusto detestable, no tenía ni lujo ni comodidad; pero en cambio alegrábalo la luz más hermosa del mundo, y tenía vistas sobre esa campiña admirable, tan llena, tan desnuda, y, sin embargo, de una belleza sin igual, todo ensueño en el espejismo continuo del pasado. Así, mientras esperaba á que el cardenal le recibiese, plantóse ante una de las vidrieras abiertas de par en par de un balcón, contemplando con mirada vaga el mar sin fin de hierba, que llegaba hasta las blancuras lejanas de Roma dominadas por la cúpula de San Pedro, una manchita brillante que apenas tenía el tamaño de la uña del dedo meñique.

Hacía muy poco que se hallaba allí cuando llegó hasta él un rumor de conversación cuyas palabras, que percibía con basante claridad, le sorprendieron. Se inclinó y se enteró de que era su eminencia en persona quien, en pie en el balcón inmediato, hablaba un cura al que sólo se le veía la sotana. En seguida reconoció en el último á Santobono. Su primer movimiento fué el de retirarse por discreción, pero las palabras que á continuación llegaron á sus oídos le hicieron quedarse.

—Vamos á saberlo dentro de un momento,—decía su eminencia, con su voz gruesa.—Envié á Eufemio á Roma y no tengo confianza más que en él. Ahí está el tren en que regresa.

Así era: un tren, diminuto aun como el juguete de un niño, entraba en aquel momento en la vasta llanura. Debía haber sido para esperar su llegada para lo que Sanguinetti se había asomado al balcón apoyándose en su ba-

laustrada. Y desde aquel lugar tenía fijos sus ojos en Roma, allá á lo lejos.

Santobono pronunció con vehemencia algunas palabras que Pedro no pudo oir con claridad; pero en seguida replicó el cardenal y se le oyó mejor.

—Sí, sí, querido, esa catástrofe sería una gran desdicha ¡ah! ¡Qué Dios nos conserve aún durante muchos años á Su Santidad!...

Se calló, y como no era hipócrita, acabó de completar su pensamiento:

—Al menos que nos le conserve en los momentos actuales, porque me dominan crueles angustias al ver que los partidarios del Antecristo han ganado mucho terreno en estos últimos tiempos.

Santobono no se pudo contener y exclamó:

—¡Oh! ¡Vuestra eminencia obrará y triunfará!

—¿Yo, querido? ¿Y qué queréis que haga? No estoy más que á disposición de mis amigos, de los que tengan fe en mí, y únicamente para que la Santa Sede salga victoriosa. Ellos son los que deben trabajar cada uno en la medida de sus fuerzas y de sus medios para cortar el paso á los malos, de manera que los buenos triunfen... ¡Ah! ¡Si el Antecristo llegase á reinar!...

Ese nombre del Antecristo que se repetía tanto, turbó mucho á Pedro, que de pronto se acordó de lo que le había dicho el conde: que el Antecristo era el cardenal Boccanera.

—Fijáos bien en esto, amigo mío: el Antecristo en el Vaticano, consumando la ruina de la religión con su orgullo implacable, su voluntad de hierro, su sombría locura del vacío, porque no es posible dudar más, es la bestia apocalíptica de la muerte anunciada por las profecías, la que amenaza tragárselo todo, en su furiosa carrera, á las tinieblas del abismo. Le conozco y sé que no sueña más que en la obstinación y en el hundimiento; es capaz de agarrarse á los pilares del templo y los arrancará de cuajo para sepultarse en las ruinas; lo mismo él, que el catolicismo entero. No creo que pasasen arriba de seis meses sin que fuese arrojado de Roma, execrado por todas las naciones, odiado por Italia y obligado á pasear por el mundo el fantasma errante del último papa.

Un gruñido sordo, un ahogado juramento de Santobono acogió tan sombría predicción; pero el tren había entretanto llegado á la estación, y entre los varios viajeros que de él se apearon distinguió Pedro un cura, cuya sotana le azotaba las piernas, tan deprisa andaba. Era el abate Eufemio, el secretario del cardenal. Cuando vió que éste se hallaba en el balcón, abandonó todo respeto humano y echó á correr para subir la cuesta que formaba allí el camino.

—¡Ah!—exclamó su eminencia, estremeciéndose de ansiedad.—¡Ahí está Eufemio! ¡Al fin vamos á saber lo que hay!

El secretario entró en el palacio y debió subir tan deprisa la escalera, que Pedro le vió en seguida atravesar jadeante la sala de espera, en que él se hallaba, para desaparecer luego en el despacho del cardenal. Este abandonó el balcón para salir al encuentro de su mensajero, pero muy pronto volvió á ocupar su sitio, en medio de un tumulto de preguntas y exclamaciones, producido todo ello por las malas noticias.

—Entonces es cierto; ha pasado muy mala noche, Su Santidad no ha dormido ni un solo instante... ¿No os han dicho que tuvo cólicos? pues á su edad no hay nada tan peligroso... y eso puede llevárselo en un par de horas. ¿Y qué es lo que dicen los médicos?

Pedro no pudo entender la respuesta; únicamente oyó lo que decía el cardenal replicando:

—¡Oh, los médicos no lo saben nunca! A parte de que cuando no quieren hablar, es porque la muerte está cerca... ¡Dios mío, qué desgracia! ¡Qué desdicha si esa catástrofe no puede retrasarse algunos días!

Callóse y Pedro comprendió que otra vez tenía los ojos fijos allá abajo, en Roma, contemplando con toda su ambiciosa angustia la cúpula de San Pedro, la diminuta mancha brillante, que apenas tenía el tamaño de la uña del dedo meñique en medio de la inmensa llanura rojiza. ¡Qué perturbación! ¡Qué trastorno si el papa moría! Habría querido no tener que hacer más que extender el brazo para coger en el hueco de la mano la Ciudad Eterna, la ciudad sagrada, que no ocupaba en el horizonte más lugar que el de un montón de piedrecitas arrojadas allí por

la pala de un niño. Soñaba con el cónclave, cuando los doseles de los demás cardenales se abatirían para no quedar más que el suyo inmóvil y soberano que le coronaría de púrpura.

—Tenéis razón, amigo mío, es preciso obrar,—exclamó dirigiéndose á Santobono;—puesto que se trata de la salvación de la Iglesia... y además, no es posible que el cielo no esté con nosotros, que no ansiamos más que su triunfo. Si es preciso, en el momento oportuno sabrá aniquilar al Antecristo.

Entonces fué cuando por primera vez oyó Pedro con toda claridad á Santobono, que decía con voz ruda, con una especie de salvaje decisión:

—¡Oh! ¡Y si el cielo tarda se le ayudará!

Esto fué todo lo que oyó; después no percibió más que un murmullo confuso. El balcón quedó vacío y su espera continuó en el soleado salón de una alegría tranquila y deliciosa. Abrióse de pronto de par en par la puerta del despacho y un criado le dijo que pasase. Al hacerlo, se quedó muy admirado al encontrar sólo al cardenal, pues, no había visto salir á los dos curas que debían haberse retirado por otra puerta.

Iluminado de lleno por una luz dorada, hallábase el cardenal en pie al lado de una ventana, con su rostro colorado, de nariz acentuada, labios gruesos y aire de juventud, rechoncho y vigoroso á pesar de sus sesenta años. Había recobrado la amable sonrisa con que recibía por buena política á los más humildes. Y en seguida, en cuanto Pedro se inclinó y besó el anillo, le señaló una silla.

—Sentáos, querido hijo,—le dijo;—sentáos. Venís á verme por ese malhadado asunto de vuestro libro. Estoy muy satisfecho, pero mucho, al poder hablar con vos.

A su vez, cogió otra silla y se sentó ante ese balcón desde el que se veía á Roma, de la que parecía no podía apartarse. Apercibióse Pedro muy pronto de que apenas le escuchaba, teniendo los ojos fijos allá abajo, en la presa con tanta ansia deseada, mientras que él le decía unas cuantas palabras excusándose por haberse permitido molestarle en su retiro. No obstante, la apariencia de amable atención era perfecta, y se quedó maravillado ante la fuerza de voluntad que Sanguinetti debía tener para presentarse tan

tranquilo, tan consagrado á los negocios en los momentos en que un viento de tempestad agitábase en él.

—Vuestra eminencia se dignará perdonarme...

—Hicísteis muy bien en venir á verme, puesto que mi quebrantada salud me obliga á permanecer aquí... A parte de que ya me encuentro mucho mejor, y es muy natural que deseéis darme algunas explicaciones acerca de vuestro libro é ilustrar mi juicio. Es más, me admiraba no haberos visto aún, porque sé que vuestra fe es grande y que no ahorráis las diligencias para convencer á vuestros jueces. Hablad, querido hijo, os escucho con toda la satisfacción que tendría al poderos absolver.

Dejóse Pedro arrastrar por estas palabras bondadosas, animándole por un momento la esperanza de ganar para su causa al todopoderoso prefecto del Indice. Parecíale ya que era hombre de rara inteligencia, de una cordialidad exquisita, ese antiguo Nuncio que había aprendido, primero en Bruselas y después en Viena, el arte mundano de despedir satisfechas á las personas, de las que se burlaba, prometiéndolas todo sin concederlas nada. Por esto recobró otra vez su fervor de apóstol para exponer sus ideas acerca de Roma de mañana, la Roma que soñaba, de nuevo señora del mundo, si volvía al cristianismo de Jesús, al amor ardiente á los pequeños y á los humildes.

Sonrió Sanguinetti, meneando la cabeza levemente, al mismo tiempo que exclamaba con embeleso:

—¡Muy bien, muy bien! Perfectamente. ¡Ah, pienso lo mismo que vos, querido hijo! No se puede decir mejor que vos lo decís... Eso es la misma evidencia, y con vos están todos los buenos espíritus.

Además, toda la parte de poesía, conmovíale profundamente, según decía. Le gustaba pasar, sin duda para rivalizar con León XIII, por un gran humanista de los más distinguidos, y había consagrado á Virgilio una ternura especial y sin límites.

—Sí, ya sé, ya sé vuestra página acerca de la primavera que vuelve para consolar á los pobres que durante el invierno han sufrido tanto con el frío; ¡oh, la leí tres veces! ¿Y dudáis de que está lleno el libro de giros latinos? He tomado nota de más de cincuenta expresiones que se po-

drían encontrar en las Eglogas. ¡Es un encanto vuestro libro! ¡Un verdadero encanto!

Como Sanguinetti no tenía nada de tonto, y comprendió que aquel modesto cura tenía una gran inteligencia, acabó por interesarse, no por Pedro, sino pensando en el partido que quizás podría sacar de éste. Era ésta, en medio de la fiebre de intrigas que le consumía, su constante preocupación; sacar de cuantos Dios ponía en su camino todo cuanto le llevaban que pudiese ser útil á su propio triunfo. Y por un momento dejó de fijarse en Roma para conemplar cara á cara á su interlocutor, oirle hablar y preguntarse en seguida en qué podría utilizarlo, ó bien en la crisis por qué atravesaba en aquellos momentos, ó más adelante cuando fuese papa; pero el presbítero cometió una vez más la falta de atacar el poder temporal de la Iglesia, y tuvo la malhadada ocurrencia de hablar de la nueva religión.

Con un gesto hízole callar el cardenal que, siempre sonriente y sin perder nada de su amabilidad, por más que su resolución, tomada ya desde hacía mucho tiempo se confirmase en aquellos momentos en definitiva.

—Es indudable, hijo mío, que tenéis razón en muchos puntos, y con mucha frecuencia estuve de acuerdo con vuestros pensamientos; ¡oh, por completo! más ignoráis una cosa, y eso que no sabéis, es que yo soy aquí el protector de Lourdes; de manera que, después de leída esa página que escribisteis contra los padres de la Gruta, ¿cómo queréis que me pronuncie en favor vuestro contra aquéllos?

Pedro se quedó aterrado al enterarse de ese hecho, que realmente ignoraba, puesto que nadie había tenido la precaución de advertírselo. En Roma tienen todas las congregaciones ó instituciones católicas del mundo entero, un protector que es un cardenal, designado por el Padre Santo, con la misión de representar y de defenderlas en caso de necesidad.

—¡Esos buenos padres!—siguió diciendo Sanguinetti con mucha dulzura.—Les disteis una pena muy grande; en realidad tenemos las manos atadas, y no podemos aumentar su disgusto... ¡Si supieseis cuán grande es el número de misas que nos envían! ¡Conozco á más de un

pobre cura que, á no ser por ellos, se moriría de hambre!

No quedaba más recurso que inclinarse. Pedro tropezaba una vez más con esa cuestión de dinero, con la necesidad en que se hallaba la Santa Sede de asegurar su presupuesto, año bueno con año malo. Esta seguía siendo la esclavitud del papa, al que la pérdida de Roma libró de los cuidados de reinar; pero al que la gratitud, forzada por las limosnas que recibía, le sujetaba, sin embargo, á la tierra. Las necesidades eran tan grandes que el dinero reinaba, convirtiéndose en la potencia soberana, ante la cual todo se plegaba en la corte de Roma.

Sanguinetti se puso en pie para despedir á la visita.

—Pero, creedme, hijo mío, no debéis desesperaros. No tengo más que mi voto, mas os prometo que tendré en cuenta las excelentes explicaciones que me disteis... ¿y quién sabe? ¡Si Dios está á vuestro lado, El os salvará á pesar nuestro!

Esta era su táctica ordinaria, que tenía por objeto no impulsar jamás á nadie hasta el último extremo, no despidiéndole sin hacerle concebir alguna esperanza. ¿A qué conducía decirle á Pedro que la condenación era cosa hecha y que lo único que podía hacer era renegar del libro? Sólo un salvaje como Boccanera era capaz de inflamar con sus desprecios la cólera de las almas apasionadas y lanzarlas á la rebelión.

—Esperad, tened confianza,—le dijo con una sonrisa, como queriéndole indicar una porción de cosas que no podía revelarle.

Profundamente conmovido, parecióle á Pedro que renacía. Llegó hasta olvidar la conversación que había oído, esas ansias de la ambición, esa rabia concentrada contra el rival odiado y temido. ¿Entre los poderosos no podía la inteligencia reemplazar el corazón? Si ese cardenal llegaba á ser papa algún día, y si era cierto lo que había comprendido, ¿no sería tal vez el papa esperado que se encargase de la tarea de reorganizar la Iglesia de los Estados Unidos de Europa, reina soberana del mundo? Le dió las gracias, sintiéndose muy emocionado, se inclinó y le dejó entregado á su ensueño, en pie, ante aquel balcón abierto, desde el que veía á Roma, á lo lejos, tan preciosa y reluciente como una alhaja, tal cual la tiara de oro y pedre-

ría y con el esplendor de un sol de un día de otoño.

Era cerca de la una cuando Pedro y el conde Prada pudieron almorzar en una de las mesitas del restaurant en que se habían citado. Sus negocios les habían retrasado al uno y al otro; pero el conde parecía estar muy alegre, pues había arreglado á su gusto todas las cuestiones enojosas que le hacían cavilar. Y el mismo Pedro, reanimado por la esperanza, se abandonó, se dejó arrastrar por el goce de vivir y de disfrutar de aquel hermoso último día. Así, que el almuerzo fué muy agradable en aquella sala clara, soleada, pintada con colores azul y rosa, y completamente desierta en aquella época del año. En el techo volaban los amorcillos, y los paisajes que decoraban las paredes, recordaban, de lejos, los castillos romanos. Comieron cosas frescas, bebieron ese vino de Frascati, que tiene un gusto á terruño tostado, lo mismo que si los antiguos volcanes hubiesen comunicado á la tierra algo de su fuego.

Durante largo rato, la conversación versó sobre los montes Albanos, cuya gracia, tan selvática, domina tan hermosamente la árida campiña romana, para alegría de los ojos. Pedro, que había hecho en coche la clásica excursión de Frascati á Nemi, conservaba aún en su mente el recuerdo encantador y hablaba con vehemencia de ella. Pasábase, al principio, por el pintoresco camino de Frascati á Albano, subiendo y bajando por el costado de las colinas llenas de encañados, viñedos y olivares, entre los cuales, abríanse á cada momento grandes perspectivas sobre la inmensa ondulada llanura de la campiña. A la derecha, encontrábase la aldea de Roca di Papa, en anfiteatro, blanqueando en una cima, por bajo de Monte Cave, cubierto de grandes arboledas. Desde este punto del camino, y cuando se volvían hacia Frascati, se vieron allá, en lo alto, en la linde de un bosque de pinos, las lejanas ruinas de Tusculum, grandes ruinas rojizas, recocidas por grandes siglos de sol, y desde donde el panorama, sin límites, debía ser admirable. Atravesábase después Marino, con su gran calle en pendiente, su vasta Iglesia, y el palacio ennegrecido y medio carcomido de los Colonna. Después de todo esto, y cerca de un bosque de verdes encinas, se bordeaba el lago Albano, espectáculo único en el mundo; con las ruinas de Alba Longa, enfrente, al otro lado de las

aguas inmóviles, claro espejo, el Monte Cave, á la izquierda con Rocca di Papa y Palazzola; con Castel Gandolfo á la derecha, dominando el lago como desde lo alto de un acantilado.

En el cráter apagado, lo mismo que en el fondo de gigantesca copa verde, el lago dormía, silencioso y muerto, una superficie de metal fundido que la luz tornasolaba de oro por un lado, mientras que la otra mitad; en la sombra, parecía negra. Y el camino subía en seguida hasta Nemi, Castel Gandolfo, colgado sobre su roca, y semejante á un pájaro blanco, entre el lago y el mar; refrescado siempre por la brisa, hasta en aquellas horas más ardientes del estío. Esta población habíase hecho célebre en otro tiempo por ser villa de los papas, en la que á Pío IX le gustaba pasar indolentemente los días, y en la que León XIII no había puesto nunca los pies. Y en seguida, el camino empezaba á bajar, empezaban otra vez las verdes encinas, esas encinas célebres por su corpulencia; doble hilera de colosos, de monstruos de retorcidos miembros y dos ó tres veces centenarios, y por último, se llegaba á Albano, á una población menos limpia, más anticuada que Frascatti, un rincón de terruño que conservó algo de su primitivo olor selvático. Estaban allí también Arricia, con su palacio Chigi, las laderas cubiertas de bosque, los puentes cruzando sobre gargantas desbordantes de sombra: estaban, así mismo, Genzano, también Nemi, y cada vez más selváticas, más atrasadas y hurañas, más perdidas entre rocas y árboles.

¡Ah! ¡Qué recuerdo más imborrable conservaba Pedro de Nemi! De ese Nemi á la orilla de su lago, de ese Nemi tan delicioso desde lejos, de una aparición tan encantadora, evocada de las antiguas leyendas, de las ciudades de hadas que nacen entre la umbría verdura del bosque y del misterio de las aguas; de esa Nemi de una suciedad repugnante cuando se está cerca, que se durrumba por todas partes y á la que aun domina la antigua torre de los Orsini, lo mismo que si fuese el genio malo de los tiempos pasados, y que parece es el que conserva las costumbres feroces, la violencia de las pasiones y de las puñaladas. De allí era ese Santobono, cuyo hermano había ma-

tado, y que él mismo dijérase estaba abrasado por una llama asesina, con sus ojos de crimen y relucientes como ascuas.

¡Y el lago! ¡El lago, redondo como una luna apagada, caída allí, en el fondo de su cráter, de esa copa más profunda y más estrecha que la del lago Albano, cubierta de árboles de un vigor y de una frondosidad prodigiosas! Los pinos, los olmos, los sauces llegan hasta la orilla con una oleada de ramas verdes que se cruzan y enlazan. Esa formidable fecundidad, nace de los continuos vapores que se desprenden del agua bajo la acción tórrida del sol, cuyos rayos se concentran en ese agujero lo mismo que si fuese en un horno. Es aquella una humedad cálida y pesada, que hace que los paseos de los jardines inmediatos se cubran de verde musgo, y que espesas nieblas coronen muchas mañanas la inmensa copa con blancos vapores, semejantes á un lechoso humo de brujería, de endiablados maleficios. Y Pedro se acordaba perfectamente de su malestar ante ese lago, en el que parecen dormir, en medio de una decoración tan admirable, las atrocidades antiguas, toda una religión misteriosa de prácticas abominables. Había visto el lago al acercarse la noche, entre la sombra de su cinturón de árboles, y semejante á una placa de metal empañado, negro y plateado y con una pesada inmovilidad, y esas aguas tan claras, tan profundas y desiertas, sin una barca, esas aguas muertas, augustas y sepulcrales, produjéronle una impresión de indecible tristeza, una melancolía de muerte, la desesperación de los grandes celos solitarios, la tierra y las aguas henchidas por el dolor mudo de los gérmenes é inquietudes de fecundidad. ¡Ah! ¡Esas orillas negras que se hundían; ese lago negro y profundo que yacía allá abajo, en el fondo!...

El conde Prada se echó á reir al enterarse de esta impresión.

—Sí, sí, es cierto; el lago de Nemi no tiene buen aspecto todos los días. Le he visto en días nublados, con color de plomo; en los de gran sol, á pesar de iluminarlo éste de lleno, no mucho más alegre ni animado. En cuanto á mí, lo confieso, me moriría de aburrimiento si me obligasen á vivir frente á frente de esas aguas tan mudas; pero hay allí grandes encantos para los poetas y las mujeres

románticas, para esas que se mueren por los amores vehementes y de trágico desenlace.

Después, levantáronse los dos comensales y fuéronse á tomar café á una terraza, en la que la conversación continuó, si bien cambiando de tema.

—¿Pensáis ir esta noche á la reunión del príncipe Buongiovanni?—preguntó el conde.—Para un extranjero será un espectáculo curioso, y os aconsejo que no dejéis de presenciarlo.

—Sí; tengo una invitación,—respondió Pedro;—y fué uno de mis amigos, el señor Narciso Habert, un agregado de nuestra embajada, el que me la proporcionó y quien debe además acompañarme.

En efecto, aquella noche debía celebrarse una fiesta en el palacio Buongiovanni, en el Corso, una de esas raras reuniones de gran gala, de las que no se dan más que dos ó tres durante el invierno. Se decía que aquella iba á sobrepujar á todas en magnificencia, porque se celebraba en honor de los desposorios de Celia, de la princesita. De una manera brusca, el príncipe, después de haber dado unos cuantos cachetes á su hija, y de correr él mismo grave riesgo de tener un ataque de apoplegía, á consecuencia de una tremenda crisis de ira, acabó por ceder ante la mansa terquedad de aquella niña, consintiendo en que se casase con el teniente Attilio, hijo del ministro Sacco, y todos los salones de Roma, lo mismo los pertenecientes á la sociedad negra, que los de la sociedad blanca, estaban trastornados con la noticia.

El conde Prada se echó á reir otra vez.

—¡Ah! ¡Os aseguro que vais á presenciar un hermoso espectáculo! En cuanto á mí no puedo por menos de celebrarlo por mi buen primo Attilio que es, en realidad, un honrado y guapo muchacho. Y por nada de este mundo quisiera dejar de asistir á la entrada de mi querido tío Sacco, que al fin consiguió apoderarse de la cartera de Agricultura, en los antiguos y nobles salones de los Buongiovanni. El acto será verdaderamente extraordinario y soberbio. Mi padre, que lo toma todo en serio, me dijo esta mañana que no había podido pegar los ojos en toda la noche.

Callóse un momento para añadir en seguida:

—Son ahora las dos y media y no sale ningún tren hasta las cinco ¿no sabéis que sería lo más acertado que podríais hacer? Pues sería volver conmigo en coche á Roma.

Pedro protestó.

—No, mil gracias de todos modos, pero como con mi amigo Narciso y no puedo entretenerme.

—Y no os entretendréis, todo lo contrario, saldremos de aquí á las tres y llegaremos á Roma antes de las cinco... No podéis figuraros qué agradable es ese paseo al declinar el día, os prometo que vais á presenciar una espléndida puesta de sol.

Mostróse tan amable que Pedro no tuvo más recurso que aceptar dominado por tanta amabilidad y buen humor. Pasaron una hora muy agradable hablando de Roma, de Italia y de Francia. Subieron un momento á Frascatti, en donde el conde tenía que ver á uno de sus destajistas. Y al dar las tres pusiéronse en camino, muellemente reclinados lado á lado en el coche y balanceados por el movimiento de éste arrastrado al trote ligero por los dos magníficos caballos. Era efectivamente delicioso aquel regreso á Roma á través de la inmensa y desnuda campiña, bajo el inmenso límpido cielo durante el declinar de aquel día apacible de otoño.

Al principio tuvieron que bajar muy deprisa las pendientes de Frascatti por entre campos, viñedos y olivares sin fin. El enlosado camino formaba recodos y estaba poco frecuentado, no viéndose en él más que algunos aldeanos con sus usados sombreros de fieltro negro, un mulo blanco, un carretón tirado por un burro, siendo el domingo el único día en que aquello se animaba poblándose las tabernas yendo los artesanos acomodados á comer cabrito en los merenderos de los alrededores. En uno de los recodos del camino pasaron por delante de una fuente monumental y más adelante un rebaño entero de carneros les impidió el paso. Por último, en el fondo de las leves ondulaciones de la rala campiña romana apareció á lo lejos Roma envuelta en los violados vapores del atardecer y semejaba que se iba hundiendo poco á poco á medida que el coche iba bajando. Llegó un momento en que no se presentó al ras del horizonte más que como una delgada

raya gris en la que apenas centelleaba alguna que otra blanca fachada iluminada por el reflejo del sol. Por último se hundió en tierra, bajo la ola de los infinitos campos.

A la sazón la victoria rodaba por la llanura dejando atrás los montes Albanos, mientras que, á derecha é izquierda, comenzaba la mar formada por las praderas y los rastrojos. Entonces fué cuando el conde inclinándose, dijo:

—¡Mirad! Ved allá abajo... adelante... á nuestro hombre de esta mañana, á Santobono en persona. ¡Eh! ¡Valiente mozo y cómo anda! A mis caballos les cuesta trabajo alcanzarle.

Inclinóse á su vez Pedro. Era efectivamente el cura de Santa María de los Campos, alto y nudoso, lo mismo que lo hubieren tallado á hachazos y embutido en su larga sotana negra. Rodeado por la luz fina, por el claro sol que le inundaba de resplandor, formaba á manera de una mancha dura de tinta y seguía su camino con un paso tan regular y rudo que se parecía al Destino en marcha. Al extremo del brazo derecho llevaba colgando alguna cosa que no podía verse, un objeto que se distinguía muy mal.

Cuando al cabo le alcanzó el carruaje, dió Prada orden al cochero que pusiese los caballos al paso y entabló conversación con el cura.

—Buenos días, párroco, ¿qué tal vamos?

—Muy bien, señor conde, muchas gracias.

—¿A dónde vais corriendo con tanto ánimo?

—Voy á Roma, señor conde.

—¡Cómo! ¿A Roma y tan tarde?

—¡Ah! Llegaré casi al mismo tiempo que vos; el camino no me asusta y es dinero que pronto está ganado.

Y hablando no perdía ni una zancada, volviendo apenas la cabeza alargando el paso para no quedarse atrás. Prada, muy conento con el encuentro, dijo al oído á Pedro en voz baja:

—Esperad que va á divertirnos.

Luego en voz alta añadió:

—Puesto que vais á Roma, párroco, subid al coche que aquí hay sitio para vos.

Inmediatamente y sin hacerse rogar más aceptó Santobono.

—Acepto con mucho gusto; mil gracias, esto es preferible á gastar las suelas de mis zapatos.

Subió al coche y se sentó en la bigotera rehusando con brusca humildad el sitio que Pedro quería cederle al lado del conde. Este se enteró al cabo de qué era lo que llevaba Santobono; un cestito lleno de higos, muy bien arreglados y curiosamente cubiertos con unas cuantas hojas muy bien colocadas.

Los caballos habían vuelto á emprender un trote más vivo y el coche rodaba por una hermosa y plana carretera.

—De manera que vais á Roma,—dijo el conde para hacer hablar al cura.

—Sí, sí, voy á llevar á su eminencia reverendísima el cardenal Boccanera algunos higos, los últimos de la estación. Son de los que le prometí ha tiempo hacerle un pequeño regalo.

Colocó sobre sus rodillas el cestito que sujetaba con mucho cuidado entre sus gruesos nudosos dedos, lo mismo que si se tratase de una cosa fragil y rara.

—¡Ah! ¡Los higos famosos de vuestra higuera! Es cierto, son de miel, pero quitaos ese engorro de encima y no vayáis de ese modo hasta Roma molestándoos con el cesto en las rodillas. Dádmelo y lo colocaré aquí en la capota.

Se agitó, los defendió y no quiso en manera alguna desprenderse del cesto.

—¡Mil gracias! ¡Mil gracias! No me estorba nada, está muy bien aquí y estoy seguro de que de este modo no le sucederá nada.

Esa pasión que Santobono tenía á las frutas de su huerto divertía mucho á Prada que daba con el codo á Pedro al mismo tiempo que preguntaba.

—¿Y vuestros higos le gustan mucho al cardenal?

—¡Ah! Su eminencia se digna adorarlos. En otros tiempos, cuando pasaba los veranos en Frascatti, no quería comer más higos que los de mi higuera. Como comprenderéis muy bien, ningún trabajo me cuesta darle gusto desde el momento en que sé lo que le agrada.

Dirigió una mirada tan penetrante á Pedro que el conde comprendió que era necesario presentarlos el uno al otro.

—El señor abate Froment se hospeda precisamente en el palacio Boccanera desde hace tres meses.

—Lo sé, lo sé,—contestó Santobono con mucha tranquilidad.—He tenido ocasión de ver al señor abate en el despacho de su eminencia un día que fuí á llevar unos higos; sólo que aquellos estaban menos maduros. Estos de ahora son perfectos.

Dirigió una mirada de complacencia hacia el cestito que, al parecer, estrechó con más fuerza entre sus dedos nudosos, bastos, cubiertos de cerdosos pelos. Y se quedaron silenciosos mientras que la campiña se desarrollaba en extensiones sin fin á los dos lados de la carretera. Hacía mucho tiempo que habían desaparecido las casas y no se veía ni un árbol ni una pared no viéndose más que las vastas ondulaciones en la que la proximidad del invierno empezaba á teñir de verde las hierbas escasas y ralas. Una torre, una ruina medio derrumbada, que se presentaba á la izquierda, adquirió de pronto una importancia extraordinaria, elevándose erguida en el cielo límpido por cima de la línea plana ilimitada del horizonte. Después á la derecha, en un gran parque cercado con estacas clavadas en el suelo, viéronse las lejanas siluetas de bueyes y caballos, mientras que otros bueyes uncidos aun al arado volvían con lento paso de la labor haciéndoles caminar los boyeros valiéndose del aguijón, mientras que un arrendatario montado en un caballo rojo, al que hacía galopar, regresaba á su casa después de hacer la visita de la tarde á los labrados campos. El camino fuese poblando poco á poco, un *biroccino*, ligero cochecillo de dos ruedas muy grandes con un sencillo asiento sobre el eje, cruzó por su lado con la rapidez del viento. De vez en cuando la victoria encontraba en su camino un *carrotino*, esa carreta baja del país, en que un aldeano, resguardado por una especie de toldo de colores chillones, llevaba á Roma, vino, legumbres y todos los productos de los Castillos romanos. Oíanse á lo lejos el sonar argentino de los cascabeles de los caballos que, en fuerza de la costumbre, seguían tranquilamente el camino conocido, mientras que el carretero dormía como

un bendito recostado en la carga. Las mujeres regresaban á sus hogares en grupos de cuatro ó cinco, con las faldas levantadas, sin nada la cabeza, con el pelo rizoso y brillante y cubierto el pecho con pañoletas de alegres colores. Y el camino se vaciaba en seguida y el desierto volvíase á presentar otra vez, sin un transeunte, sin una bestia de carga, en el espacio de muchos kilómetros, bajo el cielo redondo é infinito por el que descendía oblicuamente el sol allá abajo, al extremo de aquel mar vacío y de una monotonía tan grandiosa como triste.

—¿Y el papa, párroco, ha muerto?—preguntó Prada de pronto.

Santobono no se azoró siquiera.

—Confío,—dijo con mucha sencillez,—en que Su Santidad puede vivir aún durante mucho tiempo para triunfo y gloria de la Iglesia.

—Entonces, se conoce que esta mañana recibísteis buenas noticias en casa de vuestro obispo, el cardenal Sanguinetti.

Al oir esto no pudo el cura aquella vez dominar un ligero estremecimiento ¿le habían visto? En su afán de llegar pronto no se había fijado en aquellos dos transeuntes que seguían su camino á su espalda.

—¡Oh!—respondió tranquilizándose en seguida.—No se sabe nunca con certeza si las noticias son buenas ó malas... Según parece, Su Santidad ha pasado una noche bastante mala y hago votos para que la noche próxima sea mejor.

Por un momento apareció como que se concentraba y luego añadió:

—Si por otra parte Dios hubiese creído sonada la hora de llamar á sí á Su Santidad, no por eso dejaría su rebaño sin pastor y tendría ya escogido y señalado el soberano pontífice de mañana.

Tan hermosa respuesta aumentó la jovialidad de Prada.

—En verdad, párroco, que sois extraordinario... Entonces ¿os figuráis que los papas se hacen así por la gracia de Dios? ¿Con qué el papa de mañana está nombrado allá arriba? Siendo así aquí no hará más que esperar. A mí se me figuraba que los hombres intervendrían algo en el asunto... pero puede muy bien suceder que sepáis vos de antemano cuál es el cardenal elegido por el favor divino.

Y continuó sus bromas fáciles de incrédulo, que no conseguían turbar en lo más mínimo la perfecta tranquilidad del presbítero, que por último no pudo por menos de reir á su vez cuando Prada, haciendo alusión al anhelo apasionado con que el pueblo de Roma apostaba, á cada cónclave, á favor del candidato probable, dijo que en eso había para él una fortuna á ganar si pudiera enterarse del secreto de Dios.

Tratóse después de la cuestión de las tres sotanas blancas, de tres tamaños diferentes y que esperaban en un armario del Vaticano y siempre á punto ¿sería aquella vez la pequeña, la grande ó la mediana la que se emplearía? A la más insignificante enfermedad del papa reinante, que se temiese pudiese degenerar en grave, producíase una emoción extraordinaria, un despertar agudo de todas las ambiciones, de todas las intrigas, hasta el extremo de que no sólo entre la gente que forma la sociedad negra sino en la ciudad entera, no había más curiosidad ni entretenimiento que el de discutir los méritos y títulos de los cardenales para predecir cuál sería el elegido.

—Veamos, veamos,—dijo Prada,—puesto que debéis saberlo decídnoslo. Tengo empeño en que me lo digáis ¿será el cardenal Moretta?

Santobono, á pesar de su indudable deseo de mostrarse digno y desinteresado cual cumplía á un piadoso cura-apasionóse poco á poco y cedió á la llama que le consumía. Y en aquel interrogatorio dió fin con su paciencia y no se pudo contener más.

—¡Moretta! ¡Imposible! ¡Un hombre que está vendido á toda Europa!

—Entonces será el cardenal Bertolini.

—No lo creáis. ¡Bertolini! ¡Un hombre que se ha gastado mucho al quererlo todo y no conseguir nada!

—¿Se tratará del cardenal Dozio?

—¡Dozio! ¡Dozio! ¡Ah! ¡Si Dozio consigue el triunfo será para desesperación de nuestra santa madre la Iglesia, porque no hay espíritu más bajo ni más indigno!

Prada levantó las manos á lo alto como si se le hubiese agotado la serie de candidatos serios. Experimentaba una

maligna alegría al no querer nombrar al cardenal Sangulnetti, el candidato predilecto del cura, y lo hacía para exasperar más á éste. De pronto, y lo mismo que si le hubiese ocurrido una idea repentina, exclamó:

—¡Ah! ¡Ya sé quién es vuestro candidato! ¡El cardenal Boccanera!

Santobono recibió la herida en mitad del corazón, en su rencor y en su fe de patriota. Abríase ya su boca terrible é iba á gritar ¡no! ¡no! con toda su fuerza y su energía. Consiguió, empero, dominar ese grito, encerrándose en el silencio, con su regalo sobre las rodillas, con aquel cestito de higos que sujetaban sus dos manos con tanta fuerza que se dijera iba á romperlo. El esfuerzo que hubo de hacer fué tan grande, que se quedó tembloroso y tuvo que esperar con voz muy tranquila.

—Su eminencia reverendísima el cardenal Boccanera es un hombre muy santo, digno del trono, y lo único que temería es que su elevación á él no produjese la guerra con la nueva Italia; tanto es lo que la odia.

Prada se entretuvo en profundizar la herida.

—En fin sea lo que quiera, á éste lo aceptáis pues le estimáis demasiado para no alegraros de las probabilidades de éxito que pueda tener. Y creo que esta vez estamos en lo cierto porque todo el mundo está convencido de que el cónclave no puede elegir otro. Y como es muy alto y corpulento, será la sotana blanca grande la que servirá.

—La sotana grande... la sotana grande,—murmuró Santobono sordamente y como á su pesar,—á no ser que...

Y no acabó su frase dominando de nuevo su pasión. Y Pedro, que escuchaba en silencio, se quedó maravillado, porque no pudo por menos de recordar la conversación que había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti. Indudablemente los higos no eran más que un pretexto para penetrar en el palacio Boccanera en el que algún familiar, el abate Paparelli, sin duda, podía facilitar algunos informes seguros á su antiguo compañero; pero ¡qué imperio más exaltado tenía sobre sí mismo el tal Santobono, aun en medio de los movimientos más desordenados de su alma!

A los dos lados de la carretera continuaba la campiña desarrollando hasta lo infinito sus llanuras cubiertas de

hierba; y Prada miraba sin ver, habiéndose puesto serio y pensativo. Y en aquella vez completó sus pensamientos.

—Bien sabéis párroco, lo que se dirá si muere esta vez... No dan buen aespina esa enfermedad repentina esos cólicos, esas noticias que se ocultan... Sí, sí, el veneno lo mismo que para los demás...

Pedro experimentó un sobresalto de estupor ¡el papa envenenado!

—¡Cómo!—exclamó.—¡Todavía el veneno!

Y los miró asustados á los dos. ¡El veneno como en tiempo de los Borgias, lo mismo que en un drama romántico y al finalizar el siglo XIX! Esa idea figurósele monstruosa y ridícula.

Santobono, cuyo rostro habíase vuelto impenetrable y estaba inmóvil, no respondió ni una palabra; pero Prada meneó la cabeza y la conversación no se sostuvo desde entonces más que entre él y el joven presbítero.

—¡Sí! ¡Todavía el veneno! En Roma sigue el miedo grande y vivo aún. En cuanto ocurre una muerte que parece inexplicable, por demasiado pronta ó porque la acompañan trágicas circunstancias, el primer pensamiento es unánime y todo el mundo dice que se trata de un envenenamiento. Y reparad una cosa; creo que no hay población en que las muertes repentinas sean más frecuentes; no sé á punto fijo por qué causas.

Dicen que se deben á las calenturas... Sí, sí, hay aquí el veneno con toda su leyenda; el veneno que mata y no deja huellas la receta famosa legada de edad en edad, lo mismo bajo los emperadores que bajo los papas y hasta en nuestros días de democrática burguesía.

No obstante sonrióse, con un poco de escepticismo en su terror sordo de raza y de educación. Y citaba hechos. Las damas romanas se desembarazaban de sus maridos ó de sus amantes empleando el veneno extraído de un sapo rojo. Más práctica, apeló Locusta á las plantas, haciendo hervir una de estas que, á la cuenta, debía ser el acónito. Después de los Borgia, la Toffana vendía en Nápoles en frasquitos adornados con la imagen de San Nicolás de Bari, una agua célebre compuesta sin duda á la base de arsénico.

Y se contaban otras historias extraordinarias de alfileres cuyo pinchazo era mortal, de una copa de vino que se envenenaba deshojando una rosa, de una perdiz que se partía con un cuchillo envenenado y cuya mitad emponzoñada mataba á uno de los dos convidados.

—En cuanto á mí que os doy todos estos detalles, tuve un amigo allá en mis mocedades, cuya novia murió en la iglesia el día de la boda, después de oler un ramo de flores. ¿Cómo queréis que esa famosa receta no se haya transmitido y no sea conocida por algunos iniciados?

—Porque me parece que la química ha progresado mucho,—respondió Pedro,—y si los antiguos creían en los venenos misteriosos, era porque carecían de medios de analizarlos. Hoy el veneno de los Borgias no serviría más que para mandar ante el jurado al imbécil que lo emplease. Esos son cuentos de vieja, y apenas hay personas que los toleren en las novelas de folletín.

—Lo creo,—replicó el conde con su forzada sonrisa,—y sin duda tenéis razón. Lo único que os aconsejo es que vayáis á decir eso mismo al dueño de la casa en que os hospedáis, al cardenal Boccanera, en cuyos brazos murió el verano pasado y en dos horas un antiguo amigo, fraternalmente querido, monseñor Gallo.

—En dos horas puede matar una congestión cerebral, y un aneurisma mata en dos minutos.

—Sí, es muy cierto; pero, no obstante, preguntadle qué pensó al observar los prolongados estremecimientos, al ver el rostro que se ponía de color de plomo, los ojos que se hundían y aquella máscara de espanto en la que no hallaba á su amigo. El cardenal tiene la convicción absoluta de que monseñor Gallo murió envenenado, porque era su confidente más querido, su consejero siempre escuchado, y cuyos prudentes consejos eran otras tantas garantías de victoria. El sobrecogimiento de Pedro fué en aumento, y miró al párroco cuya irritante impasibilidad acababa de turbarle.

—Ese es tonto; es horroroso, ¿y vos también, señor cura, creéis en esas historias tremebundas?

Ni un solo pelo del cura se movió; no despegó tampoco sus gruesos y violentos labios, ni apartó sus negros y fulgurantes ojos que tenía fijos en Prada. Este continuó citando ejemplos. ¡Y monseñor Nazzarelli al que habían hallado en su cama, calcinado y convertido en una pavesa! ¡Y monseñor Brando, herido en el mismo San Pedro, durante las vísperas, muerto en la sacristía y revestido con sus ornamentos sacerdotales!

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Vais á decirme tanto que acabaré por echarme á temblar yo también y no me atreveré en adelante á comer en vuestra temible Roma, más que huevos pasados por agua!—dijo Pedro suspirando.

Esta salida les hizo reir durante un momento al conde y á él. Y era verdad, de su conversación se desprendía una Roma terrible, la ciudad eterna del crimen, del puñal y del veneno, en la que hacía dos mil años desde que habían levantado la primera muralla, la rabia del poder, el apetito furioso de poseer y de gozar, armaron las manos, ensangrentaron el suelo y arrojaron víctimas al Tíber ó bajo la tierra. Asesinatos y envenenamientos bajo los emperadores, envenenamientos y asesinatos bajo los papas, pues la misma oleada de abominaciones hacía rodar los muertos sobre ese trágico suelo, en la gloria soberana del sol.

—No importa,—dijo el conde,—los que toman precauciones, pueden estar seguros de que tal vez no obran desacertados. Dícese que más de un cardenal se estremece y desconfía. Sé de uno que no come nunca más que las viandas que compra y prepara su cocinero. Y en cuanto al papa si es que tiene alguna inquietud...

Pedro lanzó una nueva exclamación de asombro.

—¡Cómo! ¡Hasta el papa tiene miedo al veneno!

—¡Eh! ¿Y por qué no? Así lo pretenden al menos, querido abate. Hay días que realmente es el primer envenenado. ¿No conocéis esa antigua leyenda ó creencia de Roma, de que un papa no puede vivir hasta una edad muy avanzada, y que cuando se empeña en no morirse se le ayuda? Su sitio está naturalmente en el cielo, y en cuanto un papa vuelve á la infancia, se convierte con su senilidad en un estorbo, hasta en un peligro para la Iglesia. Aparte de esto, hácense las cosas con mucha pulcritud, y el menor constipado, es el pretexto decente para que no permanezca más de lo debido en el solio de San Pedro.

A este propósito refirió numerosos detalles. Un prelado,

deseoso de calmar los temores de Su Santidad, ideó un sistema completo de precauciones, entre otras la construcción de un cochecillo cerrado con llaves y candados, y destinado al transporte de las provisiones necesarias para la mesa pontificia, en la que por otra parte dábanse muestras de una gran frugalidad; pero ese cochecillo no pasó del estado de proyecto.

—Y después de todo, ¿qué?—añadió á manera de conclusión y echándose á reir.—Es preciso morir un día ú otro, y sobre todo cuando es para bien de la Iglesia, ¿no es verdad párroco?

Desde hacía un momento que, sin salir de su inmovilidad, había Santobono bajado la cabeza como si se entregara á un examen muy detenido de lo que contenía el cestillo de higos, que sostenía sobre sus rodillas con tanto miramiento, como si fuese un sacramento. Al verse interpelado de una manera tan directa y viva no pudo por menos de levantar los ojos; pero no abandonó su obstinado silencio, sino que se limitó á inclinar la cabeza con un movimiento muy prolongado.

—¿No es verdad, párroco, que es Dios y no el veneno el que señala la hora de la muerte? Se dice que estas fueron las últimas palabras del desdichado monseñor Gallo, cuando espiró en brazos de su amigo el cardenal Boccanera.

Por segunda vez y sin hablar, inclinó Santobono la cabeza y los tres muy pensativos se callaron.

El carruaje rodaba sin cesar por la inmensidad desnuda de la campiña. Aquella recta carretera, parecía dirigirse á lo infinito. A medida que el sol descendía hacia el horizonte, los juegos de luz y de sombra señalaban cada vez más las vastas ondulaciones de tierras que se sucedían, á su vez teñidas por un verde rosáceo y un gris violáceo; hasta los lejanos bordes del cielo. A lo largo del camino, á derecha é izquierda, no se veían más que grandes cardos silvestres secos, hinojos gigantescos con amarillentos quitasoles.

Después en momento dado, encontráronse con un tronco de cuatro bueyes uncidos que se habían entretenido en la labor, y que se recortaban en negro sobre el aire pálido, de extraordinaria grandeza en medio de la pesada soledad.

Más lejos vieron apelotonados rebaños de los que el viento llevaba hasta ellos, el áspero olor sebáceo de la lana, y que semejaban grandes manchas pardas tendidas sobre las hierbas, mientras que, á veces, se oía ladrar un perro, única voz que se percibía claramente en el sordo estremecimiento de aquel desierto silencioso, en el que parecía que reinaba la paz soberana de los muertos. Oyóse de pronto un canto ligero, y se levantó un vuelo de alondras, de las que una se elevó mucho y á gran altura, en aquel cielo límpido de oro. Y, enfrente, en el fondo de ese cielo puro de límpido cristal, engrandecíase cada vez más Roma, con sus torres y sus cúpulas, semejante á una ciudad de mármol blanco, que surgiese de un espejismo entre el verdor de encantado jardín.

—¡Mateo!—gritó Prada á su cochero.—Para, delante de la *Osiería Romana*.

Y, encarándose con sus compañeros, añadió:

—Dispensadme un momento, porque quiero enterarme de si hay huevos frescos, para llevarlos á mi padre, al que le gustan mucho.

Llegaron y el coche se detuvo; era una posada primitiva, situada en la orilla inmensa de la carretera y que tenía un nombre sonoro y orgulloso *Antica Osiería Romana*, apeadero para carreteros, en el que los cazadores eran los únicos que se atrevían á entrar para beber un vaso de vino blanco, al mismo tiempo que despachaban una tortilla ó un pedazo de jamón. Sin embargo, algunas veces, los domingos, el pueblo bajo de Roma llegaba hasta allí para pasar un buen rato. Durante la semana, empero, en la inmensa desnuda llanura pasábanse los días sin que entrase allí nadie.

El conde se apeó con mucha ligereza del carruaje, diciendo:

—En un momento despacho y vuelvo en seguida.

La hostería no era más que un edificio bajo, de un solo piso, al que se subía por una escalera exterior formada por grandes piedras que el sol había recocido. Toda la casa tenía un color y aspecto anticuado, el color del oro viejo. Al lado, y al pie de unos cuantos pinos parasoles, único árbol que crecía en aquel suelo ingrato, había un cenador formado con unos cañizos y bajo el cual se hallaban

unas cuantas mesas, cinco ó seis, cuyos tableros debían, por lo toscos, haberlos escuadrado á hachazos. Y como formando el fondo á aquel rincón de vida pobre y solitaria, elevábanse detrás, los restos de un antiguo acueducto, cuyos arcos abiertos en el vacío y medio derruídos eran los únicos que cortaban la línea plana del horizonte sin límites.

De pronto, retrocedió el conde en su camino, y dijo:

—¿Queréis, párroco, aceptar un vaso de vino blanco? Sé que sois un poco inteligente, un buen viñero, y hay aquí un vinillo que conviene que conozcáis.

Sin hacerse rogar y con mucha tranquilidad apeóse Santobono á su vez.

—¡Oh! Lo conozco... Lo he probado; es un vino de Marino que se cosecha en una tierra más floja que la nuestra de Frascatti.

Y al ver que ni aun entonces abandonaba el cestillo de los higos, sino que lo llevaba consigo, impacientóse el conde.

—Dejad ese cestillo en el coche, pues no hay ninguna necesidad de que lo traigáis aquí.

El párroco no le contestó, y siguió andando, mientras que Pedro se decidió también á bajar deseoso de ver una hostería, una de esas tabernillas de las afueras de Roma, á las que acude á solazarse el pueblo bajo y de las que le habían hablado.

Conocíanle allí á Prada, é inmediatamente se presentó una vieja alta, huesosa, y de aspecto regio, no obstante su sórdido traje. La última vez que el conde estuvo le proporcionó una docena de huevos frescos; aquel día iba á ver cuántos tenía, pero sin prometer nada, porque nunca sabía con seguridad los que había, pues las gallinas ponían en todos los rincones.

—Bueno, enteráos; y, mientras tanto, que nos sirvan un jarro de vino blanco.

Entraron los tres en la sala común que estaba completamente á obscuras. Por más que la estación calurosa había pasado, oíase aún desde el umbral el sordo zumbido de los enjambres de moscas. Un olorcillo de vino agridulce y de aceite rancio, hacía cosquillas en la garganta al entrar allí. En cuanto sus ojos se fueron acostumbrando, pudieron ver la vasta habitación ennegrecida, apestosa, amueblada sencillamente con bancos y mesas toscamente labrados con la madera apenas desbastada. Parecía estar vacía, tan profundo era el silencio que sólo turbaba el zumbido y el vuelo de las moscas, y, sin embargo, había allí dos hombres, dos transeuntes, inmóviles y mudos ante sus vasos llenos de vino. En una sillita baja, colocada en el umbral de la puerta y aprovechando la postrera claridad del día, estaba sentada la hija de la casa, joven flacucha, amarillenta, que tenía un temblor continuo producido por la calentura y que con las manos sobre las rodillas permanecía allí sin hacer nada en completa ociosidad.

Al comprender el malestar de Pedro, al que todo aquello disgustó, el conde propuso que los sirviesen fuera.

—Estaríamos mucho mejor,—dijo.—¡Hace una temperatura tan agradable!

Y la muchacha, mientras que su madre buscaba los huevos y su padre componía una rueda en un cobertizo inmediato, tuvo que levantarse tiritando para ir á buscar el jarro de vino y los tres vasos que dejó sobre una mesa del cenador. Se metió en el bolsillo los céntimos que la dieron por el vino y se volvió á su asiento, sin pronunciar ni una palabra y con aire malhumorado por haberse visto obligada á hacer aquel trabajo.

Con mucha alegría, cuando todos estuvieron sentados, llenó Prada los vasos, á pesar de las protestas de Pedro que aseguraba que no bebía nunca vino entre las comidas.

—¡Bah! ¡Bah! De todos modos trincaremos juntos. ¿no es verdad, párroco, que es muy bueno el tal vinillo? ¡Vamos, á la salud del papa ya que está enfermo!

Después de apurar su vaso de un sorbo, hizo Santobono chasquear la lengua. Había dejado el cestillo en el suelo, pero con mucho cuidado, con un cuidado paternal, y luego se quitó el sombrero, poniéndose á respirar á sus anchas.

El día era en realidad hermoso, la pureza del cielo admirable, un cielo inmenso de oro nuevo se extendía por encima del mar sin fin de la campiña romana, que iba á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

entregarse al sueño con una inmovilidad y una paz soberana. Y el vientecillo, cuyas ráfagas pasaban de vez en cuando á través del gran silencio, tenía un gusto exquisito de hierbas y de flores selváticas.

—¡Dios mío! ¡Qué bien se está aquí!—murmuró Pedro, dominado por aquel encanto.—¡Y qué desierto de eternal reposo más á propósito para olvidar el resto del mundo!

Prada, que vació el jarro volviendo á llenar otra vez el vaso del párroco, se divertía mucho sin decir nada con una aventura cuyo principio fué él quien únicamente lo vió. Hizo un guiño de alegre complicidad con los ojos para llamar la atención á Pedro y desde entonces siguieron ambos las dramáticas peripecias de la escena. A su alrededor pasaban y repasaban dando vueltas por entre la hierba enrojecida algunas gallinas flacuchas, buscando saltamontes y gusanos, y de pronto, una de esas pollas, una pollita negra, fina y lustrosa, y más desvergonzada que las otras, se fijó en el cestillo de higos que estaba en el suelo y se acercó con mucho atrevimiento; sin embargo, cuando estuvo cerca retrocedió asustada. Estiraba el cuello, erguía la cabeza y sus ojillos redondos fijábanse inflamados, codiciosos, en el cestillo. Pudo por fin más la pasión, y como quiera que uno de los higos asomaba entre dos hojas, se adelantó sin prisa, levantando las patas, y de pronto alargó la cabeza y de un picotazo atravesó el higo que se despanzurró.

Prada, tan contento como un niño, pudo al cabo soltar la carcajada que hacía rato contenía, y dijo:

—¡Eh! ¡Párroco, cuidado con vuestros higos!

Precisamente en aquel momento Santobono acababa de vaciar su segundo vaso y con la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos fijos en el cielo, gozaba con beatífica satisfacción. Se sobresaltó, miró á todas partes, y comprendió lo que pasaba al ver á la pollita, y hubo entonces un estallido de cólera, de grandes gestos y de invectivas terribles. La pollita, que en aquel momento daba otro picotazo, no soltó su presa, picó el higo y se lo llevó dando aletazos, tan pronto y tan cómicamente, que Prada y hasta Pedro, se rieron hasta derramar lágrimas, al ver el impotente furor de Santobono que la persiguió durante un momento amenazándola con el puño.

—Ahí tenéis las consecuencias de no haber dejado el cestillo en el carruaje,—observó el conde,—y si no os aviso, esa pollita se hubiera comido todos los higos.

Sin responder nada y masculiando entre dientes sordas imprecaciones, dejó Santobono el cestito sobre la mesa y levantó las hojas arreglando otra vez los higos con mucho arte para reparar la falta y después que hubo colocado las hojas y tapado todo como antes, se calmó.

Era tiempo ya de marcharse, el sol se inclinaba cada vez en el horizonte y la noche se acercaba. El conde, al cabo, empezó á impacientarse.

—¡Y esos huevos! ¿Vienen ó no?—preguntó.

Y observando que la posadera no volvía fuese en su busca. Entró en la cuadra, de ésta pasó á la cochera y no la encontró en ninguna parte. Pasó entonces á la parte trasera de la casa con intención de visitar los cobertizos, pero entonces vió una cosa extraña, inesperada, que le hizo detenerse en seco. En tierra estaba caída la pollita negra, muerta. Del pico se desprendía aún un hilillo de sangre violácea.

Al principio no experimentó más que admiración; se bajó y la tocó. Estaba tibia, blancucha y floja, lo mismo que un guiñapo; sin duda la muerte la había producido un golpe de sangre. De pronto se puso horrorosamente pálido; la verdad se apoderaba de él, le helaba. Lo mismo que á la luz de un relámpago evocó la imagen de León XIII enfermo, á Santobono corriendo en busca de noticias á casa del cardenal Sanguinetti y marchándose en seguida de Frascatti á Roma para llevar como regalo aquel cestito de higos al cardenal Boccanera. Y se acordó de la conversación que habían sostenido desde su salida de Frascatti, de la muerte eventual del papa, de los candidatos probables á la tiara, de las historias legendarias de veneno que aterrorizan aún en los alrededores del Vaticano y volvió á ver al párroco con su cestillo sobre las rodillas y llevándolo con paternal cuidado; y otra vez se le figuraba estar viendo á la pollita negra picotear en el cestillo para huir llevándose un higo en el pico. La pollita estaba allí, muerta, aniquilada.

Su convicción se formó en el acto y fué inmediata, absoluta; pero no tuvo ni siquiera tiempo para preguntarse lo que podía hacer, porque oyó á su espalda una voz que exclamaba:

—¡La pollita! ¿Qué es lo que tiene?

Era Pedro, que habiendo dejado á Santobono que ocupase su asiento en el coche, habíase ido á dar también una vuelta alrededor de la casa para contemplar desde cerca los restos del acueducto, medio derrumbado entre unos cuantos pinos.

Estremeciéndose como si fuese culpable, respondió Prada con una mentira, pero sin haberla premeditado y como obedeciendo á una especie de instinto.

—Pues que está muerta... Figuráos que hubo pelea. En el momento que yo llegué esa otra polla que veis allí se arrojó sobre ésta para quitarla el higo que llevaba aún en el pico y de un picotazo le rompió la cabeza... Vedla, está echando sangre.

¿Por qué decía esas cosas? Se admiró él mismo al inventarlas. ¿Era por qué deseaba ser el dueño de la situación y no tener ningún confidente para poder obrar en seguida á su antojo? Era á la vez algo como una cortedad vergonzosa ante un extranjero, un gusto personal de la violencia que la admiración mezclaba á su rebelión de hombre honrado, una necesidad sorda de examinar la cosa bajo el punto de vista de su interés personal antes de tomar partido. Hombre honrado, como lo era, no iba seguramente á permitir que se envenenase á las personas.

Pedro, al que inspiraban compasión los animales, contempló á la pollita con esa ligera emoción que le producía la brusca impresión de toda vida y, como era natural, creyó la historia que le contaban.

—¡Ah! ¡Esos animalejos tienen una imbécil ferocidad, que los hombres apenas han igualado! En mi casa había un gallinero, y un pollo y una gallina no podían herirse en la pata, sin que todos, al ver manar la sangre, se fuesen á picarla y comerla hasta el hueso.

En seguida se alejó Prada, y precisamente la dueña de la hostería le andaba buscando por su parte para entregarle cuatro huevos que había logrado encontrar con mucho trabajo, en los rincones de la casa. Pagó apresuradamente y llamó á Pedro, que estaba muy entretenido.

—¡Vamos! ¡Vamos pronto! Cuando lleguemos á Roma va á ser completamente de noche.

En el carruaje encontraron á Santobono, que les estaba esperando con mucha tranquilidad. Había vuelto á ocupar su sitio en la bigotera del carruaje, y tenía la espalda apoyada con fuerza en el pescante, y las largas piernas encogidas bajo el cuerpo, llevando de nuevo sobre las rodillas el cestito de los higos, tan artísticamente arreglados y que protegía con sus manos nudosas, lo mismo que si se tratase de una cosa rara y frágil que el menor vaivén, producido por un bache, podía echar á perder. Su sotana formaba como una gran mancha negra. En su rostro tosco y terroso de labriego apegado aún al terruño y desbastado por algunos años de estudios teológicos, eran sus ojos los que tenían vida, con una llamarada negra, fulgurante de pasión.

Al verle tan cómoda y tranquilamente instalado en el carruaje, Prada, experimentó un ligero estremecimiento. Luego, en cuanto el carruaje empezó á rodar por la recta carretera que parecía no tener fin, le dijo:

—¡Eh! ¿Qué tal, párroco? Ahí tenéis un trago de vino, que nos va á proteger contra el mal aire. Si el papa pudiese hacer lo mismo que nosotros, con seguridad que curaría de sus cólicos.

Por toda respuesta no dejó Santobono oir más que un gruñido sordo. No quería hablar más y se encerró en un silencio absoluto, como si le fuese invadiendo la noche lenta que avanzaba. Y á su vez se calló Prada, quedándose con los ojos fijos en el cura y preguntándose, qué era lo que iba á hacer.

El camino formaba como un recodo, y luego el carruaje rodó, siguió rodando por una carretera interminable cuyo blanco pavimento parecía dirigirse con una línea al infinito. A la sazón la blancura de la carretera, adquiría una especie de luz, desarrollábase como una cinta de nieve, mientras que la campiña inmensa, á sus dos lados, parecía irse cubriendo con una fina sombra. En el hueco de vastas ondulaciones amasábanse las sombras, parecía como que se extendía una marea violácea, recubriendo la rala

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

hierba con su ola, alargando la llanura hasta perderse de vista, semejante á un mar desteñido. Y el desierto se vació aún, acababa de pasar una carreta indolente, y á lo lejos extinguíase el tañido de claras esquilas, y luego ni un transeunte, ni una bestia, la muerte de los colores y de los sonidos, toda la vida cayendo en el sueño, en la serena paz del vacío.

A la derecha, los fragmentos del acueducto continuaban mostrándose de vez en cuando, semejantes á trozos de un ciprés gigantesco que la guadaña de los siglos hubiese cortado; luego, á la izquierda, vióse una nueva torre cuya negra ruina, se recostó sobre el cielo como un grueso pie derecho, y más fragmentos de acueducto flanquearon el camino, adquiriendo al lado de éste, un valor desmesurado, destacándose sobre el fondo formado por la puesta del sol. ¡Ah! ¡Esa es la hora única! ¡La hora del crepúsculo en la campiña romana cuando todo se hunde y se simplifica, la hora de la inmensidad desnuda, del infinito en la sencillez! No hay nada, nada más que la línea curva y aplanada del horizonte, nada más que la mancha de una ruina, aislada y en pie, y ese nada es de una grandeza de una majestad soberana.

El sol poniente allá abajo, á la izquierda, hacia el mar. En el límpido cielo bajaba lo mismo que si fuese un globo de ascuas, de un rojo cegador. Sumióse lentamente detrás del horizonte, y no se vieron más nubes que unos cuantos vapores de incendio, lo mismo que si el lejano mar se hubiese incendiado de pronto, bajo el fuego de tan regia visita. En seguida, cuando hubo desaparecido el sol, todo aquel lado de cielo se empurpuró con una marea de sangre, mientras que la campiña íbase tornando gris. No quedó más, al extremo de la llanura descolorida, que aquel lago de púrpura, cuyo brasero veíase como poco á poco íbase apagando tras las negras arcadas de los acueductos, y al otro lado los negros arcos esparcidos, que habían adquirido un tinte rosáceo, se destacaban claramente sobre un cielo de color de estaño. Disipáronse luego esos vapores de incendio; la puesta del sol se apagó con una melancolía que tenía algo de huraña. En el firmamento apagado y de color de azulada ceniza, encendíanse las estrellas una á una mientras que las luces de Roma, aun lejanas, y al ras del horizonte, al frente, centelleaban semejantes á faros.

Y Prada, entre el silencio meditabundo de sus compañeros, en medio de la tristeza infinita de la noche, y dominado á su vez por angustia indecible, continuaba interrogándose y preguntándose lo que iba á hacer.

Sus miradas no se apartaban de Santobono cuyo rostro se iba borrando en la sombra, pero que conservaba toda su tranquilidad y abandonaba su cuerpo á los vaivenes del coche que lo mecían. Repetíase Prada que no era posible que dejase de esa manera envenenar á las gentes. Indudablemente aquellos higos estaban destinados al cardenal Boccanera, y le importaba á él muy poco que hubiese un cardenal más ó menos y un papa posible cuya acción histórica era muy difícil de prever. En su ansiosa concepción de conquistador, entregado por completo á la lucha por la vida, habíale parecido siempre que lo mejor era dejar obrar al Destino, aparte de que no veía ningún mal, en que el cura se comiese al cura, lo que no desagradaba á su ateísmo. Pensó también, que podía ser hasta peligroso intervenir en tan abominable asunto, en el fondo de las bajas intrigas, tenebrosas é insondables del mundo negro. El cardenal no era, sin embargo, el único que vivía en el palacio Boccanera; ¿no podían equivocarse de destino aquellos higos, é ir á parar á otras personas á las que no se quería alcanzar? Esa idea de repulsiva casualidad, le empezaba á dominar á la sazón. Y sin querer empezó á fijarse en ella su pensamiento, irguiéndose delante de él las figuras de Benedetta y de Darío, presentándose y volviendo á aparecer, y que, no obstante sus esfuerzos para rechazarlas, se le imponían. ¿Y si Benedetta ó Darío comían aquellas frutas? A Benedetta la apartó en seguida de aquella posibilidad, porque sabía que tenía mesa aparte con su tía, y que no había nada común entre las dos cocinas; pero Darío almorzaba todos los días con su tío. Por un momento vió á Darío presa de un espasmo, caer en brazos del cardenal lo mismo que el pobre monseñor Gallo, con faz grasienta, los ojos hundidos y aniquilado en un par de horas.

¡No! ¡No! Todo aquello era horroroso, y no podía permitir abominación semejante. Entonces tomó una deci-

sión; esperaría á que fuese completamente de noche, y de la manera más sencilla del mundo, cogería el cestito de encima de las rodillas del cura y lo arrojaría á lo lejos, á algún hueco sombrío sin decir ni una palabra. El cura comprendería de lo que se trataba y en cuanto al otro, al joven abate francés, puede que ni siquiera se apercibiese de la aventura. Después de todo, importábale muy poco, porque estaba firmemente decidido á no explicar siquiera su acto. De pronto se quedó muy tranquilo al pensar que podría apoderarse del cestito y arrojarlo en el momento en que el coche pasara por bajo la puerta Furba, pocos kilómetros antes de llegar á Roma. Entre las tinieblas de la puerta podría ejecutar su propósito, y nadie le vería.

—Nos hemos entretenido algo, y no llegaremos á Roma antes de las seis,—dijo en alta voz encarándose con Pedro, pero tendréis tiempo suficiente para iros á vestir y á reunir con vuestro amigo.

Y, sin esperar la contestación, se dirigió á Santobono.

—En cuanto á vuestros higos, van á llegar muy tarde.

—¡Oh!—respondió el cura.—Su eminencia recibe hasta las ocho, y además, los higos no son para esta noche. A estas horas no se comen nunca higos, que serán para mañana por la mañana.

Volvió á encerrarse en su mutismo, y no dijo nada más.

—Para mañana por la mañana, ¡oh! ¡Quién lo duda!—repitió Prada.—Y el cardenal podrá regalarse con ellos, si nadie le ayuda.

Pedro, distraidamente, dió una noticia que sabía.

—Y sin duda estará solo, porque su sobrino el príncipe Darío, debió marchar hoy á Nápoles, para hacer un pequeño viaje de convaleciente, después del accidente que durante tanto tiempo, un mes largo, le obligó á permanecer en cama.

Detúvose bruscamente al recordar á quién estaba hablando; pero su apuro no pasó desapercibido para el conde.

—Vamos, tranquilizáos, querido señor Froment, que no me dais ningún disgusto. Eso es muy antiguo, ¿y decís que ese joven se marchó?

—Sí, á lo menos que no haya aplazado su partida, no creo encontrarlo en el palacio de su tío.

Durante un momento no se oyó nada más otra vez que el ruido producido por el continuo rodar de las ruedas. Y Prada se calló, dominado por la turbación y vuelto al malestar de su incertidumbre. Si Darío no estaba allí, ¿para qué tenía él que intervenir en el asunto? Todas aquellas ideas encontradas acabaron por cansar su cráneo y al fin pensó en alta voz:

—Si se ha ido debe ser por las conveniencias, y con objeto de no asistir esta noche á la reunión de los Buongiovanni, porque la congregación del Concilio se ha reunido esta mañana para pronunciar sentencia definitiva, en la demanda que la condesa presentó contra mí... y dentro de poco, sabré si el Santo Padre firmará la anulación de nuestro casamiento.

Habíase vuelto un poco ronca su voz; se comprendía que la antigua llaga se abría otra vez, y sangraba la herida causada á su orgullo de hombre por aquella mujer que era la suya, y que se negó á él reservándose para otro. En vano su amiga Lisbeth le había dado un hijo, la acusación de impotencia, el ultraje hecho á su virilidad, renacía sin cesar, y le henchía el corazón de ciegas cóleras. Experimentó un violento y brusco estremecimiento, lo mismo que si un gran soplo helado le hubiese atravesado la carne, y haciendo tomar otro giro á la conversación, dijo de pronto:

—Esta noche no hace calor... He aquí la hora mala de Roma, la hora en que empieza á anochecer, y en la que bonitamente puede pescarse una calentura buena, si no se tiene cuidado, ¡tenedlo presente! Extended esa manta sobre vuestras piernas, y envolvéoslas bien en ella.

Después, y como se acercasen á la puerta Furba, volvieron á quedar silenciosos; con un mutismo más pesado aun, y semejante al sueño invencible con que dormía la campiña romana sumergida en la obscuridad. Al fin, presentóse la puerta á la claridad de las estrellas vivas, y no era otra cosa más que una arcada del Aqua Felice, bajo la cual pasaba el camino. Aquel resto de acueducto, mirado desde lejos, parecía como que iba á interceptar el camino con su masa enorme de antiguos muros medio de-

rruídos. En seguida, el arco gigantesco, cubierto de sombra, agujereábase lo mismo que un pórtico. Y lo pasaron en plenas tinieblas, acompañándoles el ruido allí más sonoro, de las ruedas.

Cuando estuvieron al otro lado del arco, vióse á Santobono que seguía llevando sobre las rodillas el cestito de higos y que Prada lo miraba trastornado, preguntándose por qué extraña parálisis de las dos manos, no le había cogido y arrojado en medio de las tinieblas, y, sin embargo, pocos minutos antes de penetrar bajo el arco, estaba decidido á hacerlo. Hasta lo había mirado por vez postrera, para calcular mejor el movimiento que tendría que hacer, ¿qué era lo que había pasado en él? Sentíase presa de una indecisión que iba en aumento, incapaz de querer en adelante un acto definitivo, teniendo la necesidad de esperar, con la idea sorda de satisfacerse plenamente y ante todo. ¿Por qué tenía á la sazón que apresurarse, puesto que Darío se había sin duda marchado, y aquellos higos no se comerían hasta el día siguiente? Aquella misma noche debía saber si la congregación del Concilio había anulado su casamiento, y sabría hasta qué punto la justicia de Dios era venal y embustera.

No por cierto, no dejaría que envenenasen á nadie, ni siquiera al cardenal Boccanera, cuya existencia no obstante le importaba muy poco; ¿pero desde que salieron de Frascatti, aquel cestito no representaba al Destino en marcha? ¿No cedía al goce de un poder absoluto, diciéndose que era el árbitro para detenerle ó dejarle continuar su camino hasta el término de su obra de muerte? Y además se entregaba á la más obscura de las luchas, no razonaba, tenía las manos atadas hasta el extremo de no poder obrar de otra manera, convencido de que lo mejor era ir á echar una carta, avisando lo que ocurría, al buzón del palacio y hacerlo antes de meterse en la cama, considerándose dichoso al pensar que, si no obstante tenía interés en no hacerlo, no lo haría.

Acabóse entonces el camino en medio de ese silencio cansado, y del estremecimiento de la noche, que parecía haber helado á los tres hombres. En vano el conde para escapar al combate de sus reflexiones, volvió á ocuparse de la recepción de gala de los Buongiovanni, dando muchos detalles, describiendo los esplendores á los que iban á asistir, porque sus palabras caían en el vacío, raras, cortadas, distraídas. Hizo luego esfuerzos para animar á Pedro, para devolverle á su esperanza, hablándole otra vez del cardenal Sanguinetti tan amable y tan lleno de promesas, y por más que el joven presbítero volviese muy alentado y confiado con la idea de que su libro no estaba condenado aun, y que triunfaría tal vez si le ayudaban, apenas si respondió entregado por completo á sus cavilaciones. Santobono no habló, no se movió, como desaparecido, negro en la negra noche. Y las luces de Roma se multiplicaron, aparecieron algunas casas, á derecha é izquierda, al principio muy espaciadas y poco á poco unidas y sin interrupción. Era aquello el arrabal, campos con setos vivos y encañados, olivos que asomaban la cabeza por cima de las altas tapias que los cercaban, grandes portales con pilares coronados de macetas, la ciudad en fin con sus hileras de casitas grises, de tiendas pobres, de tabernas sospechosas y de las que á veces salían voces y ruidos de disputas.

Prada se empeñó en dejar á sus compañeros en la vía Julia, á cincuenta metros del palacio.

—Eso no me molesta absolutamente en nada, todo lo contrario, os lo aseguro. No es posible que os permita que acabéis el camino á pie con la prisa que tenéis.

La vía Julia dormía ya con su paz secular, absolutamente desierta, y con una paz de abandono, con su doble mortecina hilera de faroles de gas. Y en cuanto se apeó del carruaje, Santobono no esperó á Pedro, que por otra parte entraba siempre por la puertecilla que daba al callejón del costado.

—Hasta la vista, Santobono.

—Hasta la vista, señor conde.

Pudieron entonces ambos seguirle con la vista hasta el palacio Boccanera, cuyo antiguo y monumental portalón estaba aún abierto de par en par. Durante un momento, vieron su elevada y rugosa silueta que recortaba aquella sombra, y luego se abismó en ésta con su cestito y llevando el Destino.

XII

Eran las diez de la noche cuando Pedro y Narciso, que habían comido en el café de Roma, en donde se entretuvieron charlando durante largo rato, bajaron á pie por el Corso, para dirigirse al palacio Buongiovanni. Pasaron grandes trabajos para llegar hasta la puerta, á la que los carruajes se acercaban en apretadas filas, y la multitud de curiosos, allí delante parados, se desbordaba, invadía el arroyo de la calle, á pesar de los esfuerzos de los agentes, y se hizo tan compacta que los caballos no podían adelantarse. En la gran fachada monumental, resplandecían las diez ventanas del primer piso con una gran claridad blanquecina, la claridad de pleno día, de las luces eléctricas, que iluminaba, como con el resplandor del sol, la calle, los carruajes atascados en la oleada humana, el flujo y reflujo de cabezas apasionadas y ardientes en medio de un tumulto extraordinario de gritos y de gestos.

Había allí algo más que la curiosidad acostumbrada en esos casos, para ver pasar los uniformes y los elegantes trajes de las mujeres que se apeaban de los carruajes, porque Pedro oyó al poco rato que aquella multitud estaba

esperando la llegada del rey y la reina, que prometieron asistir á aquella recepción de gala, y que el príncipe Buongiovanni daba para celebrar los esponsales de su hija Celia con el teniente Attilio Sacco, hijo de uno de los ministros de la corona. Además de esto, aquel matrimonio era un acontecimiento, el venturoso desenlace de una historia de amor que apasionaba á la ciudad entera, el relámpago, la pareja tan joven y tan hermosa, la fidelidad obstinada, victoriosa de los obstáculos, y eso en novelescas condiciones, cuyo relato circulaba de boca en boca, haciendo que se humedeciesen los ojos y latiesen con fuerza todos los corazones.

Esa era la historia que á los postres y de sobremesa, mientras esperaban á que diesen las diez, había contado Narciso á Pedro, que estaba enterado de ella en parte. Se afirmaba, que si el príncipe cedió al fin, después de una escena espantosa, no lo hizo más que ante el temor de ver que Celia se marchaba cualquier día del palacio, apoyada en el brazo de su novio. No amenazó jamás con hacerlo, pero había en su cabeza de virgen ignorante un desprecio tal de todo lo que no era su amor, que se comprendía era capaz de cometer las peores locuras, cometidas ingenuamente. La princesa, su esposa, se mostró apartada de la cuestión, como buena inglesa, flemática, hermosa aun y que creía haber hecho bastante por la casa aportando los cinco millones de su dote y dando cinco hijos á su marido. El príncipe, inquieto y débil en sus violencias, en las que se revelaba la antigua sangre romana, echada ya á perder por su mezcla con la de una raza extranjera, no obraba nunca más que bajo el temor de ver derrumbarse su casa y su fortuna, que hasta entonces permanecieran intactas en medio de las ruinas acumuladas del patriciado. Y al ceder, por fin, había debido obedecer á la idea de resellarse por medio de su hija, para tener un pie sólidamente apoyado en el Quirinal, sin retirar, sin embargo, el otro del Vaticano. Era aquello una vergüenza que abrasaba; su orgullo sangraba al unirse á esos Sacco, á esos salidos de la nada; pero Sacco era ministro; había recorrido tan deprisa su camino, de éxito en éxito, que parecía que aun no llegaba al fin, y que podría conquistar después de la cartera de Agricultura, la de Hacienda, que era la am-

bicionada desde hacía mucho tiempo. Al lado de Sacco estaba el favor seguro del rey, la retirada á cubierto por esa parte si el papa llegaba á hundirse algún día. Además, el príncipe habíase informado acerca de Attilio, y quedó desarmado al verlo tan apuesto y valiente, tan lleno de rectitud, que era el porvenir tal vez de la Italia gloriosa del mañana, y como era soldado podría ascender hasta los grados más elevados.

Se añadía malignamente que otra razón que había decidido al príncipe, que era muy avaro y estaba desesperado al tener que repartir su fortuna entre sus cinco hijos, fué la de poder dar á su hija una dote irrisoria. Y entonces, una vez consentido el casamiento, decidió celebrar los esponsales con una fiesta que produjese mucho efecto, como se daban muy pocas en Roma, las puertas abiertas de par en par á las dos sociedades, los reyes invitados á la fiesta, y el palacio centelleante de luz y de lujo, hasta el punto de gastar en esa noche mucho de ese dinero con tanta energía defendido; pero queriendo demostrar por bravata, que no estaba vencido, y que los Buongiovanni no ocultaban nada ni por nada tenían que avergonzarse. A decir verdad, se pretendía que esta soberbia ostentación que no procedía de él, sino que le había sido inspirada, y sin que ni él mismo lo sospechase ni de ello tuviese conciencia por Celia, la tranquila, la inocente que deseaba mostrar su felicidad apoyada en el brazo de Attilio, ante Roma entera, que aplaudía esa historia de amor que acababa bien, como sucede en los hermosos cuentos de hadas.

—¡Diablo!—exclamó Narciso, al que una oleada de la muchedumbre inmovilizó.—A este paso nunca llegaremos arriba. ¡Han invitado á toda la ciudad!

Y como Pedro se admirase al ver pasar una carroza con un prelado, añadió:

—¡Oh! Vais á codearos con más de uno. Si los cardenales no se atreven á venir, á causa de la presencia de los soberanos, con seguridad que no faltará la prelatura. Se trata de un salón neutro, en el que ambas sociedades, la blanca y la negra, pueden fraternizar. Y después, como las fiestas no son tan numerosas, se aprovecha la ocasión.

Explicó entonces Narciso que, fuera de los dos bailes que daba la corte durante el invierno, se necesitaba que concurriesen circunstancias excepcionales para decidir al patriciado á que diese fiestas semejantes. Dos ó tres salones negros eran los que aun daban un baile una sola vez y al terminar el carnaval; pero por todas partes los bailes de confianza, las reuniones íntimas, substituían á las recepciones fastuosas. Algunas princesas señalaban sencillamente un día á la semana para recibir. Y en cuanto á los contados salones blancos, conservaban igual intimidad, mezclada más ó menos, porque no se había abierto ningún salón, cuya dueña hubiese llegado á ser la reina indiscutible del nuevo mundo.

—Al cabo, hemos llegado,—dijo Narciso en la escalera.

Pedro le dijo con inquietud:

—No nos separemos. No conozco más que á la desposada y para eso muy poco, y tengo deseos de que me presentéis.

Pero todavía era grande y rudo el esfuerzo que tenían que hacer para subir la amplia escalera, en la que de un modo extraordinario se agolpaba la muchedumbre de invitados que llegaba á cada momento. Ni en las épocas anteriores, cuando se empleaban con profusión las velas de cera y las lámparas de aceite, no había resplandecido tanto con un esplendor tan grande de luz. Numerosas lámparas eléctricas formaban ramilletes en los maravillosos candelabros de bronce que adornaban los descansillos. Los fríos estucados de las paredes estaban ocultos bajo una serie de grandes y magníficos tapices, la historia de Psiquis y del Amor, unas verdaderas maravillas que pertenecían á la familia desde la época del Renacimiento. Una gruesa alfombra ocultaba el gastado pavimento, y unos cuantos macizos de plantas verdes, entre las que descollaban unas palmeras muy grandes, adornaban los rincones. Afluía allí una sangre nueva, caldeando aquella antigua vivienda, una oleada de vida que subía con la oleada de sonrientes mujeres que olían muy bien y llevaban los hombros al descubierto é iban cubiertas de diamantes.

Cuando estuvieron arriba, Pedro vió en seguida en la entrada del primer salón al príncipe y á la princesa Buongiovanni, en pie, el uno al lado del otro, y recibiendo á

sus convidados. El príncipe, un rubio alto y delgado que empezaba á encanecer, tenía los ojos pálidos del Norte que le había legado su madre en el rostro enérgico de un antiguo capitán de los papas. La princesa, mujer de rostro pequeño y delicado, aparentaba tener apenas treinta años, cuando había pasado ya de los cincuenta, y seguía siendo linda, con una serenidad sonriente que nada desconcertaba, y resueltamente feliz al poderse adorar á sí misma. Llevaba un traje de raso color rosa, y resplandecía con un magnífico aderezo de rubís muy grandes que parecían iluminar con pasajeras ráfagas de luz su cutis fino y su sedoso cabello de rubia. Y de los cinco hijos, el mayor estaba viajando, y las otras tres hijas, como muy niñas aun, estaban en el colegio; de modo que era Celia la única que estaba allí, con un sencillo vestido de muselina blanca, rubia también, deliciosa, con sus ojazos de inocencia y su boquita de candor, conservando, hasta el fin de su aventura de amor, su aire de gran lirio cerrado. Hacía muy poco que habían llegado los Sacco, y Attilio, que se quedó al lado de su prometida, llevaba su sencillo uniforme de teniente, pero tan ingenua y francamente dichoso con su gran felicidad, que su hermosa cabeza, con boca de ternura, resplandecía con brillo extraordinario de juventud y de fuerza. Los dos, el uno al lado del otro, en ese triunfo de su pasión, aparecían desde el umbral como representación de la alegría, de la salud misma, de la vida, de la esperanza ilimitada, con promesas para el día siguiente, y cuantos invitados pasaban por allí veíanlos así, no pudiendo por menos de sonreír, de enternecerse, olvidando su curiosidad malsana y parlanchina, hasta el extremo de entregar su corazón á aquella pareja amorosa tan hermosa y digna de admiración.

Se adelantó Narciso para presentar á Pedro; pero Celia no le dió tiempo, pues avanzó un paso, saliéndole al encuentro y acompañándole á donde estaban su padre y su madre, le dijo:

—El señor abate Pedro Froment, un amigo de mi querida amiga Benedetta.

Cambiáronse ceremoniosos saludos, y á Pedro le encantó la gracia juvenil de la princesita, que le dijo en seguida:

—Benedetta vendrá más tarde en compañía de Darío y de su tía, ¡qué contenta debe estar esta noche! ¡Ya veréis qué hermosa está!

Felicitáronla, entonces, Pedro y Narciso; pero no pudieron permanecer allí, porque la ola los empujaba. El príncipe y la princesa no tenían tiempo más que para saludar con un movimiento de cabeza, amable y continuo á la multitud que los rodeaba y ahogaba. Y Celia, después de presentar los dos amigos á Attilio, tuvo que volver á ocupar al lado de sus padres su puesto de reina de la fiesta.

Narciso conocía un poco á Attilio, y hubo nuevas felicitaciones y se cambiaron apretones de manos. Después, impulsados por la curiosidad, maniobraron de manera que se pudieron quedar durante un momento en ese primer salón, pues el espectáculo que allí se presenciaba, valía la pena. Era una habitación espaciosa, tapizada toda ella de terciopelo verde con flores de oro, á la que llamaban la sala de las armaduras, y que, efectivamente, encerraba una muy notable colección de éstas, de corazas, de hachas, de armas y de espadas que casi todas habían pertenecido á los Buongiovanni, que las usaron en los siglos XV y XVI. Y en medio de tan rudos instrumentos de guerra, destacábase una preciosa silla de manos adornada con doradas y delicadas pinturas, en la cual la célebre Bettina, una belleza legendaria, bisabuela del Buongiovanni actual, hacía que la llevasen á los oficios.

En las paredes no se veían más que cuadros históricos, batallas, firmas de tratados ó recepciones reales, todo aquello, en fin, en que los Buongiovanni habían desempeñado un papel importante; esto dejando aparte los retratos de familia, erguidas figuras de orgullosa presencia, capitanes de tierra y de mar, grandes dignatarios de la Iglesia, prelados, cardenales, y entre los que, en el sitio de más honor, figuraba un papa, un Buongiovanni, revestido con la blanca sotana, y cuyo advenimiento al solio pontificio, enriqueció á toda su numerosa descendencia. Y en medio de aquellas armaduras, al lado de la preciosa silla de manos, al pie de esos altaneros retratos, era en donde se habían detenido ellos también hacía un momento, los Sacco, marido y mujer, á pocos pasos de los dueños de la

casa, para recibir su parte en los saludos y en las felicitaciones generales.

—Miradlos, ahí están, los Sacco,—dijo Narciso en voz muy baja á Pedro,—ahí enfrente de nosotros, ese hombrecillo negro y esa señora que lleva un vestido obscuro de seda.

Reconoció Pedro á Stefana, á la que había visto un día en casa del tío de ella, del anciano Orlando, y la vió como entonces con su rostro claro, iluminado por amable sonrisa y de rasgos delicados, menuditos, que una gordura prematura empezaba á borrar; pero fué el marido el que le interesó más; un moreno huesoso, con ojos grandes que se destacaban sobre su tez amarillenta, barba prominente y nariz de pico de buitre, una alegre careta de polichinela napolitano que danzaba, chillaba y de un buen humor tan invasor, que cuantos le rodeaban sentían pronto el ascendiente. Tenía además una facundia extraordinaria, y sobre todo una voz que era un instrumento de conquista y de encanto incomparables. Nada más que viéndole en aquel salón ganar tan fácilmente todos los corazones, se comprendían sus éxitos rápidos, asombrosos en medio del mundo tan brutal y mediocre de la política.

Por lo que hacía al casamiento de su hijo había maniobrado con rara destreza, afectando una delicadeza extremada poniéndose en contra de Celia y hasta del mismo Attilio, manifestando que se negaba á dar su consentimiento porque no quería que se dijese nunca de él que trató de apoderarse de un título y de una dote. No cedió hasta después de estar conformes los Buongiovanni y de consultar antes al anciano Orlando cuya elevada lealtad heroica era proverbial en toda Italia; tanto más cuanto que al obrar así sabía que iba en busca de una aprobación, porque el héroe no se recataba para decir en voz muy alta que los Buongiovanni debían considerarse muy honrados al acoger en su familia á su sobrino, un apuesto muchacho, de corazón sano y animoso que regeneraría su vieja sangre agotada haciéndola á su hija hermosos muchachos.

Y Sacco, en todo ese negocio, se sirvió de una manera maravillosa del nombre legendario de Orlando, haciendo valer su parentesco, dando pruebas de una veneración poco menos que filial hacia el glorioso fundador de la patria

y haciendo como que no sabía hasta qué punto le despreciaba y execraba, desesperado por su llegada al poder, pues estaba convencido de que llevaría el país á la ruina y á la vergüenza.

—¡Ah!—añadió Narciso encarándose con Pedro.—¡Ahí tenéis á un hombre hábil y práctico al que impresionan poco las bofetadas! Según parece en los Estados que andan apurados ó que atraviesan crisis morales, políticas ó económicas es muy conveniente la existencia de esos hombres que carecen de escrúpulos. Se dice que éste, con su aplomo imperturbable, la ingeniosidad de su espíritu y sus infinitos recursos de resistencia, que no retroceden ante nada, conquistó por completo el favor real... Pero velde, fijaos en él; cualquiera, al verle, diría que es ya el amo de este palacio en medio de la oleada de cortesanos que le rodea.

En efecto, los convidados que saludaban y pasaban por delante de los príncipes Buongiovanni se agrupaban luego alrededor de Sacco, porque éste representaba el poder, los empleos, las pensiones, las condecoraciones y si se le sonreía al encontrarle allí con su flacura negra y turbulenta, entre los grandes antepasados de la casa, se le adulaba como á una potencia nueva, como á esa fuerza democrática, tan poco formada aun, que se levantaba en todas partes hasta en el vetusto suelo romano en que el patriciado yacía en ruinas.

—¡Dios mío! ¡Cuánta gente!—murmuró Pedro.—¿Quiénes son todos esos?

—¡Oh!—respondió Narciso,—Ahí hay una mezcla muy grande. No son exclusivamente de la sociedad blanca ni de la negra; ya se han convertido en la sociedad gris. La evolución era fatal, irremediable, pues la intransigencia del cardenal Boccanera no puede ser la de un pueblo, la de una ciudad entera. El papa será únicamente el que diga siempre que no y permanecerá inmutable; pero, en tanto, todo á su alrededor marcha é invenciblemente se trastorna. De tal manera sucede esto que, dentro de algunos años y á pesar de todas las resistencias, Roma será italiana. Habéis de saber que ahora cuando un príncipe tiene dos hijos el uno se queda al Vaticano y el otro lo manda al Quirinal ¿no es verdad que hay que vivir? Esas

grandes y antiguas familias, que están en peligro de muerte, no tienen valor bastante para llevar el heroismo hasta el suicidio... Y ya os dije que aquí estábamos en un terreno neutral, porque el príncipe Buongiovanni ha sido uno de los primeros que ha comprendido la necesidad de la conciliación. Comprende que su fortuna está muerta y no se atreve á arriesgarla ni en la industria ni en los negocios y en cambio la ve desmigada entre sus cinco hijos que á su vez tendrán que desmigarla más entre los suyos, y por esa causa fué por la que se puso de parte del rey sin querer, por exceso de prudencia, romper con el rey. Así veréis en este salón la imagen exacta del desorden, de la mescolanza que reina en las opiniones de todos lo mismo que en las ideas del príncipe.

Interrumpió un momento su disertación para ir nombrando á los personajes que entraban en los salones.

—¡Mirad! Ahí viene un general al que quieren mucho todos, después de su última campaña en Africa. Esta noche habrá aquí muchos militares, los superiores todos de Attilio á los que han invitado para formar como una aureola de gloria al joven... Ahí llega el embajador de Alemania y es de suponer que el cuerpo diplomático venga casi todo él á causa de la presencia de sus majestades. Ahí tenéis un contraste ¿veis aquel hombre grueso que está allá en el fondo? Pues es un diputado muy influyente, un enriquecido de pronto de la nueva burguesía. Hace treinta años no era ni más ni menos que un colono del príncipe Albertini, uno de esos *mercanti* de la campiña que recorren ésta en busca de negocios, calzados los pies con fuertes botas y cubierta la cabeza con un hongo ordinario... Ahora fijaos en ese prelado que entra.

—A ese le conozco,—respondió Pedro.—Es monseñor Fornaro.

—Perfectamente: monseñor Fornaro, es decir, un personaje. Recuerdo que me dijisteis que era el relator encargado de dar dictamen acerca de vuestro libro. ¡Es un prelado delicioso! ¿Os fijasteis en la reverencia con que saludó á la princesa? ¡Y qué apostura más noble, qué gracia y elegancia bajo su manteo de seda violeta!

Coninuó Narciso enumerando de este modo príncipes y princesas, duques y duquesas, hombres políticos, funcionarios, diplomáticos, ministros, burgueses y oficiales, la más increíble mescolanza sin contar con la colonia extranjera, ingleses, americanos, alemanes, españoles, rusos, la antigua Europa y las dos Américas. Después, bruscamente, volvió á ocuparse de los Sacco, de la señora Sacco, para contar los heroicos esfuerzos que ésta había hecho con el buen pensamiento de ayudar las ambiciones de su marido abriendo un salón. Aquella mujer afable, de aire tan modesto, era una persona muy astuta, dotada de las más sólidas cualidades, de la presencia y de la resistencia piamontesas, del orden y de la economía. Así en el hogar era la que restablecía el equilibrio que comprometía el marido con su exuberancia. La debía mucho Sacco sin que nadie lo sospechase; pero hasta entonces no había conseguido oponer á los últimos salones negros un salón blanco que tuviese un verdadero predominio. No se reunían en el suyo más que las personas de su clase, no habiéndose nunca presentado en él ningún príncipe; los lunes se bailaba en su casa como se hacía en otros veinte salones de la burguesía sin brillo y sin poderío. El verdadero salón, desde el que se dirigiesen los hombres y las cosas y dueño de Roma permanecía aún en estado de quimera.

—Observad su sonrisa insignificante mientras se fija y examina cuanto la rodea,—añadió Narciso,—pues estoy seguro de que se está instruyendo y formando planes para el porvenir. Al presente se va á unir á una familia de príncipes y quien sabe si confía en que más adelante podrá reunir en su salón lo más selecto de la sociedad.

La mulitud llegó á ser tan grande en aquella sala, que era, sin embargo, muy espaciosa, que se ahogaban al verse empujados y estrujados contra una pared. Por esto el agregado á la embajada, hizo que Pedro le siguiese dándole detalles acerca de ese primer piso del palacio, uno de los más suntuosos de Roma y célebre por la magnificencia de las habitaciones destinadas á las recepciones. Se bailaba en la galería de cuadros, una gran sala que tenía veinte metros de largo, de aspecto regio, repleta de obras maestras y cuyas ocho ventanas daban al Corso. El *buffet* habíanlo puesto en la sala de las Antigüedades, una sala de mármol en la que se veía una Venus descubierta cerca del Tíber y que rivalizaba con la del Capitolio. A éste se-

guían otros salones, todos maravillosos, y que conservaban aún todo el lujo antiguo, tapizados con las telas más raras y costosas y en los que se veían, entre su mobiliario, algunos restos del de antaño que contemplaban los anticuarios con codicia y al acecho, con la esperanza de la ruina próxima é inevitable. Entre todos esos salones había uno famoso, el saloncito de los espejos, una habitación redonda estilo Luis XV que tenía las paredes completamente cubiertas de espejos, con los marcos de madera tallada, de una riqueza soberana y de un refinamiento que podía llamarse exquisito.

—Dentro de poco veréis todo eso, — dijo Narciso, — y mientras tanto entremos aquí si es que deseamos respirar un poco. Aquí es á donde han traído los sillones de la galería inmediata para las damas hermosas, deseosas de sentarse, de ser vistas y amadas.

El salón en que se hallaban era de los más espaciosos y tapizaban sus paredes ricos paños de terciopelo de Génova, del más hermoso que haya podido verse, de ese terciopelo antiguo á la jardinera, que tiene el fondo como raso claro sobre el que destacan flores de brillantes colores, pero en las que, los matices verdes, azules ó rojos, han palidecido de una manera divina, adquiriendo el tono suave y marchito de secas flores de amor. Había allí, en consolas y en vitrinas, los más preciosos objetos de arte del palacio, cofrecillos de marfil, maderas talladas, pintadas y doradas, piezas de orfebrería, un amontonamiento de maravillas. Y en efecto, en aquellos numerosos asientos habíanse ya refugiado muchas señoras huyendo del barullo, formando grupitos en los que se reía y charlaba con los pocos hombres que acertaron á descubrir aquel rincón de gracia y de galantería. No había cosa más agradable á la vista, á la viva luz de las lámparas, que aquel conjunto de hombros desnudos de la tersura de la seda y de nucas esbeltas sobre las que remataban las cabelleras negras ó rubias. Los desnudos brazos salían de entre el abullonado encantador de los trajes y de los encajes semejantes á flores vivas de carne. Los abanicos se movían con lentitud como para avivar los fuegos de las piedras preciosas, esparciendo á cada movimiento aroma de mujer, mezclado al perfume dominante de las violetas.

—¡Mirad! Allá abajo está nuestro amigo monseñor Nani saludando á la embajadora de Austria.

En cuanto Nani vió á Pedro y á su acompañante, se acercó á ellos, y los tres se metieron en el hueco de una ventana para poder hablar durante un momento más á sus anchas. Sonreía el prelado como encantado de la belleza de la fiesta, pero conservando al hacerlo la serenidad de un alma triplemente acorazada por la inocencia, en medio de aquellos grupos de hermosas mujeres de desnudos hombros, á las que parecía no ver.

—¡Ah! ¡Cuán contento estoy al encontraros, mi querido hijo!—dijo á Pedro.—¿Y bien, qué os parece Roma cuando nos ponemos á dar bailes?

—¡Qué es soberbia, monseñor!

Habló Nani con enternecimiento de la gran piedad de Celia, y afectó no ver en el príncipe y en la princesa más que unos adictos al Vaticano, para honrar de ese modo la lastuosa fiesta, sin dar á entender que sabía que de un momento á otro, debían llegar el rey y la reina. Luego de pronto.

—Durante todo el día estuve acordándome de vos, querido hijo. Había sabido que fuísteis á visitar al cardenal Sanguinetti para tratar de vuestro asunto... Veamos, veamos, ¿cómo os recibió?

—¡Oh! ¡Muy paternalmente! Ante todo, me hizo saber que le ponía en grave compromiso su situación de protector de Lourdes; pero en el momento en que me marchaba, se mostró muy amable, y me prometió acudir en mi auxilio con una delicadeza que me conmovió.

—¡De veras, querido hijo! ¡Todo esto no debe extrañaros porque su eminencia es muy bueno!

—Y debo añadir, monseñor, que salí de allí sumamente complacido y más animoso, lleno de esperanza. En adelante me parecerá que mi pleito está medio ganado.

—Es muy natural, y lo comprendo perfectamente.

Sonreíase, como siempre Nani, con su sonrisa de hombre inteligente, aguzada por un si es no es de ironía, pero tan discreta, tan velada, que no se sentía la picadura. Después de un corto silencio, añadió con mucha sencillez:

—La desgracia está en que han condenado vuestro libro anteayer en la Congregación del Indice, que se reunió

exprofeso, en virtud de convocatoria especial del secretario, y la sentencia la han de llevar pasado mañana á la firma de Su Santidad.

Contemplóle Pedro aturdido; el hundimiento del antiguo palacio sobre sus hombros, no le habría producido más efecto ¡todo esaba concluído! El viaje que había hecho á Roma, la experiencia que intentó, todo iba á pasar á esa derrota, cuya noticia llegaba á sus oídos tan bruscamente y en medio de aquella fiesta! ¡Y ni siquiera había podido defenderse, perdiendo los días sin encontrar á quién hablar, ni ante quién alegar en favor de su causa! La cólera fuese apoderando de él, y no pudo por menos de decirse á media voz con profunda amargura:

—¡Cómo me han engañado! Ese cardenal que esta mañana me decía: ¡Si Dios está á vuestro lado, os salvará aún á pesar nuestro! Sí, sí, ahora lo comprendo, jugaba el vocablo y no me deseaba más que un desastre para que la sumisión me ganase el cielo... ¡Someterme! ¡Ah! ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo aún! Tengo el corazón demasiado henchido de indignación y de pena.

Escuchábale y estudiábale Nani con mucha curioosidad.

—No hay nada en definitivo aun, querido hijo, mientras que el papa no firme. Podéis disponer del día de mañana y hasta con el de pasado mañana. Un milagro es siempre posible.

Y bajando la voz, llevándole aparte mientras que Narciso, como estético aficionado á los cuellos largos y á las gargantas pueriles examinaba á las damas, le dijo:

—Escuchad: tengo que comunicaros una cosa, pero con el mayor secreto. Dentro de un momento y durante el cotillón, procurad reuniros conmigo en el saloncito de los espejos. Allí podremos hablar con libertad.

Prometiólo Pedro haciendo un signo de asentimiento y discretamente alejóse el prelado perdiéndose entre la multitud; pero al presbítero le zumbaban los oídos y no podía esperar más: ¿qué iba á hacer en un día, puesto que había perdido tres meses sin conseguir siquiera que le recibiese el papa? En medio de su aturdimento oyó á Narciso que le hablaba de arte.

—Es una cosa que asombra el ver como se ha deformado el cuerpo de la mujer en estos tiempos de democracia. Se engruesa y se hace horrorosamente vulgar. Mirad ahí, delante de nosotros, no hay ni una sola que tenga la línea florentina; el seno pequeño, el cuello desprendido y regio...

Interrumpió lo que decía para exclamar:

—¡Ah! ved aquí una que está bastante bien, esa rubia que lleva bandós. ¡Mirad! Es esa á la que monseñor Fornaro se acerca en este momento.

Desde hacía un momento que monseñor Fornaro iba de hermosa dama en dama hermosa, acercándose á ellas con aire de amable conquista. Tenía aquella noche un aspecto soberbio con su elevada talla decorativa, sus mejillas llenas y su buena gracia victoriosa. No circulaba acerca de él ninguna historia escandalosa y se le aceptaba sencillamente como un prelado galante, al que le agradaba la compañía de las mujeres. Se detenía, charlaba, se inclinaba sobre los desnudos hombros, los rozaba, los respiraba con los labios húmedos y los ojos rientes, con una especie de devoto embeleso.

Vió á Narciso al que solía ver algunas veces, y se adelantó por lo que el agregado tuvo que saludarle.

—¿Seguís bien, monseñor, desde que tuve el honor de veros en la embajada?

—¡Así! Sí, muy bien... muy bien, ¡oh! ¡Qué fiesta más deliciosa!

Pedro se inclinó; era aquél el hombre que con su dictamen había hecho que condenasen su libro y más que nada, le reprobó su aire de caricias y las promesas falaces de su acogida tan amable. Pero el prelado, que era muy ladino, debió comprender que Pedro se había enterado de lo resuelto por la congregación, y le pareció que lo más digno, era no dar muestras de reconocerle directamente. Y se limitó por su parte á inclinar la cabeza con una ligera sonrisa.

—¡Cuánta gente!—repitió.—¡Y qué personas más bellas hay entre la concurrencia! Dentro de poco no se va á poder dar un solo paso por este salón.

A la sazón todos los sillones estaban ocupados por señoras, y se empezaba á no poder respirar en medio de aquel perfume de violetas que caldeaba el olor más fuerte de las nucas rubias ó morenas. Los abanicos se movían

con más ligereza, elevábanse algunas risas más altas entre el creciente murmullo, todo un rumor incesante de conversaciones, de entre las cuales podían distinguirse algunas palabras. A la cuenta había circulado de pronto alguna noticia, un rumor que pasaba de grupo en grupo y que encendía la fiebre entre éstos.

Monseñor Fornaro, muy al corriente de lo que pasaba, quiso dar por sí mismo la noticia que aun no se atrevían á decir en alta voz.

—¿Sabéis que es lo que las apasiona á todas?

—¿La salud del Santo Padre?—preguntó Pedro, no sin alguna inquietud.—¿Será que se habrá agravado esta noche?

Contemplóle asombrado el prelado, y después con algo de impaciencia, le dijo:

—¡Oh! ¡No! ¡No! Su Santidad sigue muchísimo mejor ¡á Dios gracias! Alguien que pertenece al Vaticano me dijo hace un momento que había podido levantarse esta tarde, y recibir á sus íntimos, como acostumbra á hacerlo.

—De todos los modos han tenido mucho miedo,—dijo á su vez Narciso interrumpiéndole,—confieso que en la embajada no estábamos muy tranquilos, porque un cónclave en estos momentos, sería una cosa muy grave para Francia, que no tendría ningún poder, porque nuestro gobierno republicano ha hecho muy mal en tratar al papado como una cantidad que no se debe tener en cuenta. Lo que hay es que ¿se ha sabido nunca cuando el papa ha estado realmente enfermo ó no? He averiguado de una manera indubitable que el invierno pasado, estuvo realmente á la muerte cuando nadie decía una palabra de su enfermedad, mientras que la última vez que todos los periódicos le mataban hablando de una bronquitis, le ví yo, que os estoy hablando, muy agil y muy alegre. Creo que se pone malo cuando es necesario.

Con un gesto lleno de apresuramiento, descartó monseñor Fornaro ese tema inoportuno.

—No, no, ya se han tranquilizado, y no se habla más del asunto... Lo que apasiona á esas señoras, es que la congregación del Concilio, ha votado hoy la anulación del matrimonio en el pleito Boccanera Prada, por una gran mayoría de votos.

Emocionóse Pedro otra vez. No habiendo tenido tiempo á su regreso de Frascatti, de hablar á nadie en el palacio de Boccanera, temió que la noticia fuese falsa. Y el prelado se creyó obligado á dar su palabra de honor.

—La noticia es verdadera; la sé de labios de un miembro de la congregación.

Bruscamente se excusó y se escapó diciendo:

—¡Dispensadme! Ahí hay una señora á la que no había visto, y á la que quiero saludar.

Sin perder momento, se dirigió hacia aquella señora, mostrándose muy solícito en su presencia. No pudiéndose sentar, permaneció en pie delante de ella, encorvando su elevada estatura, como si hubiese querido envolver bajo el roce del manteo de seda violeta y con su galante cortesía á aquella mujer tan joven, tan fresca y tan descotada, que se reía con toda su alma.

—¿Conocéis á esa señora?—preguntó Narciso á Pedro.

—¿No? ¿De veras? Pues es la buena amiga del conde Prada, la muy encantadora Lisbeth Kauffmann, que acaba de darle un robusto muchacho y que vuelve á presentarse en sociedad esta noche por primera vez, desde que ocurrió eso. Debéis saber que es alemana, y que perdió aquí á su marido, y que pinta un poco, y por cierto no del todo mal. Se las perdonan muchas cosas á esas señoras de la colonia extranjera, y ésta precisamente es muy estimada, por el buen humor con que recibe á sus visitas en su diminuto palacio de la calle del Príncipe Amadeo. ¡Figuráos si se divertirá oyendo las noticias que circulan acerca de la anulación del matrimonio!

Era realmente exquisita Lisbeth, muy rubia, muy sonrosada, muy alegre, con su cutis terso como la seda, su rostro de lechosa blancura, sus ojos tan tiernamente azules y su boca cuya amable sonrisa era célebre por su gracia. Y con su elegantísimo traje de seda blanca sembrada de lentejuelas de oro, tenía, y sobre todo aquella noche, una alegría tal de vivir, una certidumbre tan grande de ser dichosa, de sentirse libre, de ser amante y amada que parecían contribuir á su triunfo la noticia que á su alrededor circulaba de boca en boca, y las malignidades murmuradas en voz baja tras los abanicos. Todas las miradas se fijaron en ella durante un momento, y se repetían sus

palabras á Prada cuando estaba en cinta de un hombre, al que la Iglesia declaraba impotente aquel día: «¡pobre amigo mío! ¡Es por un pequeño Jesús por el que voy á parir!» Y se oían risas ahogadas, circulaban irrespetuosas bromas de boca á oído, mientras que Lisbeth, radiante de insolente serenidad, aceptaba con embeleso las galanterías de monseñor Fornaro, que le felicitaba por un cuadro, representando una Virgen del Lirio, enviado por ella á una exposición.

¡Ah! ¡Esa anulación del casamiento, que hacía el gasto de la crónica escandalosa de Roma, de un año á aquella parte, qué rumor levantó tras sí, al caer en medio de la animación de aquel baile! La sociedad negra, lo mismo que la blanca, habíanlo escogido hacía mucho tiempo como campo de batalla, para cambiar las más increíbles maledicencias, habladurías sin fin é historias de esas que dan sueño. Y todo esto había concluído aquella vez: el Vaticano imperturbable se atrevía á decretar la anulación, bajo el pretexto de que el matrimonio no había podido consumarse, á consecuencia de la impotencia del marido. Con su libre excepticismo iba á reírse Roma entera, desde el momento en que se trataba de los asuntos de dinero de la Iglesia. Nadie ignoraba los incidentes de la lucha; Prada, rebelándose y negándose á comparecer; los Boccanera que, llenos de inquietud, revolvieron el cielo y la tierra y el dinero distribuído entre las hechuras de los cardenales para comprar la influencia de éstos, y la suma de importancia con que habían pagado indirectamente el informe, al fin favorable, de monseñor de Palma. Se hablaba de más de cien mil francos en total, y nadie lo encontraba caro, porque, otro divorcio, el de una condesa francesa, había costado cerca de un millón. ¡El Santo Padre tenía tantos gastos! Y esto, por otra parte, no chocaba á nadie y todos se limitaban á bromear maliciosamente, los abanicos seguían moviéndose entre el creciente calor, las señoras experimentaban un estremecimiento de placer, bajo el vuelo de palabras ligeras, apenas murmuradas, que rozaban sus desnudos hombros.

—¡Oh! ¡Qué contenta debe estar la *contessina!*—replicó Pedro.—No había podido comprender, porque nos dijo su amiguita que iba esta noche á estar tan contenta y á ser

tan feliz... Y será sin duda, á causa de eso, por lo que va á venir la *contessina*, que desde que empezó su pleito, se consideraba como llevando luto.

Lisbeth, cuya mirada se cruzó con la de Narciso, le sonrió y tuvo que ir á saludarla á su vez, porque la conocía á causa de haber estado en su estudio, lo mismo que toda la colonia extranjera. Volvía al lado de Pedro, cuando una nueva emoción pareció agitar los adornos, diademas de diamantes y las flores que engalanaban aquellas cabelleras. Algunas cabezas se volvieron y los murmullos fueron en aumento.

—¡Ah! ¡Es el conde Prada!—exclamó Narciso maravillado.—¡Qué buena apostura tiene! ¡Vestidle de terciopelo y de oro, y veréis qué hermosa figura de aventurero del siglo XV, os resulta! ¡Uno de esos que probaban todos los goces y no se detenían ante nada!

Entró Prada muy sereno, muy dueño de sí, alegre y casi triunfante. Y en efecto, por cima de la blanca pechera de la camisa que se destacaba recortada por las solapas del frac negro, tenía realmente una elevada expresión de presa, de dominación, con sus ojos francos y duros, su enérgica faz cortada por el poblado bigote negro. Nunca como entonces, su boca voraz mostró su dentadura de carnívoro, con una sonrisa más embelesada de lobo. Con una ojeada rápida examinó, desnudó á todas las mujeres. Después, en cuanto vió á Lisbeth tan niña, sonrosada y blanca, en su rostro se dulcificó esa expresión. Se acercó abiertamente á ella, sin inquietarse lo más mínimo por la ardiente curiosidad de que era objeto. Se inclinó y habló bajo un momento, en el instante en que monseñor Fornaro le cedió su puesto. Sin duda, la joven le confirmó la noticia que circulaba, porque hizo un gesto y se rió un poco forzadamente al incorporarse.

Fué entonces cuando vió á Pedro y se reunió con él en el hueco de una ventana. Estrechó también la mano de Narciso, y con su acostumbrada bravata, dijo en seguida:

—Ya recordaréis lo que os dije al regresar esta tarde de Frascatti: pues bien, parece que es cosa hecha, y que han anulado mi casamiento. Esto me pareció tan imprudente, tan escandalosamente grande y tan estúpido, que

no quise creerlo, cuando hace un momento que me lo dijeron.

—¡Oh! La noticia es cierta,—se permitió declarar Pedro.—Hace poco que nos lo confirmó monseñor Fornaro, á quien se la había dado un miembro de la congregación. Se asegura que la decisión se tomó por gran mayoría.

Una carcajada sacudió á Prada.

—¡No! ¡No! ¡No es posible idear una farsa semejante! ¡Es la bofetada más atroz que he visto dar nunca á la justicia, y al buen sentido! ¡Ah! ¡Si consiguiesen también que se anulase el matrimonio civil, y si mi amiga, que veis allá abajo, consintiese en ello, cómo se iban á divertir en Roma! ¡Ya lo creo! Cómo que me casaría con gran pompa en Santa María la Mayor. ¡Y hay por ahí un queridísimo chiquitín que podría asistir á la fiesta en brazos de su nodriza!

Y se reía alto, muy alto, mostrábase demasiado brutal en esa alusión á su hijo, prueba viva de su virilidad. ¿Sufría pues para tener en los labios un pliegue que los contraía y hacía quedasen al descubierto sus blancos dientes? ¿Se comprendía estaba estremecido, en lucha contra el despertar de una pasión, sorda, tumultuosa, que no quería confesarse á sí mismo?

—¿Y vos, querido Froment, conocéis la otra noticia?—preguntó con viveza.—¿Os han dicho que la condesa va á venir?

—Me lo acaban de decir,—respondió Pedro.

Vaciló un momento, antes de añadir, cediendo al deseo de evitar toda sorpresa enojosa.

—Y sin duda, veremos también aquí al príncipe Darío, porque no se marchó á Nápoles como os dije. Creo que á última hora se presentó un impedimento, que estorbó el viaje.

Prada dejó de reir y se limitó á murmurar, poniendo de pronto, una cara muy seria.

—¡Ah! ¡Con que el primo está aquí! ¡Pues bien, los veremos, los veremos á los dos! ¡A los dos!

Y se calló, como asediado por unos pensamientos muy graves que le obligaban á reflexionar, mientras que los dos amigos continuaban hablando. Después, hizo un gesto, como diciendo que le dispensasen, y metiéndose más

en el hueco de la ventana, sacó de su bolsillo un libro de memorias, del que arrancó una hoja, en la que, aumentando únicamente de tamaño la letra, escribió con lápiz las cinco líneas siguientes:

«Una leyenda asegura que la higuera de Judas retoñó »en Frascatti, y que sus frutos son mortales para cualquie»ra que desee ser papa. No comáis esos higos emponzoña»dos y no los deis á los vuestros, ni á vuestras galli»nas.»

Dobló la hoja en forma de carta, la cerró con un sello de correo, y puso la dirección siguiente:

«A su eminencia reverendísima é ilustrísima, el cardenal Boccanera.»

Cuando terminó y lo colocó todo otra vez en el bolsillo, respiró más á sus anchas y recobró su sonrisa.

Era como un malestar invencible, un terror lejano, que le había helado. Sin que un razonamiento claro se formulase aún, acababa de sentir la necesidad de asegurarse contra la tentación de una cobardía, de una abominación posible. No había podido expresar la relación de ideas que le impulsó á escribir esas cuatro líneas, allí mismo y en el sitio en que se encontraba, sin ningún retraso, bajo pena de la más grande de las desgracias. No tenía más que un pensamiento bien definido; el de ir á echar la carta, en cuanto saliese del baile, al buzón del palacio Boccanera. A la sazón estaba tranquilo.

—¿Qué es lo que tenéis, querido abate?—dijo tomando otra vez parte en la conversación.—Parece que estáis muy sombrío.

Y habiéndole Pedro comunicado la mala noticia que había recibido, la de que habían condenado su libro, y la de que no le quedaba más que un día para obrar, si no quería que su ida á Roma fuese una derrota, se exclamó como si él mismo tuviese necesidad de agitación, de aturdimiento, con objeto de esperar, á pesar de todo, y de vivir.

—¡Bah! ¡No os desalentéis aún, pues os dejan toda la fuerza! ¡Bastante es un día, pues se pueden hacer tantas cosas en un día! Una hora, un minuto, bastan para que el destino obre y cambie las derrotas en victorias.

Se puso febril y añadió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Venid! Vamos al salón de baile. Dicen que es un prodigio.

Cambió una última tierna mirada con Lisbeth, mientras que Pedro y Narciso le seguían abriéndose paso los tres con mucha dificultad, llegando á la galería vecina, en medio de una oleada de faldas, entre un torbellino de nucas y de hombros, de los que se desprendía la pasión que hace la vida; el olor de amor y de muerte.

Con incomparable esplendor desarrollábase la galería, que tenía de ancho dos metros y de largo veinte, con sus ocho ventanas que daban al Corso, desnudas, sin ninguna cortina que velase sus cristales, é incendiando las casas de enfrente. Era una claridad deslumbradora la de aquellos siete pares de candelabros enormes de mármol, que grandes ramos de lamparitas eléctricas convertían en gigantescas antorchas, semejantes á astros; y arriba, en lo alto, á todo lo largo de las cornisas había otras lamparitas encerradas en flores de colores claros, formando como una milagrosa guirnalda de flores flameantes, de tulipanes, de rosas, de magnolias. El antiguo terciopelo de las paredes, salpicado de hojuelas de oro, adquiría reflejos de brasa, un tono de encendido fuego. En las puertas y las ventanas los cortinajes eran de encaje antiguo bordado con sedas de colores, representando flores de una intensidad viviente; pero bajo el suntuoso artesonado formado por cuadros y recuadros adornados con rosetones de oro, lo que constituía la sorpresa sin igual, sin parecido en el mundo, era la colección de obras maestras, tal cual ningún museo la ofrece semejante ni más hermosa. Había allí obras de Rafael, Ticiano, Rembrant y Rubens, de Velázquez y de Ribera, obras famosas entre todas, que repentinamente, en medio de aquel esplendor de luz, aparecían como triunfantes de juventud, como despertando á la vida inmortal del genio. Y como á sus majestades no se les esperaba hasta las doce, abrióse el baile y un vals arrastró á las parejas, con vuelos de claros tocados á través de la fastuosa muchedumbre, un desbordamiento de condecoraciones y de alhajas, de uniformes bordados de oro y de vestidos bordados de perlas, entre otro desbordamiento sin cesar aumentado de terciopelo raso y seda.

—Esto es realmente prodigioso,—dijo Prada con un aire excitado.—Venid por aquí, vamos á colocarnos en el hueco de una ventana. Es el mejor sitio para verlo todo, sin que á uno le den muchos empujones.

Habían perdido á Narciso y se encontraron los dos solos, Pedro y el conde, cuando se colocaron en el deseado hueco de la ventana. La orquesta, que estaba colocada en una estrada en el fondo de la sala, acababa entonces el vals, y los que bailaban dejaron de hacerlo, dirigiéndose lentamente y con un aire de embelesado aturdimento á sus sitios, en medio de la ola invasora de la muchedumbre, cuando se produjo un incidente que hizo volver todas las cabezas. Entró en el salón *donna* Serafina, con traje de raso carmesí, como si quisiese llevar los colores de su hermano, y se apoyaba regiamente en el brazo del abogado consistorial Morano. Nunca se había apretado tanto el talle, como aquella noche, y así que parecía el de una joven, ni jamás su faz dura de solterona, cortada por grandes pliegues, apenas dulcificada por el blanco cabello, había expresado una tan testaruda y tan victoriosa dominación. Oyóse un murmullo de discreta aprobación, una especie de público desahogo, porque la sociedad romana había desaprobado la conducta indigna de Morano al romper unas relaciones que contaban treinta años de fecha, á las cuales habíanse acostumbrado los salones lo mismo que si se tratase de un legítimo matrimonio. Hablábase de un capricho inconfesable inspirado por una modesta burguesa, de un mal pretexto para buscar una ruptura de relaciones, á consecuencia de una disputa suscitada por la discusión del divorcio de Benedetta, por entonces de éxito dudoso. La separación duró dos meses con gran escándalo de Roma, en donde continuó el culto de las prolongadas fieles ternuras. Así que la reconciliación conmovió todos los corazones como una de las consecuencias más venturosas de ese pleito ganado aquel mismo día ante la congregación del Concilio. Morano arrepentido, *donna* Serafina reapareciendo apoyada en el brazo de Morano en aquella fiesta suntuosa, equivalía al amor vencedor, á las buenas costumbres salvadas y al buen orden restablecido.

Fué, empero, más profunda la sensación, cuando detrás

de su tía se vió que entraba Benedetta al lado de Darío. Esa indiferencia tranquila hacia las conveniencias, el día mismo en que el casamiento se había declarado anulado, esa victoria de su amor confesado ante todos, apareció de una audacia tan hermosa, de una bravata tal de juventud y de esperanza, que en seguida fué perdonada en medio de un rumor de universal admiración. Lo mismo que para Celia y Attilio los corazones volaban hacia ellos, atraídos por el esplendor de la belleza que se desprendía, por lo extraordinario de la dicha que en sus rostros se reflejaba. Darío, pálido aun á consecuencia de la larga convalecencia, tenía aún con su delicadeza un poco flaca, sus hermosos ojos de niño grande, su barba negra y rizosa de dios joven, una esbelta fiereza en la que se encontraba toda la vieja sangre de los príncipes de Boccanera. Benedetta, la muy blanca, bajo el casco de su negrísimo cabello, la muy tranquila, la muy prudente, reíase con esa hermosa risa tan rara en ella, pero de una seducción irresistible que la transfiguraba dando encanto de flor á su boca un poco carnosa, y llenaba de una claridad de cielo el infinito de sus ojazos sombríos, insondables. Y, para aquella adolescencia que volvía tan alegre y tan buena, tuvo el buen gusto, el delicioso instinto de ponerse un traje blanco, un traje sencillo de soltera, cuyo símbolo revelaba su virginidad, el gran lirio puro que había seguido siendo obstinadamente para el marido de su elección. No se mostraba aún nada de su carne, ni siquiera el discreto escote permitido en la garganta. Era el misterio de amor, de amor impenetrable, terrible, una belleza soberana de mujer cuyo poderío dormía velado de blanco. No llevaba ningún adorno, ni una alhaja en las manos ni en las orejas. En el cuello, nada más se veía que un collar digno de una reina, el famoso collar de perlas de los Boccanera que había heredado de su madre y que Roma entera conocía, perlas de un grandor extraordinario, colocadas negligentemente sobre su cuello y que bastaban para darla, á pesar de lo sencillo de su vestido, un aire de realeza.

—¡Ah!—murmuró Pedro extasiado.—¡Qué dichosa y qué hermosa es!

En seguida se arrepintió de haber pensado así en alta voz, porque oyó á su lado una sorda queja de fiera, un involuntario gruñido que le recordó la presencia del conde. Este, por otra parte, ahogó ese grito de su herida bruscamente abierta otra vez. Y tuvo fuerza para fingir una alegría brutal.

—¡No les falta aplomo á los dos! Confío en que van á casarlos y acostarlos delante de nosotros.

Pesándole después la grosería de esa broma, en la que se sublevaba el sufrimiento de su deseo no saciado de macho, quiso mostrarse indiferente.

—En realidad está muy hermosa esta noche. Sabed que tiene los hombros más hermosos del mundo y que es un verdadero éxito para ella, más que el parecer hermosa, el no enseñarlos esta noche.

Continuó charlando con aire indiferente contando una porción de detalles acerca de aquella á la que se empeñaba en seguir llamando la condesa. Habíase empero metido más en el hueco de la ventana por temor sin duda á que se observase su palidez ó el gesto nervioso que contraía sus labios. No se hallaba en estado de luchar, de mostrarse insolente y risueño al lado de la alegría de la pareja, que tan ingenuamente hacía gala de la suya. Y se consideró muy dichoso con el respiro que le proporcionó en aquel momento la llegada del rey y de la reina.

—¡Ah! ¡Ahí están sus majestades!—exclamó volviéndose hacia la ventana.—¡Mirad qué empellones hay en la calle!

En efecto, á pesar de estar cerradas las ventanas oíase un prolongado murmullo de multitud, un rumor sordo que subía desde la calle. Y habiéndose asomado Pedro, vió, al resplandor de las lámparas eléctricas, cómo se extendía un mar de cabezas invadiendo la calle, estrujándose alrededor de las carrozas. Anteriormente, en muchas ocasiones, había encontrado al rey durante sus cotidianos paseos á la villa Borghesse, yendo allí como un modesto particular, como un buen ciudadano de la clase media, sin guardias y sin escolta y no llevando en su compañía en el coche más que un ayudante de campo. Otras veces habíale visto solo, guiando un ligero faetón, y acompañado sencillamente de un criado con librea negra. Y hasta una vez le acompañaba la reina, sentados ambos lado á lado, como un matrimonio feliz que se pasea para

distraerse. Y la gente atareada de las calles, los paseantes de los jardines, al verlos pasar así, saludábanlos con un gesto afectuoso sin importunarlos con sus aclamaciones, mientras que los más expansivos se contentaban con acercarse libremente para sonreirles. Por esto Pedro, acostumbrado á la idea que se formaba de los reyes que se guardan y que desfilan rodeados de gran pompa militar, habíanse sorprendido mucho y hasta conmovido ante la bondad de ese regio matrimonio que se movía á su libre antojo, con tan hermosa seguridad y en medio del amor sonriente de su pueblo. Por todas partes tenía otros detalles del Quirinal que le daban á conocer la bondad y sencillez del rey, su deseo de paz, su pasión por la caza, la soledad y el aire libre del campo que con frecuencia, en medio del hastío del poder, hacíanle soñar con una vida libre, alejada de esa tarea autoritaria de soberano para la cual no había nacido. Pero la adorada era sobre todo la reina, con su honestidad tan natural y serena que ella era la única que ignoraba los escándalos de Roma, muy instruída, muy al corriente de todas las literaturas y considerándose dichosa al ser inteligente y superior á gran número de los que la rodeaban y sabiéndolo, gustándolo demostrarlo sin esfuerzo y con una gracia perfecta.

Prada, que lo mismo que Pedro, se había acercado á los cristales, señaló con un gesto á la multitud.

—Ahora que han visto á la reina se irán contentos á acostarse. Os respondo de que ahí abajo no hay ni un solo agente de policía... ¡Ah! ¡Ser querido!... ¡Ser querido!...

El malestar volvíase á apoderar de él y se volvió bromeando hacia la galería.

—¡Atención! Se trata de hallarse presente á la entrada de sus majestades. Esto es lo más hermoso de la fiesta.

Transcurrieron algunos minutos y la orquesta bruscamente interrumpió una polca para tocar, con toda la sonoridad y ruido de sus cobres, la marcha real. Entre los bailarines se produjo un trastorno muy grande quedando vacía media sala. Entraron el rey y la reina acompañados por el príncipe y la princesa Buongiovanni que habían bajado á recibirlos al portal. El rey vestía sencillamente de negro, de frac, y la reina llevaba un traje de raso color paja cubierto de admirable encaje blanco. Bajo la diadema de brillantes, que adornaba su cabeza y sus hermosos cabellos rubios, conservaba un aire muy grande de juventud, un rostro redondo y fresco, expresión de la amabilidad, la dulzura y el ingenio. La música entretanto seguía tocando con el entusiasmo de la bienvenida. Tras de su padre y de su madre presentóse Celia en medio de los apretados grupos de convidados que seguían al cortejo para ver; después se acercaron Attilio, los Sacco, los parientes y los personajes oficiales. Y mientras se esperaba que la marcha real terminase no había aún, en medio de la sonoridad de los instrumentos y del resplandor de las lámparas, más que saludos, miradas, sonrisas, en tanto que los convidados, en pie, se empujaban, se ponían de puntillas alargando el cuello y centelleándoles la mirada entre un flujo creciente de cabezas y de hombros, resplandecientes de pedrería.

Por último se calló la orquesta y se verificaron las presentaciones. Sus majestades, que ya conocían á Celia, la felicitaron con una bondad completamente paternal. Sacco, tanto como ministro como padre, tenía gran empeño sobre todo en presentar á su hijo Attilio. Encorvó su flexible espinazo de hombrecillo, encontró las hermosas palabras que le hacían falta y tan bien lo arregló que fué al teniente al que hizo inclinar ante el rey mientras que reservaba para la reina el homenaje del apuesto joven tan apasionadamente amado. De nuevo dieron sus majestades pruebas de su amable benevolencia hasta para con la señora Sacco que, como siempre prudente y modesta, procuraba pasar desapercibida. Y entonces, en seguida, ocurrió un hecho cuyo relato, aumentado al pasar de salón en salón, debía producir comentarios al fin. Al ver á Benedetta, á la que el conde había presentado á la corte cuando se casó, sonrióse la reina, pues su belleza y sus encantos inspirábanla tierna admiración; de manera que, obligada á acercarse, obtuvo la joven la señalada honra de sostener una conversación de algunos minutos en la que se pronunciaron amables palabras de que llegaron á oídos de los que estaban más cerca. Indudablemente la reina debía ignorar el acontecimiento del día, el casamiento con Prada anulado y la unión próxima con Darío anun-

ciada públicamente en aquella suntuosa fiesta en la que se festejaban dobles esponsales. Pero la impresión estaba producida y no se hablaba más que de los cumplimientos dirigidos á Benedetta por la más virtuosa é inteligente de las reinas, y su triunfo fué en aumento, pareciendo que era más hermosa, más altiva, más victoriosa en su dicha de poder ser al fin del esposo elegido y esa dicha hacíala resplandecer.

Entonces experimentó Prada indecibles sufrimientos. Mientras que los soberanos seguían conversando, la reina con las damas que iban á saludarla y el rey con oficiales y diplomáticos, y se verificaba un desfile de personas importantes, Prada no veía más que á Benedetta felicitada, acariciada en plena ternura y en plena gloria. Darío estaba allí, á su lado, gozando y brillando con ella. Era por ellos por los que se daba aquel baile; por ellos por los que brillaban las lámparas, tocaba la orquesta, habíanse adornado con sus mejores preseas y puesto sus cuellos y hombros el descubierto las más hermosas mujeres de Roma, con las gargantas resplandecientes de brillantes y exhalando violento perfume de amor; era por ellos por los que sus majestades habían entrado á los acordes de la marcha real; por ellos aquella fiesta espléndida rayaba en los límites de la apoteosis; por ellos sonreíase una soberana adorada y adorable, llevando á aquellos esponsales el regalo de su presencia, semejante á una hada de los cuentos azules, cuya presencia asegura la felicidad de los recién nacidos.

Y había allí, en esa hora de extraordinario esplendor, un apogeo de suerte y de alegría, una victoria de esa mujer cuya belleza le pertenecía, sin poderla poseer; de ese hombre, que al fin iba á apoderarse de ella, á quitársela, pero una victoria tan pública, tan mostrada en público, tan insultante, que la recibió en pleno rostro abrasándosele como una bofetada. Además no eran solos su orgullo y su pasión los que sangraban así, sino que comprendía que estaba herido en su fortuna por el triunfo de los Sacco. ¿Sería, pues, cierto, que el clima delicioso de Roma, debía acabar por corromper á los rudos conquistadores del Norte, puesto que él experimentaba esa sensación de fatiga y de cansancio, y se sentía ya medio consumido? Aquel

mismo día en Frascatti, con aquel desastroso negocio de construcciones, oyó crujir sus millones, por más que se resistiese á confesar que sus negocios iban mal, como circulaba el rumor; mientras que aquella noche, y en medio de la fiesta, veía vencer al Mediodía, á Sacco, que se lo llevaba por delante como hombre que vive á sus anchas á costa de presas frescas preparadas golosamente bajo un sol de fuego. Ese Sacco ministro, ese Sacco familiar del rey, emparentado por el casamiento de su hijo con las más nobles familias de la aristocracia romana, estaba en camino de ser algún día el amo de Roma y de Italia, removiendo desde entonces á manos llenas el dinero y el pueblo; ¡qué bofetada más grande para su vanidad de hombre de presa y de conquista, para sus apetitos siempre voraces de gozador, que comprendía que le expulsaban de la mesa antes que llegase la hora del fin del festín! Todo se derrumbaba, todo se escapaba, Sacco le robaba sus millones, Benedetta torturaba sus carnes al dejar en ellas ese abominable tormento de deseo no saciado del que no debía curarse jamás.

En aquel momento Pedro oyó de nuevo aquella sorda queja de fiera, aquel gruñido involuntario y desesperado, que le había trastornado ya el corazón. Miró al conde y le preguntó:

—¿Sufrís?

Pero al ver que aquel hombre estaba lívido, y que conservaba su calma gracias á un esfuerzo sobrehumano de voluntad, pesóle haber hecho aquella indiscreta pregunta que, por otra parte, quedó sin respuesta. Por esto, para permitirle reponerse, continuó exponiendo en alta voz las reflexiones que hacían nacer en él el espectáculo de la pompa que se desarrollaba ante sus ojos.

—¡Ah! ¡Cuánta razón tenía vuestro padre! Nosotros, los franceses, con nuestra educación tan profundamente católica, aun en estos tiempos de duda universal, no vemos en Roma más que la Roma secular de los papas, sin saber casi, sin poder comprender las modificaciones profundas que, de año en año, la transforman en la Roma italiana de hoy en día. ¡Si supieseis que cuando llegué aquí consideraba como cantidades no apreciables á ese rey con su gobierno, á ese pueblo joven que trabaja para crear una

¡gran capital! Sí, yo dejaba á un lado todo eso, lo descartaba sin tenerlo en cuenta, dominado por mi deseo de resucitar á Roma, á una nueva Roma cristiana y evangélica que hiciese la dicha de los pueblos.

Rióse el conde ligeramente, inspirándole lástima tanto candor, y, con el gesto, le señaló en la galería al príncipe Buongiovanni, en aquellos momentos inclinado ante el rey, á la princesa escuchando las galanterías de Sacco, á la aristocracia papal abalida, á los advenedizos de ayer aceptados, y la sociedad negra y la sociedad blanca mezcladas hasta un extremo tal, que allí no había más que súbditos en vísperas de no constituir más que un pueblo. ¿No se indicaba como fatal en los hechos, ya que no en los principios, la imposible conciliación entre el Quirinal y el Vaticano, ante la evolución diaria de esos hombres, de esas mujeres llenas de alegría, sonrientes y adornadas y á todos los que arrastraba el aliento del deseo? ¡Era necesario vivir, amar y ser amado, sentir la vida eternamente! El casamiento de Attilio y de Celia, iba á ser el símbolo de la unión necesaria, la juventud y el amor vencedores de antiguos rencores, el olvido de todas las querellas en ese abrazo del apuesto mancebo que pasa y se lleva en sus brazos á la hermosa joven conquistada, para que el mundo continúe.

—¡Vedlos!—replicó Pedro.—¡Qué hermosos son esos desposados tan jóvenes, alegres y sonriendo al porvenir! Comprendo que vuestro rey haya venido para halagar á su ministro, ni para acabar de unir á su trono á una de las más antiguas familias romanas; es esa la buena y paternal política. Quiero también creer que ha comprendido la conmovedora significación de ese casamiento; la antigua Roma simbolizada en la persona de esa deliciosa niña, tan ingenua y tan enamorada, entregándose á la joven Italia, á ese entusiasta y leal muchacho que lleva tan bravamente el uniforme. ¡Que su boda sea definitiva y fecunda, que nazca de ella el gran país, que con toda mi alma os deseo que lleguéis á ser, ahora que aprendí á conoceros!

En el doloroso derrumbamiento de su antiguo ensueño de una Roma evangélica y universal pronunció esas palabras, con las que deseaba una nueva fortuna para la eterna ciudad, con una emoción tan viva y tan profunda, que Prada se conmovió y no pudo por menos de contestar:

—Os doy las gracias por vuestro deseo. Hacéis un voto que está en el corazón de todo buen italiano.

Anudóse su voz; mientras que contemplaba á Celia y á Attilio que hablaban mirándose y sonriéndose, vió á Darío y á Benedetta que se acercaban á aquéllos llevando en sus rostros impresa la misma expresión de dicha, tan triunfantes de vida feliz y soberbia, que faltáronle fuerzas para continuar allí viendo ó sufriendo.

—Tengo una sed que me ahoga,—dijo bruscamente.—Vamos al buffet á tomar algún refresco.

Maniobró para deslizarse por detrás de la multitud, por el lado de las ventanas para pasar desapercibido y poder llegar hasta la puerta del salón de las Antigüedades. Pedro les siguió, pero los separó una oleada de gente, y de pronto se encontró á pocos pasos de las parejas que hablaban con mucha ternura. Reconocióle Celia y le llamó con un amistoso gesto. Estaba la princesita ante Benedetta contemplándola extasiada con su culto apasionado de la belleza, cruzando ante ella sus manitas de lirio, cual pudiera haberlo hecho ante la *Madonna*.

—¡Oh! ¡Hacedme el favor, señor abate, de decirla que es hermosa! ¡Más bella que lo más bello que pueda haber en la tierra! ¡Más hermosa que el sol, la luna y las estrellas! ¡Si supieses, querida, que me hace estremecer el ver que eres hermosa hasta ese extremo, hermosa como la dicha, bella como el amor!

Benedetta se echó á reir mientras que los dos jóvenes la hacían coro.

—Eres tan hermosa como yo, amiga mía... Es porque somos felices por lo que parecemos hermosas.

Celia repitió con dulzura:

—Sí, sí, dichosas... ¿Te acuerdas del día en que me decías, que no producía buen resultado el querer casar al papa y al rey? ¡Pues bien, Attilio y yo los casamos y sin embargo somos felices!

—Pero Darío y yo no los unimos, al contrario,—replicó alegremente Benedetta.—Te diré lo que tú me respondiste aquella misma noche, basta amarse y se salva el mundo.

Cuando Pedro pudo por fin llegar á la puerta de la sala de las Antigüedades, en la que estaba instalado el buffet, encontró en ella á Prada en pie, clavado allí, inmovilizado, llenándose los ojos á pesar de todo, con el atroz espectáculo de que había querido huir. Había tenido que volverse, ver y ver más aun. Y así fué cómo asistió, sangrándole el corazón, al acto de reanudarse el baile; á la primera figura de un rigodón que preludiaba la orquesta con el estrépito de sus cobres. Benedetta y Darío, Celia y Attilio formaban el «vis á vis». Fué aquello tan encantador, tan adorable, aquellas dos parejas tan juveniles y llenas de alegría moviéndose en medio de la blanca claridad, en el lujo y con el aroma del amor, tanto que el rey y la reina se acercaron é interesaron. Estallaron bravos de admiración, una ternura infinita que se esparció por todos los corazones.

—¡La sed me ahoga! ¡Venid!—repitió Prada que, al cabo, pudo arrancarse á su tortura.

Mandó que le sirviese un vaso de limón helado que apuró de un sorbo, con el ademán glotón de un calenturiento que cree que jamás apagará el fuego interior que le consume.

La sala de las Antigüedades era una vasta habitación embaldosada con un mosaico, con las paredes cubiertas de estuco en la que se encontraba á lo largo de las mismas, una célebre colección de vasos, jarrones, bajo relieves y estatuas, los mármoles eran los que dominaban; había también algunos bronces, entre otros un gladiador moribundo de una belleza incomparable; pero la maravilla era la famosa Venus, una pareja de la célebre del Capitolio, más esbelta que ésta, más fina y con el brazo izquierdo caído con un ademán de voluptuoso abandono. Aquella noche un poderoso reflector eléctrico, arrojaba sobre ella una deslumbradora claridad de astro, y el mármol, en su divina y pura desnudez, parecía vivir con una vida sobrehumana, inmortal.

Junto á la pared del fondo, habían instalado el buffet, una gran mesa cubierta con un mantel bordado, cargado de platos y centros llenos de frutas, pasteles y fiambres. Por entre las botellas de Champagne, asomaban los ramos de flores, de las garrafas de ponche caliente, de sorbetes y de quesitos helados, del ejército de vasos, copas, tacitas para té ó para *consomé*, una riqueza, en fin, de porcelana, cristal ó plata que relucía bajo las lámparas. La bien ideada innovación que habían introducido consistía, en que llenaron media sala con hileras de mesitas, en las que los convidados, en vez de tomar sus refrescos ó refrigerios en pie, podían sentarse y hacerse servir como en un café.

En una de aquellas mesitas vió Pedro á Narciso, sentado al lado de una señora joven, y Prada se acercó al reconocer en ésta á Lisbeth.

—Ya estáis viendo cómo me encontráis en buena compañía,—dijo galantemente el agregado de la embajada,—y una vez que nos perdimos, me pareció que no podía hacer nada mejor que ir en busca de esta señora para ofrecerla el brazo y acompañarla aquí.

—Y fué una buena idea, tanto más cuanto yo tenía mucha sed,—dijo Lisbeth, con su plácida sonrisa.

Habíanse hecho servir café helado que bebían y paladeaban lentamente con la ayuda de preciosas cucharillas doradas.

—Yo también me muero de sed y no puedo saciarla con nada; ¿nos convidáis, no es así, querido amigo? Ese café helado me calmará, tal vez, un poco... ¡Ah! Permitidme, querida amiga, que os presente al señor abate Froment, joven presbítero francés de los más distinguidos.

Permanecieron así los cuatro charlando y riéndose con el espectáculo de los demás convidados que desfilaban ante ellos. Prada, empero, seguía preocupado, á pesar de su acostumbrada galantería para con su amiga; por momentos se olvidaba del sitio en que se hallaba, volviendo á apoderarse de él su dolor; sus ojos, á pesar de todo, fijábanse en dirección de la galería inmediata, desde donde llegaban hasta allí rumores de baile y de música.

—¡Y bien! ¿En qué estáis pensando, amigo mío?—dijo Lisbeth con cariño, al verle durante un momento tan trastornado y pálido.—¿No os encontráis bien?

No respondió á la pregunta, y luego dijo de pronto:

—Mirad: ahí tenéis la verdadera pareja, ¡ahí tenéis el amor y la dicha!

Y señaló con un gesto á la marquesa de Montefiori, la

madre de Darío, á la que acompañaba su segundo marido, ese Julio Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza que tenía quince años menos que ella, al que pescara en el Corso con sus ojos de fuego que aun se conservaban soberbios, y del que había hecho un marqués de Montefiori, pero de una manera triunfal, para que le perteneciese sólo á ella. En los bailes, en las reuniones no le soltaba, obligándole á darla el brazo en todas partes á pesar de la costumbre, haciéndose acompañar por él al buffet, tan satisfecha estaba al encontrar aquel buen mozo, del que se enorgullecía. Y ambos bebían Champagne, comían sandwichs, en pie, ella con su belleza maciza, extraordinaria aun, á pesar de sus cincuenta años bien cumplidos, él con su fiera apostura, el mostacho al aire, á manera de aventurero feliz, cuya brutalidad alegre agradaba á las damas.

—Habéis de saber que la marquesa ha tenido que sacarle de un mal paso,—dijo el conde, bajando la voz.—Sí, ese hombre se ganaba la vida vendiendo reliquias y haciendo el corretaje de éstas en los conventos de Suiza y de Francia, y había colocado muchísimas que los judíos de aquí fabricaban, haciendo relicarios antiguos de todos los tamaños, que llenaban con pedazos de huesos de carnero, todo ello sellado y rubricado por las autoridades más auténticas. Echaron tierra sobre el asunto en el que se encontraban comprometidos también tres prelados. ¡Ah! ¡Hombre feliz! ¡Observad cómo se lo come ella con los ojos! ¡Y á él, vedle, parece un gran señor son su manera de ofrecerle ese plato, del que ella coge una pechuga de ave!

Luego con rudeza, con una ironía sorda y áspera siguió hablando de los amores en Roma. Las mujeres eran ignorantes, testarudas y celosas. Cuando una mujer conquistaba á un hombre le conservaba toda la vida, era como su hacienda, una cosa de su propiedad, de la que disponía á su antojo y para su placer. Y como ejemplos citaba relaciones inacabables como las de *donna* Serafina y el abogado Morano, que llegaban á convertirse en verdaderos matrimonios y se burlaba de esa falta de fantasía, de ese don total y demasiado pesado, de esos besos que se aburguesaban y que no podían concluir, si es que concluían, más que con una catástrofe de las más desastrosas.

—Pero ¿qué es lo que os pasa, qué es lo que tenéis, amigo mío?—exclamó de nuevo Lisbeth, echándose á reir. —¡Es muy bonito, por el contrario, todo lo que nos contáis! Cuando se ama es preciso amar siempre.

Estaba preciosa con su fino cabello rubio, vaporoso y su delicada blanca desnudez, y Narciso, lánguidamente, con los ojos medio cerrados, la comparó con una figura de Botticelli que había visto en Florencia. La noche iba avanzando, y Pedro se sumía por momentos en una preocupación sombría cuando oyó decir á una señora que pasaba que había empezado á bailarse el cotillón. En efecto, á lo lejos oíase el cobre de la orquesta, y entonces recordó bruscamente la cita que monseñor Nani le había dado para el saloncito de los espejos.

—¿Os marcháis?—preguntó Prada con mucha viveza, al observar que el presbítero saludaba á Lisbeth.

—No, aun no.

—¡Ah! Está bien; no os vayáis sin mí. Quiero andar un rato y os acompañaré hasta allá abajo, ¿estáis conforme? Bueno, pues aquí me encontraréis.

Tuvo Pedro que atravesar dos salones: uno amarillo y otro azul, antes de llegar al final en el que se hallaba el saloncito de los espejos. Este último era en realidad una maravilla, de barroco exquisito, una rotonda de espejos pálidos rodeados por admirables dorados hechos en la madera tallada. Hasta en el techo inclinábanse los espejos de tal manera que, desde cualquier sitio, las imágenes se multiplicaban, se mezclaban y cruzaban hasta lo infinito. Por una acertada discreción no había llegado hasta allí la luz eléctrica, y dos candelabros cargados de velas de color de rosa, eran los únicos que alumbraban la habitación. Los cortinajes, lo mismo que la tela que tapizaba los muebles, eran de un color azul muy pálido. La impresión que se experimentaba al entrar allí era la de una dulzura, la de un encanto sin igual, semejante á la que se sentiría al hallarse entre las hadas reinas de las fuentes, en medio de un palacio de límpidas aguas iluminado hasta en sus más lejanas profundidades por haces de estrellas.

Vió en seguida Pedro á monseñor Nani, sentado tran-

quilamente en un sofá bajito, y como éste último había previsto, hallábanse completamente solos, pues el cotillón había hecho que todo el mundo se marchase á las galerías. Un silencio profundo reinaba allí y apenas se oía la orquesta que iba á morir allá en un vago y apagado sonido de flauta.

El presbítero se excusó por haberle hecho esperar.

—No, no, querido hijo,—contestó monseñor Nani con su amabilidad que con nada se agotaba,—no me cansé, pues estuve muy á mi gusto en este cielo... Cuando vi que la muchedumbre era demasiado amenazadora me refugié aquí.

No le habló de sus majestades; pero dió á entender que cortésmente había evitado su presencia. Si había ido era porque profesaba grande estimación á Celia, y también con un propósito de la más elevada diplomacia; para que no pareciese que el Vaticano rompía de hecho y para siempre con los Buongiovanni, con esa antiquísima familia tan famosa en los anales del papado. Sin duda, el Vaticano no podía firmar en ese contrato matrimonial que parecía unir la antigua Roma al joven reino de Italia; pero, sin embargo, no quería pasar como desapercibido, olvidando y abandonando á sus más fieles servidores.

—Vamos, hijo mío,—siguió diciendo el prelado,—ahora se trata de vos. Ya os dije que si la congregación del Indice había resuelto condenar vuestro libro, la sentencia no se sometería al Padre Santo hasta pasado mañana para que éste la firmase. De modo que tenéis un día por delante.

Pedro no pudo por menos de interrumpirle con dolorosa vivacidad:

—Mas ¡ay! monseñor. ¿Qué queréis que yo haga? He reflexionado mucho y no encuentro ninguna ocasión, ningún medio de defenderme. ¡Ver á Su Santidad, y cómo, cuando ahora precisamente está tan enfermo!

—¡Ah! ¡Sí, enfermo! ¡Enfermo!—murmuró Nani con su aire sutil.—Su Santidad se encuentra mucho mejor, puesto que hoy mismo he tenido el honor de ser recibido en audiencia. Cuando dicen que Su Santidad está enfermo deja que lo digan, con eso descansa y puede juzgar de lo

que son á su alrededor ciertas ambiciones y algunas impaciencias.

Pero Pedro estaba demasiado preocupado para hacer caso de nada, y siguió diciendo:

—No, todo está concluído y estoy desesperado. Me hablasteis de milagro y no tengo fe en ellos. Puesto que en Roma me han derrotado me marcharé y volveré á París, en donde continuaré la lucha. ¡Oh! Mi alma no puede resignarse, mi esperanza de salvación por el amor no puede morir y responderé con un nuevo libro en el que diré en qué tierra nueva debe crecer la nueva religión!

A estas palabras siguió un momento de silencio. Nani contempló á Pedro, con sus ojos claros en los que la inteligencia tenía la claridad y lo cortante del acero. En medio de la calma, del aire pesado y cálido del saloncito, en el que los espejos reflejaban bujías sin cuento, penetró un acorde más sonoro de la orquesta, con lento tiempo de vals y después se apagó.

—La cólera es siempre mala consejera, hijo mío. ¿Os acordáis que en cuanto llegasteis os prometí, que cuando lo hubieseis intentado todo para ver á Su Santidad, haría yo á mi vez una tentativa?

Y observando que el presbítero se agitaba añadió:

—Escuchadme, y no os excitéis así... A Su Santidad ¡por desgracia! no le aconsejan siempre con prudencia, pues tiene á su alrededor personas á cuya adhesión falta muchas veces la inteligencia que sería de desear. Fué por eso por lo que tuve buen cuidado, hará unas tres semanas, de entregar vuestro libro á Su Santidad para que se dignase fijar en él sus miradas. Sospechaba que no lo habían dejado llegar á sus manos... Y he aquí lo que estoy encargado de deciros. Su Santidad, que llevó su gran bondad hasta el extremo de leer vuestro libro, desea veros.

Un grito de alegría y de gracias se anudó en la garganta de Pedro.

—¡Ah! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

Hízole Nani con gran viveza que se callase, y miró á todos lados con mucho temor, con un aire de extrema inquietud, como si tuviese miedo de que alguien los pudiese oir.

—¡Silencio! ¡Silencio, que esto es un secreto! Su Santi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dad desea recibiros reservadamente y sin que nadie se entere de que lo hace... Fijaos bien en lo que voy á deciros. Son las dos de la madrugada ¿no es así? pues bien, hoy mismo á las nueve en punto de la noche os presentaréis en el Vaticano y en todas las puertas preguntaréis por el señor Squadra y en todas partes os dejarán pasar. Arriba os esperará y os introducirá. ¡Y ni una palabra! ¡Que ni un alma se entere de estas cosas!

La dicha, el reconocimiento de Pedro se desbordaron al fin. Y asió las manos regordetillas y blancas del prelado.

—¡Ah! ¡Cómo expresaros toda mi gratitud, monseñor! ¡Si supieseis que la noche y la rebelión se habían apoderado de mi alma desde que vi que era juguete de esas todopoderosas eminencias que se burlaban de mí! Pero me salváis, y estoy seguro de nuevo de que venceré, puesto que, por fin, voy á poderme arrojar á los pies de Su Santidad, el padre de toda verdad y de toda justicia, que no puede por menos de absolverme, porque le amo, le admiro y porque estoy cada vez más convencido de que luché más que nunca por su política y por sus ideas más queridas... No... No, es imposible, no firmará la sentencia... ¡no condenará mi libro!...

Nani, que había conseguido desasir sus manos, hacía esfuerzos para calmarle con gestos fraternales, sin abandonar por eso su sonrisita despreciativa ante un gasto tan inútil de entusiasmo. Consiguiólo al cabo y le suplicó que se alejase. En el momento en que el presbítero se alejaba, dándole aún las gracias, le dijo:

—Acordáos, hijo mío, de que sólo es grande la obediencia.

Pedro, que tenía grandes deseos de marcharse, encontró casi en seguida á Prada que le esperaba en la sala de las armaduras. Sus majestades hacía muy poco que habían abandonado el baile con gran ceremonia acompañándoles hasta el coche los Buongiovanni y los Sacco. La reina besó maternalmente á Celia, mientras que el rey estrechaba la mano á Attilio, honores de una bondad natural que enorgullecieron á las dos familias. Muchos convidados siguieron el ejemplo de los soberanos y se marchaban también formando grupitos. Y el conde que parecía muy ex-

citado, más áspero y más amargo que antes, estaba impaciente y deseaba alejarse de allí cuanto antes.

—¡Al fin! Os estaba esperando. Si queréis, marchémonos cuanto antes... Vuestro compatriota, el señor Narciso Habert, me rogó que os dijese que no le esperaseis más. Bajó para acompañar á mi amiga Lisbeth hasta su coche... en cuanto á mí, tengo necesidad de respirar aire libre... quiero dar un paseo á pie y os voy á acompañar hasta la vía Julia.

Después, y en el momento en que ambos recogían sus abrigos en el guardarropa, añadió con su voz brutal:

—Acabo de ver á los cuatro cómo se marchaban... á vuestros buenos amigos, y hacéis muy bien en regresar á pie al palacio, porque no había sitio para vos en la carroza... ¡Qué hermosa desvergüenza la de *donna* Serafina, á su edad, haberse atrevido á venir aquí con su Morano, como para celebrar en triunfo el regreso del infiel! ¡Y los otros! ¡Los dos jóvenes! ¡Ah! Confieso que me es imposible hablar de ellos con calma, porque esta noche, al tener el atrevimiento de mostrarse de esa manera, han cometido una abominación de una impudencia y de una crueldad sin ejemplo!

Sus manos temblaban y siguió diciendo entre dientes:

—¡Buen viaje, buen viaje para ese joven, puesto que se va á Nápoles! ¡Sí, le oí que decía á Celia que se marcharía esta tarde á las seis á Nápoles! Pues bien, que mis votos le acompañen y buen viaje.

Al llegar á la calle experimentaron los dos hombres una sensación de bienestar al salir del calor asfixiante de las salas y entrar en la noche admirable límpida y fría. Era una noche de luna llena, soberbia, una de esas noches de Roma en las que la ciudad duerme bajo el cielo inmenso envuelta en una claridad elisea, como mecida por un ensueño de infinito. Y siguieron el mejor camino, bajaron por el Corso y siguieron en seguida por la vía de Víctor Manuel.

Prada habíase tranquilizado un poco pero seguía mostrándose irónico; hablando para aturdirse, con febril facundia volviendo á tratar de la mujer romana, de aquella

fiesta que antes le parecía espléndida y de la que á la sazón se burlaba.

—Sí, es indudable, llevaban trajes riquísimos; pero que no las sentaban bien, trajes que han mandado traer de París y que naturalmente no pudieron probarse. Lo mismo pasa con sus allhajas; tienen aún diamantes y sobre todo perlas hermosísimas, más están montadas de una manera tan tosca que parecen horrorosas. ¡Y si supieseis cuán grande es su frivolidad, su ignorancia bajo su aparente vanidad! Todo está en ellas en la superficie hasta la religión, debajo no hay nada más que un vacío insondable. Mientras estuve en el buffet las miré mientras se atracaban. ¡Ah! ¡Hay que confesar que tienen buen apetito! Fijáos, sin embargo, en que esta noche los convidados se han portado bastante bien y que no han devorado mucho; pero si asistieseis á un baile de corte presenciaríais un pillaje sin nombre, veríais asaltado el buffet y desaparecer los platos en medio de empujones de una voracidad extraordinaria.

Pedro no respondió más que con monosílabos. Dominábale únicamente una alegría desbordadora al pensar en la audiencia concedida por el papa, con la que soñaba ya, preparando hasta los menores detalles sin poderse confiar á nadie. Y los pasos de los dos resonaban en el pavimento seco de la larga y amplia avenida, desierta y clara mientras que la luna recortaba claramente las negras sombras.

Bruscamente callóse Prada. Habíase agotado su bravucona charla y estaba como invadido, paralizado por la horrorosa lucha que se libraba en él. En dos ocasiones distintas su mano había tocado el billete escrito con lápiz que llevaba en el bolsillo del frac y cuyas cinco líneas repetía: «Una leyenda asegura, que la higuera de Judas, re»toñó en Frascati, y que sus frutos son mortales para cual»quiera que desee ser papa. No comáis esos higos em»ponzoñados, y no los deis á los vuestros, ni á vuestras »gallinas.»

La cartita estaba allí, la tocaba, y si había querido acompañar á Pedro era para echarla en el buzón del palacio Boccanera. Continuaba andando con un paso muy vivo; la carta iría á parar al buzón antes de que pasasen diez minutos; ningún poder humano podía impedirle que la echase allí, puesto que tenía la firme voluntad de hacerlo. No cometería jamás la infamia, el crimen, de dejar que envenenasen á la gente.

Pero ¡qué torturas tan abominables sufría! ¡Esa Benedetta y ese Darío evocaron en él una tremenda tempestad de celoso rencor! Olvidóse de Lisbeth, á la que amaba, y á aquel niño, sér de su carne que constituía su orgullo. La mujer había excitado siempre en él deseos de macho conquistador y no había gozado violentamente más que con las que se le resistieron. Y á la sazón existía una en el mundo que la había deseado, que la compró al casarse con ella y que en seguida se negó á ser suya. Y esa mujer, que era la suya, ni la había poseído ni la poseería jamás. Para poseerla habría sido capaz, en otros tiempos, de incendiar á Roma y entonces se preguntaba qué era lo que podría hacer para impedir que fuese de otro. ¡Ah! Ese pensamiento era el que abría una vez más la herida mal cerrada de su costado: el pensamiento de que otro gozase de su propiedad ¡cómo debían burlarse los dos juntos de él! ¡Cuánto y cuánto no le habían ridiculizado arrojando al viento el embuste de su pretendida impotencia, que comprendía que, á pesar de todas las pruebas en contrario que pudiese proporcionar de su virilidad, le había herido! Sin creerlo, hacía mucho tiempo que les acusaba de ser querido y querida, reuniéndose por la noche, no teniendo más que una alcoba en el fondo de aquel sombrío palacio Boccanera, en el que las historias de amor eran legendarias.

Al presente iba á poderse realizar, porque eran libres, y al menos estaban desligados del lazo religioso. Veíalos lado á lado en el mismo lecho y evocaba visiones abrasadoras, sus abrazos, sus besos y el ensimismamiento de su delirio! ¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Que se hundiese la tierra antes que sucediese eso!

Después, en el momento en que Pedro y él abandonaban la avenida de Víctor Manuel para internarse en las calles de la antigua ciudad, ahogadas y tortuosas, que van á parar á la vía Julia, se vió ante el buzón del palacio Boccanera, echando la carta. En seguida se dijo cómo iban á pasar las cosas. La carta dormiría hasta por la mañana en el buzón. *Don* Vigilio, el secretario, que por orden expresa

del cardenal guardaba la llave del mismo, bajaría muy temprano, encontraría la carta y la entregaría á su eminencia, que no permitía que le abriesen nunca ninguna. Entonces tirarían los higos y no habría crimen posible, haciéndose un gran silencio acerca del hecho entre la sociedad negra.

Pero, ¿y si no encontraba la carta en el buzón, qué pasaría? Admitió entonces esa suposición, vió con toda claridad llegar los higos á la mesa para el almuerzo, que era á la una, y adornarla con el lindo cestito artísticamente cubierto de hojas. Darío estaba allí, como de costumbre, solo con su tío, puesto que no marchaba á Nápoles hasta por la tarde. El tío y el sobrino ¿comían los dos los higos, ó bien uno sólo? ¿Y cuál de los dos en este caso? Aquí la visión se embrolló; era otra vez el destino en marcha; ese Destino que había encontrado en la carretera de Frascatti, yendo á un objeto desconocido, sin detención posible y pasnado por cima de todos los obstáculos. El cestito de higos seguía á su tarea necesaria, y que ninguna mano del mundo podía detener ni impedir.

Extendíase sin fin la vía Julia blanqueda por la luna, y Pedro, despertando como de un sueño, se paró ante el palacio Boccanera, negro bajo el cielo de plata. En una iglesia de la vecindad dieron las tres de la madrugada. Y experimentó un ligero estremecimiento al oir á su lado una queja dolorosa de fiera herida mortalmente, ese sordo gruñido involuntario que el conde, en medio de su lucha horrorosa, había dejado escapar de nuevo.

Pero, en seguida, lanzó una carcajada burlona y dijo estrechando la mano al presbítero:

—No, no, yo no paso de aquí... Si me viesen á estas horas y en estos lugares, se creerían que me he vuelto á enamorar de mi mujer.

Encendió un cigarro y se alejó sin volver la cara, recortándose su silueta en la clara noche.

XIII

Pedro quedóse sorprendido cuando, al despertarse, oyó dar las doce. Con el cansancio del baile, del que se había retirado tan tarde, se quedó dormido con un sueño de niño, de una deliciosa tranquilidad, como si al dormir hubiese experimentado la dicha. Y en cuanto abrió los ojos, el sol radiante que penetraba por las ventanas le bañó de esperanza. Su primer pensamiento fué el de que aquella misma noche, á las nueve, vería al papa. Faltaban aún diez horas; ¿qué iba á hacer durante ese día bendito, cuyo cielo puro y espléndido le pareció un presagio venturoso?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase el aire tibio que le pareció tenía gusto de frutas y de flores, ese gusto en que se había fijado desde el día de su llegada, y del que más tarde, aunque en vano, intentó analizar la naturaleza, un gusto á rosa y á naranja. ¿Era posible que esto sucediese en Diciembre? ¡Qué país más admirable para que Abril pareciese florecer en el dintel mismo del invierno! Después, cuando acabó de vestirse, se echó de bruces en la ventana para contemplar más allá del Tíber, de color de oro, las pendientes del Janículo verdes en

del cardenal guardaba la llave del mismo, bajaría muy temprano, encontraría la carta y la entregaría á su eminencia, que no permitía que le abriesen nunca ninguna. Entonces tirarían los higos y no habría crimen posible, haciéndose un gran silencio acerca del hecho entre la sociedad negra.

Pero, ¿y si no encontraba la carta en el buzón, qué pasaría? Admitió entonces esa suposición, vió con toda claridad llegar los higos á la mesa para el almuerzo, que era á la una, y adornarla con el lindo cestito artísticamente cubierto de hojas. Darío estaba allí, como de costumbre, solo con su tío, puesto que no marchaba á Nápoles hasta por la tarde. El tío y el sobrino ¿comían los dos los higos, ó bien uno sólo? ¿Y cuál de los dos en este caso? Aquí la visión se embrolló; era otra vez el destino en marcha; ese Destino que había encontrado en la carretera de Frascatti, yendo á un objeto desconocido, sin detención posible y pasnado por cima de todos los obstáculos. El cestito de higos seguía á su tarea necesaria, y que ninguna mano del mundo podía detener ni impedir.

Extendíase sin fin la vía Julia blanqueda por la luna, y Pedro, despertando como de un sueño, se paró ante el palacio Boccanera, negro bajo el cielo de plata. En una iglesia de la vecindad dieron las tres de la madrugada. Y experimentó un ligero estremecimiento al oir á su lado una queja dolorosa de fiera herida mortalmente, ese sordo gruñido involuntario que el conde, en medio de su lucha horrorosa, había dejado escapar de nuevo.

Pero, en seguida, lanzó una carcajada burlona y dijo estrechando la mano al presbítero:

—No, no, yo no paso de aquí... Si me viesen á estas horas y en estos lugares, se creerían que me he vuelto á enamorar de mi mujer.

Encendió un cigarro y se alejó sin volver la cara, recortándose su silueta en la clara noche.

XIII

Pedro quedóse sorprendido cuando, al despertarse, oyó dar las doce. Con el cansancio del baile, del que se había retirado tan tarde, se quedó dormido con un sueño de niño, de una deliciosa tranquilidad, como si al dormir hubiese experimentado la dicha. Y en cuanto abrió los ojos, el sol radiante que penetraba por las ventanas le bañó de esperanza. Su primer pensamiento fué el de que aquella misma noche, á las nueve, vería al papa. Faltaban aún diez horas; ¿qué iba á hacer durante ese día bendito, cuyo cielo puro y espléndido le pareció un presagio venturoso?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase el aire tibio que le pareció tenía gusto de frutas y de flores, ese gusto en que se había fijado desde el día de su llegada, y del que más tarde, aunque en vano, intentó analizar la naturaleza, un gusto á rosa y á naranja. ¿Era posible que esto sucediese en Diciembre? ¡Qué país más admirable para que Abril pareciese florecer en el dintel mismo del invierno! Después, cuando acabó de vestirse, se echó de bruces en la ventana para contemplar más allá del Tíber, de color de oro, las pendientes del Janículo verdes en

todas las épocas del año, vió á Benedetta sentada al pie de la fuente en el jardincito abandonado del palacio. Y bajó porque no se podía estar quieto en ningún lado, y cediendo á una necesidad de vida, de alegría y de belleza.

De pronto lanzó Benedetta el grito que esperaba oir en sus labios y la vió radiante, resplandeciente, con las manos tendidas.

—¡Ah! ¡Qué dichosa! ¡Qué feliz soy, señor abate!

Con mucha frecuencia habían pasado las mañanas juntos en aquel rincón de calma y olvido, pero ¡qué mañanas más tristes cuando ni uno ni otro podían abrigar ninguna esperanza! Pero entonces, el abandono de los paseos invadidos por las hierbas que crecían en desorden, los bojes que habían brotado en el antiguo pilón lleno de arena, los naranjos simétricos, que eran los únicos que señalaban el límite de los antiguos paseos, les parecían á ambos que tenía todo ello un encanto infinito, una intimidad soñadora y tierna, en la que se podía muy bien reposar la alegría.

Y el sitio más agradable era el pie del gran laurel y en el rincón, en el que se encontraba la fuente. El hilillo salía sin interrupción de la boca enorme del trágico mascarón y caía con un ruido de flauta. Del gran sarcófago de mármol cuyos bajorrelieves representaban una desenfrenada frenética bacanal, en la que los faunos se llevan á las mujeres ó las derriban á empellones y con voraces besos. Y allí estaban fuera de los tiempos y de los lugares, en el fondo de un pasado corrido ya, tan lejano que desaparecían los alrededores lo mismo que las nuevas construcciones de los muelles, el barrio despanzurrado, empolvado aún con el polvillo de los escombros. Roma misma trastornada, con los dolores de un mundo nuevo.

—¡Ah!—repitió Benedetta.—¡Qué dichosa soy! ¡Me ahogaba en mi habitación y tuve que bajar aquí porque mi corazón estaba muy necesitado de espacio, de aire y de sol para palpitar á sus anchas!

Habíase sentado al pie del sarcófago, en un fragmento de columna tumbada que servía como de banco, y quiso que el presbítero se colocase á su lado. No la había visto nunca tan hermosa, con sus negros cabellos rodeando su faz pura, toda ella sonrosada y delicada como una flor al

sol. Sus ojos inmensos y sin fondo, eran en la luz braseros en que rodaba el oro, mientras que su boca de niña, de candor y de razón prudente, tenía una risa de criatura buena, libre al cabo para amar á su antojo y sin ofender á Dios ni á los hombres. Hacía proyectos para el porvenir y soñaba en alta voz.

—¡Ah! Ahora todo es muy sencillo, y puesto que ya obtuve la separación de cuerpos, me costará muy poco trabajo conseguir el divorcio civil, en cuanto la Iglesia haya anulado mi casamiento. Y me casaré con Darío, ¡sí! hacia la primavera próxima, tal vez antes si conseguimos que abrevien las formalidades. Esta tarde á las seis, marcha á Nápoles, á donde tiene que ir á arreglar un asunto de interés, á vender una propiedad que nos quedaba aún allí, y de la que necesitamos deshacernos, porque todo nos costó muy caro. Pero ¡qué importa todo eso ahora, ya que vamos á ser el uno del otro! Dentro de algunos días, en cuanto vuelva, ¡qué horas más buenas vamos á pasar! ¡Cómo vamos á reirnos y qué alegremente se deslizará el tiempo! No he dormido apenas después de salir de ese baile que fué tan hermoso. ¡Hice tantos proyectos! ¡Ah! ¡Proyectos magníficos! Ya veréis, ya lo veréis, porque quiero ahora que no os vayáis de Roma hasta que se celebre nuestro casamiento.

Echóse Pedro á reir con ella, arrastrado por aquella explosión de juventud y de dicha, hasta el extremo de que tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no decir también cuán grande era su dicha, y la esperanza que le infundía su próxima entrevista con el papa; pero había jurado no hablar á nadie.

En medio del silencio estremecedor del jardincito soleado, oíase á intervalos el grito penetrante de un pájaro. Y Benedetta, bromeando, levantó la cabeza y contempló una jaula colgada en una ventana del primer piso.

—¡Sí, sí, Tata, grita mucho porque estoy muy contenta! Es preciso que todos estén alegres en la casa.

Volvióse después hacía Pedro con su aire loco de colegiala en vacaciones.

—¿No conocéis á Tata? ¡Cómo! ¿No conocéis á Tata? ¡Pues es la cotorra de mi tío el cardenal! Se la regalé durante la primavera pasada, y la adora permitiéndola que

le robe algunas cosillas de su propio plato. Es él quien la cuida, saca la jaula al sol y la guarda por la tarde, por temor á que la cotorra coja un constipado, dejándola después en el comedor, que es la habitación más caliente de que puede disponer.

Levantó también Pedro la cabeza y contempló la cotorra, una de esas preciosas cotorras de un verde ceniciento tan sedosas y esbeltas. Se colgaba con el pico en los barrotes de la jaula, y se columpiaba abriendo y cerrando las alas con la alegría que la producía el sol.

—¿Habla?—preguntó.

—¡Ah! ¡No hace más que gritar!—respondió Benedetta echándose á reir.—Mi tío dice que entiende todo lo que dice y que habla muy bien con ella.

Bruscamente cambió de conversación y como si una obscura coordinación de ideas la hiciese acordarse de su otro tío, del de alianza, que tenía en París, añadió:

—Debéis haber recibido una carta del vizconde de la Choue... Anteayer me escribió manifestándome un pesar muy grande, porque aun no habíais sido recibido por Su Santidad. ¡Había contado con vos y con vuestra victoria para el triunfo de sus ideas!

En efecto; Pedro recibía con mucha frecuencia cartas del vizconde, en el que éste revelaba su desesperación al ver la importancia que adquiría de día en día su adversario el barón de Fouras, á consecuencia del gran éxito de la última campaña en Roma, con motivo de la peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Era aquello el despertar del antiguo partido católico intransigente, con la amenaza á todas las conquistas liberales del neocatolicismo, si no se conseguía del Santo Padre una adhesión formal á las famosas corporaciones obligatorias para combatir en la brecha á las corporaciones libres exigidas por los conservadores. Y abrumaba á Pedro, enviándole complicados planes y dominándole la impaciencia al ver que no le recibían en el Vaticano.

—Sí, sí,—murmuró;—recibí una carta suya el domingo, y ayer tarde, al volver de Frascatti, encontré aquí otra... ¡Ah! ¡Qué contento y qué satisfecho me pondría si pudiese darle una buena noticia!

De nuevo se desbordó su alegría al acordarse de que

aquella noche iba á ver al papa, ante el que abriría su corazón abrasado de amor para recibir el aliento supremo, para proseguir su misión de salvación social, en nombre de los pequeños y de los pobres. No se pudo contener más y soltó su secreto que le hinchaba el corazón.

—Al fin y al cabo,—dijo,—mi audiencia es para esta noche.

Benedetta no le comprendió al principio.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Sí; monseñor Nani ha tenido la bondad de decirme, hoy de madrugada, en el baile, que el Santo Padre, al que había entregado mi libro, deseaba verme... Y esta noche á las nueve me recibirá.

Púsose Benedetta muy encarnada, de tal modo hacía suya la alegría de Pedro, al que había ido apreciando más y más cada día, hasta el extremo de profesarle una ardiente amistad. Y ese éxito obtenido por un amigo el día en que era tan feliz, tenía para ella una importancia extraordinaria, como si fuese la certidumbre de completa fortuna, y exhaló un grito de supersticiosa, exaltada y embelesada.

—¡Ah! ¡Dios mío, esto nos va á traer suerte! ¡Ah! ¡Qué dichosa soy, amigo mío, al ver que vuestra felicidad llega al mismo tiempo que la mía! Esto es para mí una dicha, pero una dicha que no podéis imaginaros... Y ahora es seguro que todo marchará bien, porque una casa en la que hay alguien que ha visto al papa, está bendita y el rayo no la hiere.

Reíase más alto, palmoteaba y estaba tan estallante de alegría, que Pedro se inquietó.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Me han encargado mucho el silencio! Os lo suplico por favor, ni una palabra á nadie... ni á vuestra tía, ni aun á su eminencia... porque monseñor Nani experimentaría una gran contrariedad.

Prometióle entonces Benedetta callarse, y se enterneció hablando de monseñor Nani como de un bienhechor, porque ¿no era á él á quien debía el que al fin se hiciese anular su casamiento? Después, animada por una loca alegría, añadió:

—Decidme, amigo mío, ¿no es verdad que sólo la dicha es buena? No me pidáis lágrimas hoy ni aun para los po-

bres que sufren, que tienen hambre... que tienen sed... ¡Ah! ¡Es que en realidad no hay más que la dicha de vivir! Esto lo cura todo. ¡No se sufre, no se tiene sed, hambre ni frío cuando se es feliz!

Quedóse Pedro asombrado y contemplándola, siendo grande la sorpresa que le causó aquella extraña solución dada á la temible cuestión de la miseria. Repentinamente comprendió que toda su tentativa de apostolado era en vano, tratándose de aquella hija de un país de hermoso y espléndido cielo, y que tenía en sí el atavismo de tantos siglos de soberana aristocracia. Había querido catequizarla, conquistarla para el amor cristiano de los humildes y de los miserables; para la nueva Italia que soñaba, despertada para los nuevos tiempos, llena de compasión para las cosas y los seres. Y si ella se enterneció un día al oirle contar los sufrimientos del pueblo, fué en las horas en que sufría, en que su corazón manaba sangre con las más crueles heridas, y he ahí que, desde que estaba curada, celebraba la universal felicidad, como nacida en el país de los estíos abrasadores y de los inviernos benignos como primaveras.

—Pero no todo el mundo es dichoso,—observó.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!—exclamó Benedetta.—Es que no los conocéis á los pobres... Que den á una muchacha de nuestro Transtibere el hombre que ama, y se considerará tan dichosa como una reina, y por la noche comerá satisfecha su pan seco, pareciéndola que tiene el gusto azucarado más delicioso. Las madres que salvan á un hijo de una enfermedad, los hombres que salen vencedores en una batalla, ó que ven salir premiados sus números en la lotería... todos, en fin, no piden más que suerte y placer... Vamos, que en vano querréis ser justo y tratar de repartir mejor la fortuna, pues nunca habrá más satisfechos que aquellos cuyo corazón cantará con mucha frecuencia, sin saber por qué, cuando haga un día de hermoso sol como hoy.

Hizo Pedro un gesto como de abandono, no queriéndola entristecer, poniéndose á defender en su presencia la causa de tantos pobres seres que en aquellos momentos mismos agonizaban lejos, en algún rincón, sucumbiendo al dolor físico y al dolor natural; pero, bruscamente, por

el aire, tan luminoso y puro, pasó una gran sombra, y experimentó la tristeza infinita de la alegría, la desesperación sin límites del sol, como si alguno, al que no veían, hubiese dejado caer aquella sombra. ¿Era el aroma en exceso fuerte del laurel, el perfume acre de los naranjos y de los bojes los que le producían aquel vértigo? ¿Era acaso el estremecimiento de sensual tibieza con que sus venas empezaban á latir entre las ruinas de aquel rincón de antiguas pasiones? ¿O no sería, tal vez, aquel sarcófago con su desenfrenada bacanal el que despertaba la idea de la muerte próxima, en el fondo mismo de las obscuras voluptuosidades del amor bajo el peso no saciado de los amantes? Durante un momento, figurósele que la clara canción de la fuente era un prolongado sollozo y creyó que todo se anonadaba en aquella sombra formidable venida de lo invisible.

Benedetta habíale asido las dos manos y le despertaba, haciéndole sentir el encanto de estar allí y á su lado.

—¿No es verdad que la discípula no es muy dócil? ¿No es cierto que tiene muy dura la mollera? ¡Y qué queréis! Hay ideas que no pueden entrar en nuestra cabeza. No, no es posible que hagáis comprender nunca esas cosas á una hija de Roma... Estimadnos, pero contentáos con querernos tal cual somos, hermosas con toda la fuerza y tanto como podamos serlo.

Y estaba tan hermosa en aquel instante, tan bella en el resplandeciente esplendor de su belleza, que Pedro tembló como en presencia de un dios, ante el poderío que gobernaba el mundo.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! —balbuceó,—la belleza soberana aun, siempre soberana... ¡Ah! ¡Por qué no había de bastar para saciar el hambre eterna de los pobres hombres!

—¡Bah! ¡Bah! —exclamó alegremente Benedetta. —¡Es tan bueno vivir! Subamos á comer que mi tía debe estar esperando.

La comida era á la una, y las raras veces que Pedro no comía fuera, sabía que tenía puesto su cubierto en la mesa de aquellas señoras, en un comedorcito del segundo piso que tenía vistas á un patio de mortal tristeza. A la misma hora y en el primer piso, en la sala soleada, desde cuyas ventanas se dominaba el Tíber, comía también el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cardenal, quien se consideraba muy dichoso al tener como convidado á su sobrino Darío, porque su secretario *don* Vigilio, su otro comensal ordinario, no despegaba nunca los labios más que cuando le hacían alguna pregunta. Los dos servicios eran completamente distintos, no teniendo ni la misma cocina ni el mismo personal, y de común no había entre ellos más que una habitación del cuarto bajo que servía de oficio.

Por más que la sala del segundo era tristona iluminada por la media claridad verdosa del patio, el almuerzo de las dos señoras y del presbítero fué muy alegre. *Donna* Serafina, de ordinario tan rígida, parecía haberse suavizado á impulsos de una gran felicidad interior. No había, á la cuenta, apurado aún las delicias de su triunfo de la víspera cuando asistiera al baile apoyada en el brazo de Morano, y fué ella precisamente la primera que habló del baile, pero con mucho elogio, por más que, según decía, la molestó bastante la presencia del rey y de la reina. Dió cuenta además de cómo, gracias á una táctica muy hábil, pudo evitar que la presentasen. Aparte de esto, confiaba en que su cariño á Celia, de la que era la madrina, bastaría para explicar su presencia en aquel salón neutro en el que se codearon todos los poderes. No obstante, debía conservar algún escrúpulo, porque manifestó que en cuanto acabasen de comer tenía que salir para ir al Vaticano á visitar al cardenal secretario, al que deseaba hablar de una hermandad de la que era la patrona y protectora. Debía parecerla que aquella visita de compensación al día siguiente del baile de los Buongiovanni, era indispensable.

Nunca se había inflamado con tanto celo ni con más esperanza á propósito del próximo advenimiento de su hermano el cardenal al trono de San Pedro, y esto era para ella el triunfo supremo, una exaltación de su raza que el orgullo de su apellido creía necesaria é inevitable, y durante la última indisposición que sufriera el papa reinante, había llevado las cosas hasta el extremo de inquietarse por la canastilla, cuyas ropas quería mandar marcar con las armas del nuevo pontífice.

Benedetta no dejó un instante de bromear, riéndose de todo, hablando de Celia y de Attilio con la ternura apasionada de una mujer cuyas dichas amorosas gozan al contemplar las de una pareja amiga. En el momento en que servían los postres se quedó sorprendida, mirando al criado, al que dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso, Giacomo? ¿Y los higos?

El criado, con sus lentos ademanes tan semejantes á los de una persona dormida, la miró, sin comprender lo que le quería decir. Por fortuna, Victorina cruzaba en aquel momento la habitación.

—¿Y los higos, Victorina? ¿Cómo es que no nos los sirven?

—¿Qué higos, *contessina?*

—Pues los higos que he visto hoy por la mañana, abajo, en el oficio, cuando por curiosidad pasé por allí para dirigirme al jardín. Unos higos soberbios que ví en un cestito... Es más, me chocó que pudiese haberlos aún estando tan avanzada la estación... A mí me gustan muchísimo, y me puse muy contenta, diciéndome que podría saborearlos á la hora de comer.

Victorina se echó á reir.

—¡Ah! ¡Ya lo sé! Lo sé, *contessina*. Son los higos que trajo ayer ese presbítero de Frascatti, ese párroco de allá abajo que vino anoche en persona á traerlos para su eminencia. Estaba yo delante y por tres veces repitió que era un regalo que debía colocarse sobre la mesa de su eminencia sin tocar ni una sola hoja... Entonces se hizo como él lo indicó.

—¡Pues bien! ¡Es muy extraño!—exclamó Benedetta con cómica cólera.—Ahí tenéis unos golosos que van á regalarse sin acordarse de nosotros cuando me parece que, al menos, debían haber repartido.

Intervino *donna* Serafina, y encarándose con Victorina, la preguntó:

—¿Querréis hablar del cura que iba antaño á hacernos visitas á la villa?

—Sí, sí, del mismo, del cura Santobono, del que es párroco de esa iglesia pequeña de Santa María de los Campos... Cuando viene, pregunta siempre por el abate Paparelli, del que, según creo, fué compañero en el Seminario. Y ayer fué precisamente quien nos lo presentó en el oficio con su cestito... ¡Dichoso cestito! Figuraos que, á pesar de tanto encargo, se nos olvidó ponerlo á la hora conveniente

te en la mesa de su eminencia, de manera que hoy nadie habría aprovechado los higos á no bajar corriendo el abate Paparelli por ellos para subirlos él mismo con verdadera devoción y como si llevase el Santo Sacramento... ¡Es cierto que á su eminencia le gustan tanto!

—No será esta mañana cuando mi hermano los pruebe,—indicó la primera,—porque no se encuentra muy bien y pasó muy mala noche.

Al oir repetir varias veces el apellido de Paparelli, habíase puesto pensativa *donna* Serafina. El caudatario, con su faz abotargada y flácida, llena de arrugas, su estatura rechoncha y pequeña de solterona devota con falda negra, le era antipático, le desagradaba desde que se dió cuenta del extraordinario ascendiente que adquiría sobre el cardenal con su humildad y anulamiento. No era ni más ni menos que un criado, en apariencia el más humilde, y sin embargo, gobernaba, y *donna* Serafina comprendía que combatía su influencia, deshaciendo con mucha frecuencia lo que ella misma hacía ó proponía en favor de las ambiciones de su hermano. Lo peor era que en dos ocasiones habíanle creído culpable por haber impulsado al cardenal á cometer actos que á ella se le figuró que eran verdaderas faltas. Tal vez se equivocó, porque de todos modos le hacía justicia y reconocía que poseía raros méritos y una piedad de todo punto ejemplar.

Benedetta, sin embargo, continuó riendo y bromeando, y cuando se marchó Victorina, llamó al criado, al que dijo:

—Escuchad, Giacomo, voy á daros un encargo...

No siguió adelante para decir á su tía y á Pedro:

—Os lo ruego: hagamos valer nuestros derechos... Me parece que los estoy viendo en la mesa, casi debajo de nosotros, y como nosotros, habrán llegado á los postres... Así levantan las hojas, se sirve sonriendo los que le agradan y pasa luego la cestita á Darío que hace lo mismo, dándosela luego á *don* Vigilio... y los tres se comen los higos, saboreándolos con mucha compunción, ¿los véis? ¿No los estáis viendo?

Y Benedetta los veía y era su necesidad de estar al lado de Darío, su pensamiento que de continuo volaba hacia él, el que de ese modo lo evocaba en compañía de los otros dos. Su corazón estaba abajo, oía, escuchaba y sentía con todos los exquisitos sentidos de su amor.

—Bajaréis, Giacomo, y váis á decir á su eminencia que nos estamos muriendo de ganas de probar esos higos y que será muy amable si nos manda los que no quiera.

Intervino de nuevo *donna* Serafina, recobrando su acento severo, y diciendo:

—Vais á hacerme el favor, Giacomo, de no moveros.

Y volviéndose hacia su sobrina, añadió:

—Basta de niñerías. Me causan horror todas esas chiquilladas.

—¡Ah! ¡Soy tan feliz, querida tía, y hace tanto tiempo que no me he reido de esta manera ni de tan buena gana!...

Hasta entonces habíase limitado Pedro á escuchar, alegrándose sencillamente al verla contenta hasta ese extremo, y como observase que después de esto se producía un poco de frío, habló entonces y manifestó su propio asombro al haber visto la víspera, y en época tan avanzada de la estación, frutas en la famosa higuera de Frascatti. Eso se debía, sin duda, á la posición del árbol y á que á éste le resguardaba la elevada tapia del huerto.

—¡Ah! ¿Habéis visto la famosa higuera?—preguntó Benedetta.

—Sí; y es más, he viajado con los higos que tanto empeño tenéis en comer.

—¡Cómo! ¿Viajado con los higos?

Primero pesáronle las palabras que se le habían escapado, pero después prefirió decirlo todo.

—Encontré allá abajo á un amigo que había ido en coche y que se empeñó que volviese con él. En el camino recogimos al cura Santobono que lo seguía animosamente á pie cargado con su cestito... Es más, hasta nos detuvimos un momento en una hostería.

Siguió hablando, dió cuenta del viaje y de las vivas impresiones experimentadas á través de la campiña romana invadida por el crepúsculo. Pero Benedetta, enterada, informada y prevenida, mirábale con fijeza, pues no ignoraba las visitas que Prada hacía á Frascatti á sus terrenos y á sus construcciones.

—¡Un amigo!—murmuró.—El conde, ¿no es eso?

—Sí, señora,—respondió Pedro con mucha sencillez.—Le volví á ver más tarde, y estaba sumamente transtornado; es preciso tenerle lástima.

No se ofendieron las dos señoras; de tal manera pronunció el presbítero estas palabras caritativas, con una emoción profunda y natural, en medio del desbordamiento de amor que habría querido esparcir sobre los seres y sobre las cosas. *Donna* Serafina permaneció inmóvil, como si afectase no haber oído siquiera, mientras que Benedetta, con un gesto, parecía decir que, por su parte, no tenía que dar pruebas ni de lástima ni de rencor hacia un hombre que era completamente extraño para ella. No se rió más, sin embargo, y al fin, refiriéndose al cestito, paseado en el coche de Prada, acabó por decir:

—¡Ah! ¡Esos higos! ¡Bah! Ya no tengo ganas de comerlos... y después de todo prefiero no haberlos probado.

En cuanto tomaron café se levantó *donna* Serafina, diciendo que iba á ponerse su sombrero y á marcharse al Vaticano.

Al quedarse solos Benedetta y Pedro ertretuviéronse un momento de sobremesa, animados otra vez por su alegría y charlando como buenos amigos. El presbítero volvió á ocuparse de su audiencia de la noche y de su fiebre de impaciencia dichosa. No eran apenas las dos; tenía que esperar aún durante siete horas, ¿qué iba á hacer ó en qué emplear aquella tarde interminable? Entonces ocurrióse á Benedetta una buena idea.

—¿No sabéis qué hacer?—dijo.—Pues bien, puesto que todos estamos tan contentos es preciso que no nos separemos... Darío puede disponer de un coche, y como nosotros, estará ahora acabando de almorzar. Voy á enviarle un recado diciéndole que venga á buscarnos para irnos juntos á dar un gran paseo á lo largo del Tíber, lejos, muy lejos.

Empezó á palmotear, embelesándola aquel proyecto; pero precisamente en aquel mismo momento se presentó *don* Vigilio, que parecía muy asustado.

—¿No está la princesa?—preguntó.

—No; mi tía ha salido, ¿qué es lo que os pasa?

—Que su eminencia me mandó subir... El príncipe acaba de ponerse malo al levantarse de la mesa... ¡Oh! ¡A la cuenta no será nada grave!...

Benedetta lanzó un grito más bien de sorpresa que de inquietud.

—¡Cómo! ¿Darío? Vamos á bajar todos; venid, señor abate. Es preciso que se ponga bueno en seguida para que nos pueda llevar á paseo en coche.

En la escalera se cruzaron con Victorina, á la que dió orden para que bajase también.

—Darío se ha puesto malo y puede que te necesite.

Entraron los cuatro en la sala, vasta, anticuada y amueblada con mucha sencillez, en la que el príncipe acababa de pasar encerrado un mes largo, sujeto allí por su herida del hombro. Para llegar hasta allí había que atravesar antes un saloncito, y después un cuarto tocador inmediato; un corredor unía todas estas habitaciones á las íntimas del cardenal, como el comedor, el dormitorio, el despacho, todas ellas relativamente pequeñas y que habían formado en una de las antiguas salas de antes por medio de tabiques. Había además la capilla, cuya puerta daba al pasillo, sencilla y desnuda habitación, en la que se veía un altar de madera pintada, sin una alfombra ni un asiento, y nada más que el pavimento duro y frío para arrodillarse y rezar.

Al entrar, acercóse Benedetta al lecho en el que Darío habíase tendido sin desnudarse. A su lado hallábase en pie el cardenal Boccanera, mirándole paternalmente, y en medio de la inquietud que comenzaba á dominarle, conservaba erguida su elevada y orgullosa talla, su serenidad de alma soberana y sin ningún reproche.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Darío mío?

El príncipe sonrió, queriendo tranquilizarla; no estaba más que muy pálido y tenía aire de embriaguez.

—¡Oh! ¡No ha sido nada! ¡Un vahido!... Figúrate, como si hubiese bebido un poco más... De pronto lo ví todo turbio y me pareció que iba á caerme... enonces no tuve tiempo más que para venir á echarme en la cama.

Respiró con fuerza, como hombre que necesita tomar aliento. A su vez, el cardenal dió algunos detalles.

—Estábamos acabando tranquilamente de almorzar y

daba yo mis órdenes á *don* Vigilio para por la tarde, al mismo tiempo me disponía á levantarme de la mesa cuando ví á Darío ponerse en pie tambaleándose... No quiso volver á sentarse y se vino aquí con paso vacilante de sonámbulo, abriendo las puertas con mano temblorosa... Y vinimos tras él sin comprender nada... Confieso que me devano los sesos queriendo comprender y que no acierto aún á explicármelo.

Con el gesto reveló su sorpresa y señaló la habitación en la que parecía de pronto haber soplado un viento de catástrofe. Todas las puertas habíanse quedado abiertas de par en par y se veía en hilera el tocador, después el corredor, al extremo del que se divisaba el comedor con un desorden de cuarto abandonado apresuradamente, con la mesa puesta aún, las servilletas tiradas á los lados y las sillas medio arrimadas á la mesa. Sin embargo, aun no empezaban á asustarse.

En alta voz hizo Benedetta una observación muy común en casos semejantes.

—¡Con tal que no haya comido nada que le haya hecho daño!

Con un nuevo gesto y sonriendo manifestó el cardenal cuán grande era la acostumbrada sobriedad de su mesa.

—¡Ah! No se comieron más que huevos, chuletas de cordero, un plato de ensalada de acederas, y esto no es para cargar el estómago á nadie. En cuanto á mí, no bebo más que agua pura, y Darío toma un par de dedos de vino blanco... No, no creo que el alimento que tomó tenga nada que ver con eso.

—Y además, si fuese eso, su eminencia y yo estaríamos también indispuestos,—se permitió observar *don* Vigilio.

Darío, que hacía un momento había cerrado los ojos, los volvió á abrir, y respirando con fuerza, hizo esfuerzos para reir.

—¡Vamos! ¡Vamos! Esto no será nada, pues me encuentro mucho mejor. Es preciso que me mueva.

—Entonces, escucha lo que habíamos pensado... vas á llevarnos á paseo en coche al señor abate y á mí y nos llevarás á la campiña, muy lejos.

—¡Con mil amores! Me gusta mucho tu idea... Victorina, ayudadme.

Se había incorporado en la cama, ayudándose trabajosamente con el brazo, y antes de que se pudiese acercar la criada tuvo una ligera convulsión y cayó otra vez como presa de un síncope. Fué el cardenal, que no se había movido de la cabecera del lecho, el que le recibió en sus brazos, mientras que la *contessina*, aquella vez, empezaba á perder la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué le vuelve á dar! Pronto... pronto... el médico.

—¿Queréis qué vaya á buscarle?—preguntó Pedro, al que la escena empezaba á trastornar.

—¡No! ¡No! Vos, no; quedaos á mi lado, no os mováis... Victorina sabe las señas... El doctor Giordano, ya sabes, Victorina.

La criada se marchó; en la habitación reinó desde entonces un silencio profundo, y el estremecimiento de ansiedad fué en aumento de minuto en minuto. Benedetta, muy pálida, colocóse otra vez al lado del lecho, mientras que el cardenal, que no había soltado á Darío y seguía sosteniéndole en sus brazos, con la cabeza apoyada en el hombro, le miraba. Una sospecha horrorosa cruzó por su mente en aquel instante, pero vaga é indeterminada aun; veía aquella faz gris, terrosa, la máscara de la angustia aterrada que observara en el más querido de sus amigos del corazón, en monseñor Gallo, cuando le sostuvo de igual manera sobre su pecho dos horas antes de morir. Era el mismo síncope, la misma sensación de que no estrechaba más que el cuerpo frío de un sér amado, cuyo corazón se detenía; era, sobre todo, el pensamiento creciente del veneno, venido de la sombra, hiriendo en ésta y á su alrededor como el rayo. Durante largo rato permaneció inclinado de este modo sobre el rostro de su sobrino, último de su raza, buscando, estudiando, encontrando los indicios de un mal misterioso é implacable que se había llevado ya la mitad de su propio sér.

Benedetta en voz baja le suplicó:

—Os vais á cansar, tío... Os lo ruego... dejadme á mí que le sostenga un poco. No tengáis miedo, le sostendré con mucho cuidado, y cuando comprenda que soy yo tal vez se despertará.

Levantó Boccanera la cabeza, la miró un momento y la

cedió su sitio, no sin haberla antes estrechado y besado con arranque, llenándosele los ojos de lágrimas al hacerlo; revelándose así toda una brusca emoción, en la que la adoración que tenía por ella fundía la rígida frialdad que de costumbre afectaba.

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo!—balbuceó con un temblor de encina descuajada.

En seguida se dominó, se reaccionó recobrando el imperio sobre sí mismo. Y mientras que Pedro y *don* Vigilio, inmóviles y mudos y esperando á poder ser útiles para algo, desesperándoles el no servir para nada en aquellos momentos, el cardenal empezó á pasear lentamente por la habitación. Sin duda ésta le pareció pequeña para los pensamientos que le asediaban y al principio salió llegando hasta el cuarto tocador y luego enfiló el pasillo para ir hasta el comedor. Y de este modo iba siempre y volvía con la cabeza inclinada, serio, impasible, sumido en las mismas sombrías cavilaciones. ¿Qué mundo de reflexiones se agitaba en el cráneo de aquel creyente, de aquel príncipe altanero que se había entregado á Dios y que no podía nada contra el Destino inevitable? De vez en cuando acercábase al lecho para cerciorarse de los progresos de la enfermedad, examinando en el rostro de Darío el estado en que se hallaba la crisis y en seguida reanudaba sus paseos con el mismo paso regular, desapareciendo y apareciendo como arrastrado por la monotonía de las fuerzas que el hombre no puede detener. Tal vez se equivocaba, quizás no se trataba más que de una ligera indisposición de la que el médico se reiría. Era necesario esperar y confiar. Y se marchaba y volvía; y nada, en medio de aquel silencio pesado, podía sonar más aniosamente que los pasos acompasados de aquel viejo de elevada estatura que esperaba al Destino.

Abrióse la puerta y Victorina entró jadeante en la habitación.

—He encontrado al médico,—dijo,—y aquí está.

Presentóse el doctor Giordano con su aire sonriente, su cabecita sonrosada con bucles blancos, con su persona discretamente paternal, todo lo que le daba un aspecto de amable prelado. Pero en cuanto olfateó la habitación, vió los rostros desolados de los que le estaban esperando, se

puso mucho más grave y tomó la actitud reservada, el absoluto respeto del secreto eclesiástico que le había comunicado su clientela de la Iglesia. Y no dejó escapar más que muy pocas palabras, apenas murmuradas, cuando dirigió una mirada al enfermo.

—¡Cómo! ¿Otra vez empieza esto?

Hacía sin duda alusión á la puñalada que había curado poco tiempo antes; ¿quién era el que de ese modo se encarnizaba con aquel pobre príncipe tan inofensivo y poco molesto? Nadie podía comprenderlo si no era Benedetta; pero ésta se hallaba en un estado tal, dominábala una fiebre tan grande de impaciencia, ardiendo en deseos de ser tranquilizada, que ni escuchaba ni oía, no haciendo más que suplicar.

—¡Oh! ¡Por Dios, doctor, examinadle, vedle y decidnos pronto que eso no es nada... y no puede ser otra cosa, porque estaba muy bueno y muy alegre hace un momento... No es nada... ¿no es verdad que no es nada?

—Sin duda, *contessina*, que la cosa no valdrá la pena... Ahora vamos á verlo.

Se volvió y se inclinó profundamente ante el cardenal que volvía desde el fondo del comedor con un paso mesurado y pensativo, á colocarse á la cabecera del lecho en la que quedó inmóvil. Sin duda el médico leyó en aquellos ojos sombríos, que le miraban con tenaz insistencia, alguna mortal inquietud, porque sin decir ni una palabra más, se puso á examinar á Darío como hombre que comprende que no debe perderse el tiempo. Y, á medida que adelantaba en su examen, su rostro de afable optimismo iba adquiriendo una gravedad lívida, un terror sordo, que se revelaba únicamente en un ligero temblor de labios. Era él precisamente quien había asistido á monseñor Gallo en el ataque de que éste falleció, un acceso de fiebre infecciosa como diagnóstico en la partida de defunción. Sin duda reconocía los mismos síntomas terribles, la cara de color de plomo, el alelamiento de una pesada embriaguez, y como antiguo médico romano, avezado á las muertes repentinas, sentía pasar el mal aire que mata, que la ciencia no comprendió aún bien, y no sabe si es la pútrida exhalación del Tíber ó el secular veneno de la leyenda.

Levantó otra vez la cabeza y su mirada se cruzó una

vez más con la insistente mirada del cardenal que no la separaba de él.

—Confío, señor Giordano, en que no estaréis muy inquieto. No se trata más que de una mala digestión, ¿no es verdad?

El médico se inclinó por segunda vez. En el ligero temblor de la voz del cardenal, adivinó la cruel ansiedad de aquel hombre poderoso, herido otra vez en la más querida afección de su corazón.

—Vuestra eminencia debe tener razón, se tratará de una mala digestión; sólo que, á veces, suelen estos accidentes ser peligrosos cuando se complican con la fiebre... Creo que no necesito decir á su eminencia hasta qué punto se puede confiar con mi prudencia y con mi celo.

Se calló un momento para añadir en seguida con su voz clara de hombre práctico en su profesión:

—No hay que perder tiempo, conviene desnudar al príncipe y obrar sin perder ni un momento. Que me dejen un momento solo; lo prefiero.

No obstante esto, hizo que se quedase á su lado Victorina diciendo que tal vez la necesitaría, y que si necesitaba otro ayudante llamaría á Giacomo. Evidentemente su deseo era el de alejar á la familia para estar más libre y no tener delante testigos engorrosos. Y el cardenal, que lo comprendió, se apoderó con dulzura de Benedetta para llevársela él mismo del brazo hasta el comedor, á donde les siguieron Pedro y *don* Vigilio.

Cuando se cerraron todas las puertas, reinó el más pesado y triste de los silencios en aquel comedor que el claro sol de invierno iluminaba con una luz y una temperatura deliciosas. La mesa continuaba aún sin quitar, con los cubiertos y platos abandonados, el mantel lleno de migajas, una taza de café medio llena aún y en el centro el cestito de los higos del que habían apartado las hojas, pero sin sacar más que dos ó tres. Delante de la ventana estaba Tata, la cotorra, á la que habían sacado de la jaula y se paseaba admirada y satisfecha, atravesando un gran haz de rayos amarillos en los que danzaban las moléculas de polvo. Había sin embargo dejado de chillar y de alisarse las plumas de las alas con el pico, chocándola ver entrar tanta gente, y mostrándose muy prudente volvía á

medias la cabeza, para mejor estudiarlos á todos con su ojo redondo y escrutador.

Pasaron unos minutos interminables en la espera febril de lo que iba á suceder en el fondo de la habitación inmediata. *Don* Vigilio se sentó silenciosamente y aparte de los demás, mientras que Benedetta y Pedro en pie callábanse también, permaneciendo inmóviles. Y el cardenal había reanudado su paseo sin fin, aquel pateamiento instintivo y adormecedor, con el que parecía quería engañar su impaciencia, llegar más pronto á la explicación que buscaba de una manera obscura en medio de una desencadenada tempestad de ideas. Mientras que su paseo acompasado sonaba con una regularidad maquinal, desarrollábase en su ánimo un furor sombrío, una desesperada rebusca del por qué y del cómo, una confusión extraordinaria de los movimientos más extremos y contrarios; pero ya en dos ocasiones distintas, al pasar, habíase fijado su mirada en el desorden de la mesa, como si buscase alguna cosa.

¿Sería aquel café no concluído? ¿Aquel pan cuyas migajas cubrían aún la mesa? ¿Las chuletitas de cordero de las que quedaba un hueso? Por último, en el momento en que pasaba contemplándolo todo, sus miradas se fijaron en el cestito de higos y se detuvo en seco como si hubiera tenido una revelación repentina. La idea le sobrecogió, se apoderó de él sin saber á qué prueba apelar para que la sospecha repentina se convirtiese en certidumbre. Durante un momento permaneció así, con los ojos fijos en el cestito de higos, combatido por esas ideas y sin encontrar la solución. Al fin, cogió un higo y se lo acercó como para examinarlo mejor; no tenía nada de particular y se disponía á dejarlo con los demás, cuando Tata, la cotorra, á la que la gustaban mucho, lanzó un chillido estridente. Aquello fué como una iluminación; la experiencia que buscaba se le ofrecía.

Lentamente, con su aire serio, con el rostro envuelto en sombra, entregó el cardenal el higo á la cotorra y lo hizo sin una vacilación ni un pesar. Era un lindo animalejo, el único al que había tomado apasionado cariño. Alargando el esbelto cuerpo cuyo plumaje ceniciento verdoso, lustroso como la seda se tornasolaba con los reflejos rosados

á la luz, cogió con mucha monada el higo con la palita y después lo hendió con un picotazo; pero cuando lo revolvió apenas comió un poco y dejó caer la piel con casi todo lo que contenía. El cardenal, siempre grave é impasible, miraba y esperaba. La espera fué de tres largos minutos. Por un momento se tranquilizó, rascó la cabecita á la cotorra que muy mansa se dejó acariciar, volviéndose y fijando en su amo su ojillo rojo, que tenía el vivo centelleo del rubí. De pronto se echó hacia atrás y cayó sin dar siquiera ni un solo aleteo; Tata había muerto, pero en el acto.

No hizo Boccanera más que un gesto, con las dos manos al aire, levantadas al cielo con el espanto producido por lo que al fin había descubierto. ¡Gran Dios! ¡Semejante crimen! ¡Una equivocación tan atroz! ¡Un juego tan abominable del Destino! No se le escapó ningún grito de dolor, y la sombra de su rostro volvióse negra y huraña.

Oyóse, sin embargo, un grito, un grito estridente de Benedetta que, lo mismo que Pedro y *don* Vigilio, había desde el principio seguido el acto del cardenal con una curiosidad, con un asombro que en seguida se trocaron en terror.

—¡Veneno! ¡Veneno! ¡Ah! ¡Darío de mi alma! Darío mío! ¡Corazón mío!

Pero el cardenal asió violentamente de la muñeca á su sobrina, dirigiendo una mirada oblicua á los dos humildes presbíteros, á su secretario y al extranjero, que habían presenciado la escena.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Se desprendió con una sacudida, rebelándose á impulsos de la cólera y del odio.

—¿Y por qué me he de callar? Es Prada el que ha dado el golpe y le delataré, porque quiero que también muera. Os digo que es Prada, lo sé muy bien por el señor Froment que volvió ayer de Frascatti en un coche con ese cura Santobono y ese cesto de higos... Sí, tengo testigos, ha sido Prada. ¡Ha sido Prada!

—¡No! ¡No! ¡Cállate que estás loca!

Había vuelto á coger las manos de la joven, á la que trataba de dominar con toda su autoridad soberana. Sabiendo la influencia decisiva que el cardenal Sanguinetti ejercía sobre el exaltado cerebro de Santobono, se explica-

ba la aventura, no por una complicidad directa, sino con un empuje sordo, semejante al del animal al que se le excita y al que luego se deja suelto para que se arroje sobre el rival que le estorba, á la hora en que el solio pontificio iba á quedar vacante. La probabilidad, la certidumbre de todo esto saltó bruscamente á sus ojos sin que tuviese necesidad de explicárselo todo, á pesar de las lagunas y de las obscuridades. Y esto era porque comprendía que debía ser así.

—¡No! ¡Oyeme! Te digo que no es Prada... Ese hombre no tenía ningún motivo para odiarme, y era á mí á quien trataban de herir... á mí á quien regalaron esas frutas... Vamos, reflexiona... Ha sido preciso que mediase una indisposición repentina para impedirme que comiese la parte mayor y mejor, y mientras que mi pobre Darío los paladeaba solo, hacíale yo broma diciéndole que me guardase los mejores para mañana. Esa cosa tan abominable era para mí y él fué la víctima, ¡oh! ¡Señor! ¡de la más feroz casualidad, de la más monstruosa tontería de la suerte! ¡Señor! ¡Señor! ¡Nos habéis abandonado!

Las lágrimas empañaban los ojos del cardenal, mientras que Benedetta, estremecida, no parecía haberse convencido aún.

—Pero, tío, si vos no tenéis ningún enemigo, ¿cómo queréis que ese Santobono atente á vuestra vida?

Durante un momento se quedó silencioso sin encontrar una respuesta suficiente. La voluntad de guardar silencio habíase formado en él con una grandeza suprema. Acudió luego á su memoria un recuerdo y se resignó á decir una mentira.

—Santobono no ha tenido nunca cabal el juicio, y sé que me odia desde que me negué á influir para que un hermano suyo saliese de la cárcel... Quería que á ese hermano suyo, antiguo jardinero nuestro, le diese yo un certificado que por cierto no merecía... Por lo general, muchos odios mortales no suelen tener causas mucho más graves. A la cuenta ha creído que debía vengarse de mí.

Quebrantada é incapaz de discutir más, dejóse Benedetta caer en una silla, haciendo un gesto de desesperado abandono.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No sé... ¿y después qué

me importa ahora que mi Darío está así? No hay más que una cosa... es preciso salvarle... quiero que le salven... qué largo es lo que están haciendo en su habitación, ¿por qué no viene Victorina á buscarnos?

El silencio empezó otra vez, pero un silencio de esos que anonadan. El cardenal, sin decir ni una palabra cogió el cestillo de los higos y lo llevó á un armario que cerró dando dos veces la vuelta á la llave, guardándose después ésta en el bolsillo. Sin duda, pensaba ir, en cuanto se hiciese de noche á arrojarlos él mismo al Tíber; más en el momento en que se separaba del armario se fijó su mirada en los dos presbíteros que se habían enterado forzosamente de todo lo que hiciera, y les dijo con un acento grande por su misma sencillez:

—Creo señores, que no necesito recomendaros seáis discretos... Hay escándalos que á todo trance debemos evitarlos á la Iglesia, la que no es, no puede ser culpable... Entregar á uno de los nuestros, aun siendo culpable, á un tribunal civil, es con mucha frecuencia herir á la Iglesia entera, cuando las malas pasiones se apoderan del asunto para hacer recaer en ella la responsabilidad del crimen. No tenemos que hacer más que entregar al criminal en manos de Dios que sabrá castigar mejor y con más seguridad. ¡Ah! ¡Por mi parte y á pesar de haber sido herido en mi persona ó en mi familia y en mis afecciones más caras, declaro, en nombre de Cristo que murió en la cruz, que no siento ni cólera ni deseo de venganza, y que borro de mi memoria el nombre del asesino, proponiéndome ocultar su abominable acción en el eterno silencio de la tumba.

Y su elevada estatura parecía haber crecido mientras que, con la mano levantada, con un gesto elocuente, pronunciaba ese juramento, ese abandono de sus enemigos á la justicia única de Dios; porque no era sólo de Santobono de quien quería hablar, sino también del cardenal Sanguinetti, cuya nefasta influencia había adivinado. Y en el heroísmo de su orgullo una angustia infinita, un sufrimiento trágico le trastornaba al pensar en la lucha sombría que estallaba alrededor de la tierra, en todo lo malo y voraz que se agitaba en el fondo de las tinieblas.

Después, cuando Pedro y *don* Vigilio se inclinaban para

darle su palabra de que se callarían, apoderóse de él una emoción invencible que le ahogaba; el sollozo de enternecimiento que trataba de dominar subió á pesar suyo á su garganta mientras que balbuceaba:

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío! ¡Ah! El único vástago de nuestra raza, el único varón, mi solo cariño y la única esperanza de mi corazón, morir así!

Dejándose arrastrar por la violencia púsose Benedetta en pie.

—¡Morir! ¿Quién? ¿Darío? ¡No quiero que muera! Vamos á cuidarle, volveremos á su lado, le cogeremos entre nuestros brazos y le salvaremos... Venid, tío, venid pronto... ¡no, no quiero que se muera!

Se acercó á la puerta y nada la habría impedido entrar en la otra habitación cuando precisamente en aquel mismo momento salía de ella Victorina con aire extraviado y habiendo perdido todo su valor no obstante su hermosa serenidad acostumbrada.

—El médico,—dijo,—ruega á su eminencia y á la señora que vayan en seguida... en seguida...

Herido por el estupor que todas aquellas cosas le producían no les siguió Pedro quedándose un momento atrás con *don* Vigilio en el soleado comedor. ¡Y qué! El veneno... el tósigo, lo mismo que en tiempo de los Borgias, disimulado elegantemente, servido en unas frutas por un traidor tenebroso al que ni siquiera se atrevían á entregar á los tribunales! Y recordaba la conversación sostenida al regresar de Frascatti, su excepticismo de parisién respecto á las drogas legendarias que sólo admitía en el quinto acto de un drama romántico. Y eran verdaderas aquellas historias abominables, los ramos de flores y los cuchillos emponzoñados, los prelados y hasta los papas engorrosos á los que se suprimía llevándoles el chocolate por la mañana; porque ese Santobono, apasionado y trágico, era realmente un envenenador; pues no podía dudarlo al recordar todos los detalles de la jornada de la víspera iluminados por sombrío resplandor; recordaba las palabras de ambición y de amenaza que había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti, la prisa para obrar ante la muerte probable del papa reinante, la ingestión al crimen en nombre de la salvación de la Iglesia, después ese cura en-

contrado en el camino con su cestillo de higos, este cestito paseado durante el crepúsculo por la melancólica campiña romana, prolongadamente, devotamente sobre las rodillas del presbítero, ese cestito cuyo recuerdo le perseguía á la sazón como una pesadilla, como lo vería en adelante á todas horas estremeciéndose sin olvidar la forma, el color y el olor. ¡El veneno! ¡El veneno! ¡Era, sin embargo, verdad, existía, circulaba aún entre la sombra del mundo negro en medio de los ásperos apetitos de la conquista y la dominación!

Y de una manera repentina presentóse á la memoria de Pedro la figura de Prada. Poco antes, cuando Benedetta le había acusado con harta violencia, estuvo á punto de salir en defensa del ausente para revelar esa historia del veneno de que se había enterado y el punto de donde salió el cestito y la mano que lo ofreció. Una reflexión, empero, le dejó helado; si Prada no cometió el crimen, lo dejó cometer. Un recuerdo, agudo como un puñal, se le clavó; el de la pollita negra, en medio de la decoración poco agradable de la hostería; sí, el de aquel pobre animalejo muerto en el acto bajo el cobertizo, con el hilillo de sangre violácea que le manaba del pico. Y allí, en el comedor, caída al pie de su cimbel, yacía lo mismo la cotorra Tata, blanducha, lacia y con el corvo pico manchado por una gota de sangre. ¿Por qué mintió Prada al contar que había habido una pelea? Era toda una complicación de pasiones y de luchas obscuras y en las tinieblas, entre las cuales comprendía Pedro que se le iba el pie; del mismo modo no sabía cómo reconstituir el tremendo combate que había debido librarse en el cerebro de aquel hombre durante la noche del baile. No podía verle á su lado, ni evocarle durante su regreso matinal al palacio Boccanera sin estremecerse, adivinando sordamente todo lo espantoso que se había decidido ante aquella puerta. Aparte de todo, á pesar de las obscuridades y de las imposibilidades, que todo aquello fuese contra el cardenal, ó mejor con la esperanza de que una flecha perdida le vengase, á la casualidad, el hecho terrible estaba allí latente: Prada sabía; Prada habría podido detener al Destino su marcha, y no obstante, dejó que el Destino siguiese su ciega tarea de muerte.

Al volver la cabeza vió Pedro á *don* Vigilio sentado aparte, en el mismo sitio del que no se había movido. El secretario estaba tan lívido, tan trastornado, que se figuró que también estaría enfermo.

—¿No os encontráis bien?—preguntó Pedro.

Al principio parecía que el secretario no podía responder, de tal manera el terror anudaba su garganta. Después con voz muy baja, dijo:

—No, no he comido. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que he tenido grandes deseos de hacerlo y que sólo la deferencia me contuvo al ver que su eminencia no los comía!

Un ligero temblor hizo estremecer todo su cuerpo al ocurrírsele el pensamiento de que sólo su humildad le había salvado. Y en sus manos, lo mismo que en su rostro, conservaba el frío de la muerte vecina de la que sintiera el aleteo.

En dos ocasiones acabó por suspirar, mientras que con un gesto, hacía como para apartar la horrorosa cosa, murmurando:

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Pedro muy conmovido, y sabiendo además lo que pensaba del caudatario, quiso saber más.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Es que le acusáis? ¿Creéis que le han impulsado á obrar y que en suma son ellos?

No se pronunció para nada el nombre de los jesuítas, pero la gran sombra negra pasó por el alegre sol del comedor, que por un momento dijérase llenó de tinieblas.

—¿Ellos? ¡Ah! ¡Sí! exclamó *don* Vigilio.—¡Ellos están en todas partes! ¡Son siempre ellos! En cuanto se llora ó se muere, allí están, son ellos á pesar de todo y por todo. Y en esta lucha debía haber muerto yo, y me choca haber quedado para contarlo.

Luego, lanzó otra vez su sorda queja de temor, de execración y de cólera.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Y se calló, negándose á responder nada más, dirigiendo miradas de azoramiento á los muros de la sala, como si fuese ver salir de ellos al caudatario con su rostro arrugado y descolorido de solterona, su trotecillo silencioso de

rata roedora, sus manos de misterio y de invasión que habían ido al oficio á coger el olvidado cestito de higos para llevarlo á la mesa de su eminencia.

Decidiéronse ambos entonces á volver al cuarto de Darío, en el que quizás tenían necesidad de ellos, y al entrar quedóse Pedro sobrecogido ante el conmovedor espectáculo que se ofreció á sus ojos. Hacía una hora que el doctor Giordano, sospechando la existencia de un veneno, estaba empleando los remedios usuales en casos semejantes, vomitivos y después la magnesia, acababa de dar orden á Victorina para que batiese claras de huevo; pero el mal iba empeorando con aterradora rapidez y á la sazón todo socorro era inútil. Desnudo, echado boca arriba y con el busto sostenido por almohadas, estaba Darío horroroso con esa especie de embriaguez ansiosa que caracterizaba á aquel mal misterioso é inexorable al que habían sucumbido monseñor Gallo y tantos otros. Parecía estaba acometido del vértigo del estupor; sus ojos hundíanse más y más en el fondo de las negras órbitas, mientras que el rostro entero se descomponía, se desecaba, envejeciendo á la vista, invadido por una sombra gris de color de tierra.

Desde hacía un momento, que abrumado por el mal cerró los ojos, y no tenía de vivente más que los suspiros oprimidos, penosos y prolongados que levantaban su pecho. Y en pie, inclinada sobre su pobre rostro de agonizante, hallábase Benedetta, sufriendo con su sufrimiento, dominada por un dolor talmente impotente, que estaba ella misma desconocida y tan pálida, tan trastornada por la angustia, como si fuese presa ya también de la muerte poco á poco y al mismo tiempo que él.

En el hueco de la ventana, el cardenal Boccanera cambiaba algunas palabras con el doctor Giordano, al que había hecho siguiese hasta allí.

—¿Está perdido, no es verdad?

El médico, muy trastornado también, hizo un gesto de desesperación, declarándose vencido.

—¡Ay! ¡Sí! Debo prevenir á su eminencia que antes de una hora todo habrá concluído.

A estas palabras siguió un corto silencio.

—Decidme, ¿no es la misma enfermedad de monseñor Gallo?

Y como el médico no respondiese, temblase y volviese los ojos, añadió:

—En fin, una fiebre infecciosa, ¿no es eso?

Giordano comprendió perfectamente lo que también le pedía el cardenal; era el silencio, el crimen olvidado para siempre para evitar que sufriese el buen nombre de su madre la Iglesia. Y no había nada más grande ni de una grandeza trágica más elevada, que aquel anciano de setenta años, tan erguido y de tan soberano aspecto aunque, no quería que su familia espiritual pudiese sufrir y que no consentía tampoco que arrastrasen á su familia humana por entre las inevitables mancillas de un proceso de fama. ¡No! ¡No! ¡El silencio eterno en el que todo se olvida y reposa para siempre!

Con su aire de amabilidad y de discreción clerical el doctor se inclinó.

—Es indudable,—dijo,—que como dice muy bien vuestra eminencia se trata de una fiebre infecciosa.

Dos gruesas lágrimas aparecieron entonces en los ojos de Boccanera. A la sazón, y después de haber puesto á Dios al abrigo, su humanidad sangraba de nuevo. Suplicó al médico que intentase el último esfuerzo, el supremo, que probase lo imposible, pero aquel meneaba la cabeza señalando al enfermo con sus pobres manos temblorosas. Ni aun tratándose de su padre ni de su madre habría podido hacer nada porque la muerte estaba allí. ¿A qué cansarse torturando á un moribundo al que no habría hecho más que aumentar los dolores y sufrimientos? Y como quiera que ante la próxima catástrofe se acordase de su hermana Serafina y se desesperase pensando que ésta no podía besar por última vez á su sobrino si se entretenía mucho en el Vaticano, en el que debía hallarse entonces, el médico se ofreció á ir á buscarla en su coche que le estaba esperando. Era cuestión de veinte minutos y podría volver en seguida por si en los postreros momentos tenían necesidad de él.

Al quedarse solo en el hueco de la ventana el cardenal permaneció allí, inmóvil, un momento aun. A través de la ventana, y con los ojos empañados por las lágrimas,

contempló el cielo, y sus brazos temblorosos se tendieron con un ademán de ardiente súplica. ¡Oh, Dios! Puesto que la ciencia de los hombres era tan limitada y tan vana, puesto que aquel médico se marchaba de aquella casa, considerándose dichoso al salvar el embarazo de su impotencia, ¡oh, Dios! haced un milagro para mostrar el esplendor de vuestro poder sin límites. ¡Un milagro! ¡Un milagro! Lo pedía desde el fondo de su alma de creyente, con la insistencia, con el ruego imperativo de un príncipe de la tierra que cree haber prestado un servicio considerable al cielo consagrando su vida entera á la Iglesia. Lo pedía para la continuación de su raza; para que el último varón no desapareciese tan miserablemente y pudiese casarse con aquella prima tan amada que estaba llorando allí y que era en esos momentos tan desdichada. ¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡En favor de aquellos desgraciados jóvenes tan queridos! ¡Un milagro que hiciese renacer la familia! ¡Un milagro que eternizase el glorioso apellido de los Boccanera y que permitiese que saliese de la unión de los jóvenes esposos toda una decadencia sin cuento de valientes y de fieles!

Cuando el cardenal volvió al centro de la habitación, apareció transfigurado; la fe había secado sus ojos y comunicado fortaleza y sumisión á su alma, en adelante exenta de toda debilidad. Se había entregado en manos de Dios y resolvió ser él mismo quien administrase la Extremaunción á Darío. Con un gesto llamó á *don* Vigilio é hizo que le siguiese á la habitación inmediata que les servía de capilla y cuya llave llevaba siempre encima. Esa habitación, poco menos que desamueblada, en la que por otra parte no entraba nadie, era la capilla, en la que no había más que un sencillo altar de madera pintada con un gran crucifijo de cobre y gozaba en el palacio del renombre de un lugar santo, desconocido y terrible, porque según decían, su eminencia pasaba allí las noches de rodillas hablando con Dios en persona. Y para que así entrase públicamente, para que dejase de aquel modo abierta de par en par la puerta, era necesario que quisiese obligar á Dios á salir con él en su deseo de que hiciese un milagro.

Detrás del altar había un armario del que el cardenal

sacó una estola y una sobrepelliz. La caja de los Santos Oleos estaba allí también y era una alhaja muy antigua que tenía grabadas las armas de los Boccanera. Habiendo entrado *don* Vigilio en la habitación de Darío detrás del oficiante para asistirle, alternaron en seguida las palabras latinas:

—*Pax huic domini.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

La muerte se presentaba tan amenazadora, tan próxima, que todos los preparativos acostumbrados se hubieron forzosamente de suprimir. No había ni la mesita cubierta con un blanco lienzo ni los dos cirios. Además, no habiendo llevado el que asistía el hisopo ni el agua bendita, el oficiante se tuvo que limitar á hacer el gesto bendiciendo la habitación y al moribundo, pronunciando las palabras del ritual:

—*Asperjes me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Dominada por un prolongado estremecimiento que experimentó al ver presentarse al cardenal revestido y con los Santos Oleos, cayó Benedetta de rodillas al pie del lecho, mientras que Pedro y Victorina, un poco más atrás, se arrodillaban también, trastornándoles la dolorosa grandeza de aquel espectáculo. Y con sus ojos desmesuradamente abiertos, agrandados en una faz de una palidez de nieve, no apartaba la *contessina* los ojos de su Darío, al que no reconocía con el rostro terroso, la piel curtida y tan llena de arrugas como la de un viejo. Y no había sido para su casamiento, aceptado y deseado por él, para lo que su tío, ese todopoderoso príncipe de la fe, llevaba el Santo Sacramento de la Iglesia, sino para la ruptura suprema, para el fin humano de todo orgullo, para la muerte que acaba y se lleva las razas lo mismo que el viento barre el polvo de los caminos.

No podía entretenerse y recitó á media voz y apresuradamente el *Credo*.

—*Credo in unum Deum...*

—*Amén*,—respondió *don* Vigilio.

Después de las preces de ritual, este último balbuceó las letanías para que el cielo tuviese lástima del hombre

miserable que iba á comparecer ante Dios si éste con un milagro no le hacía gracia de la vida.

Entonces, sin tomarse tiempo para lavarse los dedos, abrió el cardenal la cajita de los Santos Oleos, y limitándose á una sola unción, como está permitido para los casos de urgencia, puso con la punta de la aguja de plata una sola gota sobre la boca reseca ajada ya por la muerte.

—*Per instam sanctam untionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

¡Ah! ¡Con qué corazón más inflamado por la fe pronunció estas palabras, llamamiento al perdón para que la misericordia divina borrase los pecados cometidos por los cinco sentidos, esas cinco puertas de la tentación abiertas en el alma. Pero era aún con la esperanza de que si Dios había herido á aquel pobre sér por sus faltas, tal vez tendría la indulgencia necesaria para devolverle la vida en cuanto se las hubiese perdonado. ¡La vida, oh, Señr! ¡La vida para que esta antigua raza de los Boccanera pulule aún, continúe sirviéndoos á través de las edades en los combates y ante los altares!

Durante un momento quedóse el cardenal con las manos estremecidas contemplando la faz muda, los cerrados ojos del moribundo y esperando el milagro. No se produjo nada nuevo; no se vió en aquel ninguna claridad. *Don* Vigilio le enjugó la boca con un poco de algodón, sin que de los labios se exhalase un suspiro de alivio. Pronunciósе la última oración, y el oficiante se volvió á la capilla, siguiéndole el presbítero que le había asistido, retirándose ambos en medio del tremendo silencio que parecía caer de lo alto envolviéndolo todo. Arrodilláronse allí ambos, y sobre el desnudo suelo, el cardenal se entregó á una fervorosa oración. Con sus ojos fijos en el crucifijo de bronce no vió ya nada más, no oyó nada, entregándose por completo á Dios, suplicando que le tomase en vez de su sobrino si era necesario un holocausto, no desesperando de ablandar la cólera celeste mientras Darío tuviese un soplo de vida y en tanto que él estuviese así de rodillas en conversación con Dios, ¡era tan humilde y tan soberano! Entre Dios y un Boccanera ¿no se iba á poder establecer un acuerdo? Si en aquel momento se hubiese derrumbado el vetusto palacio no sintiera la caída de las vigas.

No se había movido aún nada, sin embargo, en la habitación del moribundo y todo se hallaba bajo el peso de esa majestad trágica que la ceremonia parecía haber dejado. Entonces fué cuando únicamente abrió Darío los ojos. Se miró las manos y las vió tan envejecidas, tan encogidas, que en el fondo de sus ojos se leyó el inmenso pesar de tener que dejar la vida. Indudablemente, en aquel momento de lucidez, en medio de aquella especie de extraña embriaguez que el veneno le producía, tuvo por vez primera conciencia de su estado. ¡Ah! ¡Morir! ¡Y morir con tal dolor, en medio de semejante decadencia, qué abominación más repulsiva para aquel sér, personificación de la ligereza y del egoismo, para aquel amante de la belleza, de la alegría y de la luz que no sabía sufrir! El Destino feroz castigaba en él con demasiada rudeza su raza agotada. Tuvo horror de sí mismo y experimentó una crisis de desesperación, un terror de niño, que le dieron fuerzas para incorporarse y para mirar trastornado alrededor de la habitación y enterarse de si todos le habían ó no abandonado.

Cuando su mirada encontró á Benedetta, arrodillada como siempre al pie del lecho, tuvo un supremo arranque hacia ella, tendiéndola los brazos con tanta pasión como sus fuerzas se lo permitieron, balbuceando al mismo tiempo su nombre.

—¡Ah! ¡Benedetta! ¡Benedetta!

En medio del estupor de la espera no había dejado ésta de contemplarle ni un solo instante. La enfermedad horrorosa que se llevaba á su amante, parecía que la iba poseyendo más y más á ella, destruyéndola á medida que él se debilitaba. Benedetta iba adquiriendo una blancura inmaterial, y por los agujeros de sus tan claras pupilas, empezábase á ver su alma: pero, cuando le vió resucitando, tendióla los brazos y llamándola, púsose en pie á su vez, acercándose y quedándose al lado del lecho.

—¡Allá voy, Darío! ¡Aquí me tienes!—dijo.

Y Pedro y Victorina, que continuaban de rodillas, asistieron entonces á un acto sublime, de tan extraordinaria grandeza, que quedáronse como clavados en el suelo, co-

mo ante un espectáculo ultra terrestre en el que los humanos no tenían que intervenir para nada. Benedetta habló y obró como una criatura desligada de todos los lazos convencionales y sociales, fuera ya de la vida, no viendo ni interpelando los seres y las cosas más que desde muy lejos, desde el fondo de lo desconocido, en el que iba á desaparecer.

—¡Ah! ¡Han querido separarnos, Darío mío! Sí, para que no pueda entregarme á ti y ser feliz en tus brazos, para que no seamos jamás dichosos, por eso resolvieron tu muerte, sabiendo que acabándose tu vida se concluiría la mía... Y ese hombre el que te mata ¡sí! ¡sí! es tu asesino, aunque haya sido otro el que te hirió. Es él la causa primera de todo, pues me robó cuando iba á ser tuya, y echó á perder para siempre nuestras vidas y que esparció alrededor nuestro y en nosotros el execrable veneno que nos mata... ¡Ah! ¡Cuánto le odio! ¡Sí, le aborrezco con un odio con el que quisiera poderle aplastar antes de partir agarrada á tu cuello!

No levantaba la voz y decía estas cosas tremendas con un murmullo profundo, las decía sencilla y apasionadamente. A Prada no le nombró siquiera, y volviéndose apenas hacia Pedro, que herido de estupor estaba inmóvil á su espalda, añadió con acento de mando:

—A vos, que veréis á su padre, os encargo que le digáis que he maldecido á su hijo. El héroe tan valeroso me quiso mucho y yo le quiero aún... estas palabras mías le desgarrarán el corazón... pero quiero que lo sepa... sí, debe saberlo para la verdad y la justicia.

Trastornado por el miedo, sollozando á efecto de una postrera convulsión, tendió de nuevo Darío los brazos, al parecerle que no le miraba, que no tenía sus ojos claros fijos en los suyos.

—¡Benedetta! ¡Benedetta!

—¡Allá voy, Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y se acarcaba más, le tocaba casi, de pie, junto al lecho.

—¡Ah! ¡Qué juramento este que había hecho yo á la *Madonna* de no pertenecer á ningún hombre, ni aun á ti, antes de que Dios lo permitiese por medio de la bendición de uno de sus sacerdotes! Consideraba como una no-

bleza superior, divina, el ser inmaculada, virgen como la Virgen, é ignorante de las mancillas y bajezas de la carne. Y aparte de eso era un regalo de amor exquisito y raro, de inestimable precio que quería yo hacer al amante elegido por mi corazón para que fuese únicamente él el solo dueño de mi alma y de mi cuerpo... Esa virginidad, de que estaba tan orgullosa, la defendí contra otro, con las uñas y con los dientes, como se defiende contra un lobo; me defendí de ti con lágrimas en los ojos para que tú no manchases este tesoro, arrastrado por una fiebre sacrílega, antes que llegase la hora santa de las delicias permitidas. ¡Y si tú supieses cuán terribles eran las luchas que tenía que sostener conmigo misma para no ceder! Tenía una necesidad muy grande, loca, de gritarte que me tomases, que me poseyeses, que me llevases. Porque era tu sér entero lo que quería... era yo que me entregaba por completo, ¡sí! sin reserva, como mujer que cede, que acepta y que reclama todo amor... aquel que hace la esposa y la madre... ¡Ah! ¡Con qué pena he cumplido mi juramento á la *Madonna* cuando la vieja sangre enardecíase en mí con aire de tempestad y qué desastre ahora!

Se acercó aún más, al mismo tiempo que su voz baja se hacía más ardiente:

—¿Te acuerdas del día en que volvistes herido con una puñalada en el hombro? Te creí muerto y grité con rabia al ocurrírseme la idea de que ibas á partir y que te perdía sin que hubiésemos gozado de la dicha. Insultaba á la *Madonna*, me pesaba en aquellos momentos no haberme condenado contigo para morir al mismo tiempo, enlazados ambos con un apretón tan fuerte, que habría sido necesario que nos enterrasen juntos... ¡Y pensar que tan terrible advertencia no debía servir para nada! Fuí lo bastante ciega, lo suficientemente necia para no entender la lección... Hete ahí herido otra vez, te roban á mi amor y tú te vas antes de que yo me haya entregado cuando aun era tiempo. ¡Ah! ¡Miserable orgullosa! ¡Imbécil soñadora!

Lo que renegaba al presente en su voz apagada, era en contra de ella misma, era su cólera de mujer práctica y razonable como siempre lo había sido. ¿Era que la *Madonna*, tan maternal, quería la desgracia de los amantes?

¿Qué indignación ó qué tristeza habría podido experimentar al verlos al uno en brazos del otro y tan apasionados y tan felices? ¡No! ¡No! Los ángeles no habrían llorado aún cuando en la tierra se hubiesen amado dos amantes sin contar con el cura; al contrario, debían sonreirse y cantar de alegría. Y era, sin duda un embuste abominable el no gozar de la alegría de amarse bajo el sol cuando la sangre de la vida late en las venas.

—Benedetta... Benedetta,—repuso el moribundo, con el miedo de niño que experimentaba al irse así sólo al fondo de la eterna noche obscura y negra.

—¡Aquí me tienes, Darío! ¡Aquí estoy!

Y luego, como creyese que la criada, hasta entonces inmóvil, había hecho un gesto para levantarse é impedirla llevar á cabo el acto, añadió:

—Deja, deja, Victorina, que en adelante nada en el mundo puede impedir esto, porque es más fuerte que todo, más fuerte que la muerte... Hace un momento, cuando estaba de rodillas, hubo algo que me obligó á levantarme... á moverme... Y además, ¿no lo juré la noche de la puñalada? ¿No he prometido pertenecerle á él sólo hasta en la tierra si era preciso? ¡Que yo le bese y que me lleve consigo! ¡Estaremos muertos, pero al mismo tiempo casados y para siempre!

Volvióse al moribundo al que entonces tocaba, exclamando:

—¡Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y lo que sucedió fué inaudito. Dominada por una exaltación creciente, por una llamarada de amor que la impulsaba, empezó á desnudarse, pero sin prisa. Primero cayó el cuerpo del vestido, y resplandecieron los blancos hombros, los brazos blancos; deslizáronse después las faldas; se descalzó, y los pies blancos, los tobillos, se destacaron sobre la alfombra; después fueron cayendo los últimos velos uno á uno, y se mostraron con una fuerte carnación blanca, el blanco vientre, la garganta blanca, las piernas. Hasta el último velo, lo retiró todo con una ingenua audacia, con una tranquilidad soberana, como si se encontrase sola. Estaba en pie, semejante á un gran lirio en su cándida desnudez, en su realeza desdeñosa, ignorante de las miradas. Iluminó, perfumó la triste habitación

con la hermosura de su cuerpo, prodigio de belleza, perfección viviente de los antiguos y más hermosos mármoles, con su cuello de reina, el pecho de una diosa guerrera, la línea altiva y esbelta del hombro al talón y las redondeces sagradas de los miembros y de los costados. Era tan blanca que ni las estatuas de mármol, ni las palomas, ni la misma nieve lo eran más.

—¡Darío mío! ¡Aquí estoy!

Como derribados en tierra por una pasión inesperada, por el glorioso llamar de una visión santa, contemplábanla Pedro y Victorina con los ojos cegados, deslumbrados. La última, ni siquiera había hecho un movimiento para detenerla en su acción extraordinaria, dominándola esa especie de respeto ó de terror que se experimenta ante las locuras de la pasión ó de la fe. Y Pedro, paralizado, comprendía que pasaba algo tan grande, que se sentía capaz de experimentar un estremecimiento de trastornadora admiración. Ni una idea impura se le ocurrió ante aquella desnudez de lirio y de nieve, de aquella virgen de candor y de nobleza, cuyo cuerpo parecía brillar con luz propia, con el esplendor del amor mismo que lo abrasaba. No le chocó más que como una obra de verdad trasfigurada por el genio.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y habiéndose acostado Benedetta, cogió entre sus brazos á Darío, agonizante, y cuyos brazos no tuvieron fuerza suficiente para estrecharla entre ellos. Al fin, lo había querido con su tranquilidad aparente, con la blancura lilial de su obstinación, bajo la cual rugía rojo furor de incendio. Esta violencia la consumió siempre, aun en las horas de calma. A la sazón, cuando el destino abominable la robaba su amante, no quería resignarse á ese embuste de perderle sin haber sido suya, puesto que cometió la tontería de no entregarse cuando ambos estaban sonrientes de ternura y llenos de fuerza. En su locura estallaba la rebelión de la naturaleza, el grito inconsciente de la mujer que no quería morir infecunda, inútil como la semilla arrastrada por un viento de desastre y de la que no germinará ninguna otra vida.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y le oprimía con sus desnudos miembros, con toda su

alma desnuda. Pedro ,en aquel instante, vió en la pared á la cabecera del lecho, las armas de los Boccanera, un cuadro antiguo bordado en oro y sedas de colores sobre un paño de terciopelo color violeta. Sí, aquel era el dragón alado echando llamas; era la divisa feroz y ardiente: *Bocca nera, alma rosa; Boca negra, alma roja*, la boca entenebrecida por el rugido, el alma hecha una brasa como un brasero de fe y de amor. Había renacido para retoñar en la última de sus hijas toda aquella raza de pasión, de violencia y de trágicas leyendas y renació en aquellos pavorosos y prodigiosos esponsales en el dintel de la muerte. Y la vista de las bordadas armas evocó en su memoria otro recuerdo, el del retrato de Cassia Boccanera, la enamorada y justiciera, la que se arrojó al Tíber con su hermano Ercole y con el cadáver de su amante Flavio Corradini. ¿No era el mismo abrazo desesperado que trataba de vencer á la muerte, el mismo acto de ferocidad arrojándose al cuerpo con el bien amado, el elegido y el único? Ambas se parecían tanto como si fuesen hermanas, aquella que revivía allá arriba, en su antiguo cuadro, y la otra abajo, la que se moría con la muerte de su amante como si esta última no fuese más que el trasunto, la reencarnación de la otra, con su mismo rostro de delicada infancia, idéntica boca de deseo y los mismos ojazos rasgados de ensueño, iluminando igual cara pequeña, redonda, prudente y terca.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Durante una eternidad, un segundo, se oprimieron, aportando Benedetta un frenesí del don de sí misma: un frenesí sagrado que iba más allá de la vida hasta el negro infinito de lo desconocido y Darío, que expiraba bajo esa gran dicha cuya felicidad disfrutaba al fin, quedóse con los brazos apretados, anudados convulsivamente alrededor de su cuerpo como si se la quisiese llevar consigo. Fué acaso el dolor de esa posesión incompleta, y el pensar en su inútil virginidad que no podía ser fecunda. ¿O bien fué en medio de la alegría suprema de haber consumado el matrimonio con toda la voluntad de su sér? Tuvo en el corazón, durante ese acto de la impotente muerte, una oleada tal de sangre, que el corazón estalló. Benedetta murió asida al cuello de su amante muerto y ambos estrechamente unidos, enlazados para siempre el uno en brazos del otro.

Oyóse un gemido; Victorina, que se había acercado, comprendió lo que pasaba, mientras que Pedro, también en pie, quedóse sobrecogido, estremeciéndose de admiración y llorando ante lo sublime.

—Mirad... mirad...—balbuceó la criada.—¡No se mueve! ¡No alienta! ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Se ha muerto!

Y el presbítero murmuró:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosos son!

Era cierto; no se había visto nunca belleza más elevada ni más resplandecientes en rostros de muertos. El rostro de Darío, poco antes lívido y terroso, adquirió de pronto una palidez, una nobleza de mármol, alargándose, simplificándose sus rasgos como bajo el influjo de un arranque de inefable alegría. Benedetta parecía conservar su aire grave, con pliegue de ardiente voluntad en los labios, mientras que el rostro entero expresaba una beatitud dolorosa é infinita en medio de su blancura sin igual. Mezclábanse sus cabelleras, y sus ojos, que se habían quedado muy abiertos, los unos en el fondo de los otros, seguían mirándose sin cesar con una eterna dulzura de caricia. Era la pareja para siempre enlazada, partida para la inmortalidad con el encanto de su unión habiendo vencido la muerte y que resplandecía con esa belleza admirable del amor inmortal y vencedor.

Los sollozos de Victorina estallaron mezclados á tales lamentos que produjeron una confusión, y Pedro muy trastornado entonces no se explicó cómo la habitación se llenó de pronto de gente á la que agitaba y enardecía una especie de sordo terror. El cardenal acudió corriendo desde la capilla siguiéndole *don* Vigilio. Sin duda al mismo tiempo llegaba el doctor Giordano con *donna* Serafina, prevenida ya cerca de lo ocurrido y avisada de la muerte próxima de su sobrino; porque estaba allí también con el estupor de esos golpes que los herían uno tras otro en la casa. El mismo médico experimentaba ese asombro, esa perturbación que los médicos más viejos sienten continuamente ante los hechos, é intentó dar una explicación, y vacilando hablaba de un aneurisma posible, tal vez de

la existencia de un aneurisma ó de la obstrucción de una arteria.

Victorina, como criada á la que el dolor hacía igual á sus amos, se atrevió á interrumpir diciendo:

—¡Ah! Si era tanto lo que se amaban, ¿no bastaba esto, señor doctor, para que muriesen juntos?

Donna Serafina besó en la frente á aquellos dos desgraciados á los que profesaba tanto cariño y después quiso cerrarles los ojos, pero no pudo conseguirlo porque los párpados volvían á levantarse en cuanto se separaba de ellos el dedo, y estos empezaban á sonreirse, á cambiar fijamente la caricia de su mirada de eternidad. Y como indicase que por decencia habían de separarse los dos cuerpos tratando de desanudar sus miembros.

—¡Oh! ¡Señora! ¡Oh! ¡Señora!—exclamó de nuevo Victorina.—Antes que conseguirlo les romperíais los brazos. Ved, pues, parece que los dedos se les han clavado en las espaldas... No se separarán nunca.

Intervino entonces el cardenal. Dios no había hecho el milagro. Estaba lívido, no derramaba ni una lágrima y le dominaba una helada desesperación que le engrandecía. Hizo un gesto soberano de absolución, de santificación como si siendo príncipe de la Iglesia, dispusiese de las voluntades del cielo y aceptase así los dos amantes abrazados ante el tribunal supremo ampliamente desdeñoso de las conveniencias en presencia de ese soberbio caso de amor, conmoviéndole hasta lo más hondo de sus entrañas con el recuerdo de los sufrimientos de su vida y por la belleza de su muerte.

—Dejadlos, dejadlos, hermana mía, no los turbéis en su sueño... Que sus ojos queden abiertos puesto que quieren tenerlos abiertos hasta la consumación de los siglos para mirarse sin cansarse jamás. Y que duerman el uno en brazos del otro porque no pecaron durante su vida y que no se enlazaron con tan estrecho abrazo más que para acostarse bajo la tierra.

Y volviendo á ser el príncipe romano de orgullosa sangre, enardecida aún con las antiguas aventuras de pasiones y batallas, añadió:

—Dos Boccanera pueden dormir así; Roma entera los

admirará y los llorará... Dejadlos, dejadlos el uno al otro, hermana mía, Dios los conoce y los espera.

Todos los asistentes se arrodillaron y el cardenal en persona empezó á recitar las preces de difuntos. Ibase haciendo de noche; una sombra creciente invadía la habitación y al poco rato las llamas de dos cirios brillaban como dos estrellas.

Sin saber cómo, encontróse Pedro poco después en el abandonado jardincito y en las orillas del Tíber. Debía haber bajado al sentir necesidad de respirar aire libre cuando se ahogaba de cansancio y de pena. Las tinieblas envolvían aquel encantador rincón, el antiguo sarcófago en el que el hilillo de agua al caer del trágico mascarón cantaba su perlina canción de flauta, y el laurel que lo sombreaba, los amargos bojes y los naranjos de los paseos no eran más que masas sin forma bajo un cielo de un azul negruzco. ¡Ah! ¡Cuán alegre y distinto estaba por la mañana aquel delicioso melancólico jardín! ¡Y qué eco más desolado habían dejado en él las risas de Benedetta, toda esa alegría ruidosa de la felicidad próxima y que á la sazón yacía allá arriba en el vacío de las cosas y de los seres! Se le oprimió de tal manera el corazón que empezó á sollozar sentándose en el mismo sitio en que ella se sentara, en el fragmento de columna rota, en el aire que ella respiró y que parecía conservar su olor puro de mujer adorable.

De pronto un reloj lejano dió las seis y Pedro experimentó una brusca sacudida al recordar que era aquella misma noche y á las nueve cuando el papa debía recibirle. Faltaban aún tres horas. Durante la tremenda catástrofe no se acordó pareciéndole que habían pasado meses y meses y aquello acudía á su memoria como el recuerdo de una antigua cita á la cual, después de años de ausencia, se llega envejecido, con el corazón y la cabeza cambiados por una serie de acontecimientos sin número. Y penosamente fué haciendo hincapié. Cuando pasasen esas tres horas iría al Vaticano y al fin vería al papa.

XIV

Aquella noche, y en el momento en que Pedro desembocaba del Borgo delante del Vaticano, el reloj dejó oir un gran golpe sonoro, la media de las ocho y media, que resonó en el profundo silencio del barrio lleno de tinieblas y dormido ya. Había ido antes de la hora y resolvió esperar veinte minutos, arreglándolo de manera que pudiese llegar arriba, á la puerta de las habitaciones á las nueve, á la hora exacta de la audiencia.

Y este respiro le sirvió como de alivio en la emoción, y en la tristeza infinitas que de una manera dolorosa le oprimían el corazón. Tenía los miembros como destrozados, estaba horriblemente cansado de la trágica tarde que había pasado en el fondo de aquella cámara de muerte en la que Darío y Benedetta dormían el eterno sueño el uno en brazos del otro. No pudo probar bocado y le perseguía como una obsesión la imagen desventurada y dolorosa de los dos amantes, y estaba tan lleno de su recuerdo, que involuntariamente se le escapaban suspiros de su garganta, mientras que sin cesar las lágrimas agolpábanse á sus ojos empañándoselos. ¡Ah! ¡Cómo hubiera querido poder-

se ocultar, llorar á sus anchas y satisfacer esa necesidad inmensa de lágrimas que le ahogaba! Y esto era un enternecimiento que se apoderaba de todos sus pensamientos, la muerte lastimosa de los dos amantes que se añadía para él á la queja que salía de su libro, trastornándole con una compasión más grande, con una verdadera angustia de caridad hacia todos los miserables y hacia todos los que sufren en este mundo; tan conmovido ante esa evocación de tantas llagas físicas y morales de un París, de un Roma, en los que había visto tantos y tan injustos sufrimientos, tantos, que tenía miedo, á cada paso, de echarse á llorar y á sollozar tendiendo los brazos al negro cielo.

Lentamente entonces, y para calmarse un poco, se paseó por la plaza de San Pedro. A semejantes horas de la noche, era aquel lugar una inmensidad de soledad y de tinieblas. Cuando llegó, creyó perderse en un mar de sombra; poco á poco fuéronse sin embargo acostumbrándose sus ojos y vió que tan vasto espacio estaba tan solo iluminado por cuatro candelabros de siete brazos que estaban colocados en las cuatro esquinas del Obelisco, y por contados mecheros de gas á derecha é izquierda á lo largo de los edificios que suben hasta la basílica. Bajo el doble pórtico de la columnata veíanse las amarillentas luces de otros faroles en medio del colosal bosque formado por cuatro hileras de pilares, y con la luz se recortaban de una manera extraña las columnas. En la plaza no había visible más que el Obelisco pálido, que se elevaba al aire con aspecto de aparición. La fachada de San Pedro, apenas distinta, se evocaba como un sueño, cerrada y muerta, con una extraordinaria grandeza de reposo, de inmovilidad y de silencio. De la cúpula no veía apenas, más que una redondez azulada, gigantesca, adivinada sobre el fondo del cielo. Sin verla, oyó al principio el rumor del agua de las fuentes al correr en alguna parte, en el fondo de esa vaga obscuridad, y después fué distinguiendo el fantasma delgado y movedizo de los continuos chorros que caían transformados en lluvia. Y por cima de la extensa plaza extendíase el cielo inmenso, sin luna, de terciopelo azul sombrío, sobre cuyo fondo las estrellas parecían tener el tamaño y el brillo de carbunclos; el Carro echado

sobre los techos del Vaticano con sus ruedas y sus varas de oro, Arión espléndido, alhajado con los tres astros de oro de su tahalí, allá abajo sobre Roma por la parte de la vía Julia.

Levantó Pedro la cabeza y miró al Vaticano, y allí no había más que un amontonamiento de confusas fachadas, en las que no se veían más que dos lucecitas de dos lámparas en el piso en que estaban situadas las habitaciones del papa. Unicamente, en el patio de San Dámaso iluminado en su interior, las fachadas del fondo y la de la izquierda resplandecían blanqueadas por los reflejos de sus grandes vidrieras de estufa. Y no se oía ningún ruido, ni un movimiento, ni siquiera se observaba el moverse de una sombra. Atravesaron dos personas la inmensidad de la plaza, y luego pasó una tercera que desapareció á su vez, no quedando después más que una cadencia de pasos rimados á lo lejos. Era aquello el desierto absoluto, en el que no se veían ni transeuntes ni paseantes, ni siquiera la sombra de alguno que acechase bajo la columnata, entre el bosque de pilares, tan vacío como los salvajes bosques centenarios de las primeras edades. ¡Y qué desierto más solemne, qué silencio de altanera desolación! Nunca había experimenado una sensación de sueño ni más grande ni más negra, ni de una tan soberana nobleza de muerte.

A las nueve menos diez se decidió Pedro, encaminándose hacia la puerta de bronce. Una hoja de ésta hallábase aún abierta, al extremo del pórtico de la derecha en un espesor de tinieblas que la envolvía en la noche. Recordaba las instrucciones precisas de monseñor Nani; preguntar en todas las puertas por el señor Squadra y no añadir ni una palabra más, y todas las puertas se abrirían á su paso, no quedándole más que hacer que dejarse guiar. Nadie en el mundo podía sospechar que estuviese allí, pues la única persona que lo sabía, Benedetta, había muerto. Cuando franqueó la puerta de bronce y se encontró delante del inmóvil guardia suizo, que con aspecto sonñoliento la guardaba, dijo con sencillez las palabras convenidas:

—¿El señor Squadra?

Y el guardia suizo, que no se movió, no le cerró el paso,

por lo que siguió adelante, dirigiéndose en seguida hacia la derecha, al gran vestíbulo de la escala Pía, la gran escalera de piedra de enorme caja cuadrada que sube hasta el patio de San Dámaso. Y ni un alma; nada más se oía que el eco ahogado de los pasos, no se veía más que la adormecida luz de los mecheros de gas, cuyos globos de cristal raspado blanqueban suavemente la luz.

Allá arriba, en lo alto, al atravesar el patio, se acordó de haberlo visto antes desde las logias de Rafael, con su pórtico, su fuente y su blanco pavimento abrasado por el sol, pero entonces no vió siquiera los cinco ó seis coches que esperaban con los caballos inmóviles y los cocheros clavados en sus pescantes. Era una soledad, un vasto cuadro desnudo y pálido, de un sueño sepulcral bajo la claridad borrosa de los faroles, cuyas reverberaciones blanqueaban las elevadas vidrieras de las tres fachadas. Y un tanto inquieto, dominado y experimentando el ligero estremecimiento del vacío y del silencio, se apresuró y se dirigió á la derecha hacia la escalinata resguardada por una marquesina y, franqueados algunos escalones, llegó á la escalera de las habitaciones.

Allí, en pie, hallábase un gendarme de gran uniforme y aspecto soberbio.

—¿El señor Squadra?

Con un sencillo ademán, y sin decir una palabra, señaló el gendarme la escalera.

Subió Pedro por ella. Era una escalera ancha, espaciosa, con los peldaños muy bajitos, con balaustrada de mármol blanco y los muros cubiertos de un estuco amarillento. Dentro de sus globos de cristal raspado, parecía que habían bajado ya los mecheros de gas, sin duda, obedeciendo á una prudente economía. Y bajo aquella claridad de lamparilla no había nada que tuviese una solemnidad más triste que aquella majestuosa desnudez tan pálida y fría. En todos los descansillos encontró un guardia suizo que velaba aún, alabarda en mano; y en el pasado sueño que se apoderaba del palacio, no se oía más que el paso regular, acompasado, de esos hombres que siempre iban y venían para no sucumbir, sin duda, al aletargamiento de las cosas que les rodeaban.

A través de aquella sombra invasora, entre aquel silen-

cio estremecedor, parecía interminable la subida. Cada piso se cortaba en peldaños, todavía quedaba uno... uno más... otro. Cuando, al cabo, llegó al descansillo del segundo piso, se imaginó que hacía cien años que estaba subiendo. Allí, delante de la puerta vidriera de la sala Clementina, de la que sólo la hoja de la derecha estaba abierta, velaba un último guardia suizo.

El guardia se apartó á un lado para dejar el paso libre al presbítero.

—¿El señor Squadra?

Aquella sala Clementina, tan inmensa é iluminada por la claridad crepuscular de las lámparas, parecía que á semejante hora no tenía límites. Su rica decoración, las esculturas, las pinturas, los dorados, todo, en fin, se difuminaba, no era más que una vaga apariencia indeterminada, muros de ensueño en los que dormían reflejos de joyas y de pedrería. Y además de esto, ni un solo mueble, el embaldosado sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las medio tinieblas.

Por último, al otro extremo y al lado de una puerta, figurósele á Pedro ver más sombras, unos cuerpos en un banco, eran tres guardias suizos que, sentados allí, descansaban dormitando.

—¿El señor Squadra?

Levantóse lentamente uno de los guardias y desapareció. Pedro comprendió que debía aguardarse y no se atrevió á moverse, turbándole el ruido que producían sus propios pasos sobre el embaldosado. Limitóse á mirar á su alrededor, evocando las multitudes que habían poblado aquella sala. A la sazón, era aún la sala accesible á todos y que todos debían atravesar; sencillamente una sala de guardias, llena siempre de un tumulto de pasos y de idas y venidas, sin número; pero ¡qué silencio de pesada muerte en cuanto la obscuridad, la noche lo invadía, y qué cansado y desesperado estaba él por haber visto desfilar tantas cosas y tantos seres!

Volvió, al cabo, el guardia, y tras éste apareció, en el dintel de una habitación inmediata, un hombre de unos cuarenta años, vestido de negro de pies á cabeza, y cuyo aspecto participaba del de un criado de casa y del de un bedel de catedral. Tenía un rostro agradable, correcto y

completamente afeitado, con nariz un poco grande, entre dos ojos rasgados, fijos y claros.

—¿El señor Squadra?—dijo Pedro por última vez.

El recién llegado se inclinó para decir que él era el señor Squadra. Después, con nueva reverencia invitó al presbítero á que le siguiese. Y los dos, el uno tras el otro, sin prisa alguna, se internaron en la interminable hilera de salas.

Pedro, que estaba al corriente del ceremonial del que había hablado muchas veces con Narciso, reconoció, al pasar, las diversas salas y recordó el uso de cada una llenándolas con los personajes que tenían derecho á permanecer en ellas. Según su rango cada funcionario ó dignatario no puede franquear más que determinada puerta, de manera que las personas que han de ser recibidas por el papa pasan así de mano en mano: de las de los criados á las de los guardias nobles, después de éstos á las de los camareros de honor, luego á las de los camareros secretos hasta llegar al Santo Padre. Desde las ocho se quedan vacías aquellas salas siendo muy raras las lámparas que arden en ellas sobre las consolas, convirtiéndose aquello en una serie de piezas desiertas, medio á obscuras, adormiladas en el fondo del augusto vacío en que cae el palacio entero.

Y la primera fué la sala de los criados, de los *busolanti*, de los sencillos hujieres, vestidos con trajes de terciopelo rojo, con las armas del papa bordadas. Estos tienen el encargo de acompañar á los visitantes hasta la puerta de la antecámara de honor. A aquella hora tan avanzada no quedaba allí más que uno sólo sentado en una banqueta y en un rincón de sombra tan grande, que su purpúrea dalmática parecía negra. Levantó la cabeza y dejó pasar por aquellas tinieblas en las que se apagaba toda la esplendente pompa del pleno día. Atravesaron después la sala de los gendarmes en la que era la regla que los secretarios de los cardenales y de los altos personajes esperasen el regreso de sus amos; estaba completamente vacía, no viéndose en ella ni uno de los espléndidos uniformes azules con blancos alamares, ni una sola fina sotana que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

se mezclaban durante las horas brillantes de las recepciones.

Estaba también vacía la sala siguiente, más pequeña y reservada á la guardia palatina, reclutada entre la clase media de Roma. Esa guardia llevaba levita negra, sardinetas de oro y el *shacó* rematado con un plumerito rojo. Dirigiéronse hacia la derecha á otra hilera de salas, y vacía encontraron la primera en que entraron, la de los Tapices, una sala de espera soberbia, con su elevado y pintado artesonado y sus admirables Gobelinos firmados por Audran y que representaban las bodas de Canaán y á Jesús haciendo milagros. Desocupada estaba también la sala de los guardias nobles con sus escabeles de madera, su consola á la derecha rematada por un gran crucifijo colocado entre un par de lámparas.

La gran puerta del fondo tiene comunicación con un cuarto más pequeño, una especie de gabinete que encierra un altar en el que el Santo Padre, dice su misa aislado, mientras que los asistentes permanecen de rodillas sobre las losas de mármol de la sala vecina, toda ella resplandeciente con los uniformes iluminados por el sol, de los guardias nobles. Y vacías en fin, la antecámara de honor, la sala del trono en la cual el papa recibe en audiencia pública, á doscientas ó trescientas personas á la vez. Enfrente de las ventanas, y en un estradito no muy alto se halla el trono, un sillón dorado, tapizado de terciopelo rojo bajo un dosel del mismo color y tela. A un lado se halla el cojín para apoyar el pie que ha de besarse. Después á derecha é izquierda, dos consolas, una enfrente de la otra, una con un reloj y la otra con un crucifijo entre elevados candelabros, que tienen el pie de madera dorada y que están llenos de cirios. La tapicería de damasco rojo, con grandes palmas estilo Luis XIV, subía hasta el fastuoso friso que rodea el techo, en el que el pintor representó atributos y figuras alegóricas. El magnífico y frío embaldosado de mármol, sólo está cubierto en parte, delante del trono, con una alfombra de Smyrna.

En los días de audiencia particular, cuando el papa se halla en la sala del trono pequeño ó en su misma habitación, la sala de éste no es más que la antecámara de honor, en la que esperan toda la prelatura, los altos dignatarios de la Iglesia mezclados con los embajadores y personajes civiles de todos los rangos. En ese caso, el servicio lo prestaban dos camareros de honor, uno con traje violeta, y el otro de capa y espada, que son los que reciben de manos de los *busolanti* á las personas á las que dispensa el señalado honor de una audiencia, para acompañarlas ellos mismos hasta la puerta de la habitación inmediata, la antecámara secreta, en donde los entregaban en manos de los camareros secretos. Era la sala más lujosa, más llena de vida con el esplendor de los uniformes y de los trajes, con la emoción que iba en aumento al acercarse al tabernáculo habitado por el Elegido y por el Unico, después de haber atravesado esa serie no interrumpida de salas y de sentir que el corazón latía con más fuerza cada vez, oprimido hasta el ahogo por esa sabia graduación desde el esplendor menor hasta el esplendor sin cesar aumentado. Y á aquellas horas de la noche no se hallaba allí ni un alma, no se veía ni un gesto, ni se oía una voz, nada más que el silencio que caía de las tinieblas del techo sobre el trono de terciopelo rojo, nada más que una lámpara humosa, cuya torcida se carbonizaba en el ángulo de una consola en la sala vacía y adormecida.

El señor Squadra, que no se había vuelto aún y seguía su camino con un paso lento y mudo, se detuvo un momento ante la puerta de la antecámara secreta, como para dar tiempo al visitante para que se repusiese un poco antes de afrontar la entrada del santuario. Unicamente los camareros secretos eran los que tenían el derecho de vivir allí, y sólo los cardenales eran los que podían esperar á que el papa se dignase recibirlos.

Al entrar allí, y cuando el señor Squadra se decidió á introducirle, comprendió Pedro en su ligero estremecimiento de hombre nervioso, que penetraba en el más allá temible, al otro lado de este mundo bajo, razonador y humano. Durante el día, un guardia noble hacía centinela y guardaba la puerta, pero ésta, á aquellas horas estaba libre y la habitación tan vacía como las demás, y para poblarla era necesario evocar los tres nobles y poderosos personajes que estaban allí, por lo general de gran uniforme ó en traje de ceremonia. Se estrechaba un poco, en forma de corredor, con sus dos ventanas que daban al nuevo ba-

rrio de los Prados del Castillo, mientras que una sola ventana se abría sobre la plaza de San Pedro, en uno de los extremos de la sala y al lado de la puerta que comunicaba con la del trono. Era allí, entre aquella ventana y la puerta en donde generalmente trabajaba un secretario ausente á la sazón. Y como en todo, veíase una consola dorada, con el mismo crucifijo entre un par de lámparas. Un gran reloj, dentro de una enorme caja de ébano incrustada de cobre, movíase pesadamente señalando la hora. Lo único notable que allí había bajo el artesonado de rosas doradas, era la tapicería de damasco rojo, sembrada de escudos amarillos con las dos llaves y la tiara, alternando con un león que tenía la garra apoyada en una bola representando al mundo.

Apercibióse de pronto el señor Squadra de que Pedro, á pesar de lo que prevenía la etiqueta, conservaba el sombrero en la mano, pues debía haberlo dejado en la sala de los *busolanti*, porque únicamente los cardenales son los que tienen derecho á conservar el capelo. Le quitó el sombrero con un discreto ademán, dejándolo sobre una consola como para indicarle que al menos debía dejarlo allí. Después de esto, sin decirle una palabra, con una sencilla reverencia, le dió á entender que iba á anunciar la visita á Su Sanidad y que hiciese el favor de esperar un momento en aquella habitación.

Al quedarse solo, Pedro respiró profundamente; se ahogaba y el corazón le latía con fuerza hasta hacerle daño. Su razón, sin embargo, conservábase muy lúcida; había juzgado muy bien entre las medias tinieblas aquellas magníficas y famosas habitaciones del papa, una hilera de suntuosos salones con los estucos adornados de tapicerías, de sederías, con frisos dorados y pintados y artesonados y techos pintados al fresco. Pero como muebles nada más que consolas, escabeles y tronos, y las lámparas, relojes, crucifijos, hasta los tronos no eran más que regalos llevados de las cinco partes del mundo en los días de fervor de los grandes jubileos. No se veía la menor comodidad, todo era fastuoso, rígido y frío, pero nada más. Allí estaba personificada la antigua Italia con su lujo, su gala continuos y su falta de vida caldeada íntima. Habían tenido que colocar algunas alfombras sobre los admirables em-

baldosados de mármol en que se helaban los pies y últimamente instalaron caloríferos que no se atrevían á encender por temor á que se constipase el papa. Y lo que le llamó más la atención á Pedro, lo que le penetraba hasta los huesos, á la sazón que se hallaba allí en pie y esperando, era ese silencio extraordinario, ese silencio tal que nunca lo oyó tan profundo, como si á su alrededor todo el negro vacío del colosal Vaticano, caído en letárgico sueño, hubiese subido á ese piso, á esa larga hilera de salones desiertos, suntuosos y muertos en los que ardían las llamitas inmóviles de las lámparas.

El reloj de ébano dió las nueve y se admiró ¡cómo! ¿No han transcurrido más que diez minutos desde que franqueara la puerta de bronce? ¡Habría creído que estaba andando hacía días y más días! Quiso entonces combatir esa opresión nerviosa que le ahogaba, porque jamás estaba seguro de sí mismo y temía siempre ver su calma y su razón zozobrar en una crisis de lágrimas. Se movió, pasó por delante del reloj, dirigió una mirada al crucifijo, miró el globo de la lámpara en el que habían quedado marcados los dedos sucios de un criado. Alumbraba con una luz tan amarillenta y débil que sintió deseos de subir un poco la torcida; pero no se atrevió. Después se encontró en pie, con la frente apoyada en un cristal, ante una ventana que daba á la plaza de San Pedro.

Por un momento, se quedó sobrecogido al ver que Roma inmensa se extendía á sus pies, que la veía por entre las junturas de las persianas mal cerradas; era Roma tal cual la viera desde las logias de Rafael, tal cual la reconstruyó el día en que desde el restaurant de la plaza imaginó que divisaba al Santo Padre asomado á la ventana de su cuarto. Sólo que aquella era la Roma de noche; la Roma envuelta en el fondo de las tinieblas y sin límites, lo mismo que el cielo estrellado. En aquel ilimitado mar de negras olas, no se podían reconocer más que las grandes vías, trocadas en otras tantas vías lácteas por las vivas blancuras de la luz eléctrica; la avenida de Víctor Manuel, después la calle Nacional, en seguida el Corso, que las cortaba en ángulo recto, sucediéndole á él lo propio con la calle del Tritón que continuaba la calle de San Nicolás de Tolentino que estaba unida á la plaza de las Ther-

más y á la Estación. Por la otra parte de la avenida de Víctor Manuel y de la calle Nacional, hacia la Roma antigua, estaban iluminadas aún algunas plazas y los extremos de varias avenidas, pero la sombra lo sumergía ya todo. Por otra parte esta iluminación no era más que un pululamiento de diminutas claridades amarillas, las migajas de un cielo medio apagado, barrido sobre la tierra. Ramas constelaciones, brillantes estrellas trazando misteriosas y nobles figuras, luchaban en vano para huir y desprenderse, pues estaban confundidas, borradas en el caos confuso de ese polvillo de un antiguo astro que habríase roto allí, dejando su gloria en adelante reducida á no ser más que una especie de polvo fosforescente. Y qué inmensidad negra, así espolvoreada de luz, qué masa más enorme de obscuridad y desconocido en la que parecían haberse sumergido los veintisiete siglos de Ciudad Eterna, sus ruinas, sus monumentos, su pueblo, su historia, hasta el extremo de no poder decir ni dónde empezaba ni dónde concluía, tal vez prolongada hasta el borde ilimitado de la sombra, cogiendo toda la noche, puede ser que tan reducida, tan desaparecida, que el sol á su regreso, no iba á alumbrar más que un montón de ceniza.

La angustia nerviosa de Pedro, á pesar de los esfuerzos que hacía para calmarla y dominarla, iba en aumento de segundo en segundo, á pesar de hallarse ante aquel Océano de tinieblas de una paz soberana. Se separó de la ventana, se estremeció todo su sér al oir un ligero ruido de pasos y al figurarse que iban á buscarle. El ruido salía de la sala inmediata, de la del trono pequeño, de la que entonces observó que estaba la puerta entreabierta. No oyendo nada más, se atrevió, impulsado por la fiebre de la impaciencia, y alargó la cabeza para ver. Era una sala bastante espaciosa, con las paredes cubiertas de damasco rojo; con un sillón dorado y asiento y respaldo de terciopelo rojo, bajo un dosel de igual color y clase; veíase allí también la inevitable consola, el gran crucifijo de marfil, el reloj, el par de lámparas, los candelabros, dos grandes jarrones de un tamaño mediano salidos de las fábricas de Sévres adornados con el retrato del Padre Santo. Veíase también que allí había ya más comodidad; una alfombra de Smyrna cubría todo el suelo, unos cuantos sillones se

alineaban junto á las paredes; y una falsa chimenea, cubierta de tapices, hacía de pareja á la consola. El papa, cuya habitación comunicaba con aquella sala, recibía en ella á los personajes que deseaba distinguir. El estremecimiento de Pedro aumentaba al pensar que nada más que al otro lado de aquella pieza y detrás de la puerta de madera, se hallaba León XIII, ¿por qué, pues, le hacían esperar? ¿Se preparaban para recibirle en aquella sala para no admitirle en una intimidad muy grande? Habíanle hablado de visitas misteriosas recibidas á aquellas horas, de personajes desconocidos introducidos de la misma manera, silenciosamente, de grandes personajes, en fin, cuyos nombres se susurraban en voz baja. En cuanto á él debía ser esto, porque le consideraban comprometedor, ó porque deseaban hablarle con entera libertad sin parecer comprometerse á nada é independientemente de las personas que le rodeaban. Luego, de pronto se explicó la naturaleza del ruido que había oído al ver sobre una consola y al lado de la lámpara una cajita de madera, una especie de azafata profunda con asas, en la que se encontraban las sobras de una cena, la vajilla, el cubierto, la botella y el vaso. Comprendió entonces que el señor Squadra, habiendo encontrado todo aquello en la otra habitación, lo había llevado allí y después volvió á poner en orden el cuarto. Había oído hablar de cuán grande era la frugalidad del papa, de sus comidas servidas en un veladorcito, en el que le presentaban todo de una vez, llevándole en esa misma azafata, un pedazo de carne, un plato de legumbres, dos deditos de Bordeaux, esto por prescripción del médico, sobre todo caldo, tazas de un caldo que le agrada ofrecer á los cardenales viejos, sus favoritos, como se suele ofrecer una taza de té, un regalo reparador de viejos solterones. El gasto diario de León XIII estaba fijado en ocho francos. ¡Ah, despilfarros y desórdenes de Alejandro VI! ¡Oh, suntuosos festines de gala de Julio II y de León X! De nuevo se oyó un ligero ruido procedente también de la sala, y no pudiéndoselo explicar, tuvo miedo de haber cometido una indiscreción, y se apresuró á retirar la cabeza, figurándosele que toda la sala del trono pequeño llameaba con un brusco incendio en medio de la paz muerta en que descansaba.

Prefirió pascarse un poco, porque estaba demasiado estremecido para poder permanecer quieto. Acordóse de haber oído á Narciso hablar del señor Squadra, todo un personaje, hombre de los más importantes é influyentes, el ayuda de cámara favorito de Su Santidad, el único que tenía influjo bastante en los días de recepción para decidirle á que se pusiese una sotana blanca limpia, si la que llevaba estaba demasiado manchada de rapé. Su Santidad se empeñaba todas las noches en encerrarse á solas en su cuarto, sin que nadie durmiese allí cerca, decían unos que por independencia y otros que por inquietud de avaro que quiere descansar sólo con su tesoro, y esto, como era natural, causaba grandes inquietudes, porque no parecía muy razonable que un viejo de aquella edad se encerrase de ese modo. El señor Squadra se acostaba en una habitación inmediata, pero siempre con el oído al acecho y dispuesto á todas horas á acudir al menor llamamiento. Fué él quien intervino con mucho respeto cuando Su Santidad se empeñaba en velar hasta muy tarde y trabajaba con exceso; pero acerca de este punto no se avenía á razones, y hasta acostumbraba á levantarse en sus horas de insomnio, enviando á buscar á uno de los secretarios para dictarle notas ó trazar el proyecto de alguna encíclica. Cuando le apasionaba la redacción de una de éstas, habría pasado noches y días consagrando á este trabajo, lo mismo que antaño cuando se entretenía en versificar en latín, le sorprendía á veces el alba rimando y puliendo una estrofa. Dormía muy poco, entregándose por completo á su trabajo, dando pruebas de una actividad cerebral extraordinaria, impulsándose siempre la realización de algún antiguo propósito. La memoria era la única que se le había debilitado algo en los últimos tiempos. Y tal vez el señor Squadra había encontrado á Su Santidad un poco peor á consecuencia de algún exceso de trabajo, puesto que la víspera decían que estaba aún enfermo y que con mucha frecuencia se negaba á que le asistiesen.

Mientras que seguía andando quedamente por allí, sintióse Pedro dominado poco á poco por aquella elevada y soberana figura. De los ínfimos detalles de la vida diaria pasaba á la vida intelectual, á ese papel de un gran papa que León XIII pretendía representar. Había visto en San

Juan de Letrán, desarrollarse el friso interminable, en el que están representados los retratos de los doscientos sesenta y dos papas, y se preguntó, ante aquella larga serie de medianías, de santos, de criminales y de genios, cuál era el pontífice al que León XIII había querido parecerse. ¿Era á uno de los primeros papas, tan humildes, á uno de esos que se sucedieron durante los tres primeros siglos, de vida retirada, oculta, sencillos jefes de asociaciones funerarias, pastores fraternales de la comunidad cristiana? ¿Era al papa Dámaso, el primer gran fundador, el cerebro ilustrado que gozó con las cosas de ingenio, al creyente de fe viva que abrió las catacumbas á la piedad de los fieles? ¿Era á León III, cuya mano atrevida, al consagrar á Carlo Magno, acabó la ruptura con el Oriente, al que el gran cisma había ya separado, llevando el imperio al Occidente por la única y todopoderosa voluntad de Dios y de su Iglesia, que desde entonces dispuso de las coronas? ¿Era al terrible Gregorio VII, el purificador del templo, el soberano de los reyes, era á Inocente III, era á Bonifacio VIII, los soberanos de las almas, de los pueblos y de los tronos, armados con la feroz excomunión, reinando sobre la aterrada Edad Media con una dominación tal, que el catolicismo jamás debía acercarse tanto á la realización de su ensueño? ¿Sería á Urbano II, ó á Gregorio IX, ó algún otro de los papas cuyo corazón inflamó la roja pasión de las Cruzadas, el ardor de las aventuras santas que arrastró á las muchedumbres y las impulsó á la conquista de lo desconocido y de lo divino? ¿Sería á Alejandro III, defendiendo el papado contra el imperio y luchando hasta el último extremo para no ceder ni un ápice de la autoridad suprema que le diera Dios y acabando por vencer poniendo el pie sobre la cabeza de Federico Barbarroja? ¿Era á ese Julio II que, después de mucho tiempo de las tristezas de Avignon, ciñó la corona y reafirmó la supremacía política de la Santa Sede? ¿Sería á ese León X el fastuoso y glorioso patrocinador del Renacimiento, de todo un gran siglo de arte, pero de espíritu de tan cortos alcances, que trataba á Lutero de simple monje en rebelión? ¿Sería á Pío V, á la reacción negra y vengadora, la llama de las hogueras, castigando la tierra hecha pagana, ó á alguno de los papas que reinaron des

pués del Concilio de Trento, uno de esos papas de una fe absoluta, la creencia restablecida en su integridad, la Iglesia salvada por su orgullo, su intransigencia y su testarudez en lo que hacía al respeto total al dogma? ¿Era tal vez, al declinar el papado, cuando éste se redujo á ser un maestro de ceremonias, encargado de reglamentar las solemnidades de las grandes monarquías de Europa; ese Benedicto XIV, de vasta inteligencia y profundo teólogo que, al verse con las manos atadas y no pudiendo disponer de los reinos de este mundo, pasó su vida reglamentando las cosas del cielo?

Y la historia del papado se desarrollaba de este modo, como la más prodigiosa de las historias, viéndose fortunas de todas clases, las más abyectas, las más miserables al mismo tiempo que las más elevadas y resplandecientes; una voluntad obstinada de vivir que le hizo vivir á pesar de todo, á través de los incendios, de las matanzas y de los derrumbamientos de los pueblos, siempre militante y en pie en la persona de los papas, la línea ó sucesión más extraordinaria de soberanos absolutos conquistadores y dominadores, todos ellos dueños del mundo, hasta los más humildes y apocados, todos llenos de esplendor con la imperecible gloria del cielo, cuando se les evocaba así y en aquel secular Vaticano en el que seguramente sus sombras se despertaban por la noche, yendo á rondar por aquellas galerías sin fin, por las salas inmensas, en el fondo de aquel silencio anonadado de tumba y cuyo estremecimiento debía formarse con el ligero roce de sus pies sobre las losas de mármol.

Pero Pedro se decía que sabía muy bien qué gran papa quería ser León XIII. Era al empezar la supremacía católica, Gregorio Magno, el conquistador y el organizador. Aquél era del antiguo tronco romano y en su corazón circulaba algo de la antigua sangre imperial. Administró á Roma salvada de los bárbaros, mandó cultivar los dominios eclesiásticos, repartió de los bienes de la tierra un tercio para los pobres, un tercio para el clero y un tercio para la Iglesia. Después fué el primero que creó la Propaganda, enviando sus clérigos á predicar y á pacificar las naciones, llevando la conquista hasta el extremo de someter la Gran Bretaña á la ley divina de Cristo. Y era también, después de pasar un intervalo enorme de siglos, á Sixto V, al papa financiero y político, al hijo del jardinero que se reveló, bajo la tiara, como uno de los cerebros más vastos y más dúctiles de una época fértil en habilidosos diplomáticos. Atesoraba, daba pruebas de una avaricia ruda, pero para gobernar como amo que tiene siempre en sus cofres el oro necesario para la guerra y la paz. Pasaba años enteros negociando con los reyes y no desconfiaba jamás del triunfo. No contradijo jamás los tiempos, sino que los aceptó tales cuales eran procurando modificarlos en favor de los intereses de la Santa Sede, mostrándose conciliador en todo y con todos, soñando ya con un equilibrio europeo del que esperaba ser el soberano y el centro. Además de esto un papa muy santo, un místico ferviente, pero un papa con el espíritu más soberano y absoluto unido al político decidido á toda clase de actos para asegurar sobre esta tierra la realeza de Dios.

Y, aparte de esto, Pedro, con el entusiasmo que á pesar de su voluntad de calma, se apoderaba de él y barría todas las prudencias y las dudas, se preguntaba que á qué interrogar así el pasado. ¿Es que sólo el León XIII era el de su libro, el gran papa que le había sido revelado, que pintó tal cual se lo inspiró su corazón, tal cual las almas lo querían y lo esperaban? El retrato no era sin duda de estrecha semejanza; pero bastaba con que los grandes rasgos fuesen verdaderos para que la humanidad no desesperase de su salvación. Y ante sus ojos, llameando, evocáronse páginas completas de su libro, volvió á ver su León XIII, al político sagaz, conciliador, trabajando por la unidad de la Iglesia, queriendo hacerla fuere é invencible para el día próximo de la inevitable lucha.

Le vió desprendido de los cuidados del poder temporal, engrandecido, purificado, resplandeciente con el esplendor moral, única autoridad en pie, por cima de las naciones y que habiendo comprendido el peligro mortal que había en dejar la solución socialista entre las manos de los enemigos del cristianismo, se resolvía desde luego á intervenir en la querella contemporánea como antaño lo hiciera Jesús para defender á los pobres y á los humildes. Se vió ponerse al lado de las democracias, aceptar la República en Francia, dejar en el destierro á los reyes expul-

sados de sus tronos, realizar la predicción que prometía á Roma de nuevo el imperio del mundo cuando el papado hubiese unificado las creencias y marchase á la cabeza del pueblo.

Los tiempos se cumplían; César estaba abatido y el papa era el único que quedaba; el pueblo, ese gran mudo, que durante tanto tiempo se habían disputado los dos poderes no se iba á entregar al Padre, puesto que sabía que entonces era justo y caritativo, que tenía el corazón lleno de amor y la mano tendida para acoger á los trabajadores sin pan y á los mendigos de los caminos. En medio de la horrenda catástrofe con que amenazaban las sociedades podridas, en la miseria espantosa que hacía estragos en las ciudades, no había más solución posible: León XIII, el predestinado, el redentor necesario, el pastor enviado para salvar á sus ovejas del próximo desastre, restableciendo la comunidad cristiana, la olvidada edad de oro del cristianismo primitivo. La justicia reinando al fin, la verdad resplandeciendo como el sol, todos los hombres reconciliados, nada más que un pueblo viviendo en la paz, no obedeciendo más que á la ley igualataria del trabajo, bajo el elevado patronato del papa, ¡único lazo de caridad y de amor!

Entonces, Pedro, sintióse como levantado por una llama, arrastrado, llevado hacia adelante. ¡Al fin, al fin iba á verle! ¡A vaciar su corazón y abrir su alma! ¡Hacía tanto tiempo que deseaba apasionadamente que llegase ese minuto, que luchaba con todo su ánimo, con todo su valor para conseguirlo! Recordó los obstáculos, sin cesar renovados, con que tropezó en su camino desde que llegara á Roma, la larga lucha, y por último ese éxito final inesperado, todo lo que redoblaba su fiebre, exasperaba su deseo de victoria. ¡Sí! ¡Sí! Sí, vencería y confundiría los adversarios de su libro. Conforme manifestara á monseñor Fornaro, ¿era que el papa podía rechazar su libro? ¿No era sencillamente que había expresado sus ideas secretas demasiado pronto quizás? ¿No era esto, después de todo, una falta perdonable? Y se acordó también de su declaración á monseñor Nani, el día en que juró que jamás suprimiría libro de mutu propio, porque no le pesaba ni renegaba de nada. En aquel instante se interrogó y creyó encontrarse con todo su ánimo y valentía, con su entera firme voluntad de defenderse, de hacer triunfar su fe, en la violenta excitación nerviosa que le producían tanto la espera como aquella caminata sin fin á través de ese Vaticano enorme que á su vez le parecía á su alrededor tan mudo y tan negro. Turbóse, sin embargo, cada vez más y procuraba coordinar sus ideas preguntándose cómo entraría, qué diría y en qué términos lo haría. Había amontonado una porción de cosas confusas y borrosas, porque aquella pesadez formaba parte, sin que él mismo se quisiese dar cuenta de su ahogo. En el fondo estaba quebrantado, cansado ya, no teniendo más impulso que el vuelo de sus ensueños, un grito de compasión ante la miseria abominable. Sí, sí, entraría pronto, caería de rodillas y hablaría como pudiese, dejando que su corazón se desbordase. Y seguramente el papa se sonreiría y le despediría, prometiéndole no firmar la condenación de su obra, en la que se veía retratado con sus pensamientos más queridos.

Experimentó Pedro un desfallecimiento tal, que se acercó otra vez á la ventana para apoyar la frente ardorosa en un cristal helado. Le zumbaban los oídos y las piernas se le doblaban, mientras que la sangre se le agolpaba al cráneo, latiéndole con fuerza en las sienes. Y hacía grandes esfuerzos para no pensar en nada, y contemplaba á Roma envuelta en sombras, pidiéndole un poco de sueño en que se anonadaba. Quiso distraerse de sus preocupaciones, trató de reconocer las calles, los monumentos, en la manera cómo se agrupaban las luces; pero el mar no tenía límites, sus ideas se embrollaban, se iban á la deriva en el fondo de aquel abismo de tinieblas, resultados de engañosas claridades. ¡Ah! Para calmarse, para no pensar nada, en fin, no hay como la noche, la noche total y reparadora, la noche en que todo duerme para siempre, curado de la miseria y del sufrimiento! Bruscamente experimentó la sensación de que se hallaba alguien inmóvil á su espalda y se volvió con ligero sobresalto.

En efecto, esperábale el señor Squadra con su negra librea. Hizo con mucha sencillez una de sus reverencias para indicar al visitante á que le siguiese. Después echó á andar delante, atravesando la sala del trono pequeño, y abrió con lentitud la puerta del gabinete. Y se apartó á

un lado, dejó el paso libre, cerrándose la puerta sin hacer ningún ruido.

Pedro estaba en la habitación de Su Santidad. Tuvo miedo de experimentar una de esas emociones violentas que trastornan y paralizan, pues le habían contado que algunas mujeres llegaban allí moribundas, sobrecogidas, con aire de embriaguez ó bien se precipitaban como levantadas, llevadas por el vuelo de invisibles alas. Y, bruscamente, la angustia de la espera, su fiebre creciente de un momento antes, se convirtieron en una especie de sobrecogimiento, en una reacción que le devolvió la calma é hizo que lo viese todo con serena mirada. Al entrar comprendió desde luego la importancia decisiva de semejante audiencia; él, simple presbítero, se hallaba ante el sumo pontífice, jefe de la Iglesia, soberano de las almas. Toda su vida religiosa y moral iba á depender de esa entrevista, y tal vez semejante pensamiento ocurrido de pronto, le helaba también en el dintel del terrible santuario, hacia el cual se había dirigido con paso tembloroso, en el que creyera que no podía penetrar más que con el corazón estremecido, los sentidos embotados y no pudiendo balbucear más que sus oraciones infantiles.

Más adelante, cuando quiso clasificar sus recuerdos, se acordó que ante todo había visto á León XIII, pero dentro del cuadro en que estaba, en aquella espaciosa habitación, con paredes cubiertas de damasco amarillo, con una alcoba inmensa y tan profunda, que el lecho desaparecía en ella lo mismo que el modesto mobiliario, una dormilona, un armario, unas maletas, las maletas célebres en las que se guardaba bajo triples cerraduras, según decían, el tesoro del dinero de San Pedro; un mueble estilo Luis XVI, una especie de escritorio con adornos de metal cincelado, estaba en frente de una consola Luis XV, dorada y pintada, en la que al pie de un gran crucifijo, ardía una lámpara. La habitación estaba poco menos que desamueblada, pues no había más que tres sillones y cuatro ó cinco sillas tapizadas con una seda clara, y esto no bastaba para llenar aquel vasto espacio que cubría una alfombra muy usada. Y León XIII estaba allí sentado en uno de los sillones al lado de una mesita volante en la que habían colocado otra lámpara provista de una pantalla. Encima de

la mesilla veíanse tres periódicos, dos franceses y otro italiano, éste medio desdoblado, como si el papa acabase de dejarlo en aquel momento para revolver con ayuda de una larga cucharilla el jarabe que tenía en un vaso al alcance de la mano.

Después, del mismo modo que se fijara en el cuarto, fijóse Pedro en el traje; en la sotana de paño blanco con botones iguales, el solideo blanco, la pelerina blanca lo mismo que la faja, que tenía además unas franjitas de oro y unos remates iguales, en que estaban bordadas las llaves. Las medias eran blancas, el calzado de terciopelo rojo y también con las llaves bordadas en oro. Lo que le sorprendió fué el rostro, el personaje entero, que le pareció de tal manera disminuído, que apenas lo reconocía. Era aquella la cuarta vez en que le veía. Habíale visto una tarde espléndida, en las delicias de los jardines, sonriente y familiar, escuchando la charla del prelado favorito, mientras que seguía su camino con ese paso menudo de viejo, paso semejante al salto de un pájaro herido. Habíale visto en la sala de las beatificaciones, como papa muy querido y enternecido, con las mejillas animadas por la alegría, mientras que las mujeres le ofrecían bolsas, solideos blancos, llenos de oro, que se arrancaban las alhajas para arrojarlas á sus pies del mismo modo que se habrían sacado del corazón para echarlo también.

Le había visto en San Pedro llevado sobre el pavés de pontifical, con toda la gloria de Dios visible al que la cristiandad adoraba, tal como un ídolo en una urna de oro y de pedrería, con el rostro fijo, con una inmovilidad hierática y soberana. Y le volvía á ver sentado en aquel sillón, en la reducida intimidad, con el aire debilitado, tan endeble, que al conemplarle experimentó una inquietud mezclada con enternecimiento. El cuello sobre todo era una cosa extraordinaria, un hilo inverosímil, el cuello de un pajarillo muy viejo y muy blanco. Su rostro, de una palidez de alabastro, tenía una transparencia característica, se veía la luz de la lámpara á través de la gran nariz dominadora, como si de ésta se hubiese retirado totalmente la sangre. La boca inmensa, con labios de nieve, cortaba con una línea muy delgada la parte baja de la fisonomía. Y los ojos eran los únicos que seguían siendo juveniles y

hermosos, unos ojos admirables, que tenían el centelleo de negros diamantes, pero con un fulgor y una fuerza que abrían las almas obligándolas á confesar la verdad en voz alta. Los escasos cabellos que se escapaban de debajo del blanco solideo formaban como rizosos mechoncitos que coronaban de blanco la delgada blanca faz, cuya fealdad se purificaba con toda aquella blancura; en esa blancura toda alma en que la carne parecía fundirse en una cándida florescencia del lirio.

La primera ojeada bastó á Pedro para comprender que si el señor Squadra le había hecho esperar, no había sido para obligar al Santo Padre á que se pusiese una sotana más limpia, porque la que llevaba estaba muy manchada con grandes chorretones de rapé, con manchas amarillentas que se habían extendido á lo largo de los botones, y con mucha llaneza tenía Su Santidad sobre las rodillas un pañuelo que le servía para sonarse. Aparte de todo, parecía hallarse en muy buen estado de salud y repuesto de su indisposición de la víspera, y en eso sucedíale como de costumbre, pues se ponía bueno en seguida con facilidad como viejo muy sobrio y muy prudente, que no padecía ninguna enfermedad orgánica y que todos los días se iba desgastando un poco con un agotamiento natural, lo mismo que una vela que á fuerza de dar su llama acaba una noche por consumirse.

En cuanto cruzó la puerta, Pedro experimentó la impresión que le causaron aquellos dos ojos fijos y de diamante clavados en él. El silencio no era grande sino enorme; las dos lámparas ardían con una llama inmóvil y pálida en aquella calma inmensa del dormido Vaticano, sin que se oyese otra cosa á lo lejos que la antigua Roma sumida en el fondo de las tinieblas, como un lago de tinta en el que se reflejasen las estrellas. Tuvo que acercarse y hacer las tres genuflexiones y se inclinó para besar la chinela de rojo terciopelo colocada sobre un cojín, y no hubo ni un gesto ni un solo movimiento. Cuando se levantó volvió á encontrar los dos diamantes negros, los dos ojos de fuego y de inteligencia que seguían mirándole como siempre.

Al fin León XIII, que no quiso evitarle el acto de humildad de besarle el pie, y que entonces le dejaba que

continuase sin sentarse, fué el primero que habló sin dejar de examinarle, escudriñándole el alma y hasta lo más profundo de su sér.

—Deseasteis, hijo mío, verme, y he consentido en otorgaros ese favor.

Hablaba en francés, pero con un francés un poco inseguro y que pronunciaba á la italiana tan lentamente, que hubieran podido inscribirse sus palabras con tanta facilidad como si las dictara. La voz era fuerte, nasal, una de esas voces gruesas y sonoras que causa sorpresa oir salir de ciertos cuerpos débiles que parecen exangües y sin aliento.

Limitóse Pedro á inclinarse una vez más en señal de profundo agradecimiento, sabiendo que para hablar exigía el respeto que esperase á que le interpelasen de una manera directa.

—¿Vivís en París?

—Sí, Santo Padre.

—¿Estáis inscrito á alguna de las parroquias de la gran ciudad?

—No, Santo Padre, estoy agregado á la iglesia de Neuilly.

—Sí, sí, ya sé, eso es hacia la parte del Bosque de Boulogne ¿no es esto? ¿Qué edad tenéis, hijo mío?

—Treinta y cuatro años, Santo Padre.

A estas palabras siguió un corto silencio. León XIII había bajado al fin los ojos. Cogió con su mano transparente el vaso de jarabe, y después de revolver éste con la larga cucharilla de oro, tomó un sorbito. Y esto con mucho método, con aire prudente y razonable, lo mismo que todo aquello que debía hacer ó pensar.

—He leído vuestro libro, hijo mío, sí, en gran parte. Por lo general sólo me envían fragmentos de las obras, pero esta vez alguien que se interesa mucho por vos me entregó directamente el libro, suplicándome que lo examinase. De este modo ha sido como he podido enterarme de su contenido.

Hizo un ligero ademán, en el que Pedro creyó ver una protesta contra el aislamiento en que le tenían los que le rodeaban, ese execrable acompañamiento que velaba para

que no llegase hasta él desde afuera nada desagradable, según había confesado monseñor Nani en persona.

—Doy á Su Santidad las gracias por la honra que me ha dispensado,—se permitió decir entonces el presbítero, —y confieso que no podía sucederme felicidad más elevada ni deseada con mayor ahinco.

¡Qué dichoso era en aquellos momentos! Se imaginó que su causa estaba ganada al observar que el papa parecía tranquilo y sin cólera, hablándole de su libro en ese tono, como hombre que, á la sazón, le conocía á fondo.

—¿No es cierto, hijo mío, que estáis en relaciones con el vizconde Filiberto de la Choue? Al principio me chocó mucho la semejanza entre algunas de vuestras ideas con otras de ese muy adicto servidor que, en muchas ocasiones, nos dió por otra parte preciosas pruebas de su buen talento.

—En efecto, Santo Padre, el vizconde de la Choue me dispensa la honra de apreciarme un poco. Hemos hablado mucho y no tiene nada de particular que yo haya reproducido algunos de los pensamientos á que más cariño tiene.

—Sin duda... sin duda. Así por ejemplo, de esa cuestión de las corporaciones se ocupa mucho... demasiado quizás. Cuando vino la última vez nos habló de ella, con rara insistencia. Del mismo modo que en estos últimos tiempos otro de vuestros compatriotas, hombre de los mejores y de los más eminentes, el barón de Fouras, que presidió y acompañó esa hermosa peregrinación del Dinero de San Pedro, no dejó de hablarnos de lo mismo en cuanto consentimos en recibirle durante una hora. Sólo que hay que confesar que nos parece que no están muy acordes, porque el uno nos pide que no hagamos lo que el otro desea.

Desde el principio la conversación se desviaba, y Pedro comprendió que se apartaba de su libro, pero recordó la promesa formal que hiciera al vizconde para el caso en que viese al papa, y si se presentaba una ocasión favorable para obtener una palabra decisiva, con objeto de saber si las corporaciones debían ser libres ó bien obligatorias, abiertas ó cerradas. Desde que se hallaba en Roma había recibido carta sobre carta del desventurado vizconde clavado en París por la gota, mientras que su rival el barón, aprovechando la admirable ocasión de la peregrinación, de la que era jefe, quiso intentar el arrancar al papa una sencilla palabra de aprobación que habría llevado á su país como un triunfo. Y el presbítero quiso cumplir á conciencia su palabra.

—Vuestra Santidad sabe mejor que todos nosotros en donde está la sabiduría. El señor de Fouras cree que la salvación, la solución de la cuestión obrera se encuentra sencillamente en el restablecimiento de las antiguas corporaciones libres, mientras que el señor de la Choue quiere que éstas sean obligatorias, protegidas por el Estado y sometidas á nuevas reglas. Y es indudable que esta última concepción está más de acuerdo con las ideas sociales que predominan hoy día... Si Vuestra Santidad se dignase pronunciarse en este sentido, el joven partido católico de Francia obtendría grandes resultados y encauzaría todo el movimiento obrero hacia la Iglesia.

Con su acostumbrada tranquilidad, respondió el papa:

—Pero no podemos hacerlo. Desde Francia me piden siempre cosas que no puedo, que no quiero hacer. Lo que os prometo que digáis de mi parte al señor de la Choue, es que si no puedo contentarle á él, tampoco pude hacerlo con el señor barón de Fouras. Este no obtuvo de mí más que la expresión de mi benevolencia con respecto á vuestros queridos obreros franceses que tanto pueden hacer por el establecimiento de la fe. Comprenderéis que, en resumen, esto en vuestro país no son más que cuestiones de detalle, de simple organización, á los cuales no nos es posible descender, bajo pena de darles una importancia de que realmente carecen y de producir un gran desencanto en los unos si doy demasiado gusto á los otros.

Sesgó sus labios una pálida sonrisa, en la que apareció toda su política conciliadora y prudente, resuelta á no comprometer su infalibilidad en inútiles aventuras. Bebió otro sorbito de jarabe y se enjugó los labios con el pañuelo, como un soberano cuya tarea diaria y aparatosa ha terminado y que desea estar cómodamente un rato, habiendo escogido esta hora de silencio y de soledad para hablar sin prisa y con tanta amplitud como desease.

Pedro intentó llevar la conversación hacia su libro.

—El señor vizconde Filiberto de la Choue fué tan bueno para mí, que espera con verdadera ansia la suerte que está reservada á mi libro, con tanta, como si se tratase de de una obra suya. Por esta razón habríame agradado muchísimo llevarle una palabra buena de Su Santidad.

Pero el papa continuaba enjugándose los labios y sonándose, sin responder.

—Le conocí en casa de su eminencia el cardenal Bergerot, otro gran corazón, cuya ardiente claridad debería bastar para rehacer una Francia creyente.

Aquella vez el efecto fué inmediato.

—¡Ah! Sí, el señor cardenal Bergerot. Leí su carta á la cabeza de vuestro libro, y por cierto que estuvo muy poco inspirado al escribirla, y vos, hijo mío, fuísteis bien culpable el día en que la publicásteis... No puedo creer aún que su eminencia el cardenal Bergerot haya leído ciertas páginas de vuestro libro cuando os envió su aprobación plena y completa; prefiero acusarle de ignorancia ó de aturdimiento; ¿cómo era posible si no, que hubiese aprobado vuestros ataques al dogma y vuestras teorías revolucionarias que tienden á la destrucción total de nuestra santa religión? Si realmente leyó vuestra obra, no tiene más excusa que una aberración brusca, inexplicable... imperdonable... Es muy cierto que reina un mal espíritu en una pequeña parte del clero francés. Eso son las ideas galicanas que retoñan sin cesar, como sucede con la mala hierba; todo un liberalismo de Fronda, de rebelión contra nuestra autoridad, un continuo apetito de libre examen y de aventuras sentimentales.

Se fué animando, y las palabras italianas se mezclaban á su francés vacilante, y su gruesa voz nasal salía de su cuerpo débil, de cera y de nieve, con sonoridades de cobre.

—Que lo sepa monseñor Bergerot y esté convencido de que le destrozamos el día en que no veamos en él más que un hijo rebelde. Debe dar el ejemplo de la obediencia; le diremos lo descontentos que estamos y confiamos en que se someterá. No hay duda que la humildad y la caridad son virtudes muy grandes que siempre nos agradó reconocer en él; pero es preciso que esas virtudes no sean refugio de un corazón rebelde, porque no valen nada si no

las acompaña la obediencia, ¡la obediencia! ¡Ese es el adorno más hermoso de los grandes santos!

Sobrecogido y transtornado le escuchó Pedro, que se olvidó de todo y no pensó más que en el hombre, personificación de la bondad y de la tolerancia, sobre el que acababa de atraer aquella cólera todopoderosa. *Don* Vigilio estaba, pues, en lo cierto; las delaciones de los obispos de Poitiers y de Evreux iban á alcanzar, pasando por cima de su cabeza, al adversario de su intransigencia ultramontana, al benévolo y buen cardenal Bergerot, al hombre de alma abierta á todas las miserias, á todos los sufrimientos de los pobres y de los humildes. Y estaba desesperado aceptando la delación del obispo de Tarbes, instrumento de los padres de la Gruta, porque eso sólo le hería á él como respuesta á sus páginas sobre Lourdes; pero la guerra á traición de los otros dos, le exasperaba, le producía una dolorosa indignación.

Y acababa de ver convertirse á aquel anciano valetudinario con cuello de endeble pajarillo muy viejo, que bebía tranquilamente su vaso de jarabe, en un soberano terrible y tan formidable que tembló en su presencia. ¿Cómo se había dejado engañar por las apariencias al entrar allí y figurarse que estaba ante un pobre hombre rendido por el peso de los años, deseoso de paz y resuelto á hacer toda clase de concesiones? Un soplo pasó por la adormecida habitación y era la lucha otra vez, el despertar de sus dudas y de sus angustias.

¡Ah! ¡Cómo encontraba al papa tal cual se lo habían descrito en Roma, tal cual no quiso creer que era, más inteligente que senimental, dotado de un orgullo desmesurado y que había tenido desde su juventud la ambición suprema, hasta el extremo de prometerlo á su familia, para obtener de ella los sacrificios necesarios, mostrando en todo y por todo una voluntad única desde que ocupaba el solio pontificio, reinar, reinar á pesar de todo, reinar como soberano absoluto, omnipotente! La realidad se presentaba con una fuerza irresistible, y sin embargo, luchó, se obstinó en volver á apoderarse de su ensueño.

—¡Oh! ¡Experimentaría un pesar muy grande, Santo Padre, si á causa de mi desventurado libro su eminencia tenía un segundo de contrariedad! Yo, culpable, puedo

responder de mi falta, pero su eminencia no obedeció más que á su corazón y no habría pecado más que por su gran amor á los desheredados de este mundo.

León XIII no respondió. Fijó en Pedro sus ojos admirables, sus ojos de vida ardiente que iluminaban su faz inmóvil de ídolo de alabastro. De nuevo le miraba con fijeza extraordinaria.

Y Pedro, entre la fiebre que se iba otra vez apoderando de él, veíale aumentar en esplendor y poderío. A la sazón imaginábase que á espaldas de León XIII veía hundirse, á través de las edades la larga serie de papas que antes evocara, los santos y los soberbios, los guerreros y los ascetas, los diplomáticos y los teólogos, los que ciñeron coraza y los que vencieron con la cruz y los que dispusieron de los imperios como de simples provincias que Dios les había entregado para su custodia. Después, aparecía Gregorio el Magno, el conquistador, el fundador; más tarde Sixto V, el negociador y político que fué el primero que entrevió la victoria del papado sobre las monarquías vencidas.

¡Qué multitud de príncipes magníficos, de amos soberanos, de cerebros y de brazos todopoderosos detrás de aquel anciano, pálido é inmóvil! ¡Qué amontonamiento acumulado de voluntad inagotable, de genio obstinado, de dominación sin límites! ¡Toda la historia de la ambición humana, todos los esfuerzos para someter los pueblos al orgullo de uno solo, la fuerza más alta que jamás haya conquistado, explotado, moldeado á los hombres en nombre de su felicidad, estaba allí! ¡Y aun entonces cuando su realeza había concluído á qué soberanía espiritual no había visto ascender á aquel anciano pálido, tan endeble, ante el cual las mujeres se desvanecían como heridas por la terrible divinidad emanada de su persona! No eran sólo las resonantes glorias, los triunfos dominadores de la historia que se desarrollaban tras él, si no que era el cielo que se abría, el más allá que resplandecía con el deslumbramiento del misterio. En la puerta del cielo tenía las llaves, abría para dar paso á las almas y el antiguo símbolo revivía con nueva intensidad, desprendida al fin del reino mancillador de aquí abajo.

—¡Oh! ¡Os lo suplico, Santo Padre, si es preciso un

ejemplo, no castiguéis á nadie más que á mí! Vine, aquí estoy, decidid de mi suerte, pero no agravéis mi castigo causándome el remordimiento de haber hecho castigar á un culpable.

Sin responder siguió contemplándole León XIII con ardiente mirada. Y Pedro no veía en León XIII el papa doscientos sesenta y tres, vicario de Jesucristo, sucesor del príncipe de los Apóstoles, soberano pontífice de la Iglesia universal, patriarca de Occidente, primado de Italia, arzobispo y metropolitano de la provincia romana y soberano de los dominios temporales de la Santa Iglesia, sino á León XIII tal cual lo había soñado, como al Mesías esperado, al salvador enviado para conjurar el tremendo desastre social en el que iba á desaparecer la podrida sociedad. Le veía con su inteligencia dueña y vasta, su táctica fraternal de conciliación, evitando los tropiezos y choques, trabajando en la unidad, con el alma desbordante de amor, yendo derecho al corazón de las muchedumbres y dando una vez más lo mejor de su sangre en señal de nueva alianza.

La elevaba como la única autoridad moral, como el Padre sólo que podía hacer cesar la injusticia entre sus hijos, matar la miseria, restablecer la ley libertadora del trabajo, atrayendo á los pueblos á la fe de la Iglesia primitiva, á la dulzura y á la prudencia de la comunidad cristiana. Y esa elevada figura adquiría allí, en el profundo silencio de la habitación una supremacía invencible, una majestad extraordinaria.

—¡Oh! ¡Escuchadme por compasión, Santo Padre! ¡No castiguéis á nadie! ¡No me castiguéis á mí! ¡Oh! ¡A nadie, ni á un sér ni á una cosa, ni á nada de lo que puede sufrir bajo el sol! ¡Sed misericordioso, con toda la bondad que los dolores del mundo debieron inculcar en vuestra alma!

Entonces cuando vió que León XIII seguía callando y que dejaba que siguiese en pie, cayó de rodillas como si se desplomase trastornado por la creciente emoción que hacía que su corazón estuviese tan henchido. Y aquello fué para todo su sér como una ruina, como el amontonamiento de todas sus dudas, de todas sus angustias, de todas sus tristezas que le ahogaban de nuevo, que le afli-

glan, traspasándole de dolor una vez más. Había en todo aquello el recuerdo de un día tremendo, las muertes tan trágicas de Darío y Benedetta, cuya pena aterradora conservaba en su corazón, con un peso inconsciente, con una pesadez de plomo.

Había además allí todo lo que había sufrido desde que estaba en Roma, las ilusiones poco á poco desvanecidas, las íntimas delicadezas heridas, el entusiasmo juvenil abofeteado por la realidad de los hombres y de las cosas. Y además de todo esto, y aun más profundamente, era toda la miseria humana entera, los hambrientos que aullaban, las madres que con los pechos agotados, lacios, sollozaban al besar á sus crías que no podían amamantar, los padres sin trabajo que se rebelaban cerrando amenazadores los puños, la execrable miseria, en fin, tan antigua como la humanidad, que la roía desde el primer día y que Pedro encontró en todas partes creciente, devoradora, aterradora y sin esperanza de que se la pueda curar nunca. Era, en fin, pero más inmenso, más incurable, un dolor sin nombre, sin causa precisa, por nada ni por nadie, un dolor universal, ilimitado, en el que se bañaba y sentía fundir desesperadamente, tal vez el dolor de vivir.

—¡Ah! ¡Yo no existo, ni mi libro tampoco, Santo Padre! He deseado ver á vuestra Santidad ¡oh! ¡sí, con pasión! para poderme explicar y defender. Y no sé, no encuentro ni una sola de las cosas que quería decir, porque no tengo más que lágrimas... pero lágrimas que me ahogan... ¡Oh! ¡No soy más que un hombre pobre y no tengo necesidad más que de hablaros de los pobres! ¡Oh! ¡Esos pobres! ¡Oh! ¡Esos humildes! ¡Esos desdichados, á los que he visto desde hace dos años en los arrabales de París, tan miserables y tan doloridos, esas pobres criaturitas, á las que yo iba á recoger entre la nieve, pobres angelitos que no habían comido hacía dos días, mujeres á las que roían la consunción y la tisis, que no tenían ni pan ni lumbre y vivían en el fondo de inmundos é insanos tabucos, hombress arrojados á la miseria por el paro forzoso, cansados de buscar y pedir trabajo como quien pide ó busca una limosna y que vuelven á sus tinieblas ebrios de ira y con el único pensamiento vengador de pegar fuego por los cuatro costados á la ciudad.

Y por la noche, durante la noche tremenda, helada, en la habitación del terror, he visto una madre que acababa de suicidarse con sus cinco hijos, la madre tirada sobre un jergón infecto, intentando dar de mamar á su último hijo, las dos niñitas durmiendo su sueño encantador de lindas rubitas, los dos niños aniquilados, caídos más lejos, uno apoyado en la pared, el otro derribado por el suelo, retorcido en una postrera resistencia... ¡Oh! ¡No soy, Santo Padre, más que el embajador, el enviado de los que sufren y de los que lloran, el humilde delegado de los humildes que mueren de miseria bajo la dureza execrable, la tremenda injusticia social. Y traigo á Su Santidad sus lágrimas, pongo á sus pies sus torturas y le hago oír su grito de angustia como un grito que sube del abismo, pidiendo justicia si no se quiere que el cielo se hunda. ¡Oh! ¡Sed bueno, Santo Padre! ¡Sed misericordioso, Santo Padre!

Tendió los brazos é imploraba con un ademán de suprema súplica á la compasión divina. Después siguió diciendo:

—Y, Santo Padre, en esta Roma resplandeciente y eterna, ¿no está también la miseria horrorosa? Desde hace muchas semanas que vago al azar para entretener la espera á través del polvo famoso de las ruinas y no hago más que tropezar con males incurables que me llenaron de horror. ¡Ah, todo eso que se hunde, lo que expira, la agonía de tanta gloria, la horrorosa melancolía de una sociedad que se muere de agotamiento y de hambre!... Ahí, bajo las ventanas de Su Santidad; ¿no he visto un barrio de horror, palacios sin concluir, heridos de una herencia maldita, así como las criaturas raquíticas que no pueden llegar á su total crecimiento, palacios en ruina ya, convertidos en refugio de la lastimosa miseria de Roma. Y, lo mismo que en París, ¡qué población de sufrimiento, mostrándose al aire libre con más impudor aun, toda la llaga social, el cáncer devorador tolerado y mostrado con su terrible inconsciencia! Familias enteras que viven ociosamente padeciendo hambre bajo el espléndido sol, los viejos que han llegado á imposibilitarse, los padres esperando un poco de trabajo, los hijos durmiendo entre las hierbas secas y las madres y las hijas arrastrando su charlatana pereza y aja-

das antes de la edad... ¡Oh! ¡Santo Padre, que desde la aurora de mañana abra Su Santidad esa ventana, y despierte con su bendición á ese gran pueblo niño, que duerme aún entre su ignorancia y su pobreza! ¡Que le dé el alma que le falta, el alma consciente de la dignidad humana, de la ley necesaria del trabajo, de la vida libre y fraternal, regida únicamente por la justicia! ¡Sí, que convierta en un pueblo ese montón de miserables, cuya única excusa es la de sufrir tanto en su inteligencia y en su cuerpo, viviendo como la bestia que trabaja y muere sin saber, sin comprender, y á la que le hacen mover á fuerza de golpes!

Poco á poco fuéronle ahogando los sollozos y no habló más que arrastrado por la pasión.

—¿Y no es á vos, Santo Padre, á quien debo dirigirme en nombre de los miserables? ¿No sois el padre? ¿No es ante el Padre ante quien debe arrodillarse el enviado de los pobres y de los miserables, como yo lo estoy en este momento? ¿Es que no es al Padre á quien debe llevar la carga enorme de todos sus dolores, pidiéndole compasión, ayuda y socorro, justicia, ¡oh! ¡Justicia, sobre todo! Puesto que sois el Padre, abrid de parr en par la puerta para que todo el mundo pueda entrar, hasta los más humildes de vuestros hijos, los fieles, los que pasen casualmente, hasta los rebeldes, los extraviados, los que entrarán entonces tal vez y á los que salvaréis de las faltas del abandono... Sed el refugio de los malos caminos, el paternal amparo ofrecido á los viajeros, la lámpara hospitalaria siempre encendida, y que vista desde lejos, salva de la tempestad... Y puesto que sois todopoderoso ¡oh, Padre! sed la salvación. Lo podéis todo, tenéis á vuestra espalda siglos de dominación, habéis conseguido hoy una autoridad moral que os hizo árbitro del mundo, y estáis en mi presencia como la majestad misma del sol que alumbra y fecunda. ¡Oh! Sed el astro de bondad y de caridad, sed el redentor, continuad la tarea de Jesús que se corrompió á través de los ricos, que convirtieron la obra evangélica en el más execrable monumento del orgullo y de la tiranía. Puesto que la obra está incompleta, proseguidla, poneos al lado de los pequeños, de los humildes, dirigidles á la paz y á la fraternidad, la justicia de la comunidad cristiana.

Y decid, ¡oh Padre! que os he comprendido, que sencillamente no hice más que exponer vuestras queridas ideas, el único y vivente deseo de vuestro reinado. Lo demás, el resto, mi libro, importa muy poco. No me defiendo, no quiero más que vuestra gloria y la felicidad de los hombres. Decid que desde el fondo del Vaticano oisteis el sordo crujido de las antiguas sociedades corrompidas; decid que temblasteis con enternecida compasión, decid que quisisteis impedir la tremenda catástrofe, recordando el Evangelio á aquellos de vuestros hijos cuyo corazón ataeó la locura y que los quisisteis llevar á la edad de la sencillez y de la pureza, como cuando los primeros cristianos vivían como hermanos inocentes... Sí, ¿no es así? fué para eso para lo que os pusisteis al lado de los pobres y es por esto por lo que vine á pediros justicia, bondad y compasión con toda mi alma ¡oh! ¡Con toda mi alma de pobre hombre!

Sucumbió entonces á su emoción y se aplanó en el suelo en un mar de sollozos. Su corazón estallaba y salía. Eran sollozos enormes, sollozos sin fin, toda una oleada aterrada que procedía de su sér entero, que venía de más lejos, de todos los seres míseros, que procedía del mundo, cuyas venas acarreaban la sangre con el dolor mismo de la vida. Estaba allí con su brusca debilidad de niño nervioso, embajador del sufrimiento conforme á lo que había dicho. Y de rodillas ante aquel papa inmóvil y mudo, era la miseria humana llena de lágrimas.

León XIII, al que sobre todo agradaba mucho hablar, y pues por lo tanto tenía que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para oir cómo hablaban los demás, al principio, y en dos distintas ocasiones, levantó la pálida mano para interrumpirle; pero, después, embargado poco á poco por la admiración, dominado asimismo por la emoción, le permitió que continuase y llegase hasta el final de su grito arrastrado por el desorden de la ola irresistible que le impulsaba.

Un poco de sangre coloreó la nieve de su rostro, y sus labios, lo mismo que sus mejillas, habíanse puesto algo más sonrosadas, pero débilmente, mientras que sus ojos tenían un fulgor más vivo. En cuanto le vió sin voz y abatido á sus pies, agitado por aquellos sollozos tan con-

vulsivos, que parecían arrancarle el corazón, se inquietó y se inclinó.

—Hijo mío, calmaos, levantaos...

Pero los sollozos continuaban desbordándose, llevándose toda razón y todo respeto en el lamento del alma trastornada, con el sufrimiento de la carne que sufre y agoniza.

—Levantaos, hijo mío, que eso no es conveniente; sentaos ahí...

Y con un gesto de autoridad le invitó á que se sentase.

Con trabajo se puso Pedro en pie y se sentó para no caer. Apartó el cabello de la frente y enjugó con las manos las abrasadoras lágrimas, con aire extraviado, tratando de coordinar sus ideas y no pudiendo comprender lo que acababa de suceder.

—Hicisteis un llamamiento al Santo Padre ¡ah! sí, por cierto, y podéis estar convencido de que mi corazón está lleno de compasión y de lástima hacia los desgraciados; pero no está ahí la cuestión, sino que se trata de nuestra santa religión... He leído vuestro libro, que es por cierto un libro muy malo, os lo digo en seguida y sin rodeos, el más peligroso y el más condenado de todos los libros, precisamente por sus cualidades, por lo brillante de algunas de sus páginas, que á mí mismo me han interesado. Sí, con frecuencia me sedujo y no habría continuado su lectura á no sentirme como arrebatado por el soplo ardiente de vuestra fe y de vuestro entusiasmo, ¡era un tema tan interesante y que me apasionaba tanto! «¡La nueva Roma!» ¡ah! ¡Sin duda podía hacerse un libro con ese mismo título, pero con un espíritu diametralmente opuesto al que informa el vuestro... Creéis haberme comprendido, hijo mío, haberos compenetrado con mis escritos y mis actos, hasta el extremo de no hacer más que expresar mis ideas más queridas! ¡No! ¡No me comprendisteis y fué por eso por lo que quise veros para explicároslo y convenceros!

Mudo é inmóvil era Pedro el que entonces escuchaba, y sin embargo, no había ido allí más que para defenderse. Deseaba con fiebre, desde hacía tres meses, que se celebrase aquella entrevista, preparando sus argumentos y creyéndose seguro de la victoria, y oía tratar su libro como á obra peligrosa, condenable, sin contestar, sin protestar con todas las buenas razones que ideó y que creyó eran irresistibles. Una laxitud extraordinaria se apoderó de él, como agotado por un acceso de lágrimas. Pasado un momento, tendría ánimo y diría lo que había resuelto decir.

—¡No me comprenden! ¡No! ¡No me comprenden!—repitió León XIII con aire de irritada impaciencia.—En Francia, sobre todo, es en donde parece increíble que cueste tanto trabajo hacerme comprender... El poder temporal, por ejemplo, ¿cómo es posible que creáis que la Santa Sede transigirá nunca acerca de ese extremo? Ese lenguaje es indigno de un presbítero; es la quimera de un ignorante que no se da cuenta de las condiciones en que el papado vivió hasta aquí y en las cuales debe continuar viviendo si no quiere desaparecer del mundo. ¿No veis que lo que decís es un sofisma cuando declaráis que está tanto más elevada cuanto más se desprende de los cuidados de su realeza terrestre? ¡Ah! Sí, una hermosa obra de imaginación, esa pura realeza espiritual, la soberanía por la caridad y el amor! Pero ¿quién nos hará respetar? ¿Quién nos hará la limosna de una piedra para descansar nuestra cabeza si algún día nos expulsan y tenemos que andar errantes por esos caminos? ¿Quién asegurará nuestra independencia cuando estemos á merced de todos los Estados? ¡No! ¡No! ¡Esta tierra de Roma es nuestra! Y lo es porque la hemos recibido en herencia de la larga línea de antepasados y es el suelo indestructible, eternal, en el que se edificó la Santa Iglesia, de modo que abandonarlo sería querer el derrumbamiento de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Aparte de esto, no podríamos tampoco hacerlo, atados como estamos por nuestro juramento con Dios y con los hombres.

Se calló un momento para dar tiempo á Pedro para que pudiese replicarle; pero éste experimentaba un estupor tal, que no podía decir nada porque se apercibió de que el papa hablaba como él debía hacerlo. Las cosas confusas y pesadas amasadas en él, cuyo estorbo había sentido poco antes en la antecámara secreta, se iluminaban entonces poniéndose en claro, precisándose con una claridad cada vez mayor. Era, desde que llegó á Roma, todo lo que había visto ó comprendido, el amontonamiento de sus des-

ilusiones, de las realidades existentes, bajo las cuales su ensueño de regreso al cristianismo primitivo estaba medio muerto, aplastado ya.

Acababa de acordarse bruscamente de la hora en que, hallándose en la cúpula de San Pedro, se consideró como un imbécil con sus ideas de un papa puramente espiritual enfrente de la antigua ciudad de gloria obstinada en conservar su púrpura. Aquel día huyó del furioso grito de los peregrinos del dinero de San Pedro que aclamaban como energúmenos al papa-rey. La necesidad del dinero, esa última esclavitud del papa, la aceptó; pero todo se derrumbó en seguida cuando se le presentó la verdadera Roma, la ciudad secular del orgullo y de la dominación en la que el papa no podía vivir sin el poder temporal. Muchos lazos, el dogma, la tradición, el medio en que se movía, el suelo mismo la hacían para siempre inmutable. No podía ceder más que en cosas de apariencia, y había de llegar una hora en que sus concesiones no siguiesen más adelante ante la imposibilidad de ir más allá sin suicidarse. La nueva Roma no se realizaría algún día más que fuera de la antigua Roma y lejos de ésta, y allí únicamente se despertaría el cristianismo, porque el catolicismo moriría en su sitio, cuando el último de los papas, sujeto á esa tierra de ruinas, desapareciese bajo el postrer crujido de la cúpula de San Pedro, que se hundirá como antes se hundió el templo de Júpiter Capitolino.

En cuanto al papa de hoy en vano estaba sin reino y tenía la fragilidad propia de su edad avanzada, la exangüe palidez de un antiguo ídolo de cera, pero no por eso dejaba de sentirse inflamado por la roja pasión de la soberanía universal, no por eso dejaba de ser el hijo obstinado del antepasado, del *Pontifex Máximus*, del *César Imperator* por cuyas venas circulaba la sangre de Augusto, dueño del mundo.

—Habréis visto cuán grande es el deseo de unidad que siempre nos ha dominado,—añadía León XIII,—y que nos hemos considerado realmente dichosos el día en que hemos unificado el rito imponiendo el rito romano al catolicismo entero. Es esta una de nuestras victorias más apreciadas, porque puede influir mucho en favor de nuestra autoridad. Y confiamos en que nuestros esfuerzos en

Oriente acabarán por atraernos á nuestros hermanos extraviados de las comuniones disidentes, del mismo modo que no desesperanzamos de convencer á las sectas anglicanas, sin hablar de las sectas protestantes que se verán obligadas á volver al seno de la Iglesia única, la Iglesia católica, apostólica y romana, cuando se cumplan los tiempos que predijo Cristo; pero lo que no dijísteis, es que la Iglesia no puede abandonar nada del dogma. Al contrario, parece como que creéis que es posible una inteligencia, y que de una y otra parte se harían concesiones, y este es un pensamiento condenable y un lenguaje que un presbítero no puede emplear sin hacerse criminal. No, no hay nada de eso; la verdad es absoluta y no se cambiará ni una sola piedra del edificio. ¡Ah! ¡En la forma, todo lo que quieran! Estamos dispuestos á llegar hasta la conciliación más grande, y no se trata más que de sortear ciertas dificultades, de ponerse de acuerdo acerca de los términos para que el acuerdo sea más hacedero y fácil... Y esto es como nuestro papel en el socialismo moderno: es preciso entenderlo, fijándose bien en lo hecho. Es muy cierto que esos que llamasteis los desheredados del mundo, son objeto de nuestra preferente atención y solicitud. Si el socialismo es esencialmente un deseo de justicia, una voluntad constante de acudir en auxilio de los débiles y de los que sefren, ¿quién se preocupa más que Nos y trabaja con más energía? ¿Es que la Iglesia no ha sido siempre la madre de los afligidos, la auxiliadora y la bienhechora de los pobres? Estamos por todos los progresos razonables, admitimos todas las formas sociales nuevas que puedan contribuir á la paz y á la fraternidad... pero Nos no podemos por menos de condenar el socialismo que empieza por expulsar á Dios y querer asegurar la dicha de los hombres á costa de esto. Esto es esencialmente un estado de salvajismo, un abominable retroceso hacia atrás, en el que no se producirán más que catástrofes, incendios y matanzas. Y esto es lo que no habéis dicho aún con bastante fuerza, porque no demostrasteis que se podía verificar un progreso cualquiera fuera de la Iglesia, que es en suma la única iniciadora, la única guía á la que está permitido abandonarse sin temor. Hasta, y en esto consiste también vuestra falta, parece que ponéis á Dios aparte, que la religión no

es para vos más que un estado de alma, una florescencia de amor ó de caridad en la que basta hallarse para tener la salvación. Herejía execrable es esa, porque Dios está siempre presente, como soberano de los cuerpos y de las almas y la religión sigue siendo el lazo, la ley, el gobierno mismo de los hombres, sin lo cual no podría haber en este mundo más que barbarie y condenación en el otro... Y una vez más: la forma importa muy poco; basta que el dogma siga. Por nuestra adhesión á la República de Francia se prueba que no queremos unir la suerte de la religión á una forma de gobierno determinada, aunque sea augusta y secular. Si las dinastías cumplieron sus años de existencia, Dios en cambio es eterno, ¡perezcan los reyes y que viva Dios! Además de esto, la forma republicana no tiene nada de anticristiana, sino que por el contrario, parece que es como un despertar de esa comunidad cristiana de que habláis en páginas verdaderamente elocuentes. Lo peor es que la libertad se convierte muy pronto en licencia y que nos recompensa mal nuestro deseo de conciliación... ¡Ah! ¡Qué libro más dañino habéis escrito hijo mío, y esto con las mejores intenciones del mundo, quiero creerlo así, del mismo modo que vuestro silencio es la prueba de que empezáis á entrever las desastrosas consecuencias de vuestra falta!

Pedro seguía callándose anonadado y comprendiendo que, en efecto, sus argumentos caían uno á uno como ante una roca sorda y ciega impenetrable, en la que era tarea risible é inútil el querer hacerlos entrar. ¿A qué trabajar si no penetrarían? No tenía más que una preocupación; se preguntaba con sorpresa cómo un hombre de tan clara inteligencia, de tanta ambición, no se había formado del mundo moderno una idea mucho más perfecta y sobre todo más exacta. Evidentemente, se comprendía que estaba enterado, informado de todo, curioseándolo todo y que tenía en la cabeza el mapa de la cristiandad, con las necesidades, los actos, las esperanzas todo lúcido y claro en medio del complicado andamiaje de sus luchas diplomáticas ¡y sin embargo cuánto hueco! La verdad era que no debía conocer la sociedad más que por lo que viera durante su corta permanencia en la nunciatura de Bruselas. Tras ésta venía su episcopado en Perusa en el que no se

mezcló con la vida de la joven Italia naciente. Y desde hacía dieciocho años que se encontraba encerrado en el Vaticano y aislado del resto de los hombres no comunicándose con los pueblos más que por medio de los que le rodeaban que, á veces eran los menos inteligentes, los más embusteros y los más traidores.

Y, aparte de esto, era presbítero italiano, gran pontífice, supersticioso y despótico, hallábase atado por la tradición, sometido á las influencias de medio y de raza, cediendo á las necesidades de dinero y á las políticas; esto sin hablar de su inmenso orgullo, de la certidumbre de ser el Dios al que todos debían obedecer; el único poder legítimo y razonable de la tierra. De ahí las causas de deformación fatal, el extraordinario cerebro que debía tener con sus errores, sus dudas, entre tantas admirables cualidades, la compresión viva, la voluntad paciente, el esfuerzo que generaliza y obra; pero la intuición sobre todo parecía maravillosa; por qué ¿no era ésta, pero ésta sola, la que le hacía adivinar dentro de su voluntario encierro y desde lejos la enorme evolución de la humanidad de hoy día? Tenía también la clara conciencia del tremendo peligro en medio del cual se bañaba, con ese mar ascendente de la democracia, de ese océano sin límites de la ciencia y que amenazaba sumergir el estrecho islote en el que triunfaba aún la cúpula de San Pedro. Y no podía dispensarse de asomarse á la ventana, las voces de afuera atravesaban los muros y le llevaban el grito del nacimiento de nuevas sociedades.

Y toda su política partía de ahí, no había tenido más tarea que la de vencer para reinar: si quería la unidad de la Iglesia era para hacerla más fuerte, inexpugnable para el asalto que preveía. Si predicaba la conciliiación cediendo con todo su poder en las cuestiones de forma, tolerando las audacias de los obispos de América, era por el gran miedo que sentía, y que no quería confesar, de que se dislocase la Iglesia, que se suscitase bruscamente un cisma que habría precipitado el desastre. ¡Ah! ¡Ese cisma debía comprender que estaba en el aire venido de los cuatro puntos del horizonte tal cual una amenaza próxima, un peligro inevitable de muerte contra el cual era necesario

armarse de antemano! ¡Cómo ese temor servía para explicar su regreso de ternura hacia el pueblo, su preocupación del socialismo, la solución cristiana que ofrecía á las miserias de aquí abajo!

Puesto que César estaba caído, ¿no se hallaba de hecho resuelta la antigua contienda de que á quien pertenecía el pueblo si á él, ó al papa, una vez que éste era el único que quedaba en pie y que el pueblo, el gran mudo iba al fin á hablar y poderse entregar á él? En Francia se había intentado la experiencia; abandonaba á la monarquía vencida y reconocía la República y la soñaba fuerte, victoriosa, porque la consideraba siempre como la hija mayor de la Iglesia, la única nación católica bastante fuerte aun, para que tal vez un día pudiese restaurar el poder temporal de la Santa Sede. Reinar, reinar por Francia ya que le era imposible reinar por Alemania! ¡Reinar por el pueblo, puesto que el pueblo había llegado á ser el amo y el dispensador de los tronos! ¡Reinar por la República italiana, si esta República, única que podía devolverle á Roma arrancándosela á la casa de Saboya, era una república federativa que hiciese del papa el presidente de los Estados Unidos de Italia, mientras llegaba á serlo de los Estados Unidos de Europa! ¡Reinar á pesar de todo, contra todo; pero reinar sobre el mundo como reinara Augusto, cuya sangre dominadora era la única que sostenía á aquel anciano expirante, obstinado en su dominación!

—Y, por último, hijo mío,—siguió diciendo León XIII, —el crimen está también en haberse permitido pedir una religión nueva. Eso es impío, blasfematorio, sacrílego. No hay más que una religión, y ésta es nuestra santa religión católica, apostólica, romana... fuera de esa religión no habrá más que tinieblas y condenación... Paréceme que es al cristianismo al que pretendéis volver, pues, el error protestante, tan culpable, tan nefasto, no tuvo otro pretexto. En cuanto uno se aparta de la extricta observación de los dogmas, del respeto absoluto de las tradiciones se cae en los más horribles precipicios... ¡Ah! ¡El cisma! ¡Ah! ¡El cisma! Ese, hijo mío, es un crimen imperdonable, es el asesinato del verdadero Dios, la bestia de inmunda tentación suscitada por el infierno para la pérdida de los fieles. Aun cuando no hubiese más que esas palabras de *religión nueva* en vuestro libro, sería necesario destruirlo, quemarlo, como si se tratase de un veneno letal para las almas.

Y así siguió hablando durante mucho rato aun, y Pedro se acordó de lo que le había dicho *don* Vigilio, de esos jesuítas tan poderosos en la sombra, que en el Vaticano, lo mismo que fuera de éste, gobernaban soberanamente la Iglesia. ¿Sería verdad que aun contra su mismo deseo y por muy imbuído que creyese estar en la doctrina de Santo Tomás, ese papa político, de un oportunismo siempre alerta, era uno de los suyos, un instrumento docil en sus hábiles manos de conquista social? También él pactaba con el siglo, iba al encuentro del mundo y consentía en halagarle para poseerle. Pedro no había comprendido nunca tan cruelmente como entonces, que la Iglesia había llegado hasta ese extremo, á tener que vivir de concesiones y de diplomacia. Al fin tenía el concepto claro de ese clero romano, tan difícil de comprender en un principio para un presbítero francés, de ese gobierno de la Iglesia representado por el papa, sus cardenales, sus prelados á los que Dios en persona dió el encargo de administrar aquí bajo sus dominios, á los hombres y á la tierra. Empiezan por poner á Dios á un lado, en el fondo del tabernáculo, no tolerando que se le discuta, imponiendo los dogmas como las verdades de su esencia, pero ellos no se embarazan con él ni se entretienen tampoco en demostrar su existencia con vanas discusiones teológicas.

Indudablemente existe, puesto que gobiernan en su nombre y esto basta. Desde luego son los amos en nombre de Dios, consintiendo únicamente en firmar los concordatos, pero procurando no cumplirlos, y no plegándose más que ante la fuerza, reservando siempre su soberanía que un día triunfará. En espera de ese día obran sencillamente como diplomáticos, organizan lentamente la conquista como funcionarios del Dios triunfante de mañana, y así la religión no es más que el homenaje público que le rinden con el aparato y la magnífica ostentación que se apodera de las multitudes, con el único objeto de hacerle reinar sobre la humanidad admirada y conquistada, ó mejor, para reinar en su lugar y en su nombre, puesto que son sus representantes visibles, delegados por él.

Descienden del antiguo derecho romano, y no son más que los hijos de ese vetusto suelo pagano de Roma, y si han durado tanto, si esperan durar eternamente, hasta que llegue el esperado momento en que el imperio del mundo les será devuelto, es porque son los herederos directos de los Césares envueltos en su púrpura, descendencia nunca interrumpida y vivaz de la sangre de Augusto.

Avergonzóse entonces Pedro de sus lágrimas. ¡Ah! ¡Pobres nervios suyos! ¡Qué abandonos de sentimentalismo y de entusiasmo! Experimentó una sensación de pudor lo mismo que si se hubiese mostrado al desnudo el estado de su alma, ¡y qué inútilmente, Dios mío, en aquella habitación en la que jamás se había dicho nada parecido, ante aquel pontífice rey que no podía entenderle!

Esa idea política de que los papas debían reinar para los humildes y para los pobres, le inspiraba horror. ¿No sería esa la conciliación del lobo, ese pensamiento de acercarse al pueblo libre de sus antiguos amos para nutrirse á su vez? Y debía haber estado loco el día en que imaginó que un prelado romano, un cardenal, un papa, eran capaces de admitir el retorno á la primitiva comunidad cristiana, una florescencia nueva del cristianismo primitivo que sirviera para purificar á los pueblos antiguos á los que consume el rencor. Semejante concepción no debía ni aun entrar en el magín de hombres que, desde hace muchos siglos, viven como dueños del mundo, llenos de un desprecio muy grande y de completa indiferencia hacia los pequeños y los doloridos, y que, á la larga, están atacados de una impotencia total de caridad y de amor.

Pero León XIII con su gruesa voz, inapurable, seguía hablando como siempre y el presbítero oyó que le decía:

—¿Por qué habéis escrito esa página acerca de Lourdes, argumentada con tanta saña? Lourdes, hijo mío, ha prestado grandes servicios á la religión. Con frecuencia hemos manifestado á las personas que han venido á contarnos esos conmovedores milagros, casi diarios en la Gruta, nuestro vivo deseo de ver confirmados esos hechos, esos milagros, demostrados por la ciencia más rigurosa. Y, según lo que hemos leído, nos parece que hoy los espíritus malévolos, no podrán dudar más, porque los milagros se prueban en adelante de una manera científica y de una

manera irrefutable. La ciencia, hijo mío, debe ser la servidora de Dios, pues no puede hacer nada contra éste y es por El solo por quien se llega al conocimiento de la verdad. Todas las soluciones que suelen encontrarse en la actualidad, y que al parecer destruyen los dogmas, llegará un día en que sean reconocidas como falsas, porque la verdad de Dios permanecerá victoriosa cuando se cumplan los tiempos. Estas son, sin embargo, certidumbres bien sencillas, cosas que saben hasta los niños y que bastarían para la paz y la salvación de los hombres, si éstos se quisiesen contentar con ellas... Estad convencido, hijo mío, de que la fe no es incompatible con la razón. ¿No está ahí Santo Tomás que todo lo ha previsto, explicado y reglamentado? Vuestra fe se quebrantó con los asaltos del espíritu de examen; pasásteis por esas angustias, por esas turbaciones de que el cielo tuvo á bien librar á nuestros presbíteros en esta tierra de antiguas creencias, en esta Roma santificada por la sangre de tantos mártires. Pero Nos no tenemos el espíritu de examen, estudiad más, leed mucho y á fondo á Santo Tomás y vuestra fe volverá más sólida, definitiva y triunfante.

Asustado oyó Pedro decir todas esas cosas que le producían el mismo efecto que si sobre el cráneo le cayesen pedazos del firmamento. ¡Oh, Dios de verdad! ¡Los milagros de Lourdes probados científicamente, la fe compatible con la razón, Santo Tomás bastando para la certidumbre del siglo! ¡Cómo responder! ¡Oh, Dios! ¿Y para qué responder?

—El más culpable y el más peligroso de los libros,—dijo León XIII á manera de conclusión,—es uno que tiene el título de *Roma Nueva*, que por sí solo es un veneno y una mentira; un libro tanto más condenable, puesto que tiene todas las seducciones de estilo, todas las perversiones de las quimeras generosas, un libro, en fin, que si un clérigo lo concibió en una hora de extravío, debe quemarlo en público como penitencia, con la misma mano con que escribió las páginas de error y de escándalo.

De una manera brusca, se puso Pedro en pie irguiéndose y en medio del silencio enorme que se había hecho alrededor de aquella habitación muerta y tan pálidamente iluminada, no había más que la Roma de fuera, la Roma

nocturna, anegada en tinieblas, inmensa y negra, sembrada únicamente con un polvo de astros, disponíase á gritar:

—¡Es verdad! Había perdido la fe; pero creía haberla encontrado en la compasión que la miseria del mundo inspiró á mi corazón. Erais mi última esperanza, el salvador esperado. Y todo eso no es más que un sueño; no podéis ser de nuevo Jesús, destinado á pacificar los hombres, en vísperas de la espantosa guerra fratricida que se prepara. No podéis abandonar el trono y marcharos por los caminos con los humildes y con los pobres, para hacer la obra suprema de la fraternidad. ¡Pues bien! Todo está concluído con vos, con vuestro Vaticano y vuestro San Pedro. Todo se bambolea bajo el asalto del pueblo que sube y de la ciencia que se engrandece. Ya no existís; aquí no hay más que escombros.

Pero en vez de pronunciar estas palabras se inclinó y dijo:

—Santo Padre, me someto y repruebo mi libro.

Su voz tembló á causa de un amargo hastío, sus manos abiertas hicieron como un ademán de abandono, como si hubiesen soltado su alma. Era aquella la fórmula exacta de la sumisión: *Auctor laudabiliter se subjecit et opus reprobavit*, el autor se sometió loablemente y reprobó su obra. No hubo nada de una desesperación más grande, ni de una grandeza más soberana en la confesión de sus errores, en el suicidio de una esperanza; pero, ¡qué horrible ironía! Ese libro que había jurado no retirar jamás, por cuyo triunfo había luchado con tanta pasión y del que renegaba, que suprimía de un golpe, no porque le creyese culpable, sino porque acababa de comprender que era inútil y quimérico como un deseo de amante, como un ensueño de poeta.

¡Ah! Sí, puesto que se había equivocado, puesto que soñó, una vez que no encontraba allí ni al Dios, ni al presbítero que buscaba para la felicidad de los hombres, ¿á qué empeñarse en sostener la ilusión de un imposible despertar? Valía más arrojar su libro á tierra como una hoja muerta, era preferible renegar de él, amputarlo de su cuerpo como un miembro inútil en adelante sin razón ni uso.

Un poco sorprendido ante una victoria tan pronta, lanzó León XIII una ligera exclamación de alegría,

—¡Está bien! ¡Muy bien, hijo mío! Acabáis de dar una prueba de sensatez al pronunciar las únicas palabras que convienen á vuestro carácter de presbítero.

Y en su evidente satisfacción, él, que no abandonaba jamás nada al azar, que preparaba cada una de sus audiencias, con las palabras que diría, los gestos que debería hacer, se olvidó un poco, y dió muestras de una verdadera bondad. No pudiendo comprender, equivocándose acerca de los verdaderos móviles de la sumisión de aquel rebelde, gozaba de la orgullosa alegría de haberle reducido con tanta facilidad al silencio, porque los que le rodeaban se lo habían pintado como un revolucionario temible. Por esto una conversión semejante le halagaba mucho.

—Confesamos, hijo mío, que no esperábamos otra cosa de vuestro talento distinguido. Reconocer la falta, hacer penitencia, someterse, son los goces más elevados á que puede aspirar el espíritu.

Con un ademán sumamente familiar, cogió el vaso de jarabe de encima del velador, y antes de beber el último sorbo, se puso á revolverlo con la cucharilla de oro. A Pedro le chocó más que nada encontrarle, lo mismo que al principio, tan reducido, tan desprovisto de su soberana majestad, semejante á un modesto viejo de la clase media que bebía solitariamente un vaso de agua azucarada antes de acostarse. La figura, después de haberse agrandado, resplandeciendo, como un astro que sube al zénit, acababa de caer en el horizonte, á ras del suelo, en su humana medianía.

Veíale endeble, débil, con su delgado cuello de pajarillo enfermo, con su fealdad senil que hacía fuese tan difícil el retratarle lo mismo que se tratase de cuadros al óleo ó de fotografías, de medallas de oro ó de bustos de mármol, pues decían que no había que retratar al papa Pecci, sino á León XIII, al gran papa, del que tenía la ambición de dejar á la posteridad una elevada imagen. Y Pedro, que durante un momento había dejado de verlos, estaba molesto de nuevo con el pañuelo que seguía sobre las rodillas y la sotana sucia y manchada de tabaco. Y experimentaba una piedad enternecida ante tanta y tan pura vejez tan blanca; una profunda admiración por la testaruda potencia de vida que se había encerrado tras aquellos ojos tan

negros; una deferencia respetuosa de trabajador ante el desarrollado cerebro engendrador de vastos proyectos, y tan desbordante de pensamientos y acciones sin número.

La audiencia estaba terminada y Pedro se inclinó profundamente.

—Doy gracias á Vuestra Santidad por la paternal acogida que se sirvió dispensarme.

Pero León XIII quiso detenerle aún un momento hablándole otra vez de Francia, diciéndole cuán grandes eran sus deseos de verla tranquila, próspera y fuerte para mayor gloria de la Iglesia. Durante estos últimos momentos tuvo Pedro una extraña visión, una alucinación. Al contemplar la frente de marfil del Santo Padre, mientras que se acordaba de su avanzada edad y se decía que el menor constipado podía llevársele, vínole á las mientes otro recuerdo, por extraña aproximación, de una escena de rúbrica y de extraña grandeza. Pío IX, Giovanni Mastai, hacía dos horas que había muerto, tenía el rostro cubierto con un lienzo blanco y le rodeaba la familia pontificia trastornada; poco después se acercó al lecho mortuorio el cardenal Pecci, que era el camarlengo, y mandando apartar el sudario, golpeó tres veces seguidas sobre la frente del muerto con un martillo de plata, gritando cada vez: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¡Giovanni!» y como el cadáver no respondiese, el camarlengo, después de esperar unos cuantos segundos, se volvió y dijo: «¡El papa ha muerto!»

Al mismo tiempo vió Pedro elevarse allá abajo, en la vía Julia al cardenal Boccanera, al cardenal camarlengo que esperaba con el martillo de plata, y se imaginó á León XIII, Joaquín Pecci, muerto hacía dos horas, con el rostro cubierto con el blanco sudario, rodeado de sus prelados y en aquella misma habitación, y veía al camarlengo que se acercaba, mandaba separar el sudario, golpeaba tres veces sobre la frente de marfil, repitiendo el llamamiento: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!» y después, como el cadáver no respondiese, pasados unos minutos, decía: «¡El papa ha muerto!» ¿Se acordaba León XIII de los tres golpes que había dado en la frente de Pío IX, y sentía á su vez el helado temor de los tres golpes, el frío mortal del martillo con que había armado al camarlengo,

al implacable adversario, pues sabía que lo era suyo el cardenal Boccanera?

—Id en paz, hijo mío,—dijo al fin Su Santidad, como bendición postrera.—Vuestra falta os será perdonada, puesto que la confesasteis y dais pruebas del horror que os inspira.

Pedro, sin responder y con el alma llena de angustia, aceptando la humillación como castigo merecido de su quimera, se retiró sin volver la espalda como exige la etiqueta en uso. Se inclinó profundamente tres veces seguidas y salió por la puerta, sin volverse, seguido por la mirada fija de los ojos negros de León XIII que no se apartó de él ni un momento. Vióle, sin embargo, coger de encima de la mesa el periódico, cuya lectura había interrumpido para recibirle, pues conservaba la afición á la prensa, una gran curiosidad muy grande hacia las noticias, por más que, con mucha frecuencia, se equivocase acerca de la importancia de los artículos, y en el fondo de su aislamiento les atribuía, á veces, bajo ciertos puntos de vista, una gravedad que en el fondo no tenían. Las dos lámparas ardían con una claridad suave é inmóvil, y la habitación recobró su silencio infinito y profundo.

En medio de la antesala secreta halló al señor Squadra, que en pie, inmóvil y negro, le estaba esperando. Y al observar que Pedro, emocionado con su aturdimiento, pasaba de largo, dejándose el sombrero sobre la consola en que lo habían colocado, lo cogió discretamente y se lo ofreció con muda reverencia. Después, sin prisa alguna, al mismo paso que á la llegada, echó á andar delante de él para acompañarle hasta la sala Clementina.

Verificóse entonces, pero en sentido inverso, el mismo inmenso paseo, el desfile sin fin á través de interminables salas. Y como la vez anterior, ni un alma, ni un ruido, ni un aliento. En todas las vacías habitaciones ardía la única lámpara, solitaria y como olvidada, carbonizándose la mecha, ardiendo con una luz más pálida en el más profundo silencio. Parecía como que se había aumentado el desierto á medida que avanzaba la noche, inundando de sombra los pocos muebles, esparcidos bajo los elevados artesonados, los tronos, los escabeles de madera, las consolas, los crucifijos y los candelabros que se repetían en

cada nueva sala. Y así pasaron, después de la sala de la antecámara de honor cuyo damasco enrojecía, las demás, la sala de los guardias nobles dormida con un ligero olor á incienso que había dejado una misa dicha allí por la mañana; la sala de los tapices, la sala de la guardia palatina, la de los gendarmes y en la de los *busolunti*, que seguía, el último criado de servicio, sentado en una banqueta se había entregado á un sueño tan bueno, tan profundo, que ni siquiera despertó. Los pasos resonaban débilmente sobre el enlosado, ahogados en el pesado silencio de aquel cerrado palacio, murado por todas partes como si fuese una tumba é invadido á aquella hora tardía por un vacío que lo sumergía. Y por último llegaron á la sala Clementina que los guardias acababan de abandonar.

Hasta que llegó á esta sala no volvió el señor Squadra la cabeza. Siempre mudo y sin hacer un gesto, se apartó á un lado para dejar pasar á Pedro, al que saludó con una postrera reverencia, y por último desapareció.

Y Pedro bajó los dos peldaños de la monumental escalera que los globos de cristal raspado de los mecheros de gas iluminaban con luz de lamparilla, con un abrumamiento muy grande de silencio desde el momento en que habían dejado de resonar en los descansillos los pasos de los guardias suizos que estaban de centinela. Atravesó el patio de San Dámaso, vacío y muerto, bajo la pálida claridad de la escalinata, bajó por la escalera Pía, la otra escalera gigante, tan vacía y tan muerta con su media obscuridad, y franqueó por fin los umbrales de la puerta de bronce que tras él empujó un portero é hizo cerrarse lentamente.

Y qué crujido, qué grito feroz del duro metal sobre todo lo que esta puerta cerraba tras sí, tantas tinieblas amontonadas, tanto silencio aumentado, los siglos inmóviles perpetuados por la tradición, los ídolos indestructibles de los dogmas conservados, bajo sus vendas de momias, todas las cadenas que pesan y que atan, todo el aparato de estrecha servidumbre, de dominación soberana, todos los ecos de las salas negras y desiertas que repercutieron el formidable estrépito.

En la plaza de San Pedro, y en medio de aquella sombría inmensidad, se encontró solo; ni un solo transeunte,

ni un solo paseante que se hubiese retrasado algo. Surgiendo del vasto mosaico del menudo pavimento gris, no se veía nada más que la elevada aparición del obelisco, pálido entre los cuatro candelabros. La fachada de la basílica se evocaba también con una palidez de ensueño, alargándose, pareciéndose á dos brazos enormes, las cuadruples hileras de los pilares de la columnata, envueltos en sombra lo mismo que árboles de piedra. Y nada más; la cúpula no era más que una redondez desmesurada, adivinada apenas bajo un cielo sin luna, y únicamente los temblorosos chorros de agua de los surtidores de las fuentes, que al cabo se descubrían como temblorosos fantasmas movibles, eran los que ponían allí algo de rumor, una voz, un murmullo sin fin de triste queja, venido no se sabe de dónde en medio de las tinieblas. ¡Ah! ¡Qué melancólica grandeza la de ese ensueño, toda esa plaza famosa con el Vaticano, con San Pedro, vistos por la noche envueltos en la sombra y en el silencio! De repente, el reloj dió las diez, con unas campanadas tan lentas, tan sonoras, que jamás resonaron horas más solemnes, más definitivas, ni cayeron en un infinito más negro é insondable!

Inmóvil Pedro, en medio de aquella extensión sombría, sintió estremecerse todo su pobre quebrantado sér. ¡Eh! No había hablado allá arriba apenas más que unos tres cuartos de hora con el blanco anciano que acababa de arrancarle toda su alma. Sí, era el arranamiento final, la última creencia descuajada de su cerebro y de su corazón ensangrentados; la experiencia suprema estaba hecha; habíase derrumbado en él todo un mundo. De pronto, se acordó de monseñor Nani, reflexionando y diciéndose que éste era el único que tenía razón. Todos le habían dicho que concluiría haciendo lo que quisiese monseñor Nani, y á la sazón dominábale un estupor muy grande al haberlo hecho.

Apoderóse de él una brusca desesperación, una angustia tan atroz, que desde el fondo de las tinieblas en que se hallaba, levantó los dos brazos temblorosos al vacío y exclamó en alta voz:

—¡No! ¡No! ¡No estáis ahí, oh, Dios de vida y de amor, oh, Dios de salvación! ¡Venid, pues, apareced, porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vuestros hijos se mueren por no saber ni quién sois ni en dónde estáis en lo infinito de los mundos!

Pos cima de la plaza inmensa, extendíase el cielo de un terciopelo azul sombrío, el infinito mudo y conmovedor en que palpitan las constelaciones. Sobre los techos del Vaticano parecía que el Carro se había volcado aún más, con sus ruedas de oro como desviadas del camino recto, con sus varas de oro al aire, mientras que allá abajo, sobre Roma, hacia la parte de la vía Julia, iba á desaparecer Orion, no mostrando más que una de las tres estrellas que esmaltan su tahalí.

XV

No se quedó aletargado Pedro hasta la madrugada, pues le quebrantaba la emoción y enardecía la calentura. A su regreso, entrada la noche, al palacio Boccanera, encontróse con el doloroso duelo de la muerte de Darío y de Benedetta. Y á eso de las nueve, cuando después de despertarse, se vistió y almorzó, quiso bajar en seguida á las habitaciones del cardenal, en las que habían expuesto los cadáveres de los dos amantes, para que la familia, los amigos y los clientes, pudiesen ofrecerles sus lágrimas y sus oraciones.

Mientras que almorzaba, le contó Victorina, que no se había acostado y que daba pruebas de activo ánimo en medio de su dolor, todos los acontecimientos de la noche y de la madrugada. *Donna* Serafina, con un respeto á las conveniencias, propio de una gizmoña, intentó una nueva tentativa, queriendo que se separasen los dos cuerpos. Aquella mujer desnuda que, muerta, estrechaba entre sus brazos tan apretadamente á un hombre medio vestido, era cosa que sublevaba todos sus pudores; pero ya no era tiempo, porque se había producido la rigidez de la muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tel, y lo que no se pudo conseguir en los primeros momentos, no podía entonces realizarse sin apelar á una horrible profanación. Su abrazo de amor era tan poderoso, que para separarlos el uno del otro, habría sido necesario arrancar sus carnes, romper sus miembros. Y el cardenal, que antes no consintiera que turbasen su sueño, su unión en la muerte y en la eternidad, estuvo en poco que regañase con su hermana. Bajo su sotana de presbítero encontró su raza, mostróse orgulloso de las pasiones de antaño, de esos hermosos y violentos amores, de esas buenas puñaladas, diciendo que si en la familia Boccanera figuraban dos papas y grandes guerreros y capitanes, también la habían hecho célebre algunos de sus miembros con sus amores. Manifestó que no permitiría, que nunca dejaría que tocasen los cadáveres de aquellos dos jóvenes tan puros en su dolorosa existencia y á los que sólo la tumba había unido. Era el amo en su palacio, y los coserían dentro el mismo sudario encerrándolos en el mismo ataud. En seguida se celebrarían los funerales en San Carlos, en la iglesa inmediata, de la que tenía el título cardenalicio, y en la que era aún el patrono. Y si era preciso allanar alguna dificultad, estaba dispuesto á acudir hasta al papa. Y tal fué su voluntad soberana, manifestada con tanta energía, que todos en el palacio tuvieron que inclinarse, sin permitirse ni un gesto, ni una observación.

Ocupóse entonces *donna* Serafina del último tocado. Según costumbre, los criados se encontraban allí, y Victorina, como la más antigua criada y más estimada de la casa, fué la que ayudó á la familia en aquel trance. Fué necesario limitarse á envolver ante todo á los dos amantes en la suelta cabellera de Benedetta, en la olorosa, profusa y larga cabellera, semejante á regio manto; después, los cubrieron con su misma tela blanca de seda, anudada á sus cuellos, y que hacía de los dos seres uno ante la muerte. Y otra vez, exigió el cardenal, que los bajasen á sus habitaciones, en donde los colocaron en una cama imperial y en medio de la sala del trono, para rendirles supremo homenaje como á los últimos de la raza y del apellido, como á los trágicos desposados, con los que la retumbante gloria de los Boccanera, volvía á la tierra. Desde luego, *donna* Serafina se sometió á este proyecto, porque le parecía poco decente que, ni aun después de muerta, viesen á su sobrina en aquella habitación y en el lecho de Darío. La historia, arreglada á las circunstancias, circulaba ya de boca en boca, lo mismo que la brusca muerte de Darío, arrebatado en pocas horas por una muerte infecciosa; el loco dolor de Benedetta, que espiró sobre su cadáver y al estrecharle por última vez entre sus brazos, los honores regios que les tributaban, las hermosas fúnebres bodas que se celebraban, tendidos ambos en el mismo lecho de eternal reposo; Roma entera, trastornada por esa historia de amor y de muerte, no iba, durante dos semanas, á hablar de otro asunto.

Pedro se proponía marchar á Francia aquella misma noche, con su afán de abandonar aquella ciudad de desastre, en la que debía dejar el último girón de su fe; pero queriendo quedarse para los funerales, aplazó su viaje para el día siguiente. Y aquel día que le quedaba, lo pasaría allí en aquel palacio que se derrumbaba, y al lado de aquella muerta á la que había estimado tanto, procurando encontrar para ella, oraciones, en el fondo de su corazón vacío y lastimado.

Cuando bajó al primer piso, y al llegar ante las habitaciones que estaban destinadas por el cardenal para las recepciones, acudió á su memoria el recuerdo del primer día que se había presentado allí. Tuvo la misma sensación de pompa regia, antigua, entre el desgaste y el polvo del pasado. Las puertas de las tres inmensas antecámaras estaban abiertas de par en par, y las salas, vacías aún, con sus elevados artesonados obscuros todavía á causa de lo matinal de la hora. En la primera, en la de los criados, no se hallaba más que Giacomo, con librea negra, inmóvil y en pie, frente del capelo rojo, colgado bajo el dosel y con sus alamares medio roídos, entre los que las arañas tejían su tela. En la segunda, en la que en otros tiempos solía hallarse el secretario, estaba el abate Paparelli, el caudatario, que desempeñaba también las funciones de maestresala y esperaba á las visitas andando por allí con un paso menudo y silencioso. Nunca se había parecido tanto á una solterona vieja, con falda negra, lívido, arrugado por el abuso de prácticas muy severas, con su humildad conquistadora y su aire receloso, de supremacía obsequiosa.

Por último, en la tercera antecámara, en la antecámara noble, en la que la birreta cardenálica colocada en una credencia se hallaba enfrente del retrato de cuerpo entero del cardenal en traje de ceremonia, aguardaba *don* Vigilio, el secretario, que había abandonado su mesita de trabajo para colocarse en la puerta de la sala del trono y saludar con una reverencia á los que cruzaban el umbral de aquella. Y en aquella sombría mañana de invierno, las salas parecían más abandonadas, más destartaladas, se veían más los girones de los tapices, los escasos muebles cubiertos de polvo, los antiguos tallados de la madera que se convertían en polvo con el continuo trabajo de las carcomas, siendo los artesonados los únicos que conservaban su fastuoso vuelo de dorados y de pinturas triunfales.

Pedro, al que el abate Paparelli acababa de saludar, respetuosamente, de una manera exagerada, en la que se traslucía la ironía, en una especie de despedida hecha á un derrotado, estaba más que nada sobrecogido por la triste grandeza de estas tres vastas salas en ruina, y que aquel día servían de paso para llegar hasta la del trono, trasformada en sala de la muerte, en la que dormían los dos últimos descendientes de la casa. ¡Qué gala más soberbia y desolada de la muerte, las puertas abiertas de par en par, todo el vacío de aquellas grandes salas, despobladas de la mulitud que en otros tiempos las llenaba, yendo á parar el duelo supremo del fin de una raza! El cardenal estaba encerrado en su gabinete, en el que recibía á los miembros de la familia, á los íntimos que iban á darle el pésame, mientras que *donna* Serafina, por su parte, habíase instalado en una habitación inmediata para esperar á las señoras amigas cuyo desfile debía durar todo el día. Y Pedro, al que Victorina enterara de ese ceremonial, tuvo que decidirse á entrar directamente en la sala del trono, saludándole de nuevo *don* Vigilio, pálido, y mudo, con una gran reverencia y como si, al parecer, no le conociese.

Esperábale allí una sorpresa. Había imaginado una capilla ardiente, la obscuridad completa, centenares de cirios ardiendo alrededor del catafalco y en medio de la sala cubierta de negras tapicerías. Le habían dicho que la exposición se haría allí, porque la antigua capilla del palacio, situada en el piso bajo, hacía cincuenta años que no se había abierto, y no podía, por tanto, usarse; y en cuanto á la capillita privada del cardenal era demasiado pequeña para el caso. Por esta razón habían tenido necesidad de improvisar un altar en la sala del trono, en el que, sin interrupción, se decían misas desde por la mañana, y además de esto, debían decirse misas durante todo el día en la capilla privada. También se habían instalado otros dos altares; uno en una habitación inmediata á la antecámara noble y no muy grande, y el otro en una especie de alcoba que comunicaba con la segunda antecámara. Allí era á donde una porción de presbíteros, sobre todo franciscanos y miembros de las órdenes mendicantes, iban sin interrupción, y esperando turno, á celebrar el divino sacrificio en los cuatro altares. El cardenal había querido que ni un solo instante dejase de correr la Sangre divina en su casa para la salvación de aquellas dos almas queridas que juntas habían volado. En el enlutado palacio y á través de las fúnebres salas, oíase sin cesar el campanilleo que acompaña el alzar y el murmullo estremecedor de las palabras latinas, las hostias se partían, los cálices se vaciaban constantemente, sin que Dios pudiese ausentarse ni un solo minuto de aquel aire pesado que tenía aroma de muerte.

Y Pedro, asombrado, encontró la sala del trono tal cual la viera el día de su primera visita. Ni siquiera habían corrido los cortinajes de las cuatro grandes ventanas, y la sombría mañana de invierno, penetraba hasta allí con una claridad febril, gris y fría. Eran los mismos, bajo el labrado y dorado artesonado, los rojos tapices de las paredes, de un brocatel con grandes ramos descoloridos por el desgaste del tiempo; el antiguo trono estaba allí vuelto de cara á la pared, el sillón colocado bajo el dosel, esperando inútilmente al papa que no se presentaba nunca. Lo único que alteraba un poco el aspecto de la habitación era el altar improvisado colocado á la derecha del trono, pues habían quitado de sus sitios algunos muebles, mesas, sillones y cómoda. Después, en el centro y sobre una grada no muy alta, habían colocado la cama imperial, en la que Benedetta y Darío estaban acostados y cubiertos de

flores. En la cabecera veíanse únicamente dos cirios que ardían á derecha é izquierda. Y nada más á no ser muchas flores, tantas que no se sabía en qué jardín podían haberlas cortado, abundando sobre todo las rosas blancas, ramos y guirnaldas de flores sobre la cama, ramos de rosas cayendo de ésta, ramos de rosas cubriendo las gradas y desbordándose de éstas hasta llegar al magnífico embaldosado del salón.

Se acercó Pedro al lecho, oprimiéndole el corazón una emoción profunda. Esos dos cirios, de los que la claridad del día amenguaba la amarillenta luz, ese continuo murmullo, semejante á un lamento, de la misa que celebraban continuamente al lado, aquel penetrante perfume de rosas que espesaba el aire, contribuía todo ello á aumentar la angustia infinita, á ser como una lamentación de duelo sin límite en aquella sala polvorienta y anticuada. Y nada, ni un gesto, ni una palabra; sólo de vez en cuando un rumor de ahogados sollozos que estallaban entre las personas que se encontraban allí. Los criados de la casa se relevaban sin cesar y cuatro de ellos permanecían constantemente en pie é inmóviles á la cabecera del lecho imperial, lo mismo que guardias familiares y fieles. De vez en cuando, el abogado consistorial, Morano, que era quien se ocupaba de todo desde por la mañana, atravesaba el salón con apresurado y silencioso paso. Y cuantos entraban íbanse á arrodillar en seguida y lloraban rezando. Pedro vió á tres señoras que tenían la cara oculta tras el pañuelo. También estaba allí un clérigo anciano, temblando de dolor, con la cabeza baja y al que no era posible verle el rostro; pero lo que le enardeció más, fué la presencia de una joven vestida pobremente y á la que él tomó por una criada, que estaba tan desplomada sobre el enlosado, que no era más que un andrajo de miseria y de sufrimiento.

Arrodillóse entonces á su vez, y con el balbuceamiento profesional de los labios, hizo esfuerzo para encontrar el latín de las oraciones de ritual que, como presbítero había pronunciado muchas veces á la cabecera de los difuntos. Su creciente emoción embrolló su memoria, se anonadó ante el espectáculo adorable á la par que terrible de esos dos amantes, de los que su mirada no podía apartarse. Bajo un montón de rosas que los cubría, apenas se distinguían sus cuerpos abrazados; pero aparecían sus cabezas estrechadas en el cuello por el blanco sudario de seda. ¡Y qué hermosas eran aún, con una belleza de pasión al fin satisfecha, reposando los dos sobre la misma almohada y mezclando sus cabelleras! Benedetta conservaba su faz divina, sonriente, amante y fiel para la eternidad, exaltada por haber entregado la vida con el último beso de amor. Darío, en medio de su postrera alegría, tenía un aspecto doloroso, igual al de los mármoles de las piedras funerarias, que los enamorados se cansan en vano queriendo borrar. Y tenían ambos abiertos aún los ojos, sumiéndose la mirada del uno en el fondo de los del otro, y continuaban contemplándose sin cesar, con una dulzura de caricia que nada debía turbar en adelante.

¡Dios mío! ¿Era, pues, cierto que él había amado á Benedetta con un amor tan puro, tan desprendido de toda idea de imposible posesión? Y Pedro se conmovió hasta lo más íntimo de su alma, recordando las horas deliciosas que había pasado á su lado, uniéndoles un lazo de amistad exquisita, tan dulce como el amor. ¡Era tan hermosa, tan prudente, tan ardiente de pasión! El mismo, concibió un hermoso ensueño: amar con su libertadora fraternidad á esa admirable criatura de alma de fuego y aire indolente, en la que veía á la antigua Roma y á la que hubiera querido despertar y conquistar para la Italia de mañana. Soñaba con catequizarla, ensanchando su corazón y su cerebro, comunicándola el amor á los pobres y á los pequeños, la oleada de compasión para las cosas y los seres. A la sazón, esos pensamientos habríanle hecho sonreir si no se hubiese desbordado en lágrimas. ¡Cuán encantadora se había mostrado haciendo esfuerzos para contentarle y consolarle á pesar de los obstáculos invencibles, la raza, la educación, el medio en que se movía que la impedían seguirle! Era una colegiala dócil, pero incapaz de hacer ningún verdadero progreso. Un día, sin embargo, pareció que se acercaba á él como si el sufrimiento la abriese el alma á todas las caridades; después vino la ilusión de la dicha y Benedetta no comprendió nada de la miseria de los demás, y partió con el egoismo de su esperanza y de su alegría, pero solo para ella. ¿Sería ¡oh, Dios! que esa raza

condenada á desaparecer, debía concluir así, tan hermosa aun, tan adorada, pero tan cerrada al amor de los demás, á la ley de la caridad y de la justicia, y que reglamentando el trabajo puede ser en adelante la única salvadora del mundo?

Después de esta experimentó Pedro otra desolación que le dejó balbuceante y sin encontrar oraciones precisas. Acababa de acordarse del golpe de violencia que se llevó á los dos jóvenes en un desquite aniquilador de la Naturaleza. ¡Qué irrisión haber hecho la promesa á la Virgen de no hacer el don de la virginidad más que al marido elegido, de haberse hecho sangrar bajo ese juramento como bajo un cilicio, perdiendo la existencia entera para ir á arrojarse en el momento de la muerte al cuello del amante, trastornada por el pesar y ardiendo en deseos de entregarse por completo! Y se entregó con el arranque de una protesta postrera y bastó el hecho brutal de la separación amenazadora para que se diese por advertida del engaño y se sintiese atraída hacia el instinto del amor universal. Era una vez más la Iglesia vencida, el gran Pan, sembrador de gérmenes, reuniendo las parejas con su gusto continuo de fecundidad. Si cuando en la época del Renacimiento la Iglesia no sucumbió bajo el asalto de las Venus y de los Hércules exhumados del vetusto suelo romano, la lucha continuaba con toda su aspereza y á cada momento los pueblos nuevos, desbordantes de savia, hambrientos de vida, en guerra contra una religión que no era más que un apetito de la muerte, amenazaban derribar el antiguo edificio católico, cuyos muros derrúmbanse ya por todas partes.

Y en aquellos momentos experimentó Pedro la sensación de que la muerte de aquella adorable Benedetta era para él un supremo desastre. La miraba sin cesar y las lágrimas abrasaban sus ojos; la muerte se había llevado su quimera. Lo mismo que en el Vaticano la víspera, ante el papa, había comprendido que se desvanecía su postrera esperanza; la resurrección tan deseada de la antigua Roma para convertirla en una Roma de juventud y de salvación. Aquella vez, era realmente el fin, Roma la católica, la regia, estaba muerta, yacía allí lo mismo que un mármol sobre aquel lecho fúnebre. No había podido ir al encuentro

de los humildes, de los que sufren en este mundo, sino que expiró con el grito impotente de su pasión egoista y cuando era demasiado tarde para amar y engendrar. No tendría nunca hijos y la antigua casa romana estaba para en adelante vacía, estéril y sin posible despertar. Pedro, al que la muerta querida dejaba viuda el alma, con luto de un ensueño tan grande, experimentó un dolor tal al verla así inmóvil y helada que se sintió desfallecer. ¿Era la claridad lívida del día en la que se destacaban como dos estrellitas las manchas amarillas de los cirios, lo que le turbaba la vista? ¿O era el perfume de las rosas que aspiraba aquel aire de muerte, lo que le aturdía como una embriaguez y el sordo murmullo continuo del oficiante que acababa su misa á su espalda, lo que se juntaba en su cráneo impidiéndole recordar sus rezos? Tuvo miedo de caer atravesado en la grada y haciendo un violento esfuerzo, se puso en pie y se alejó.

En el momento en que, para reponerse, buscaba un refugio en el hueco de una ventana, quedóse parado al encontrar allí á Victorina sentada en una banqueta que estaba medio oculta. Tenía órdenes de *donna* Serafina y desde aquel rincón velaba aquellos muertos queridos, á sus hijos, como ella los llamaba, y no apartaba la mirada de las personas que entraban y salían. En seguida, hizo que Pedro se sentase á su lado al verle tan demudado y pálido y á punto de desmayarse.

—¡Ah!—dijo el presbítero en voz baja cuando pudo respirar á sus anchas.—¡Qué al menos gocen de la dicha de estar juntos allá, y que revivan en otra vida, en otro mundo!

Encogióse Victorina de hombros y en voz baja replicó á su vez:

—¡Oh! ¡Revivir! ¿Y para qué, señor abate? Vamos, que cuando se está muerto lo mejor que se puede hacer es quedarse así y dormir. Bastantes penas han tenido sobre la tierra, ¡pobres hijos míos! Y no hay que desearles que vuelvan á empezar á sufrirlas en otra parte.

Estas palabras tan ingenuas y de una profunda ignorante no creyente, hicieron pasar un estremecimiento por los huesos de Pedro, ¡á éste cuyos dientes habían á veces castañeteado terror durante la noche al hacer la brusca

evocación del vacío! Le pareció heroica al observar que no se turbaba con las ideas de la eternidad y de lo infinito. ¡Ah! Si todo el mundo hubiese tenido esa tranquila irreligión, esa indiferencia tan prudente del pueblo bajo incrédulo de Francia, ¡qué calma más repentina entre los hombres, qué vida más venturosa!

Y como Victorina observase que Pedro se estremecía añadió en seguida:

—¿Qué queréis que haya después de la muerte? Se desea mucho dormir, descansar y esto es lo que hay más deseable y consolador. Si Dios tuviese que recompensar á los buenos y castigar á los malos se habría echado encima una tarea enorme ¿es que acaso es posible semejante juicio? ¿Por ventura el bien y el mal no están mezclados de tal modo en todos que lo mejor sería absolverlos?

—Pero,—murmuró Pedro,—esos dos, tan buenos, tan cariñosos, tan amados y que apenas han vivido ¿por qué no tener la esperanza de que han de revivir, recompensados y el uno en brazos del otro en algún otro lado y eternamente?

De nuevo meneó la cabeza.

—¡No! ¡No! Bien decía yo,—contestó,—que mi pobre Benedetta hacía muy mal atormentándose con esas ideas del otro mundo y no queriéndose entregar al hombre que la amaba y al que ella tanto quería. En cuanto á mí, si hubiese querido, no habría tenido inconveniente en llevárselo á su habitación y sin alcalde y sin cura. ¡Es tan rara la dicha! ¡Se tiene más adelante tanto pesar cuando ya no es tiempo! Ahí tenéis la historia de esos dos pobres jóvenes. Ya no es tiempo para ellos, se murieron y en vano colocan á los enamorados á la altura de las estrellas; ya lo veis, porque cuando están muertos es de veras, porque no les da ni frío ni calor eso de besarse ni de abrazarse!

A su vez no pudo contener las lágrimas y se echó á llorar y sollozar.

—¡Pobrecillos! ¡Pobres hijos míos! ¡Pensar que no han podido disfrutar de una sola noche y que ahora tienen por delante la gran noche que no concluirá jamás! ¡Miradlos que blancos están! Pensad en lo que serán cuando no queden sobre la almohada más que los huesos de sus

cabezas y sean sólo los huesos de sus brazos los que se estrechen. ¡Ah! ¡Que duerman! ¡Que duerman! A lo menos no saben, no sienten ni padecen!

Un prolongado silencio sucedió á esas palabras. Y Pedro, estremecido por la duda, por el ansioso deseo de otra vida conemplaba á aquella mujer con la que no hacían negocio los curas, que conservaba un hablar franco y libre de buena beaucerona, el aire tranquilo y satisfecho del deber cumplido en su humilde situación de criada, desterrada desde hacía veinticinco años en un país de lobos del que ni siquiera había podido aprender el idioma. ¡Ah! ¡Sí, ser como ella, tener un hermoso equilibrio de criatura sana y de limitada inteligencia que se contentaba con la tierra; que se acostaba por la noche después de cumplir con su deber durante el día, completamente satisfecha aún cuando no se volviese á despertar jamás!

Al volverse á fijar Pedro en el lecho fúnebre, reconoció al anciano presbítero, arrodillado en la grada y cuya cabeza inclinada, abrumada por el dolor, no le había permitido ver antes.

—¿No es aquel el abate Pisoni, el párroco de Santa Brígida, en cuya iglesia he dicho yo algunas misas? ¡Ah! ¡Pobre hombre! ¡Cómo llora!

Con su voz empañada por las lágrimas, respondió Victorina:

—Y tiene en verdad por qué hacerlo; el día en que se le ocurrió la mala idea de casar á mi pobre Benedetta con el conde Prada, cometió una necedad. Tantas abominaciones no habrían ocurrido si hubiesen entregado su Darío á esa pobre niña; pero en esta ciudad tan bestia, todos están locos con su política, y ese es, sin embargo, un buen hombre, que se figuraba haber hecho un milagro y salvado al mundo casando al papa y al rey, como decía con esa risita de sabio viejo, que nunca ha tenido cariño más que á las piedras y á las antiguallas; ya lo sabéis, sus antiguallas y sus ideas patrióticas de hace cien mil años... Y ya lo estáis viendo, hoy llora con todas las lágrimas de su cuerpo... El otro también ha venido, aún no hace veinte minutos, me refiero al padre Lorenzo, al jesuíta, al que fué confesor de Benedetta y que deshizo todo lo que el abate Pisoni hiciera. Sí, un hombre muy apuesto, un crea estor-

bos, uno que no sirve más que para poner impedimentos para que los demás sean dichosos, con todas las solapadas complicaciones con que intervino en esa historia del divorcio... Me hubiera gustado que hubieseis estado aquí cuando llegó para que vierais cómo hizo la señal de la cruz después de arrodillarse. No lloró, ¡llorar ese! no, no parecía sino que decía que, puesto que las cosas concluían tan mal, era porque Dios se había retirado finalmente de todo ese asunto, ¡tanto peor para los muertos!

Hablaba con mucha dulzura, sin detenerse, como si sintiese alivio al poder descargar su corazón después de las terribles horas de angustias y de tremendas emociones porque había pasado desde la víspera.

—Y á esa,—dijo Victorina en voz más baja,—¿no la reconocéis?

Y con la mirada designó á aquella joven pobremente vestida á la que Pedro había tomado por una criada y á la que la pena y el dolor desplomaban sobre las losas, delante del lecho. Con un movimiento de trastorno y de sufrimiento levantó la cabeza, echándola hacia atrás, y se pudo ver que era una cabeza de una hermosura extraordinaria y coronada además por la más admirable de las cabelleras negras.

—¡La Pierina!—exclamó.—¡Pobre muchacha!

Hizo Victorina un gesto de compasión y de tolerancia.

—¿Y qué queréis que yo le haga? La permití subir hasta aquí... No sé cómo ha podido enterarse de la desgracia... La verdad es que anda siempre rondando alrededor del palacio... Me mandó á buscar, y si la hubieseis oído allá abajo cómo me suplicaba, pidiéndome entre sollozos que la permitiese ver siquiera una vez á su príncipe... ¡Dios mío! No hace daño á nadie, de rodillas ahí, en el suelo, contemplándolos á los dos con sus hermosos ojos preñados de lágrimas. Hace que está aquí como cosa de media hora y me había propuesto decirla que se marchase si no se portaba bien; pero puesto que es tan prudente y que ni siquiera se mueve, que se quede en donde está y que llene el corazón para toda la vida.

Era, en verdad, un espectáculo sublime el que ofrecía aquella Pierina, aquella joven personificación de la ignorancia, de la pasión y de la hermosura, arrodillada de aquella manera, á los pies del mortuorio lecho nupcial, en el que dos amantes abrazados dormían en la muerte su primera y eterna noche. Se desplomó sobre los talones, dejó caer sus brazos demasiado pesados y las abiertas manos y con el rostro levantado, inmóvil, como fijada por un éxtasis de agonía, no apartaba ni un segundo sus miradas de aquella pareja adorable y trágica. Nunca rostro humano tuvo una expresión más hermosa, con un esplendor tan de amor y de sufrimiento tan resplandecientes; era el dolor antiguo, pero estremecido aún por la vida con su frente regia, sus mejillas de gracia orgullosa y su boca de perfección divina. ¿En qué pensaba? ¿De qué sufría contemplando fijamente á su príncipe para siempre enlazado en los brazos de su rival? ¿Era que unos celos sin fin posible helaban su sangre en las venas? ¿O era más bien que el solo sufrimiento de haberle perdido, de decirse que le veía por última vez y sin rencor hacia aquella otra mujer que trataba en vano de darle calor contra su carne tan fría como la suya. Sus ojos empañados por las lágrimas conservaban sin embargo su dulce mirar, y sus labios amargos su ternura. ¡Los encontraba tan hermosos, tan puros, acostados entre aquellos montones de flores! Y con su propia belleza, su belleza de reina que se ignora, estaba ella allí sin aliento, como humilde sirviente, como enamorada esclava cuyos amos, al morirse, la arrancaron y se llevaron su corazón.

Sin cesar entraban allí quedamente muchas personas con su rostro de duelo, se arrodillaban, rezaban durante unos cuantos minutos, y después se marchaban con el mismo paso silencioso, actitud muda y desolada. Y á Pedro se le oprimió el corazón cuando vió llegar así á la madre de Darío; á la siempre hermosa Flavia acompañada correctamente de su esposo, del apuesto Julio Laporte, el antiguo sargento de la guardia suiza, al que ella había convertido en un marqués de Montefiori. Avisada en cuanto ocurrió la desgracia, había estado la víspera, y entonces volvía con aires de ceremonia, de gran luto, soberbia, con un traje completamente negro, que sentaba de admirable manera á su majestad de Julio un poco cenceña. Cuando se acercó con regio ademán al lecho mortuorio, se quedó

un momento en pie con dos lágrimas en el extremo de los párpados, de los que no se soltaban. Después en el momento en que se iba á poner de rodillas, se aseguró de que Julio estaba á su lado y con la mirada le ordenó que se arrodillase también á su vez. Ambos se inclinaron al borde de la grada, permaneciendo allí rezando el tiempo necesario para cumplir con las conveniencias; ella muy digna y dolorida y él mucho mejor aun con la desolación perfecta del hombre que no está nunca fuera de su sitio, sean cualesquiera las circunstancias en que se halle, aún en las más graves.

Levantáronse los dos y desaparecieron lentamente por la puerta de las habitaciones particulares, en las que el cardenal y *donna* Serafina recibían á la familia y á los amigos íntimos.

Entraron cinco señoras en fila, al mismo tiempo que se retiraban del salón dos capuchinos y el embajador de España cerca de la Santa Sede.

Y Victorina, que hacía algún tiempo estaba callada, exclamó de pronto:

—¡Ah! ¡Aquí está la princesita! ¡Qué afligida debe estar por lo mucho que quería á nuestra Benedetta!

En efecto Pedro vió entrar á Celia, que vestía también de luto para hacer esa visita de abominable adiós. Detrás de ella hallábase su doncella, á la que había mandado que la acompañase, y que tenía en cada brazo una ramo enorme de rosas blancas.

—¡Querida niña! —murmuró Victorina. —¡Tenía empeño que la boda con su Attilio se celebrase al mismo tiempo que la de esos dos desdichados que descansan ahí. Y son ellos los que la ganaron la delantera y han hecho sus bodas durmiendo ya juntos desde la primera noche.

En seguida se arrodilló Celia haciendo la señal de la cruz; pero visiblemente no rezaba; contemplaba á los dos queridos amantes con el estupor desesperado de encontrarlos tan blancos, tan fríos y de una belleza de mármol. ¡Cómo! ¿Habían bastado tan pocas horas para que la vida se fuese y aquellos labios no pudiesen volver á besar? Figurósela que los veían aún en medio de aquel baile de pocas noches antes tan resplandecientes, tan llenos de vida y gozando con el triunfo de su amor. Una protesta subía desde su corazón juvenil tan abierto á la vida, ávido de alegría y de sol y en rebelión contra la muerte imbécil. Y esa cólera, ese terror, ese dolor enfrente del vacío, en el que toda pasión se hiela, leíanse en su rostro ingenuo de lirio cándido y cerrado. Jamás su boca de inocencia con los labios cerrados sobre los blancos dientes, jamás sus ojos de agua de fuente, claros y sin fondo, expresaron más insondable misterio; la vida de pasión que ignoraba, en la que entraba y en la que tropezaba en el dintel con esos dos muertos, tiernamente queridos, cuya pérdida le trastornaba el alma.

Con mucha dulzura cerró los ojos é intentó rezar mientras que de sus párpados entornados escapábanse gruesas lágrimas. Transcurrió algún tiempo en medio de aquel silencio que hacía estremecer y que turbaba únicamente los ligeros rumores de la misa que se celebraba allí cerca. Se levantó al fin y mandó á su doncella que la entregase los dos ramos de rosas blancas que quería depositar en persona sobre el lecho. En pie sobre la grada vaciló un momento, y después se decidió colocándolos á derecha é izquierda del cojín en que descansaban las dos cabezas, como si hubiese querido coronarlas con aquellas flores, mezclándolas á sus cabellos y perfumar sus frentes juveniles con aquel perfume tan suave y penetrante. Pero se quedó con las manos vacías y no se marchó sino que quedó allí muy cerca, inclinada sobre ellos temblorosa, y buscando lo que podría decirles aún, antes de dejarlos tras sí para siempre. Y lo encontró, porque se inclinó aún más y dióles los besos con toda su alma de enamorada en las frentes heladas del esposo y de la esposa.

—¡Ah! ¡Querida princesita! —exclamó Victorina, que no pudo contener sus lágrimas.—Ya lo habéis visto, los ha besado y á nadie se le ocurrió hacerlo ni aun á su propia madre. ¡Ah! ¡Corazón animoso! Con seguridad que se acordó de su Attilio.

Al volverse para bajar de la grada, Celia vió á Pierina que continuaba medio desplomada y entregada á su adoración dolorosa y muda. La reconoció en seguida y más que nada le dió lástima, cuando vió que de pronto empezaba á sollozar con tanta violencia, que todo su cuerpo, sus caderas y su garganta de diosa, se estremecían de una

manera horrorosa. Aquella pena de amor la trasformó como un desastre ante el que desaparecía todo lo demás. A media voz se la oyó decir con un tono de compasión infinita:

—Calmaos, querida, calmaos... Os lo suplico, amiga mía, sed razonable.

Y luego, cuando la Pierina, sobrecogida al verse consolada así, lloró con más fuerza hasta el extremo de llamar la atención, Celia la levantó sosteniéndola en sus brazos, temiendo que no rodase por el suelo. La acompañó con fraternal abrazo, lo mismo que una hermana de ternura y de dolor, y la hizo salir de la sala prodigándola los más dulces consuelos.

—Seguidlas y enteraos de lo que las sucede,—dijo Victorina á Pedro,—porque yo no quiero moverme de aquí, pues me tranquiliza el velar á esos queridos hijos.

En el altar improvisado otro sacerdote, un capuchino, comenzaba una misa, oyéndose de nuevo la sorda salmodia latina, mientras que desde la sala inmediata llegaba hasta allí el toque de la campanilla para alzar entre el murmullo de la misa de al lado. El perfume de las flores iba en aumento, se hacía más pesado, con una caricia de vértigo en medio del aire inmóvil y pesado de la vasta sala. En el fondo, los criados permanecían inmóviles lo mismo que si se tratase de una recepción de gala, y delante de la cama imperial, á cuyos lados ardían los dos cirios semejantes á dos estrellitas, continuaba el desfile silencioso del duelo, mujeres y hombres que se detenían conmovidos durante un momento, y después se alejaban llevando la inolvidable visión de los dos amantes trágicos que dormían el eterno sueño.

Pedro se reunió con Celia y Pierina en la antecámara noble en la que se hallaba *don* Vigilio. A un rincón habían llevado algunos sillones que estorbaban en la sala del trono y la princesita obligó á la obrera á que se sentase en uno de ellos para que se serenase un poco. Estaba en éxtasis delante de ella, asombrada al verla tan hermosa, más hermosa que todas, como decía ella. Después la habló de los queridos muertos que la habían parecido también tan hermosos con una belleza soberbia y dulce, extraordinaria. Se quedó transportada de admiración en

medio de sus lágrimas. Haciendo hablar á Pierina averiguó Pedro que Tito, su hermano, se hallaba en el hospital en peligro de muerte á consecuencia de haber recibido en un costado una puñalada tremenda; que la miseria había aumentado de una manera horrorosa en los Prados del Castillo desde que empezó el invierno. No había más que penas para todos, y aquellos á quienes se llevaba la muerte, debían alegrarse. Celia, con un gesto de invencible esperanza apartó el sufrimiento y hasta á la misma muerte.

—¡No! ¡No! Es preciso vivir... y querida mía, basta ser hermosa para vivir... Vamos, amiga mía, no os quedéis aquí, no lloréis más, vivid para la alegría de ser hermosa.

Y se la llevó, quedándose Pedro sentado en uno de los sillones dominado por una tristeza cansada que habría querido no moverse. *Don* Vigilio, en pie, seguía saludando con una reverencia á cuantos entraban. Durante la noche había tenido un acceso de calentura y aun tiritaba actualmente, y con los ojos ardientes é inquietos, dirigía á Pedro continuas miradas como si le consumiese el deseo de hablarle, pero le dominaba el temor de que le viese el abate Paparelli por la puerta abierta de par en par de la habitación inmediata y eso combatía sin duda el deseo, porque no dejaba de acechar al caudatario. Este tuvo al fin que ausentarse durante un momento y *don* Vigilio se acercó al presbítero.

—Ayer visteis á Su Santidad,—le dijo.

Quedóse Pedro estupefacto y le miró.

—¡Oh! Todo se sabe, ya os lo dije... ¿y qué hicisteis? ¿Retirasteis pura y simplemente vuestro libro, no es así?

El estupor creciente de su interlocutor le sirvió de contestación porque sin darle tiempo para responder, añadió:

—Me lo figuraba, pero quería tener la certidumbre... ¡Ah! ¡Cómo se ve que todo eso es obra suya! ¿Me queréis creer ahora y os convenceréis de que aquéllos á los que no envenenan los ahogan?

Debía querer referirse á los jesuítas y con mucha prudencia alargó la cabeza y se aseguró de que el abate Paparelli no estaba aún de vuelta.

—¿Y qué acaba de deciros monseñor Nani?

—Dispensadme,—dijo al cabo Pedro,—no he visto aún á monseñor Nani.

—¡Ah! Se me había figurado... pasó por esta sala antes de que llegaseis... Si es que no le visteis en la sala del trono, será porque habrá ido á visitar á su eminencia y á *donna* Serafina para saludarlos. Seguramente volverá á pasar por aquí y tendréis ocasión de verle.

Después, con su amargura de sér débil, siempre aterrorizado y vencido, añadió:

—Ya os predije que acabaríais por hacer cuanto él quisiese.

Pero se le figuró oir el ligero paso del abate Paparelli y volviendo con mucha ligereza á su sitio, hizo una reverencia á dos señoras ancianas que salían, mientras que Pedro se quedó sentado, aniquilado, con los ojos medio cerrados hasta que, por último, vió erguirse la figura de monseñor Nani en su realidad de inteligencia y de diplomacia soberanas. Se acordó de cuanto le había dicho *don* Vigilio durante la famosa noche de las confidencias acerca de aquel hombre de tanto talento, y lo bastante habil para no ponerse un traje impopular, prelado inteligentísimo además, que conocía perfectamente la sociedad, gracias á sus funciones en las nunciaturas y en el Santo Oficio, mezclado en todo, enterado de cuanto sucedía. Era por esto una de las cabezas, uno de los cerebros del moderno ejército negro cuyo oportunismo quiere atraer el siglo para la Iglesia. Y bruscamente la luz total se hizo en él y comprendió por medio de qué táctica habil y admirable aquel hombre le había obligado á llevar á cabo aquel acto, que deseaba obtener de su libre voluntad aparente; la retirada pura y simple de su libro. Esto fué al principio una contrariedad muy viva al enterarse de la noticia de que perseguían la obra; una inquietud repentina de que el autor exaltado no se lanzase á alguna enojosa rebelión, y fué más tarde el plan determinado, los informes tomados acerca del joven presbítero capaz de ir hasta el cisma, la invitación que le habían hecho para que fuese á hospedarse á aquel antiguo palacio cuyos muros iban á helarle y á instruirle. Más tarde fueron los obstáculos sin cesar renovados, la manera de hacerle prolongar su permanencia impidiéndole ver al papa, prometiéndole obtener la audiencia tan

deseada cuando llegase la hora oportuna, después de haberle paseado por todas partes y hecho tropezar con todo, haciéndole ir de monseñor Fornaro al padre Dangelio, del cardenal Sarno al cardenal Sanguinetti. Fué, por fin, en el momento en que le vieron quebrantado por las cosas y por los hombres, muy descorazonado, dominado por la duda, cuando le concedieron esa audiencia para la que le estaban preparando desde hacía tres meses y cuando hizo esa visita al papa en la que debía acabar de perecer su ensueño. Veía ahora á monseñor Nani con su sonrisa irónica, sus ojos claros de político sabio, que se entretenía haciendo una experiencia, y le oía repetir con su voz ligeramente burlona que sería una verdadera gracia de la Providencia el que esos retrasos le permitieran visitar detenidamente á Roma, reflexionar, comprender y adquirir una instrucción, una educación que le librasen de cometer muchas faltas. ¡Y él, que llegó allí con entusiasmos de apóstol, ardiendo en deseos de combatir y jurando que jamás retiraría su libro! ¿No era ésta la más delicada de las diplomacias y la prueba más profunda de haber quebrantado así su sentimiento con la razón, haciendo un llamamiento á su inteligencia para que ésta lo suprimiese como un acto salido de sí mismo y sin lucha escandalosa, como á obra inútil y falsa, en cuanto esa inteligencia se diese cuenta, ante la Roma real y verdadera, del ridículo enorme que había en soñar con una Roma nueva?

En aquel instante vió Pedro á monseñor Nani que salía de la sala del trono, y no experimentó el sentimiento de irritación ni de rencor que esperaba. Al contrario, se puso contento cuando el prelado, habiéndole visto á su vez, se acercó y le tendió la mano; pero no sonreía como de costumbre al hacerlo, sino que tenía un aire muy grave y parecía dolorosamente impresionado.

—¡Ah! ¡Qué espantosa catástrofe, mi querido hijo! Salgo del cuarto de su eminencia y está llorando... ¡Esto es horroso! ¡Horroroso!

Se sentó en uno de los sillones invitando al presbítero que hiciese lo mismo á su lado, y durante un momento permaneció silencioso, rendido á la cuenta por la emoción y necesitado de algunos momentos de reposo bajo el peso de las reflexiones que ensombrecían visiblemente su ros-

tro sereno. Después hizo un gesto como si quisiese apartar aquella sombra y recobró su acostumbrada amabilidad.

—¡Y bien! ¿Vísteis, hijo mío, á Su Santidad?

—Sí, monseñor, y os agradezco en el alma la gran bondad de que disteis pruebas al prestaros á satisfacer mi deseo.

Mirábale Nani con mucha atención mientras que la sonrisa invencible pugnaba por asomar á los labios.

—Me dais las gracias... Veo que fuisteis prudente sometiéndoos por completo á los pies de Su Santidad. Estaba seguro de ello y no esperaba menos de vuestra clara inteligencia, y me considero tanto más satisfecho con ese resultado, cuanto que veo con gusto que no me equivoqué acerca del juicio que formé de vos.

Se abandonó un poco y siguió diciendo:

—No he discutido nunca con vos, ¿para qué? puesto que los hechos estaban ahí para convenceros. Y ahora que retirasteis vuestro libro toda discusión sería aún más inútil... No obstante, reflexionad que si estaba en vuestra mano el volver la Iglesia á sus principios, á esa comunidad cristiana de la que trazasteis una pintura tan deliciosa, la Iglesia no podría hacer más que evolucionar de nuevo en la vía que Dios le trazó y por la que la condujo la vez primera, de manera que, al cabo del mismo número de siglos, se encontraría exactamente en donde está ahora. ¡No! ¡Dios hizo muy bien hecho lo que hizo y la Iglesia, tal cual es, debe gobernar el mundo tal y como se halla, y á ella sola es á quien corresponde saber cuando concluirá por establecer sólidamente su reino aquí bajo. Y he ahí el porque vuestro ataque al poder temporal, era una falta imperdonable, un crimen, porque desposeyendo al papado de sus dominios, le ponéis á merced de los pueblos... Vuestra religión nueva no es ni más ni menos que el derrumbamiento de toda religión, la anarquía moral, la libertad del cisma, en una palabra, la destrucción del edificio divino, de ese catolicismo secular, tan prodigioso en prudencia y solidez que bastó hasta aquí para la salvación de los hombres y que es el único que puede salvarlos mañana y siempre.

Pedro comprendió que se expresaba con sinceridad, que

era piadoso y de una fe inquebrantable, amando á la Iglesia como hijo reconocido, convencido además de que era la más hermosa, la sola organización social que podía hacer feliz á la humanidad. Y si quería gobernar el mundo era, sin duda, por la alegría dominadora de gobernarle, pero también por la certidumbre de que nadie gobernaría mejor que él.

—¡Oh! Indudablemente se puede discutir acerca de los medios, y si por mi parte los quiero afables, tan humanos como sea posible, toda conciliación con el siglo que parece que se nos escapa justamente, porque hay una mala inteligencia entre él y nosotros... Pero le traeremos á buen camino, estoy seguro de ello... Y he ahí, hijo mío, por lo que estoy tan satisfecho al veros volver á la cuna, pensando como nosotros y dispuesto á luchar á nuestro lado, ¿no es así?

El presbítero reconoció todos los argumentos del mismo León XIII, y queriendo evitar el responder de una manera directa, en adelante, sin cólera, pero experimentando el dolor de la llaga abierta aún de su ensueño arrancado, se inclinó de nuevo, conteniendo la voz para ocultar su amargo temblor.

—Os repito, monseñor, que estoy muy agradecido por haberme curado de mis vanas ilusiones, operándome con mano de hábil cirujano. Mañana, cuando ya no sufra, os conservaré una gratitud eterna.

Monseñor Nani seguía mirándole sin dejar de sonreir, comprendiendo que aquel presbítero joven y entusiasta que permanecía apartado á un lado, era una fuerza viva perdida para la Iglesia; ¿qué iría á hacer el día siguiente? Alguna otra tontería, sin duda; pero el prelado debía considerarse satisfecho con haberle ayudado á reparar la primera, pues no podía prever el porvenir. Hizo un gesto muy expresivo como para decir que cada día bastaba para su trabajo.

—¿Me permitís concluir, hijo mío?—dijo al fin.—Sed prudente, vuestra felicidad de hombre y de sacerdote está en la humanidad. Y seréis terriblemente desgraciado si llegáis á emplear contra Dios la inteligencia admirable de que El os dotó.

Después, con otro gesto, apartó todo ese asunto terminado ya y del que no tenía para qué ocuparse más. Y el otro asunto volvió á ensombrecerle, el que se acababa también, pero tan trágicamente, con la muerte fulminante de aquellos dos jóvenes dormidos allí, en la sala inmediata.

—¡Ah!—añadió.—Esa pobre princesa y ese pobre cardenal ¡cómo me trastornan el corazón! Nunca la catástrofe hirió más cruelmente una casa. ¡No! ¡Esto es demasiado! La desgracia va muy lejos y el alma se rebela.

En el mismo momento, oyóse rumor de voces en la segunda antesala, y Pedro se quedó muy sorprendido al ver al cardenal Sanguinetti, al que acompañaba el abate Paparelli, redoblando su obsequiosidad.

—Si vuestra eminencia tiene la extremada bondad de acompañarme, voy á guiarle yo mismo.

—Bueno. Ayer llegué de Frascatti y en cuanto me enteré de la triste noticia, he querido venir á demostrar mi pesar y traer mis consuelos.

—Dígnese vuestra eminencia detenerse un momento al lado de los muertos y en seguida le acompañaré al despacho de su eminencia el cardenal Boccanera.

—Sí, eso es; deseo que sepa la parte inmensa que tomo en ese dolor y en el duelo que ha herido á esta ilustre casa.

Desapareció en la sala del trono, y Pedro se quedó asombrado ante tan tranquila audacia. No le acusaba, ciertamente de complicidad directa con Santobono, ni se atrevía á medir hasta donde llegaba la moral; pero al verle pasar de aquella manera, con la frente tan erguida, la palabra tan suelta, tuvo la convicción brusca, indudable, de que Sanguinetti lo sabía, ¿cómo? ¿por quién? Esto era lo que Pedro no podía decir. Sin duda, como se saben los crímenes, en esas profundidades tenebrosas, entre personas interesadas en saberlo. Y se quedó frío, helado ante la manera altanera como ese hombre se atrevía á presentarse para acallar las sospechas, tal vez para llevar á cabo un acto de buena política, quizás dando á su rival un público testimonio de admiración y de ternura.

—¡El cardenal aquí!—murmuró sin poderse contener.

Monseñor Nani, que seguía la sombra de los pensamientos de Pedro, en los ojos de infancia de éste, en los que todo se leía, afectó equivocarse acerca del sentido de esta exclamación.

—Sí, me habían dicho, en efecto, que había regresado á Roma anteayer por la noche. Creyó, sin duda, que no debía permanecer ausente más tiempo, una vez que el papa sigue mucho mejor y podía tener necesidad de él.

Por más que Nani dijo todo esto con aire de perfecta inocencia, Pedro no se engañó ni un solo instante. Y á su vez, habiendo mirado al prelado, se convenció de que éste también sabía. De pronto, el asunto se le presentó con toda su complicación terrible, con la ferocidad que le había dado el Destino. Nani, el antiguo familiar del palacio Boccanera, no era hombre desprovisto de corazón, y seguramente amaba á Benedetta con una pasión embelesada por tanta belleza y gracia. Se podía explicar así el sesgo victorioso que había hecho tomar al asunto de la anulación del casamiento; pero, á creer lo que decía *don* Vigilio, el divorcio obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de grandes influencias, era sencillamente un gran escándalo, al principio llevado por Nani con mucha calma, y precipitado más adelante hacia una solución ruidosa con el único objeto de desacreditar al cardenal y apartarle de la tiara en vísperas de un cónclave que todo el mundo creía inmediato.

Y, á parte de esto, parecía indudable que el cardenal, intransigente y sin diplomacia alguna, no podía ser el candidato de Nani, tan dúctil y tan deseoso de una inteligencia universal; de manera que toda la prolongada labor de este último en el palacio, no había podido ser, sin dejar de ayudar á la dicha de la querida *contessina*, más que la destrucción lenta y sin interrupción de la ardiente ambición de hermano y hermana, de ese tercer papa triunfal que su antigua familia debía dar á la Iglesia. Sólo que si siempre había querido eso mismo, si en un momento dado combatió por el cardenal Sanguinetti, poniendo con éste sus esperanzas, no se figuró jamás que llegaría hasta el crimen, á esa abominación imbécil de un veneno que se equivoca de dirección y hiere á los inocentes. No, no, aquello era demasiado y el alma se rebelaba. Se servía de armas más suaves, semejante brutalidad le re-

pugnaba, le indignaba, y su rostro, tan sonrosado y tan cuidado, conservaba aún la gravedad de su rebelión ante el cardenal lloroso y aquellos dos amantes muertos de tan triste manera.

Creyendo Pedro que Sanguinetti era el candidato secreto del prelado, quedóse como atormentado por la idea de saber hasta dónde llegaba la complicidad moral de este último, en tan execrable aventura y reanudó la conversación.

—Se dice que Su Santidad, está algo incomodado con su eminencia el cardenal Sanguinetti. Como parece natural, el papa reinante no debe ver con buenos ojos al papa futuro.

Monseñor Nani se echó á reir un momento, pero con mucha franqueza.

—Sí, el cardenal se incomodó é hizo las paces con el Vaticano. En todo caso, el Santo Padre no tiene para qué dar pruebas de celos póstumos y sabe que puede dispensar una buena acogida á su eminencia.

Manifestó después cierto pesar por haber expresado una certidumbre, y se contuvo.

—Bromeo, pues su eminencia es completamente digno de la elevada fortuna que sin duda le espera.

Pero Pedro ya sabía á qué atenerse; el cardenal Sanguinetti no era, indudablemente, el candidato de monseñor Nani, que, sin duda, le creía demasiado gastado con su impaciente ambición, sobradamente peligroso, por las alianzas equívocas que, arrastrado por su impaciencia, había pactado con todo el mundo, hasta con la joven Italia patriota. Y la situación se ponía en claro: el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera se devoraban, se suprimían el uno al otro; el uno, tramando sin cesar intrigas, no retrocediendo ante ningún compromiso, soñando conquistar á Roma por medio de las elecciones; el otro, inmóvil y erguido con su intransigencia, excomulgando al siglo y esperando sólo de Dios el milagro que debía salvar á la Iglesia. ¿Por qué no dejar á las dos teorías que así, frente á frente, se destruyesen y con ellas todo lo que encerraban de trastornador y de inquietante? Si Boccanera escapó al veneno, no por eso dejó de alcanzarle la trágica aventura, y en adelante era imposible como candidato,

muerto moralmente gracias á las historias que circulaban por Roma entera, y si Sanguinetti se creyó libre de su rival, no vió que se hería á sí mismo, que mataba igualmente su candidatura, abrasándola en medio de una pasión tal del poder que se mostraba tan poco escrupulosa en escoger los medios y que comprometía á todos. Monseñor Nani estaba visiblemente encantado; ni el uno ni el otro, la plaza libre, la historia legendaria de los dos lobos que habían reñido y comídose el uno al otro sin que quedase nada, ni aun las colas. Y en el fondo de sus ojos claros, en toda su discreta persona, no había más que un desconocido temible, el cardenal elegido definitivamente, patrocinado por el ejército todopoderoso del que era uno de los jefes más inteligentes. Un hombre como aquel, que jamás se descuidaba, tenía siempre su solución á punto. ¿Quién, pues, iba á ser el papa de mañana?

Se puso en pie, y se despidió, cordialmente, del presbítero.

—Dudo mucho, querido hijo, que vuelva á veros, y por lo mismo os deseo un buen viaje...

No se alejó, sin embargo, sino que siguió mirando á Pedro con su aire de viva penetración, y le hizo volverse á sentar ocupando él mismo un sillón á su lado.

—Con seguridad que en cuanto regreséis á Francia, iréis á saludar al cardenal Bergerot... pues bien, tened la bondad de hacerle presente mis respetos y recuerdos. Le conocí y le traté algo cuando hizo un viaje á Roma para venir á buscar el capelo... Es una de las más grandes lumbreras del clero francés. ¡Ah! Si un talento tan privilegiado quisiese trabajar para la buena inteligencia de nuestra santa Iglesia! Temo mucho que existan por desgracia preocupaciones de país y de raza, y que no siempre nos ayude.

Sorprendido al oirle hablar así por la primera vez y en la última entrevista, Pedro escuchóle con curiosidad. En vista de esto no se cortó y le respondió con entera franqueza:

—Sí, su eminencia tiene ideas muy determinadas, muy precisas, acerca de nuestra antigua Iglesia de Francia. Así es que profesa un verdadero horror á los jesuítas...

Con una ligera exclamación le interrumpió monseñor

Nani. Tenía un aire de sincero asombro y el más franco que se pueda ver.

—¡Cómo! ¿Horror á los jesuítas? ¿Y en qué le pueden inquietar los jesuítas? Ya nadie se ocupa de eso; la historia de los jesuítas es una cosa terminada. ¿Acaso los habéis visto los jesuítas en Roma? ¿Por ventura, os han estorbado en algo esos pobres jesuítas que ni siquiera poseen una piedra sobre la que poder apoyar la cabeza? ¡No! ¡No! ¡Que no se mencione en adelante ese espantajo, porque el hacerlo es cosa de niños!

Contemplóle, á su vez, Pedro, admirándole y maravillándole su facilidad, su tranquila audacia, tratándose de un asunto tan candente. No volvió siquiera los ojos, dejando que se viese su cara, abierta como un libro de verdad.

—¡Ah! Si por jesuítas entendéis esos presbíteros prudentes que en vez de entablar con las sociedades modernas luchas estériles, infecundas y peligrosas, procuran atraerlas humanamente á la Iglesia, entonces ¡Dios mío! todos somos más ó menos jesuítas, porque sería muy necio y muy loco hacer lo contrario no teniendo presente la época en que se vive. ¡Oh! No me paro yo en las palabras que me importan poco. ¡Jesuítas, sí, sí, queréis jesuítas!

Y se sonrió de nuevo, con su expresiva sonrisa tan ladina, tan irónica, y en la que se traslucía tanta burla como inteligencia.

—Pues bien, cuando veáis en Francia al cardenal Bergerot, decidle que es poco razonable y acertado perseguir á los jesuítas, tratándolos como á enemigos de la nación, cuando la verdad es que son todo lo contrario. Los jesuítas son partidarios de Francia, porque lo son de riqueza, de la fuerza y del valor. Francia es la única gran nación que queda en pie, soberana aun, la única en que el papado podría apoyarse un día sólidamente. Por eso el Padre Santo, después de haber pensado un momento en obtener el apoyo de la victoriosa Alemania, hizo la alianza con Francia, la vencida de la víspera, comprendiendo que fuera de ella no había salvación para la Iglesia. Y en eso no hizo más que seguir, obedecer la política de los jesuítas, de esos pobres jesuítas que vuestro París execra... Decid también al cardenal Bergerot, que sería un ejemplo muy

hermoso dado por él, el trabajar por la pacificación, haciendo comprender además, cuán mal obra vuestra República no ayudando más al Padre Santo en su obra de conciliación. Tratan al papado como á cantidad sin importancia, y eso es una falta imperdonable cometida por los gobernantes, porque si bien aparece despojado de toda acción política, posee en cambio una fuerza moral inmensa que puede, en un momento dado, sublevar las conciencias, producir agitaciones religiosas de incalculable alcance. Es siempre el papado quien dispone de los pueblos, porque él manda en las conciencias y dispone de las almas, y la República obra con una ligereza muy grande en perjuicio propio, aparentando desconocer todo esto... Y decidle también que inspira verdadera lástima el ver de qué miserable manera escoge esa República sus obispos, como si voluntariamente se propusiese debilitar su episcopado. Dejando á parte algunas honrosas excepciones, vuestros obispos no se distinguen por su talento y por consiguiente vuestros cardenales, que no son más que medianías, no tienen aquí ninguna influencia ni representan ningún papel. ¡Ah! ¡Cuando se verifique el cónclave, qué papel más desairado vais á hacer! ¿Por qué, desde luego, en vez de tratar con un rencor tan tonto y tan ciego á esos jesuítas que son vuestros amigos políticos, no procuráis emplear su celo inteligente, dispuesto siempre á serviros, para captaros las simpatías y conseguir la ayuda del papa de mañana? Eso os es preciso á vosotros por vosotros mismos; es necesario que él continúe en Francia, la obra de León XIII, esa obra tan mal juzgada y tan combatida, que se preocupa tan poco de los exiguos resultados de hoy para no pensar más en el trabajo del porvenir, en la unidad de todos los pueblos en el seno de la Santa Madre Iglesia... Decídselo, decídselo al cardenal Bergerot, que esté con nostros y que trabaje en favor de su país al hacerlo en obsequio nuestro. ¡El papa de mañana! Todo se encierra ahí; desgraciada Francia si ese papa futuro no es un continuador de la obra de León XIII.

Se puso en pie otra vez, y aquella para marcharse. Nunca se había espontaneado tanto y con tanta extensión; pero con seguridad que no había dicho más de lo que se proponía decir con un fin sólo conocido de él, con una

lentitud y una dulzura que encerraban mucha firmeza y en la que se revelaba que cada palabra estaba maduramente pensada y pesada.

—Adiós, hijo mío; y una vez más meditad en todo cuanto vísteis y oísteis en Roma; sed muy prudente y no echéis á perder vuestra vida.

Inclinóse Pedro y estrechó la mano bien cuidada y regordetilla que el prelado le tendió.

—Os doy gracias por todas vuestras bondades, monseñor, y podéis estar seguro de que no olvidaré ningún detalle de mi viaje.

Vióle cómo se alejaba, con su fina sotana y su paso ligero y conquistador, que creía iba á todas las victorias del porvenir. ¡No! ¡No olvidaría absolutamente nada de su viaje! Conocía esa unión de los pueblos en el seno de su Santa Madre la Iglesia, esa servidumbre temporal en la que la ley de Cristo se convertiría en la dictadura de Augusto, soberano del mundo. Y no dudaba de que los jesuítas amasen á Francia, á la hija mayor de la Iglesia, á la única que podía aún ayudar á su madre á reconquistar la realeza universal; pero la amaban como esos negros vuelos de langostas que quieren á las cosechas sobre las que se arrojan para devorarlas y destruirlas. De su corazón se apoderó infinita tristeza, teniendo conciencia de que en aquel vetusto palacio medio derruído, en aquel duelo y derrumbamento eran ellos, y nadie más que ellos los que debían ser los artesanos del dolor y del desastre.

Habiéndose vuelto precisamente en aquel momento, vió á *don* Vigilio al lado de la credencia, ante el gran retrato del cardenal y con el rostro oculto entre las manos, como si hubiese querido desaparecer para siempre y temblando con todo su cuerpo tanto de miedo como á consecuencia de la calentura. En el momento en que dejaron de presentarse visitas, sucumbió á una crisis de desesperación y de terror, y se abandonó por completo.

—¡Dios mío! ¿Qué os pasa?—preguntó Pedro, acercándose á él.—¿Estáis enfermo? ¿En qué puedo seros útil?

Pero *don* Vigilio se tapó los ojos, ahogándose y balbuceando por entre sus manos convulsamente apretadas. Y no dejó oir más que un ahogado grito de espanto.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

—¡Cómo! ¿Qué os hizo?—preguntó asombrado Pedro.

Separó entonces el secretario las manos de su rostro, y cediendo á la necesidad, al estremecimiento de desahogarse con alguien, respondió:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que me hizo? Entonces no oís nada... no veis nada. ¿No observasteis de qué manera se apoderó del cardenal Sanguinetti para acompañarle al cuarto de su eminencia? Imponer ese rival sospechoso, execrado, á su eminencia y precisamente en estos momentos, ¡qué audacia más insolente! ¿Y no os fijasteis pocos minutos antes en la maligna socarronería con que despidió á una anciana señora, á una antigua amiga, que no pedía más que besar la mano á su eminencia, dándole pruebas de un poco de ternura con que le habría consolado algo? Os digo que es aquí el amo, que abre y cierra la puerta á su antojo y que nos tiene entre sus manos lo mismo que el puñado de polvo que se arroja al viento.

Inquietóse Pedro al verle tan temblón y amarillento.

—Vamos, vamos, amigo mío, tal vez exageráis.

—¿Qué exagero? ¿Sabéis lo que sucedió esta noche y cuál ha sido la escena á que, á pesar mío, he asistido? ¿No? Pues bien, voy á decíroslo.

Contó que *donna* Serafina, cuando regresó la víspera precipitadamente para caer en medio de la tremenda catástrofe que le esperaba, volvía ya con el alma ulcerada y quebrantada por las malísimas noticias que le habían dado. Lo mismo en el Vaticano, en el despacho del cardenal secretario, que en casa de los prelados amigos suyos, adquirió la seguridad de que la situación de su hermano declinaba de día en día de una manera extraordinaria, y que se había creado en el Sacro Colegio enemigos cada vez más numerosos, hasta el extremo de que su elección para el solio pontificio, probable el año anterior, parecía haberse hecho en adelante imposible. De pronto el ensueño de toda su vida se desmoronaba, la ambición que durante tantos años alimentara, yacía hecha polvo á sus pies. ¿Cómo? ¿Por qué? Procuró saber cuáles podían ser las causas de esa desgracia, y supo con desesperación que eran toda clase de faltas, las rudezas del cardenal, manifestaciones inoportunas, personas á las que había lastimado con una palabra, con un acto, con una actitud, en fin,

tan provocante, que se habría dicho la tomaba voluntariamente para echarlo todo á perder. Lo peor del caso era que, en cada una de esas cosas ó de esos actos, reconoció faltas de tacto, torpezas vituperadas y no aconsejadas por ella y que su hermano se había obstinado en cometer bajo la influencia inconfesada del abate Paparelli, de ese caudatario tan humilde, tan ínfimo en el que *donna* Serafina adivinaba una supremacía nefasta, un destructor de su propia influencia tan cuidadosa y vigilante. Así que, á pesar del duelo en que estaba sumida la casa, no quiso retrasar la ejecución del traidor, tanto más cuanto que su antigua amistad y compañerismo con el terrible Santobono, y la historia de aquel cestillo de higos que pasara de las manos de éste á las de aquel, la impresionaron dejándola helada y haciéndola concebir una sospecha que quiso, al menos, poner en claro. Pero al oir las primeras palabras, al oir la petición formal de arrojar al caudatario, al traidor á la calle, encontró *donna* Serafina en su hermano una resistencia brusca, invencible. No quiso escuchar nada, se incomodó estallando una de esas cóleras de huracán que lo barrían todo con su violencia y acabó diciéndola que no estaba bien, que ella la emprendiese contra un pobre hombre tan modesto y tan piadoso acusándola de que ayudaba al juego de sus enemigos, que después de haber matado á monseñor Gallo, trataban de envenenar su cariño á ese desdichado clérigo sin importancia. Dijo además que todas esas historias, eran otras tantas abominables calumnias, y juró conservarle á su lado nada más que para dar pruebas del desdén que le inspiraba la calumnia. Y *donna* Serafina no tuvo más remedio que callarse.

Habiendo experimentado otro nuevo estremecimiento, volvió *don* Vigilio á ocultar el rostro entre las manos.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Balbuceó sordas invectivas; el engendro de fingida humildad, el hombre de la falsa modestia, el vil espía encargado de ver y observar todo lo que pasaba en el palacio pervirtiéndolo todo; el insecto inmundo y destructor, que se apodera de las presas más nobles y que devoraba la crin del león, el jesuíta, pero el jesuíta más abyecto, el

jesuíta criado-amo y tirano, con todo su horror de bajeza, ejecutando su tarea de gusano triunfante.

—¡Calmaos, tranquilizaos por Dios!—le dijo Pedro que, aun dejando aparte lo que aquello tenía de loca exageración, sentíase dominado por una cosa desconocida, terrible, por cosas realmente amenazadoras y vagas que comprendía que se agitaban verdaderamente en el fondo de la sombra.

Don Vigilio, desde que había estado á punto de comer los terribles higos, desde que el rayo cayó á su lado, tenía ese temblor, ese terror vago que nada ni nadie podía calmar. Aun estando solo, cuando después de encerrarse en su cuarto y de correr el cerrojo se acostaba, apoderábanse de él locos terrores que le hacían ocultarse bajo las sábanas para ahogar sus gritos y con tanto miedo, como si temiese que por las paredes fuesen á entrar algunos hombres para extrangularle.

Con voz ahogada, desfallecida, jadeando lo mismo que si saliese de una lucha, añadió:

—Os lo decía y decía muy bien la noche en que hablamos en vuestra habitación encerrados y con la llave echada á la puerta... Hacía muy mal en hablaros con tanta libertad de ellos, en desahogar mi corazón contándoos de todo lo que son capaces... Estaba seguro de que lo sabrían y bien veis que se han enterado puesto que me han querido matar... Mirad... en este momento mismo cometo una locura diciéndoos esto, porque van á saberlo, y esta vez no errarán el golpe conmigo... ¡Ah! ¡Todo está concluído, soy hombre muerto y esta noble mansión que creí tan segura será mi tumba!

Al contemplarle, sintió Pedro una compasión infinita hacia aquel enfermo, cuyo cerebro de calenturiento, henchido de pesadillas, acababa de echar á perder su vida estropeada, haciéndole sufrir todos los terrores y las angustias del delirio de persecución.

—Pues es preciso que huyáis; no os quedéis aquí, veníos á Francia, idos á cualquier parte.

Miróle asombrado *don* Vigilio y se calmó en seguida.

—¡Huir! ¿Y para qué? En Francia también están ellos, no importa el sitio porque en todas partes se hallan. Están en todo y en vano huiría, porque en todos lados esta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ría á su lado, entre ellos. No, no, prefiero quedarme aquí... morir en seguida, si es que en adelante su eminencia no me puede defender.

Levantó la cabeza y fijó en el gran retrato de ceremonia en el que el cardenal resplandecía con su sotana de moaré rojo, una mirada de súplica infinita en la que se esforzaba aún en lucir algo de esperanza; pero sobrevino la crisis, le agitó, le sumergió con un acceso redoblado de fiebre furiosa.

—Dejadme, dejadme... os lo ruego... No me hagáis hablar más. ¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli! Si volviera, si nos viese... si me oyese hablar... no volveré á hablar nunca más... Mataré la lengua, me la cortaré si es preciso. Dejadme... dejadme... Os digo que me estáis matando, que va á volver y que eso es mi muerte. ¡Idos! ¡Ah! Por compasión, hacedme el favor de marcharos.

Y *don* Vigilio se volvió hacia la pared, como para aplastar en ella su rostro y cerrar su boca con un silencio de tumba.

Decidióse Pedro á abandonarle temiendo provocar un acceso más grave si se empeñaba en prestarle algún socorro.

En la sala del trono, á la que volvió, encontróse Pedro en medio del duelo de la casa irreparable é irremediable. Las misas sucedíanse unas á otras, misas cuyas balbuceadas oraciones subían sin fin á implorar la misericordia divina para que acogiese bondadosamente á aquellas dos almas queridas que habían volado. Y con el aroma muriente de las rosas que se ajaban, ante las dos pálidas estrellitas de los cirios, meditó en ese hundimiento supremo de los Boccanera.

Darío era el último de ese apellido; con él los Boccanera, tan vivaces y cuyo apellido llenó la historia, iban á desaparecer. Se comprendía el cariño que había profesado el cardenal, en el que el orgullo de la raza era el único pecado, á aquel muchacho de carácter débil, fin de su raza, único vástago por el cual podía reverdecer el añoso tronco y si tanto él como *donna* Serafina habían querido el divorcio y después el casamiento, había sido, más que para que cesase el escándalo, con la esperanza de ver nacer de los dos apuestos jóvenes una descendencia nueva y fuerte

porque el primo y la prima se obstinaban en no casarse si no los entregaban el uno al otro. A la sazón con ellos y en aquella cama imperial en su mortal infecundo abrazo, yacía el portrer despojo, los pobres restos de una tan larga serie de príncipes esplendorosos, prelados y capitanes, que la tierra iba á tragarse.

Todo estaba concluído y nada podía nacer de una solterona vieja que ya no era mujer ni de un anciano presbítero que dejó de ser hombre. Ambos quedaban frente á frente estériles, lo mismo que dos añosas encinas que hubiesen quedado las únicas como restos de antiguo bosque y cuya muerte iba á dejar muy pronto la llanura completamente rasa. ¡Y qué dolor más impotente el de sobrevivir, qué angustia la de decirse que aquello era el fin de todo y que desaparecía toda la vida, toda la esperanza del mañana! En el balbuceamiento de las misas, en el olor aletargador de las rosas que se marchitaban, en la palidez de la luz de los cirios presintió entonces Pedro el hundimiento de ese duelo, la pesadez de la losa que caía para siempre sobre una familia extinguida, sobre un mundo desaparecido.

Comprendió que, como familiar de la casa, debía ir á saludar á *donna* Serafina y al cardenal. En seguida hizo que le introdujesen en la habitación inmediata que era en la que recibía la princesa á la que encontró vestida de negro, muy encorsetada y sentada en un sillón del que se levantaba con lenta dignidad para responder al saludo de cada una de las personas que entraban. Escuchaba los pésames á los que no respondía ni con una palabra, teniendo el aspecto rígido de una persona que venció el dolor físico; pero Pedro, que había aprendido á conocerla, conocía en lo pronunciado de su ceño, en sus ojos hundidos y en la boca amargamente contraída que todo se había derrumbado en ella sin esperanza de reparación posible. No sólo se concluía la raza sino que además su hermano no sería papa jamás, el papa que durante tanto teimpo creyó poder hacer con su adhesión y su renuncia de mujer que entregaba á ese sueño su corazón y su cerebro, sus cuidados, su fortuna, y su vida truncada de esposa y de madre.

En medio de tantos desastres tal vez era esa decepción

cruel de su ambición la que hacía sangrar más sus heridas. Se puso en pie por el joven presbítero, su huésped, como se levantaba para las demás personas, pero conseguía al hacerlo establecer distinciones en la manera como se ponía en pie según la persona á quien recibía; y Pedro comprendió perfectamente que seguía siendo á sus ojos el modesto abate francés, el ínfimo servidor retrasado en la domestidad de Dios desde el momento en que ni siquiera había sabido elevarse hasta el título de prelado. Un momento, cuando ella se sentó otra vez, después de acogido su cumplimiento con una ligera inclinación de cabeza, se quedó en pie por deferencia. Ningún ruido, ni aun el murmullo de una conversación turbaba el pesado silencio del gabinete. Sin embargo había allí cuatro ó cinco señoras de visita y sentadas también pero con una actitud desolada, muda.

Lo que empero le chocó más fué el ver al cardenal Sarno, uno de los antiguos amigos de la casa, con su cuerpo enteco, su hombro izquierdo más alto que el derecho, reclinado, casi tumbado en el fondo de un sillón, con los párpados cerrados. Al principio se olvidó, después de los pésames acostumbrados, y luego se fué quedando aletargado, dormido, dominado por aquel silencio pesado, por lo tibio de aquel aire impregnado del penetrante aroma de las flores, y todo el mundo respetaba su sueño. ¿Soñaba en medio de su letargo en aquel mapa de la cristiandad que tenía metido en su cráneo achatado y de expresión obtusa? ¿Continuaba en su sueño, tras su máscara lívida de antiguo empleado, alelado por medio siglo de continua burocracia, su terrible tarea de conquista, la tierra sometida y gobernada desde el fondo de su sombrío despacho de la Propaganda?

Las miradas enternecidas y deferentes de las señoras se fijaron en el cardenal, al que muchas veces reprendíanle todos cariñosamente, porque trabajaba con exceso, viendo el desbordamiento de su celo y de su genio en esas somnolencias que, desde hacía algún tiempo, le acometían en todas partes. Y Pedro no debía llevarse más recuerdo de aquel cardenal omnipotente que esta imagen postrera, la de un viejo agotado, descansando en medio de la emoción de un duelo durmiendo como un viejo cándido, sin

que se pudiese saber si aquello era la imbecilidad que comenzaba ó el resultado del cansancio producido por una noche empleada en hacer reinar á Dios en algún lejano continente.

Se marcharon dos señoras y entraron otras tres. *Donna* Serafina se levantó de su asiento y volvió á sentarse y después de saludar, tomó otra vez su actitud rígida con el busto erguido y el rostro duro y desesperado. El cardenal Sarno seguía durmiendo. Sofocábase Pedro allí y experimentaba una especie de vértigo, latiéndole el corazón con mucha fuerza. Se inclinó y se retiró. Después, y en el momento en que pasaba por el corredor para dirigirse al despacho en que recibía el cardenal Boccanera, se encontró cara á cara con el abate Paparelli, que guardaba la puerta con mucho celo.

Cuando el caudatario le olfateó, comprendió sin duda que no podía negarle la entrada, y además, como aquel intruso debía marcharse al día siguiente, derrotado y avergonzado, no había nada que temer de él.

—¿Deseáis ver á su eminencia? ¡Bueno! ¡Bueno! Dentro de un momento... esperad un poco...

Y pareciéndole que estaba demasiado cerca de la puerta, rechazó á Pedro al otro lado de la habitación, pues á la cuenta temía que sorprendiese alguna palabra.

—Su eminencia está ocupado ahora... está de visita su eminencia el cardenal Sanguinetti... Esperad... ¡Esperad ahí!

En efecto, Sanguinetti, que con mucha afectación había estado de rodillas durante largo rato al pie de la cama imperial y ante los dos cadáveres en la sala del trono, prolongó luego mucho su visita á *donna* Serafina para demostrar cuanta parte tomaba en el duelo de la familia. Y hacía más de diez minutos que se hallaba en compañía del cardenal, sin que se oyese más que, de vez en cuando, y á través de la puerta, el murmullo de sus dos voces.

A Pedro, al encontrar allí á Paparelli, le perseguía de nuevo el recuerdo de lo que le había contado *don* Vigilio. Le examinó, viéndole tan pequeño, rechoncho, cubierto con una envoltura de grasa, con su faz abotargada que desfiguraban las arrugas, semejante á los cuarenta años, con aquella sotana sucia, á una vieja solterona, á la que el ce-

libato hubiese disfrazado en un odre medio lleno. Y se quedó admirado, ¿cómo era posible que el cardenal Boccanera, ese soberbio príncipe, que llevaba tan erguida la cabeza con la indestructible altanería de su nombre, se hubiese podido dejar invadir y dominar por un sér semejante, hombre que sudaba hasta tal punnto por todos sus poros la bajeza y el asco? ¿No sería precisamente esa decadencia física de la criatura, esa profunda humildad moral la que le había impresionado, turbado al principio, después seducido como dones extraordinarios de salvación de que él carecía? Eso abofeteaba su propia belleza, su orgullo. El que no podía deformarse de esa manera, que no lograba vencer su deseo de gloria, debía haber llegado por un esfuerzo de su fe, á tener envidia de aquel sér infinitamente feo y pequeño, á admirarle, á sufrirle como una fuerza superior de penitencia, de rebajamiento que abría de par en par todas las puertas del cielo. ¿Quién es capaz de decir el ascendiente que ejerce el monstruo sobre el héroe, el que el santo cubierto de miseria, convertido en un objeto de horror, adquiere sobre los poderosos de la tierra con el miedo que estos tienen á pagar sus goces terrenales con las llamas eternas?

Y era el león comido por el insecto, tanta fuerza y tanto brillo destruídos por lo invisible. ¡Ah! Ser como aquella hermosa alma, estar segura de obtener el paraíso y encerrada para su bien en aquel cuerpo inmundo, y tener además la bienaventurada humildad de aquella inteligencia, de ese teólogo muy notable que todas las mañanas flagelaba su cuerpo con disciplinas y que no consentía en ser más que el último, el más ínfimo de los criados!

En pie, y embutido en su lívida grasa acechaba el abate Paparelli á Pedro fijando en él sus ojillos grises que parpadeaban en medio de las mil arrugas de su rostro. Y Pedro empezaba á sentir cierto malestar preguntándose, qué sería lo que tendrían que decirse las dos eminencias para estar tanto tiempo encerrados. ¡Qué entrevista la de esos dos hombres si Boccanera sospechaba que Sanguinetti era el obispo entre cuya clientela figuraba Santobono! ¡Qué serenidad de audacia en el uno al haberse atrevido á presentarse, y qué fuerza de alma en el otro, qué imperio sobre sí mismo para en nombre de la santa religión evitar el escándalo, callándose, aceptando la visita como una sencilla muestra de estimación y confianza! Pero, ¿qué sería lo que podrían decirse? ¡Qué cosa más curiosa habría sido el poderlos ver el uno enfrente del otro, oirles cambiar las diplomáticas palabras que convenían á semejante entrevista, mientras que en el fondo de sus almas rugían furiosos rencores!

De pronto, abrióse bruscamente la puerta y se presentó el cardenal Sanguinetti con el rostro tranquilo, no mucho más coloreado que de costumbre, quizás un poco más pálido y conservando el justo medio de la tristeza que creía le convenía aparentar. Unicamente sus ojos turbulentos que giraban sin cesar revelaban la satisfacción que experimentaba, al haberse librado de una labor muy pesada en suma.

Se marchaba animándole la esperanza de ser el único papa posible.

El abate Paparelli se precipitó á su encuentro.

—Si su eminencia tiene á bien seguirme... si su eminencia lo permite le serviré de guía.

Y encarándose con Pedro le dijo:

—Y ahora ya podéis entrar.

Vióles Pedro alejarse, tan humilde el uno tras del otro tan triunfante. Después de esto, entró en el despacho y en seguida, en el centro de aquella habitación reducida, amueblada con una mesa y tres sillas, vió al cardenal Boccanera en pie aun, con la actitud altanera y noble que tomara para saludar á Sanguinetti. Y también visiblemente en su esperanza Boccanera se creía el único papa posible, aquel á quien debía elegir el cónclave de mañana.

Pero cuando se cerró la puerta, al ver al joven, á su huésped, que había asistido á la muerte de aquellos dos seres á los que tanto había querido y que dormían para siempre en la sala inmediata, experimentó el cardenal una emoción extraordinaria, que se volvió á apoderar de él; una debilidad indecible, en la que desapareció toda su energía. Era el desquite de su humanidad al hallarse á solas y fuera de la presencia de su rival, que no podía verle. Se tambaleó como un árbol añoso al recibir el hachazo

del leñador, y se desplomó sobre una silla, ahogándole de pronto convulsivos sollozos.

Y como Pedro, para cumplir con lo que imponía el ceremonial quisiera besarle la esmeralda que llevaba en el anular, le levantó haciéndole sentar inmediatamente enfrente de él, balbuceando con voz entrecortada.

—No, hijo mío, sentaos ahí y esperad... Dispensadme, dejadme un momento porque mi corazón estalla.

Sollozaba con las manos en la cara, no pudiendo dominarse, meter dentro de sí el dolor y con sus dedos aun vigorosos se oprimía las mejillas y las sienes.

Las lágrimas empañaron entonces los ojos de Pedro, que á su vez vió desfilar ante ellos toda la dolorosa aventura, trastornándole además al ver llorar á aquel anciano, á aquel santo y príncipe generalmente tan altanero y tan dueño de sí, y que en esos momentos no era más que un pobre sér de agonía y de sufrimiento, tan trastornado, tan débil como un niño.

Ahogándose quiso sin embargo presentarle sus respetos y darle el pésame y pensó qué palabras cariñosas podría pronunciar para llevar algún consuelo á aquella desesperación.

—Suplico á su eminencia que crea que mi pesar es muy grande. En su casa colmáronme de bondades y he tenido empeño en manifestar en seguida á su eminencia lo que deploro esa pérdida irreparable...

Con un gesto muy animoso le hizo callar el cardenal.

—¡Por favor, no digáis nada! ¡Por favor, nada!

Y reinó un gran silencio mientras él lloraba siempre, agitado por la lucha, esperando á ser bastante fuerte para vencerse. Por fin dominó su estremecimiento, descubrió lentamente la cara, tranquilizada poco á poco y vuelta á ser la de un creyente fuerte con su fe, sometido además á la voluntad de Dios. Puesto que éste se había negado á hacer un milagro, puesto que hería con tanta dureza su casa, tenía sin duda sus razones para hacerlo y él, uno de sus ministros, uno de los altos dignatarios de su corte terrestre no tenía que hacer más que inclinarse.

El silencio se prolongó aún bastante y después con una voz, que un esfuerzo de voluntad hizo natural y amable, preguntó:

—Nos abandonáis, querido hijo, os vais mañana, ¿no es así?

—Sí, mañana tendré el honor de ofrecer mis respetos por última vez á su eminencia, dándole las gracias una vez más por su inagotable benevolencia.

—Entonces, ¿supísteis que la congregación del Indice había condenado vuestro libro y que eso era inevitable?

—Sí, he merecido el insigne favor de ser recibido por Su Santidad, y en su presencia me sometí y reprobé mi obra.

Una llamarada empezó á subir á los ojos empañados por las lágrimas del cardenal.

—¡Ah! ¡Hicísteis eso! ¡Ah! ¡Obrasteis entonces muy bien, querido hijo! Ese era vuestro deber extricto de sacerdote; pero, ¡hay tantos hoy que ni siquiera cumplen con el deber! Como miembro de la congregación cumplí la palabra que os dí de leer vuestro libro examinándolo atentamente, sobre todo en las páginas que marcaba la acusación. Y si en seguida permanecí neutral, y aparenté que no me interesaba el asunto, llegando hasta el extremo de faltar á la sesión en que se juzgó, no fué más que para complacer á mi pobre sobrina, que tanto os quería y que os defendía ante mí...

Las lágrimas volvieron á apoderarse de él, se calló y comprendió que iba á desfallecer otra vez si evocaba el recuerdo de Benedetta, la adorada, la llorada. Así fué que con una aspereza batalladora, continuó:

—Pero permitidme, hijo mío, que os diga: ¡qué libro más execrable! Me afirmasteis que tratabais con respecto al dogma y aun me pregunto á qué aberración se debe que hayáis podido caer en una ceguedad tal, que no os permitió siquiera tener conciencia de vuestro crimen. ¡Respetuoso con el dogma, Dios mío! ¡Cuando vuestra obra entera es la negación de toda nuestra religión santa! ¿No habéis comprendido que al pedir una religión nueva lo que hacíais era condenar en absoluto la antigua, la sola verdadera, la sola buena, la única eterna? ¿Y esto sólo bastaba para convertir vuestro libro en el más mortal de los venenos, en uno de esos libros infames que en otros tiempos se quemaban por mano del verdugo, y que á la fuerza se dejan circular en la actualidad, después de haberlos pues-

to en entredicho y señalado con esto mismo á las curiosidades perversas, lo que explica la podredumbre contagiosa del siglo?... ¡Ah! ¡Cómo he reconocido en él las ideas de nuestro poético y distinguido pariente, de ese querido vizconde Filiberto de la Choue! ¡Un hombre de letras, sí! ¡Literatura! ¡Literatura! ¡Y nada más que literatura! Y ruego á Dios que le perdone, porque no sabe seguramente donde va ni lo que hace con su cristianismo de elegía, para los obreros parlanchines que tienen la lengua suelta, y para la gente joven de los dos sexos, á los que la ciencia comunicó cierta vaguedad al alma. Y no conservo mi cólera más que contra el cardenal Bergerot, porque éste sabe lo que hace y hace lo que quiere... ¡No! ¡No digáis nada, no le defendáis! ¡Es la revolución dentro de la Iglesia, está en contra de Dios!

En efecto, por más que Pedro hubiese propuesto no responder ni discutir, dejó escapar un gesto de protesta ante aquel furioso ataque al hombre que más respetaba y quería en este mundo. Desde luego cedió y se inclinó de nuevo.

—No puedo manifestaros con bastante energía mi horror,—siguió diciendo rudamente Boccanera,—sí, mi horror hacia todo ese hueco ensueño de la religión nueva, lo mismo que el que me inspira ese llamamiento á las más repugnantes pasiones que subleva á los pobres contra los ricos, prometiéndoles no sé qué reparto, qué comunidad, hoy de todo punto imposible.

Hay esa baja adulación al ínfimo pueblo, al que se le promete sin podérsele dar jamás una igualdad, una justicia que sólo viene de Dios, que Dios sólo padrá hacer reinar al fin en el día señalado por un poder omnímodo. ¡No sé cómo calificar esa caridad interesada de la que se abusa hasta contra el mismo cielo para acusarle de iniquidad y de indiferencia; esa claridad lagrimosa y lánguida, impropia, indigna de corazones sólidos y fuertes como si el sufrimiento humano no fuese necesario para la salvación, como si no nos hiciésemos más grandes, más puros, y nos acercásemos más á la dicha infinita á medida que más sufrimos!

Se iba exaltando y estaba sangriento y soberbio. Era su duelo, la herida que tenía en el corazón la que le exasperaba de esta manera, el marasmo que le abatiera un momento y del cual se reponía provocante contra el dolor, tan testarudo en su idea estóica de un Dios omnipotente, soberano de los hombres que reservaba su felicidad á los solos escogidos de su elección.

Hizo de nuevo un esfuerzo para calmarse y con más dulzura añadió:

—En fin, hijo mío, el redil está siempre abierto y heos ya de regreso, puesto que estáis arrepentido. No podéis imaginaros cuánto lo celebro.

A su vez hizo Pedro un esfuerzo para mostrarse conciliador con objeto de no ulcerarle aun más su alma violenta y dolorida.

—Puede tener la seguridad vuestra eminencia de que no olvidaré ni una sola de sus buenas palabras, así como tampoco podrá borrarse de mi memoria la paternal acogida de Su Santidad León XIII.

Esta última frase pareció producir el efecto de agitar de nuevo á Boccanera, que al principio sólo pronunció palabras sordas, medio contenidas, como si luchase para no interrogar directamente al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Sí! Vísteis á Su Santidad... Hablasteis con el Santo Padre y debió deciros ¿no es verdad? como á todos los extranjeros que van á visitarle que no quiere más que la conciliación y la paz... Pues yo no veo á Su Santidad más que en las ocasioones inevitables; hace más de un año que no he sido admitido en audiencia particular.

Esta prueba pública de disfavor, esta lucha sorda que, lo mismo que en tiempo de Pío IX, había estallado entre el papa y el camarlengo, llenaba de amargura á este último. Le fué imposible contenerse más y habló, diciéndose, sin duda, que tenía delante un familiar, un hombre seguro y que además debía marcharse al día siguiente.

—La paz, la conciliación, se va muy lejos con esas palabras tan hermosas, con tanta frecuencia desprovistas de verdadera prudencia y de valor... La verdad terrible es que los dieciocho años de concesiones de León XIII, lo han quebrantado todo en la Iglesia, y si reina aún mucho tiempo, el catolicismo, se derrumbará, caerá hecho polvo como un edificio cuyas columnas han minado.

Pedro, que se interesaba mucho, no pudo por menos de hacer algunas objeciones para enterarse mejor.

—Pero ¿no se mostró muy prudente poniendo aparte el dogma en una fortaleza inexpugnable? En resumen, que si bien parece que ha cedido en una porción de puntos, no ha sido nunca más que en la forma.

—¡La forma! ¡Ah! ¡Sí, la forma!—repitió el cardenal, con pasión creciente.—Os dijo como á los demás, que era intratable en el fondo y que no tenía inconveniente en ceder en la forma. ¡Palabras deplorables, diplomacia equívoca cuando no es una sencilla y baja hipocresía! Mi alma se subleva al ver ese oportunismo, ese jesuitismo que juega el astuto con el siglo, que se ha hecho únicamente para sembrar la duda entre los creyentes, el desorden del sálvese quien pueda, causa próxima de inevitables derrotas! ¡Es una cobardía, la peor de las cobardías el abandonar uno sus armas para tener expedita la retirada, la vergüenza de ser así, la máscara aceptada con la intención de engañar al mundo y de penetrar en casa del enemigo para vencerle y reducirle por la traición! ¡No! ¡No! ¡La forma lo es todo en una religión tradicional, inmutable, que desde hace mil ochocientos años, ha sido, es aún y seguirá siendo hasta el fin de las edades la ley misma de Dios!

No pudo permanecer sentado y se levantó, poniéndose á pasear á través del reducido despacho que parecía llenar con su elevada estatura. Y era todo el reinado, toda la política de León XIII lo que discutía y lo que condenaba con violencia.

—La unidad, esa famosa unidad de la que le han hecho una gloria tan grande por quererla restablecer en la Iglesia, no es más que la ambición famosa y ciega de un conquistador que quiere ensanchar su imperio sin preguntarse si los pueblos nuevamente conquistados no van á desorganizar, á desmoralizar á su antiguo pueblo, hasta entonces fiel, adulterándolo y llevándole el contagio de todos los errores. ¿Y si los cismáticos de Oriente, los cismáticos de otros países al ingresar en la Iglesia católica, la transforman totalmente hasta el punto de matarla ó de formar una nueva comunión? No hay más que una sabiduría: le de no ser más que lo que es, y esto sólidamente... Del mismo modo, ¿no es también á la vez un peligro

y una vergüenza esa pretendida alianza con la democracia, esa política que basta para condenar el espíritu secular del papado? La monarquía es de derecho divino y abandonarla es en contra de Dios, pactar con la revolución, soñar con ese desenlace monstruo de utilizar la demencia de los hombres para establecer mejor sobre ellos el gobierno.

Toda república es un estado de anarquía, y desde luego la más criminal de las faltas es la de quebrantar para siempre la idea del principio de autoridad, de orden, de religión, reconociendo la legitimidad de una república con el único objeto de acariciar el sueño de una conciliación imposible... Así veréis lo que se ha hecho del poder temporal. Lo reclama aún; afectando ser intransigente en esa cuestión de la devolución de Roma; pero en realidad, ¿no consumó la pérdida, no es que renunció definitivamente, puesto que reconoce que los pueblos tienen el derecho de disponer de ellos, que pueden expulsar á sus reyes y vivir como animales sueltos en el fondo de los bosques?

Callóse bruscamente y levantó los brazos al cielo con un arranque de santa cólera.

—¡Ah! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre que con su vanidad, con su necesidad de éxito había sido la causa de la ruina de la Iglesia! ¡Ese hombre que no ha dejado de corromperlo todo, disolviéndolo, desmigándolo, con objeto de reinar sobre un mundo que cree conquistar mejor así! ¿Por qué, Dios Todopoderoso, por qué no le habéis llamado á vuestro seno?

Y ese llamamiento á la muerte adquiría un acento tan sincero, había en él con un rencor muy grande un deseo tan inmenso y tan real de salvar á Dios del peligro aquí bajo, que Pedro experimentó un profundo estremecimiento. Ahora le veía á ese cardenal Boccanera que odiaba religiosamente, apasionadamente á León XIII; le veía acechando desde el fondo de su negro palacio y desde hacía muchísimos años la muerte del papa, esa muerte oficial que era él quien estaba encargado de hacer constar de una manera solemne por su cargo de camarlengo. ¡Cómo debía esperarla, cómo desearía con febril impaciencia que llegase la hora bienaventurada en que debía ir armado

con su martillo de plata á dar los tres simbólicos golpes sobre el cráneo de León XIII helado, rígido, tendido en el lecho y rodeado de la corte pontificia! ¡Ah! ¡Golpear al fin en ese muro del cerebro para estar bien seguro de que nada respondería, de que no había nada dentro, nada más que la noche y el silencio! Y resonarían los tres llamamientos: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!» Y no respondía el cadáver, el carmalengo se volvía, después de haber dejado pasar unos segundos, y decía: «¡El papa ha muerto!»

—Sin embargo,—observó Pedro queriendo llevarle hacia el presente,—la conciliación es un arma de la época, es para vencer con más seguridad para lo que el Santo Padre cede en las cuestiones de forma.

—¡Es que no vencará, sino que será vencido!—exclamó Boccanera.—La Iglesia no triunfó nunca más que cuando se obstinó en su integridad y en la eternidad inmutable de su esencia divina. Y lo cierto es que el día en que permita que toquen á una sola piedra de su edificio, éste se derrumbará... Acordaos de los momentos terribles porque pasó en la época del Concilio de Trento. La Reforma la había quebrantado de una manera profunda; el relajamiento de la disciplina y de las costumbres se acentuaba por todas partes y con aquello una oleada ascendente de novedades, de ideas inspiradas por el espíritu del mal, de proyectos mal sanos que engendraba el orgullo del hombre suelto en plena licencia. Y aun en el mismo concilio hubo muchos miembros perturbados, gangrenados, dispuestos á votar las más locas modificaciones... un verdadero cisma en fin, que se añadía á lo demás... Pues bien, si en esa época tan crítica, si ante la amenaza de un peligro tan grande, se salvó el catolicismo del desastre, fué porque la mayoría, iluminada por Dios, mantuvo intacto el antiguo edificio, tuvo la terquedad divina de encerrarse en el dogma estrecho, y fué, en fin, porque no concedió nada, absolutamente nada, ni sobre el fondo, ni sobre la forma; y hoy en verdad, que la situación no es peor que en la época del Concilio de Trento, pongamos que sea la misma, y decidme si no es más noble, más animoso para la Iglesia tener el valor de decir bravamente como en otras épocas lo que es, lo que ha sido y lo que será. No hay salvación para ella más que en su soberanía total,

indiscutible, y puesto que siempre venció con su intransigencia, es matarla el quererla conciliar con el siglo.

Habíase puesto á pasear con un paso meditabundo y poderoso, yendo de un extremo á otro de la habitación.

—¡No! ¡No! ¡Ni un acomodo, ni un abandono, ni una debilidad! ¡El muro de bronce que cierra el camino, el mojón de granito que limita, son un mundo!... Ya os lo dije el día de vuestra llegada, hijo mío: querer poner al catolicismo de acuerdo con los tiempos nuevos, es apresurar su fin, si es que está realmente amenazado de muerte como pretenden los ateos. Y moriría de una manera muy baja, en vez de morir noblemente, en pie, altanero y orgulloso con su antigua gloriosa realeza... ¡Ah! ¡Morir en pie sin renegar nada del pasado, desafiando al porvenir y confesando su fe cierta!

Y aquel anciano de setenta años parecía engrandecerse aún más sin miedo al aniquilamiento final, con un gesto de héroe que desafiaba á los tiempos futuros. La fe le dió esa paz serena, esa paz que la explicación de lo desconocido por lo divino da al espíritu, cuya necesidad de certidumbre satisface llenándole. Creía, sabía, y no tenía dudas, temores ni miedo para el día siguiente de la muerte; pero una melancolía altanera nubló su voz.

—Dios lo puede todo, hasta destruir su obra si es que le parece mala. Todo se derrumbaría mañana, la Santa Iglesia desaparecería entre las ruinas, los santuarios más venerados se hundirían bajo la caída de los astros y sin embargo, sería necesario inclinarse para adorar á Dios cuya mano, después de haber creado el mundo, lo destruía así para su gloria.

Y espero, me someto de antemano á su voluntad que es la única que puede producirse, porque no sucede nada que él no quiere que suceda. Si realmente los templos amenazan ruina, si es cierto que el catolicismo debe caer mañana hecho polvo, estaré allí para ser el ministro de la muerte como lo fuí de la vida... Es más, lo confieso, es cierto que hay momentos en que ciertos signos terribles me asustan. Puede ser, que, en efecto, el fin de los tiempos esté cercano y que vamos á asistir á ese derrumbamiento del mundo antiguo con que nos amenazan. Los más dignos, los más altos son aniquilados como si el cielo

se equivocase, castígase en ellos los crímenes de la tierra, y no he sentido el soplo del abismo, en el que todo va á desaparecer, hasta que mi casa por faltas que ignoro, ha sido herida con ese duelo horrendo, que la lanza al vacío, que la hace entrar para siempre la noche.

Allá, en la habitación inmediata no dejaba de evocar á esos dos queridos muertos que no dejaban de estar presentes. Los sollozos oprimían su garganta, temblaban sus manos y su cuerpo corpulento se agitaba con una postrera rebelión de dolor bajo el esfuerzo de su sumisión. Sí, para que Dios se hubiese permitido herirle tan cruelmente, suprimiendo su raza, comenzando así por el más grande, por el más fiel, debía ser porque realmente el mundo estaba condenado. ¿El fin de su casa no era el fin próximo de todos? Y en su orgullo soberano de príncipe y de sacerdote, halló un grito de suprema resignación y levantando las manos al cielo exclamó:

—¡Ah, Dios todopoderoso, que se haga vuestra voluntad! ¡Qué todo muera, se derrumbe y que todo vuelva á la noche profunda del caos! Permaneceré en pie en este palacio en ruinas y esperaré á que me envuelvan los escombros. Y si vuestra voluntad me designa para ser el augusto sepulturero de vuestra santa religión ¡ah! no tengáis ningún temor, no cometeré ningún acto indigno para prolongar su vida durante unos cuantos días. La sostendré erguida como yo, tan altanera y tan intratable como en los mejores tiempos de su supremacía. La sostendré con la misma valiente obstinación sin abandonar ni un ápice de su disciplina, de su rito ó de su dogma. Y cuando llegue la hora la enterraré conmigo, llevándomelo todo á la tierra antes que ceder nada de ella, guardándola entre mis brazos helados para devolverla á lo desconocido tal cual me disteis á guardar vuestra Iglesia. ¡Oh, Dios todopoderoso, soberano maestro, disponed de mí y haced de mí, si está en vuestros designios el pontífice de la destrucción, de la muerte del mundo!

Sobrecogido Pedro estremecióse de miedo y de admiración ante aquella figura extraordinaria que se elevaba ante él; el último papa presidiendo los funerales del catolicismo. Comprendía que Boccanera debía haber tenido más de una vez ese ensueño; le veía en su Vaticano, en su

San Pedro sobre los que caía el rayo, en pie, solo á través de las inmensas salas que su corte aterrada y cobarde, había abandonado.

Lentamente y revestido con su blanca sotana, llevando así en blanco el luto de la Iglesia, bajaba una vez hasta el santuario para esperar á que el cielo, en la noche de los tiempos, cayese aplastando la tierra. Por tres veces levantaba en alto el gran crucifijo que las convulsiones del suelo habían derribado en tierra, y luego, cuando el crugido final hendía los mármoles, le asía apretadamente y con él en brazos quedaba aniquilado bajo el hundimiento de las bóvedas. Y no había nada que fuese más regio, nada que tuviese mayor feroz grandeza. Con un gesto, el cardenal Boccanera sin voz, pero sin debilidad, y erguido é invencible á pesar de todo con su elevada estatura, despidió á Pedro el que, cediendo á su pasión por la verdad y la belleza, y diciéndose que él solo era grande, que él solo tenía razón, le besó la mano.

En la sala del trono fué á hora avanzada cuando cesaron las visitas, y entrada la noche cerraron las puertas y se procedió á colocar los cuerpos en el ataud. Habían cesado las misas y las campanillas anunciando el acto de alzar, no se oían ya; el balbuceamiento de palabras latinas no se oía después de haber resonado durante doce horas en los oídos de los dos muertos queridos. Espesando el aire, invadido por el silencio, no quedaba más que el aroma moribundo de las cosas y el olor cálido de los dos cirios de cera. Como éstos con su luz de pálidas estrellitas no iluminaban bastante la sala, habían llevado algunas lámparas que los criados sostenían en las manos lo mismo que si fuesen antorchas. Según costumbre, todos los criados de la casa se hallaban reunidos allí para dar el último adiós á sus amos, que iban á acostarse para siempre en el seno de la muerte.

Hubo algún retraso. Morano, que desde por la mañana trabajaba mucho cuidando de todos los detalles, acudía corriendo entonces desesperado, al ver que aun no habían llevado el triple ataud. Al cabo lo subieron los criados y se pudo empezar. El cardenal y *donna* Serafina estaban el uno al lado del otro cerca del lecho mortuorio. Pedro también estaba allí lo mismo que *don* Vigilio y fué Victo-

rina la que se puso á coser á los dos amantes dentro del mismo sudario, en una gran pieza de seda blanca, con la que parecían vestidos con la misma ropa de boda, la ropa alegre y pura de su unión.

Después se acercaron dos criados y ayudaron á Pedro y á *don* Vigilio para colocar los dos cadáveres en el primer ataud de madera de pino y tapizado de satén de color de rosa; no era mucho mayor que los ataudes ordinarios, de tal modo eran jóvenes los dos amantes, de esbelta elegancia y de tal manera los unía su abrazo, que no formaban más que un solo cuerpo. Cuando estuvieron acomodados allí, continuaron su eterno sueño con la cabeza medio envuelta entre sus olorosas cabelleras que se confundían. Y cuando ese primer ataud quedó encerrado en el segundo de plomo, y después en el tercero de encina, después de que los tres estuvieron soldados y cerrados, se siguió viendo los rostros de los dos amantes por la redonda abertura provista de un grueso cristal y practicada, según la costumbre romana, en los tres ataudes. Y para siempre separados de los vivientes, solos en el fondo de aquel triple ataud, veíanse como siempre, mirándose sin cesar con sus ojos obstinadamente abiertos y teniendo delante toda la eternidad para agotar su amor infinito.

XVI

Al día siguiente al regresar del cementerio y después del entierro, almorzó Pedro solo en su cuarto, reservándose para más tarde el despedirse de *donna* Serafina y del cardenal. Se marchaba de Roma por la noche en el tren de las diez y diecisiete. No le detenía ya nada y no le quedaba que hacer más que una visita imprescindible, deseada por su corazón, la última visita al anciano conde Orlando, el héroe de la independencia, al cual había hecho la promesa de no regresar á París, sin ir antes á celebrar con él una larga entrevista. A eso de las dos mandó buscar un carruaje de punto y éste le llevó á la calle del Veinte de Septiembre.

Había estado lloviendo toda la noche con una lluvia menuda, cuya humedad envolvía toda la ciudad con un vapor gris. Esa lluvia cesó, pero el cielo continuaba aún muy encapotado, y los grandes palacios de la calle del Veinte de Septiembre tenían, bajo ese cielo de Diciembre, fachadas sombrías, lívidas, de interminable melancolía, con sus balcones todos iguales, sus hileras de ventanas regulares que no acababan nunca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ministerio de Hacienda sobre todo, es decir, aquel enorme amontonamiento de albañilería y de esculturas, adquiría con semejante luz una apariencia de ciudad muerta, la tristeza infinita de un gran cuerpo exangüe del que se había retirado la vida.

La lluvia dulcificó el aire y hacía casi calor, una tibieza húmeda de fiebre.

Al llegar al vestíbulo del hotelito de Prada, quedóse muy sorprendido Pedro al encontrarse con cuatro ó cinco señores que se quitaban los abrigos. Un criado le dijo que el señor conde tenía una reunión con unos contratistas y destajistas; pero que puesto que el señor abate iba á visitar al padre del señor conde, no tenía que hacer más que subir al tercer piso y allí dirigirse á la puertecita que había á la derecha del descansillo.

Pero al llegar al primer piso se encontró Pedro bruscamente cara á cara con el conde de Prada, que recibía á sus destajistas. Y se cercioró de que, al reconocerle, se ponía horrorosamente pálido. Después del drama espantoso no se habían vuelto á ver.

El presbítero comprendió inmediatamente que su mirada producía una turbación muy grande á aquel hombre, que suscitaba recuerdos importunos de complicidad moral y de mortal inquietud por haber sido adivinado.

—Venís á verme, ¿tenéis que decirme alguna cosa?

—No, me marcho y vengo á despedirme de vuestro padre.

La palidez de Prada fué en aumento y un estremecimiento agitó todo su rostro.

—¡Ah! ¡Es mi padre! Está muy delicado... tratadle con miramiento.

Y en su angustia confesaba claramente, á pesar suyo, todo lo que temía, una palabra imprudente, tal vez una postrera misión, la maldición de aquella mujer y de aquel hombre á los que había matado. Si había algo de eso, su padre se moriría también con seguridad.

—¡Ah! ¡Cuánto lo siento y cómo me contraría el no poder subir con vosotros! Pero estos señores me están esperando... ¡Dios mío, qué contrariedad! En cuanto pueda iré á reunirme con vosotros, ¡oh! En seguida... inmediatamente.

No sabiendo cómo detenerle, era preciso que le dejase que se encontrase á solas con su padre, mientras que él tenía que estar clavado allí por sus negocios y contratas que iban de mal en peor. ¡Y con qué mirada de angustia le contempló mientras subía, y cómo le suplicó con todo su estremecimiento! ¡Su padre, el único cariño verdadero, la gran pasión pura y fiel de su vida!

—No le hagáis hablar mucho y distraedle, quedamos en eso, ¿no es verdad?

Arriba no fué Bautista, el veterano soldado tan adicto á su amo, el que salió á abrirle la puerta, sino un hombre muy joven en el que Pedro no se fijó al principio. Encontró el gabinete como siempre, tan sencillo, tan blanco, con su modesto papel claro de florecitas azules, su humilde cama de hierro detrás de un biombo, sus cuatro tablas colgadas en la pared sirviendo de biblioteca, su mesa de madera negra y sus dos sillas de asiento de anea por todo mobiliario.

Y por la ancha ventana sin cortinas, veíase siempre el mismo panorama de Roma, toda esta, hasta los lejanos árboles del Janículo, una Roma aplastada aquel día bajo un cielo de plomo é invadida por la sombra de una pesada tristeza. El viejo Orlando no había cambiado empero, con su hermosa cabeza de león encanecida, su gesto poderoso, sus ojos de juventud que tenían aún el fulgor de las pasiones que habían rugido en su alma de fuego.

Pedro le encontró sentado en el mismo sillón, al lado de la misma mesa cubierta también de periódicos, las piernas envueltas, sepultadas en la misma manta negra, como si aquellas piernas muertas le hubiesen inmovilizado allí en una funda de piedra, hasta el extremo de que pasados meses, años de distancia, se tenía la seguridad de encontrarle sin ningún cambio posible, con su busto viviente, su rostro que estallaba de fuerza y de inteligencia.

Aquel día gris, triste, parecía sin embargo influir en él, pues estaba abatido y tenía el rostro sombrío.

—¡Ah! Ya estás aquí, señor Froment. Hace tres días que me estoy acordando de vos y vivo los atroces días que debisteis sufrir en ese trágico palacio Boccanera. ¡Dios mío! ¡Qué duelo más espantoso! Tengo el corazón trastor-

nado, y estos periódicos acaban de trastornarme el alma con los nuevos detalles que dan.

Y señaló los periódicos esparcidos sobre la mesa, apartando después con el gesto esa sombría historia, esa imagen de Benedetta que le perseguía como una obsesión.

—Vamos ¿y vos?

—Me marcho esta noche y no quise abandonar á Roma sin estrechar vuestras manos valerosas.

—Os marcháis ¿y vuestro libro?

—Mi libro... Me recibió el Santo Padre y me sometí, reprobando mi libro.

Contemplóle Orlando con fijeza. Reinó un corto silencio durante el cual sus ojos se fijaron acerca del caso todo lo que tenían que decir. Y ni el uno ni el otro tenían necesidad de una explicación más amplia. El anciano dijo sencillamente á manera de conclusión:

—Hicísteis muy bien, porque vuestro libro era una quimera.

—Sí, una quimera, una niñería que yo mismo condené en nombre de la verdad y de la razón.

Una sonrisa reapareció en los labios dolorosos del héroe aniquilado.

—Entonces, ¿habéis visto, comprendéis y sabéis ahora?...

—Sí, ya sé, y esa es la razón que hizo que no quisiese marcharme sin sostener antes con vos la franca y leal conversación á que estábamos comprometidos.

Fué aquello una alegría para Orlando; pero de pronto pareció que se acordaba de aquel joven que había ido á abrir la puerta y que ocupaba otra vez modestamente su sitio en una silla, aparte, á un lado, al pie de la ventana. Era casi un adolescente, apenas tenía veinte años, y de un tipo de belleza rubia como florece á veces en Nápoles, con el largo cabello hecho bucles, tez color de lirio, boca de rosa y los ojos sobre todo de una languidez soñadora y de una dulzura infinita. Y el anciano conde lo presentó paternalmente.

Angiolo Mascara, el nieto de uno de sus antiguos compañeros de armas, del épico Mascara de los Mil, que había muerto como un héroe con el cuerpo atravesado por cien heridas.

—Le hago venir para sermonearle,—siguió diciendo sonriendo.—¡Imaginaos que este mozalbete con sus aires de muchacha, ha dado por apasionarse por ideas nuevas! ¡Es anarquista! Figura entre las tres ó cuatro docenas de anarquistas que tenemos en Italia. En el fondo es un buen muchacho, que no tiene más que á su madre, á la que mantiene, gracias al empleo que le han dado y del que le echarán cualquier día de estos. Vamos, hijo mío, es preciso que me prometas ser razonable.

—Soy razonable; no lo son los otros, todos los demás. Cuando todos los hombres sean razonables, querrán la verdad y la justicia y el mundo será feliz.

—¡Ah! ¿Creéis que cederá? — exclamó Orlando. — ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡La justicia, la verdad! Pregúntale al señor abate si sabe en dónde están. ¡En fin, es preciso darte tiempo para que vivas y lo veas y comprendas todo!

Y sin ocuparse más de Angiolo, se volvió hacia Pedro. Angiolo se estuvo quieto y silencioso en su rincón con aire muy prudente, fijando con ansia sus ojos en los dos interlocutores y con las orejas abiertas y estremecidas para no perder ni una sola palabra de lo que iban á decir.

—Bien os dije yo, querido señor Froment, que vuestras ideas cambiarían y que el conocimiento de Roma haría que adquirieseis ideas más exactas, y que esto se conseguiría así mucho mejor que con cuantos discursos hubiese hecho tratando de convenceros. Jamás dudé que retiraríais vuestro libro de buen grado, como quien cometió un error más ó menos grave, y en cuanto las cosas y los hombres os hubiesen enterado acerca del Vaticano... Pero ¿no es verdad que será lo mejor? Dejemos á un lado el Vaticano, pues que por allí no hay nada que hacer más que dejarle que se vaya derrumbando en su lenta é inevitable ruina. Lo que me interesa á mí, lo que me apasiona aún, es la Roma italiana, nuestra Roma tan amorosamente conquistada, tan febrilmente resucitada, á la que tratáis como cantidad sin valor, y á la que visteis y examinasteis, de manera que podemos hablar de ella como personas que se comprenden, ahora que ya la conocéis.

A continuación concedió mucho, confesó las faltas cometidas, reconoció el estado deplorable de la Hacienda,

las graves dificultades de todas clases como hombre inteligente y de buen sentido que, imposibilitado por la parálisis y alejado de la lucha, disponía de días enteros para reflexionar é inquietarse. ¡Ah! ¡Su conquista! ¡Su Italia adorada, por la que diera aún la sangre de sus venas, por qué mortales inquietudes, por qué indecibles sufrimientos estaba pasando aún!

Pecaron por legítimo orgullo, anduvieron muy deprisa queriendo improvisar un gran pueblo, soñando convertir á Roma en una gran capital moderna con sólo hacer un movimiento con la varita. Y de ahí esa locura de los barrios nuevos, esa loca desenfrenada especulación sobre terrenos y edificios que llevó á la nación á dos dedos de la bancarrota.

Pedro le interrumpió con mucha dulzura para decirle la fórmula que ideara acerca de Roma, después de sus paseos y de sus estudios.

—¡Oh! Esa fiebre, esa ansia del despojo, cálido aun de primera hora, ese desastre financiero, no son nada, porque las heridas del dinero se restañan; pero lo más grave es que vuestra Italia está aún por hacer... Aquí no hay aristocracia, no hay pueblo, no se ve más que una burguesía, una clase media nacida ayer con apetito tan devorador, que segará en hierba la rica recolección futura.

Quedáronse silenciosos, y Orlando meneó tristemente la cabeza de león viejo en adelante impotente. La clara dureza de la fórmula le hirió en el corazón.

—Sí, sí, eso es; juzgasteis bien. ¿A qué mentir y á qué decir que no, cuando los hechos están ahí evidentes á los ojos de todos? Esa burguesía ¡Dios mío! esa clase media, de la que ya os hablé, tan codiciosa de empleos, colocaciones, honores, distinciones, devorada por el afán de figurar, y con esto tan avara, tan desconfiada para su dinero que lo coloca en los Bancos, sin quererlo arriesgar nunca en el comercio ó en la industria, abrasada por la única necesidad de gozar sin hacer nada, con tan poca inteligencia que no ve que mata á su país con su asco al trabajo, su desprecio al pueblo, su única pasión de vivir modestamente tomando el sol y con el humillo de vanidad de pertenecer á una corporación ú oficina cualquiera... Y esa aristocracia que se muere, ese patriciado sin corona, arruinado,

herido además con el bastardeamiento de las razas que concluyen; el mayor número de sus miembros reducidos á la miseria, los otros, los contados que han conservado su dinero, están abrumados por impuestos demasiado gravosos, no pudiendo contar más que con fortunas muertas, incapaces de renovación, disminuidas por las continuas particiones entre herederos y destinadas á desaparecer con los mismos príncipes entre el hundimiento de sus palacios vetustos, hoy completamente inútiles... Y por último, el pueblo, ese pobre pueblo que ha sufrido tanto, que sufre aún, pero que está tan acostumbrado á sufrir que parece que no concibe siquiera la idea de salir de su miseria, que es ciego y sordo, llevando las cosas tal vez hasta el extremo de echar de menos la antigua esclavitud, con el atontamiento estúpido de bestia en un estercolero, con una ignorancia total, la ignorancia abominable que es la causa de su miseria, sin esperanza, sin mañana, sin ese consuelo de comprender que esta Italia, esta Roma son para él, y que sólo para él las hemos conquistado y tratamos de resucitarlas con su antigua gloria... Sí, sí, la aristocracia pasó, no hay aún pueblo, y la burguesía, la clase media no produce más que inquietudes, ¡cómo no dejarse arrastrar á las veces por el pesimismo, de los que pretenden que todas nuestras desgracias no son nada aun, que caminamos á catástrofes mucho más tremendas, como si no estuviéramos más que en los primeros síntomas del fin de nuestra raza, precursores de nuestra desaparición total!

Al decir esto levantó hacia la ventana, hacia la luz sus brazos temblorosos, y Pedro, nuevamente conmovido, se acordó de ese mismo gesto suplicante que había visto hacer la víspera al cardenal Boccanera en su llamamiento al poder divino. Ambos, tan opuestos en sus creencias, tenían la misma grandeza desesperada y bravía.

—Os lo dije el primer día; no hemos querido, sin embargo, más que las cosas lógicas é inevitables de esta Roma con su pasado de esplendor y de dominación, que nos abruma tan pesadamente, no podíamos dejar de tomarla como capital, porque ella sola era el lazo, el símbolo viviente de nuestra unidad, al mismo tiempo que la promesa de eternidad, la primavera de nuestro gran sueño de resurrección y de gloria

Continuó reconociendo todas las desastrosas condiciones de Roma capital; una ciudad de adorno, con suelo agotado que permaneció apartada del movimiento moderno, una ciudad malsana, sin industria ni comercio posibles, invenciblemente invadida por la muerte en medio del desierto estéril de su campiña.

La mostró luego ante las otras capitales que la envidian; Florencia, que llegó á ser tan indiferente tan excéptica, con un buen humor de indolencia venturosa inexplicable después de las pasiones frenéticas y de las oleadas de sangre de su historia; Nápoles, á la que basta aún su límpido cielo con su pueblo niño y que no sabe si debe quejarse de su ignorancia y de su miseria puesto que parece que goza tan perezosamente; Venecia, resignada á no ser más que una maravilla del arte antiguo, que debería colocarse bajo una campana de cristal para que se conservase intacta y adormecida en el fausto y en la soberanía de sus anales; Génova, entregada por completo á su comercio, activa y ruidosa, una de las últimas reinas del Mediterráneo, de esse hoy lago ínfimo que en tiempos fué mar opulento, centro en el que se amontonaron las riquezas del mundo; Turín y Milán sobre todo, las industriales, las comerciales, tan llenas de vida, tan modernizadas que los touristas las desdeñan no considerándolas ciudades italianas, salvadas ambas del sueño de las ruinas y dentro de la evolución occidental que prepara el siglo próximo.

¡Ah! ¿Sería preciso dejar que esa Italia antigua se fuese hundiendo, semejante á un polvoriento museo y para consuelo y placer de las almas artistas, como sucede con las pequeñas ciudades de Gran Grecia, de la Umbría y de la Toscana semejantes á esas antigualla exquisitas que nadie se atreve á restaurar por temor á echar á perder el carácter que tienen?

O la muerte próxima é inevitable, ó el pico de los demoledores, los muros medio derruídos derribados al suelo, creándose por todas partes ciudades de trabajo, de ciencia, de higiene, en fin una Italia nueva que saliese verdaderamente de sus cenizas hecha para la nueva civilización en que entra la humanidad!

—Pero ¿á qué desesperar? —añadió con tesón. —Por mucho que Roma pese sobre nuestros hombros no por eso

deja de ser la cabeza que hemos querido. Estemos, permanezcamos pues esperando los acontecimientos. A parte de esto, si la población ha dejado de aumentar, si quedó estacionaria en unas cuatrocientas mil almas aproximadamente, esa oleada ascendente puede continuar el día en que desaparezcan las causas que la detuvieron. Cometimos la torpeza de creer que Roma iba á ser un Berlín, un París, más al presente parecen oponerse á ello una porción de condiciones sociales, históricas y hasta técnicas; pero quién sabe las sorpresas que nos reserva el mañana ¿acaso no debe infundirnos esperanza la sangre que circula por nuestras venas, esa sangre de los antiguos conquistadores del mundo? Yo, que no me muevo de esta habitación, con mis dos piernas muertas, que estoy aniquilado, postrado, tengo horas en que la locura se apodera de mí, en que creo en Roma como en mi madre, en que la veo invencible, inmortal, y en las que espero á los dos millones de habitantes que deben venir á poblar esos tristes barrios nuevos que visitasteis encontrándolos arruinados y vacíos ya. Indudablemente vendrán ¿y por qué no han de venir? Ya veréis, ya veréis cómo se puebla todo y será necesario construir aún más. Y, después, francamente ¿se puede decir que una nación es pobre cuando posee la Lombardía? ¿No es también de una riqueza inagotable nuestro Mediodía? ¡Dejad que se haga la paz y el Norte se fundirá con el Mediodía y será toda una generación de trabajadores y puesto que el suelo es tan fertil será necesario que algún día crezca la gran recolección esperada y se madure bajo el sol ardiente!

El entusiasmo le impulsaba y un arranque de juventud iluminó sus ojos. Pedro se sonrió; le había conquistado y, cuando pudo hablar, dijo á su vez:

—Es preciso empezar el problema por abajo, por el pueblo. Es preciso hacer hombres.

—¡Perfectamente! ¡Eso es!—exclamó Orlando.—No dejo de decirlo: es preciso hacer Italia. Se diría que el viento del Este se llevó á otra parte, muy lejos de nuestra tierra la semilla de los pueblos vigorosos y potentes. No es nuestro pueblo como el vuestro, como el francés, un depósito de hombres y de dinero en el que se puede coger á manos llenas. Ese es el depósito inagotable que quisiera

crear entre nosotros. Por eso es por lo que hay que obrar de abajo arriba; escuelas en todas partes, la ignorancia expulsada, la brutalidad y la pereza combatidas con los libros; la instrucción moral y material que nos darán ese pueblo trabajador que tanta falta nos hace, si no queremos desaparecer del concierto de las grandes naciones. Lo digo aún á veces ¿para quién hemos trabajado apoderándonos de Roma y queriendo crearla una tercera aureola, si no es para la democracia de mañana? ¡Y cómo se explica que todo se hunda y que nada crezca ni arraigue con vigor desde el momento en que esa democracia está radicalmente ausente? Sí, la solución del problema no está en otra parte. ¡Crear un pueblo! ¡Crear una democracia italiana!

Pedro se calmó é inquieto no se atrevió á decir que una nación no se modificaba tan fácilmente, y que Italia era lo que el suelo, la raza y la historia habían hecho de ella, y quererla transformar de repente, podía ser una tarea peligrosa. Los pueblos, lo mismo que las criaturas, ¿no tienen una juventud activa, una edad moderna resplandeciente, una vejez más ó menos lenta, que va á parar á la muerte? ¡Una Roma moderna, democrática! ¡Gran Dios! Las Romas modernas se llaman París, Londres, Chicago. Por esto se limitó á decir prodentemente:

—Pero mientras esperáis ese gran trabajo de renovación por el pueblo, ¿no os parece que obraríais muy acertadamente siendo prudentes? Vuestra Hacienda está en muy mal estado, atravesáis graves dificultades sociales y económicas y corréis el riesgo de sufrir aún peores catástrofes antes de tener hombres y dinero. ¡Ah! ¡Qué hombre más prudente sería aquel de vuestros ministros que dijese en la tribuna: «Nuestro orgullo se equivocó; hemos cometido un grave error al querer improvisar una gran nación de la noche á la mañana, cuando hace falta más tiempo, trabajo y paciencia, y consentimos en no ser por ahora más que un pueblo joven que se recoge y trabaja en su rincón para fortificarse sin querer desempeñar hasta dentro de bastante tiempo un papel dominador; y desarmarnos, borrarnos del presupuesto de Guerra, del de Marina, todos los presupuestos de ostentación exterior para no consagrarnos más que á la prosperidad interior, á la instrucción, á la

educación física y moral del gran pueblo que juramos seremos dentro de cincuenta años.» Sí, contenerse; contenerse, vuestra salvación está en eso.

Orlando le escuchó poniéndose sombrío otra vez y entregándose á una ansiosa cavilación. Hizo un gesto cansado y vago, diciendo á media voz:

—¡No! ¡No! Darían una grita al ministro que se atreviese á decir semejante cosa. Sería una confesión demasiado dura, que no se puede pedir á un pueblo. Los corazones saltarían, se saldrían de los pechos. Y además, ¿no sería más grande el peligro si se dejse que se viniese abajo todo lo hecho hasta aquí? ¡Cuántas esperanzas abortadas! ¡Cuántas ruinas! ¡Cuántos materiales inútilmente esparcidos! No, no nos podemos salvar más que con paciencia y valor. ¡Adelante! ¡Adelante siempre! Somos un pueblo muy joven y hemos querido hacer en cincuenta años la unidad para la que otras naciones necesitaron doscientos años. Pues bien, hay que pagar esa prisa, es preciso esperar á que la recolección esté á punto, que madure para llenar nuestras granjas.

Con un nuevo gesto pareció encerrarse en su esperanza.

—Ya sabéis que nunca fuí partidario de la alianza con Alemania. Conforme predije, nos arruinó. No tenemos aún estatura para ir en compañía de tan rica y poderosa persona; á causa de esa guerra, á cada momento esperada, inevitable y sin cesar próxima, es por lo que sufrimos tan cruelmente con nuestros presupuestos de gran nación que nos aplastan. ¡Ah! Esa guerra, que no ha venido, consumió lo mejor de nuestra sangre, de nuestra savia y de nuestro oro y sin provecho alguno. Hoy no tenemos que hacer más que romper con una aliada que engañó nuestro orgullo, sin que nunca nos haya servido para nada y sin que la debamos más que desconfianzas y malos consejos. Pero todo eso era inevitable, y es de lo que no quieren convencerse en Francia. Puedo hablar con entera libertad, porque soy amigo declarado de Francia, y hasta me miran aquí por lo mismo con cierta prevención. Explicádselo á vuestros compatriotas, puesto que se empeñan en no quererlo comprender, que al día siguiente de la conquista de Roma y con nuestro deseo frenético de recobrar el rango

de antaño, necesitábamos desempeñar nuestro papel en Europa, afirmarnos, como potencia con la que se tendría que contar en adelante. Y la vacilación no estaba permitida; todos nuestros intereses parecían impulsarnos hacia Alemania, pues había en todo ello una cegadora evidencia que se imponía. La dura ley de la lucha por la vida, pesa sobre los pueblos tan fatalmente como sobre los individuos: esto es lo que explica y justifica la ruptura de las dos hermanas, el olvido de tantos lazos comunes, de la raza, de las relaciones comerciales y hasta si queréis, de los servicios prestados... Las dos hermanas ¡sí! que ahora se desgarran mutuamente, que se persiguen con un rencor tal, que de una y otra parte, no parece sino que se perdió el sentido común. Mi viejo corazón sangra con ese sufrimiento cuando lee los artículos de vuestros periódicos y de los nuestros que se cambian como flechas envenenadas. ¿Cuándo cesará esa fratricida matanza? ¿Cuál de las dos será la primera que comprenda la necesidad de la paz, de esa alianza de las razas latinas que se impone, si es que quieren vivir, ante la oleada cada vez más invasora de las otras razas?

Y alegremente, con su aire bonachón, de héroe desarmado por la edad y refugiado en la meditación, añadió:

—¡Vamos! Me vais á prometer, querido señor Froment, ayudarme en cuanto volváis á París. Juradme que en vuestra esfera de acción por muy restringida que sea, trabajaréis para hacer la paz entre Francia é Italia, porque no hay tarea más santa que esa. Pasasteis tres meses á nuestro lado y podréis decir lo que habéis visto y oído, ¡oh! y con entera franqueza. Si hemos cometido errores no estáis tampoco exentos de ellos. ¡Y qué diablos! ¡Las disputas entre familia no pueden ser eternas!

—Sin duda,—respondió Pedro,—pero por desgracia esas disputas son las más tenaces. En las familias cuando la sangre se exaspera contra la sangre, se llega á veces hasta el veneno y el puñal. No hay perdón posible.

Y no se atrevió á decir lo que pensaba. Desde que estaba en Roma y escuchaba y juzgaba esa querella entre Francia é Italia se resumía en un hermoso cuento trágico.

Había una vez dos princesas nacidas de una reina todo-

poderosa soberana del mundo. La mayor, que heredó el reino de su madre tuvo el secreto pesar de ver que la menor, establecida en un país inmediato, iba creciendo en riqueza, en fuerza, en esplendor, mientras que ella declinaba como debilitada por la edad, desmembrada, tan cansada y tan lastimada que se vió derrotada el día en que hizo un esfuerzo supremo para reconquistar la soberanía universal. Con qué amargura, con qué herida siempre sangrando vió á su hermana reponerse de las más tremendas sacudidas, recobrar su esplendor deslumbrador y reinar sobre la tierra con su fuerza, su gracia y su ingenio. Jamás la perdonaría, fuese cualquiera la actitud con respecto á ella, á aquella hermana envidiada y aborrecida. Esa era la herida en el costado, manando siempre sangre é incurable, esa vida de la una emponzoñada por la vida de la otra, ese rencor de la sangre caduca contra la sangre joven que no se calmaría más que con la muerte. Y hasta en el día quizás próximo que se hiciese la paz entre ellas, ante el evidente triunfo de la menor la otra conservaría en lo más profundo de su corazón el dolor sin fin de ser la primogénita y la vasalla.

—De todos modos contad conmigo,—respondió Pedro.

—Es en efecto, un gran dolor, un gran peligro esa enconada disputa entre dos pueblos... pero no diré de vosotros más que lo que creo en verdad pues soy incapaz de hacer otra cosa. Temo mucho que esa verdad no os guste, porque no estáis preparado para ella ni por costumbre ni por temperamento. Los poetas de todas las naciones que han venido aquí y que han hablado de Roma con su cultura clásica, os embelesaron con tales alabanzas, que no parecéis hechos para oir la verdad real acerca de la Roma de hoy. En vano se trataría de la parte soberbia porque de todos modos habría que llegar á la realidad de las cosas y precisamente es esa realidad la que no queréis admitir, aunque no sea más que como amantes de la belleza, muy susceptibles, semejantes á esas mujeres que perdieron su belleza, y á las que desespera la menor observación que las hacen acerca de sus arrugas.

—Sí, por cierto,—dijo Orlando echándose á reir con una risa infantil,—siempre conviene embellecerse algo, ¿á qué hablar de rostros feos? A nosotros no nos gusta en el tea-

tro más que la buena música, los lindos bailes, y los trozos ú obras que agradan. Lo demás, lo desagradable, ¡oh, Dios! ¡Eso ocultémoslo!

—Pero es que confieso de muy buena voluntad y en seguida el error capital de mi libro,—replicó el presbítero. —Esa Roma italiana que descuidé para sacrificarla á la Roma papal, con cuyo despertar soñé, existe y tan triunfante y poderosa ya que es seguramente la otra la que está condenada á desaparecer con el tiempo. Como he observado, en vano se empeñará el papa en ser inmutable en el Vaticano, cada día más agrietado y amenazando ruina, porque todo evoluciona á su alrededor, la sociedad negra se ha convertido en la ciudad gris al mezclarse con la sociedad blanca. Y nunca lo comprendí mejor que en el baile que dió el príncipe Buongiovanni, para celebrar los esponsales de su hija con vuestro sobrino. Salí encantado de allí y conquistado para la causa de vuestra resurrección.

—¡Ah! ¡Estuvísteis!—exclamó el anciano cuya mirada centelleó.—¿No es cierto que presenciasteis un espectáculo inolvidable y que no sospechabais nuestra vitalidad del pueblo que seremos cuando se venzan todas las dificultades de hoy? ¡Qué importa un cuarto de siglo, ni un siglo! Italia renacerá con su antigua gloria en cuanto el gran pueblo de mañana haya surgido de la tierra. Es muy cierto que execro al tal Sacco, porque en mi concepto es la encarnación de los intrigantes, de los ansiosos de goce, cuyos apetitos lo retrasaron todo al arrojarse sobre el cálido despojo de nuestra conquista que nos costará tantas lágrimas y tanta sangre; pero renací en mi muy querido Attilio, verdadera carne de mi carne, tan lleno de ternura y tan valiente que será el porvenir, la generación de personas valerosas cuya llegada instruirá y purificará al país. ¡Ah! ¡Qué el gran pueblo de mañana nazca de él y de Celia, la adorable princesita á la que Stefana, mi sobrina, mujer muy razonable en el fondo, acompañó aquí el otro día para presentármela. Si hubieseis visto á esa niña abrazarse á mi cuello, dándome los nombres más cariñosos, diciéndome que sería el padrino de su primer hijo para que se llamara como yo y salvase á Italia una segunda vez... ¡Sí! ¡Sí! ¡Qué la paz reine alrededor de esa cuna; que el casamiento de esos jóvenes sea la unión indestructible entre Roma y la nación entera, que todo se restaure y resplandezca en su amor!

Las lágrimas asomaron á sus ojos, y Pedro, al que conmovió aquella llamarada inextinguible de patriotismo que ardía aún en el héroe imposibilitado, quiso halagarle.

—Ese voto,—dijo.—fué el que hice yo también en la fiesta de sus esponsales, diciendo á vuestro hijo poco más ó menos lo que acabáis de decir. ¡Sí! ¡Qué sus bodas sean definitivas y fecundas; que nazca de ellas el gran país que os deseo con toda mi alma que seáis, ahora que aprendí á conoceros!

—¡Dijísteis eso!—exclamó Orlando.—¡Dijísteis eso! Vanos, entonces os perdono vuestro libro, comprendísteis al fin, y la nueva Roma ¡ahí la tenéis! Esa Roma que es la nuestra, que queremos rehacer para que sea digna de su pasado glorioso y una tercera vez reina en el mundo!

Con uno de sus expresivos gestos en los que ponía todo lo que le quedaba de vida, señaló á través de la rasgada ventana sin cortinas, el inmenso panorama que se desarrollaba.

Roma extendida á lo lejos, de un extremo del horizonte al otro.

Bajo el cielo de color de pizarra, bajo ese cielo de invierno tan raro, la ciudad adquiría una especie de majestad más elevada, la melancólica grandeza de una ciudad reina, hoy día decaída aún y que espera muda é inmóvil en el pesado aire el despertar ruidoso, la realeza reconocida al fin por todos y que de nuevo la han prometido. Desde los barrios nuevos del Vaticano hasta los lejanos árboles del Janículo, desde los rojos tejados del Capitolio á las verdes cimas del Pincio, la oleada de las terrazas, de las torres, de las cúpulas, tenía todo una extensión de océano, con un balanceo continuo de olas profundas y grises.

De una manera brusca volvió Orlando la cabeza y apostrofó, impulsado por un acceso de paternal indignación, al joven Angiolo Mascara:

—¡Y tú, desventurado, ahí tienes á nuestra Roma que quieres destruir con tus bombas, que dices quieres arrasar

como una casa ruinosa y podrida, con objeto de librar para siempre á la tierra!

Angiolo, hasta entonces silencioso, escuchó apasionadamente toda la conversación. En su rostro imberbe de belleza de joven rubia, reflejábanse las menores impresiones como instantáneos rubores, y sobre todo, sus ojos centellearon cuando oyó hablar del pueblo, de ese pueblo nuevo que había que crear.

—Sí,—dijo lentamente con su pura voz musical.—Sí, arrasarla para no dejar ni una sola piedra; pero destruirla para reconstruirla.

—La reconstruiría,—repitió el adolescente poniéndose en pie y con voz temblona de profeta inspirado;—sí, la reconstruiría; pero grande, hermosa y noble. ¿No se necesita para la democracia de mañana, para la humanidad al fin libre, una ciudad única, el arca de la alianza, el centro mismo del mundo? ¿Es que no es Roma la designada, la que las profecías señalan como eterna é inmortal, aquella en que se cumplirán los destinos de los pueblos? Pero para que sea el santuario definitivo, la capital de los reinos destruídos, en la que se reunirán una vez al año los sabios de todos los pueblos, se la debe purificar primero por el fuego para que no quede nada en ella de las antiguas mancillas. En seguida, cuando el sol haya consumido las pestilencias del vetusto suelo, la construiremos diez veces más hermosa, más grande que ha sido jamás. ¡Y qué ciudad, en fin, de verdad y de justicia, la Roma anunciada, esperada desde hace tres mil años, toda ella de oro y de mármol llenando la campiña, desde el mar hasta los montesc de la Sabina y á los montes Albanos, tan próspera y tan prudente, que sus veinte millones de habitantes vivirán con la alegría de existir después de haber reglamentado la ley del trabajo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Roma, Madre y Reina, sola sobre la faz de la tierra y para toda una eternidad!

Admirado escuchóle Pedro, ¡cómo! ¿hasta eso había ido á parar la sangre de Augusto? Durante la Edad Media los papas no habían podido ser los dueños de Roma sin experimentar la necesidad de reconstruirla, impulsados por su voluntad secular de reinar de nuevo sobre el mundo. Recientemente, cuando la joven Italia se apoderó de Roma, cedió en seguida á esa locura atávica de la dominación

universal, queriendo á su vez convertirla en la más grandiosa de las ciudades, construyendo barrios enteros para una población que no se presentó. Y he ahí que hasta los anarquistas, en medio de su rabia de trastorno, estaban dominados por ese mismo ensueño obstinado de la raza, desmesurado esta vez, pues querían una cuarta Roma monstruosa, cuyos arrabales acabasen por invadir los continentes con objeto de poder albergar á la humanidad libertada reunida en una familia única.

Era aquello el colmo, y no se dió nunca prueba más extravagante de la sangre de orgullo y de soberanía que abrasara las venas de aquella raza desde que Augusto le dejó la herencia de su imperio absoluto, con el furioso instinto de creer que el mundo le pertenecía legalmente y que tenía la misión, siempre próxima, de reconquistarle. Esto surgía del mismo suelo, una savia que embriagó á todos los hijos de ese mantillo histórico, que los empujaba á todos á convertir su ciudad en la Ciudad que reinó, que reinaría resplandeciente al llegar los días pronosticados por los oráculos. Y Pedro recordó las cuatro letras fatídicas *S. P. Q. R.* (1) de la antigua Roma gloriosa que encontrara por todo en la Roma actual, como una orden de definitivo triunfo dada al destino, viéndolo en todas las murallas, en todas las insignias, hasta en los carros de los basureros municipales que por la mañana recogían la basura.

Comprendió Pedro la prodigiosa vanidad de aquellas gentes deslumbradas por la grandeza de sus abuelos, hipnotizados ante el pasado de su Roma, declarando que en ésta se encierra todo, que es la esfinge encargada de dar un día la clave del universo, y tan grande, tan noble, que en ella todo se engrandece y ennoblece, que llegan hasta á exigir para ella el respeto idolátrico de la tierra entera en la vivaz ilusión de la leyenda en que se envuelve en medio de esa intrincada confusión de lo que ha sido grande y ya no lo es.

—¡Pues si la conozco tu cuarta Roma,—añadió Orlando, que se divertía de nuevo.—Es la Roma del pueblo, la capital de la República universal que Mazzini soñó antes. Es cierto que le añadía el papa... Ahí tienes, hijo mío, el por

---

(1) «Senatus populus que romanus.»

qué nosotros, los antiguos republicanos nos hemos resellado. Nuestro temor fué el de ver que el país caía en poder de esos insensatos, de esos locos furiosos que te han trastornado el juicio. Y á fe mía que si nos resignamos con nuestra monarquía es porque ésta apenas se diferencia de una buena república parlamentaria... Vamos, hasta otro día, y que seas cuerdo y no olvides que tu pobre madre moriría de pena si te ocurría algún percance. Ven á que, á pesar de todo, te dé un beso.

Al recibir Angiolo el beso del héroe, se ruborizó como una muchacha. Después se marchó con su aire dulce de soñador despierto, habiendo antes saludado al presbítero con un movimiento de cabeza y sin decir una palabra. Reinó el silencio en la habitación, y al fijarse las miradas de Orlando en los periódicos esparcidos sobre la mesa, habló del tremendo duelo del palacio Boccanera. ¡Aquella pobre Benedetta, á la que él quiso comp á hija adorada en los días de tristeza que pasó á su lado; qué muerte más fulminante, qué trágico destino que se la llevó así en la muerte del hombre al que amaba!

Y pareciéndole extraños los relatos de los periódicos, teniendo el corazón dolorido y atormentado por lo que presentía de ignorado, pidió que le diesen detalles, y en esto estaba cuando de pronto, Prada, su hijo, entró bruscamente, con el rostro torturado por la inquietud y respirando anhelosamente por haber subido muy deprisa. Acababa de despedir á sus contratistas con impaciente brutalidad, sin tener en cuenta la grave crisis porque atravesaba su fortuna comprometida y en vísperas de la ruina, y cediendo á un deseo tal de enterarse de lo que pasaba arriba al lado de su padre, que ni siquiera escuchó á nadie, importándole muy poco saber si la casa se iba ó no á hundir sobre su cabeza. Y cuando estuvo arriba en presencia del anciano, su primera mirada ansiosa fué para examinarle y darse cuenta de si el presbítero, con alguna palabra imprudente, no le había herido de muerte. Estremecióse al verle tembloroso, emocionado, hasta derramar lágrimas, al hablar de la terrible aventura. Por un momento creyó que llegaba tarde, que era irremediable la desgracia.

—¡Dios mío! ¿Qué tenéis, padre, por qué lloráis?—preguntó, y se postró á sus pies, arrodillándose, cogiéndole las manos, contemplándole trastornado, con una admiración tan grande que parecía ofrecerle toda la sangre de su corazón para evitarle el menos disgusto.

—Es la muerte de esa pobre mujer,—respondió Orlando tristemente.—Decía al señor Froment cuánto me apenó y que no acertaba aún á explicarme la aventura. Los periódicos hablan de una muerte repentina, y esto es siempre extraordinario.

Púsose Prada en pie; estaba muy pálido. Pedro no había hablado; pero ¡qué minuto más horroroso! ¿Y si respondía y si hablaba?

—Estabais delante, ¿no es cierto?—siguió diciendo el anciano.—Lo visteis todo. Contadme cómo sucedió.

Prada miró á Pedro. Sus miradas se fijaron, entraron la una en la otra. Entre ellos volvía todo á empezar; era aún el Destino en marcha, Santobono encontrado al pie de las pendientes de Frascatti con su cestito; era el regreso á través de la melancólica campiña, la conversación acerca del veneno, mientras que el cestito rodaba y se balanceaba suavemente sobre las rodillas del cura; era la *hostería* adormecida del desierto, la pollita negra muerta, con un hilillo de sangre violácea en el pico. Después, aquella misma noche el baile de los Buongiovanni que resplandecía, todo un olor de mujeres, todo un triunfo del amor. Era por último ante el palacio Boccanera, negro, bajo la luna de plata, en donde un hombre encendía un cigarro y se marchaba sin volver la cabeza, dejando al obscuro Destino que hiciese su tarea de muerte. Esta historia sabíanla ambos, la revivían; no tenían necesidad de repetirla alto para tener la seguridad de que se habían adivinado hasta el fondo del alma. Pedro no respondió en seguida al viejo.

—¡Oh!—murmuró al cabo.—¡Cosas atroces... horrorosas!

—Sin duda, es lo mismo que sospeché,—dijo Orlando.—Podéis decirlo todo, porque mi hijo perdonó ante la muerte.

La mirada de Prada buscó otra vez la de Pedro, apoyándola con fuerza, tan cargada de ardientísima súplica, que este último se conmovió profundamente. Se acordó de las angustias de aquél, durante el baile, de la atroz tortura

de los celos que debió sufrir antes de dejar al Destino el cuidado de su venganza.

Reconstituyó lo que debió pasar en su ánimo antes del terrible desenlace; ante todo, el estupor por la rudeza del Destino, de esa venganza que no pidió tan feroz; después la calma del jugador sereno que espera los acontecimientos, leyendo los periódicos, no teniendo más remordimientos que los del capitán al que la victoria costó muchos hombres. Comprendió en seguida que el cardenal echaría tierra sobre el asunto por honra de la Iglesia, y conservaba en el corazón un gran peso, tal vez la pena por aquella mujer tan deseada que no poseyó ni poseería jamás; tal vez unos horrorosos celos postreros que no confesaba y con los que sufriría eternamente al saber que, aun en la tumba, estaba en brazos de otro.

Y he ahí que de ese esfuerzo vencedor para aparecer tranquilo, de esa espera fría y sin remordimientos, surgía el castigo con el miedo de que el Destino, andando con sus higos envenenados, no se hubiese detenido otra vez y no hiriese de contra golpe á su padre. Otro rayo que caía, otra víctima la más inesperada y la más adorada. Toda su fuerza de resistencia cedió en un minuto, y se hallaba allí, con el terror del Destino, más desanimado y más tembloroso que un niño.

—Pero,—dijo Pedro con lentitud, como si buscase las palabras;—los periódicos han debido deciros que el príncipe sucumbió el primero y que la *contessina* murió de pena al abrazarle por última vez... Las causas de la muerte ¡Dios mío! ya sabéis que hasta los médicos mismos, á veces, no tienen seguridad...

Callóse porque oía de pronto la voz de Benedetta, moribunda, que le daba una orden terrible: «Veréis á su padre, y os encargo le digáis que maldije á su hijo. Quiero que lo sepa, debe saberlo para la verdad y la justicia.» ¡Gran Dios! ¿Iba á obedecer? ¿sería esa una orden sagrada que debía cumplirse á pesar de todo, aunque las lágrimas y la sangre tuviesen que correr á torrentes? Durante algunos segundos sufrió con el más desgarrador de los combates, luchando con esa verdad y esa justicia invocadas por la muerta y su deseo personal de perdón, con el horror que á sí propio se inspiraría si mataba á aquel viejo

cumpliendo su implacable misión que no favorecía á nadie. Indudablemente, que el otro, el hijo, debió comprender que en su fuero interno se libraba una lucha tremenda, de la que debía salir la suerte de su padre, porque su mirada se hizo más intensa, más suplicante.

—Al principio se creyó era una mala digestión,—continuó Pedro;—pero la enfermedad se agravó muy deprisa, se asustaron, é inmediatamente fueron en busca del médico.

¡Ah! ¡Los ojos de Prada! Tenían una expresión tan desesperada, estaban tan llenos de cosas las más conmovedoras, las más fuertes, que Pedro leyó las razones decisivas que le iban á impedir hablar. ¡No! ¡No! No heriría al anciano inocente, pues no prometió nada, y habría creído cargar con un crimen la memoria de la muerta si obedeciera á los postreros rencores de ésta. Durante algunos minutos de angustia sufrió Prada una vida entera de dolor tan abominable que bien podía decirse habíase hecho algo de justicia.

—Entonces,—siguió diciendo Pedro;—cuando el médico estuvo allí reconoció que se trataba de una fiebre infecciosa... No hay duda posible. Esta mañana asistí al funeral que fué una ceremonia conmovedora.

No insistió más Orlando, y con el gesto indicó cuan conmovido había estado él aquella mañana, acordándose del funeral. Después, en el momento en que se volvía para arreglar los periódicos con mano que aun temblaba, Prada, con el cuerpo helado aun por un sudor mortal, tambaleándose, apoyándose en el respaldo de una silla para no caer, miró otra vez á Pedro, pero con una mirada fija, muy dulce, impregnada de reconocimiento y con la que le daba gracias.

—Me marcho esta noche,—dijo Pedro, quebrantado y deseando cortar la conversación,—y vengo á despedirme. ¿No tenéis ningún encargo que darme para París?

—No, no,—respondió Orlando; pero recordando de pronto añadió.—¡Eh! ¡sí! Tengo que encargaros algo. Ya os acordaréis del libro de mi antiguo compañero de armas, Teófilo Morin, de uno de los Mil de Garibaldi, de ese manual para el bachillerato que quería traducir para que lo declarasen de texto entre nosotros. Estoy contento por-

que cuento con la promesa de que lo admitirán en las escuelas, pero con la condición de que haga algunas modificaciones. Luigi, dame ese libro que está ahí, en ese estante.

Cuando su hijo le entregó el libro, enseñó á Pedro las notas que había escrito con lápiz en las márgenes, explicándole las modificaciones que deseaban del autor en el plan general de la obra.

—Sed lo bastante amable para llevar en persona este ejemplar á Morin, cuyas señas están en la cubierta. Me evitaréis el trabajo de escribir una larga carta, y en diez minutos le diréis más que lo que podría yo contarle en diez páginas. Le daréis un abrazo de mi parte, diciéndole que sigo queriéndole como antaño cuando podía contar con mis piernas y los dos nos batíamos como demonios, entre una lluvia de balas.

Sucedió á esto un corto silencio, ese silencio, esa cortedad enternecida del momento de la parida.

—¡Vamos! ¡Adiós! Abrazadme por él y por vos; besadme con ternura como lo hizo poco ha ese niño... Estoy tan viejo y tan acabado, querido señor Froment, que me permitiréis llamaros hijo mío y besaros como abuelo, deseándoos valor, paz y la fe en la vida, que es la única que ayuda á vivir.

Conmovióse tanto Pedro, que las lágrimas asomaron á sus ojos cuando besó con toda su alma en las dos mejillas al héroe imposibilitado, al que vió también llorar. Con una mano vigorosa aun y semejante á un torno le retuvo un momento contra su sillón de impedido, mientras que con la otra le señalaba por postrera vez á Roma inmensa en su duelo, bajo su ceniciento cielo. Su voz se tornó baja, estremecida, temblorosa.

—¡Por favor, juradme que la amaréis á pesar de todo, porque es la cuna, es la madre! ¡Amadla por lo que fué y por lo que quiere ser! No digáis que concluyó. ¡No digáis que concluyó, amadla para que viva y sea aún, para que sea siempre!

Sin poder responder, Pedro le abrazó otra vez trastornándole el ver tanta pasión en aquel viejo que hablaba de su ciudad con tanta pasión, como á los treinta años se habla de una mujer adorada. Y le encontraba tan hermoso, tan grande con su erizamiento de viejo león encanecido, con su voluntad tenaz de una resurrección próxima, y una vez más evocó el recuerdo de aquel otro gran anciano, del cardenal Boccanera, también aferrado á su fe, no queriendo abandonar nada de su sueño, aunque tuviese que perecer en su sitio con la caída del cielo. Estaban ambos cara á cara en los dos extremos de la ciudad, dominando solos el horizonte con su elevada estatura y esperando al porvenir.

Después, cuando hubo saludado á Prada y se encontró fuera, en la calle del Veinte de Septiembre, no tuvo más que una prisa, la de volver al palacio de la vía Julia para arreglar su equipaje y marcharse. Había hecho todas las visitas de despedida y no le quedaba más que hacer que decir adiós á *donna* Serafina y al cardenal, dándoles gracias por su bondadosa hospitalidad. Para él únicamente se abrieron sus puertas, porque se encerraron en sus cuartos al volver del funeral, resueltos á no recibir. A la hora del crepúsculo, pudo Pedro creerse completamente solo en el vasto palacio, en el que sólo Victorina le hacía compañía. Como indicase que deseaba comer en compañía de *don* Vigilio, le contestó ella que el abate se había encerrado en su cuarto y fuese á llamar á la puerta de éste, inmediato al suyo, pues deseaba al menos estrechar por última vez la mano al secretario; no obtuvo respuesta y adivinó que, víctima de algún acceso de fiebre ó de miedo, se negaba á verle por temor á comprometerse más.

Desde luego quedó todo arreglado, y convenido que una vez que el tren no salía hasta las diez y siete de la noche, Victorina mandaría que le sirviesen la comida en la mesita de su cuarto á las ocho de la noche como de costumbre. Ella misma le llevó una lámpara y ofreció sus servicios para arreglarle la ropa; pero Pedro no quiso que le ayudasen y Victorina tuvo que dejarle que arreglase tranquilamente su maleta que no bastaba para encerrar su ropa blanca y los trajes que mandara á buscar á París, á medida que se prolongaba su permanencia, y había comprado una cajita. La tarea, sin embargo, no fué larga, y pronto quedó vacío el armario, registrados los cajones, la caja y la maleta se llenaron y se cerraron con sus llaves.

No eran aún más que las siete; tenía que esperar una hora antes que comer, y sus miradas, al recorrer las pare-

des para asegurarse de que no se había olvidado nada, se fijaron en el antiguo cuadro, en aquella pintura de un ignorado maestro que durante su permanencia le emocionó tantas veces. Precisamente la lámpara lo iluminaba de lleno, con una luz evocadora, y aquella vez recibió el golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que imaginó ver en el cuadro, en esa hora postrera, un símbolo de su derrota en Roma, en esa doliente y trágica figura de mujer, medio desnuda, envuelta en un paño, sentada en el dintel del palacio del que la arrojaran, llorando con el rostro oculto entre las manos.

Aquella expulsada, aquella obstinada, que sollozaba de semejante manera y de la que no se sabía nada ni cual era su rostro, ni de donde venía, ni lo que había hecho, ¿no era la imagen de la inutilidad del esfuerzo hecho para forzar la puerta de la verdad, de todo el abandono en que el hombre cae en cuanto tropieza con el muro que le cierra lo desconocido? Contemplóla largo rato dominado otra vez por el pesar de tenerse que marchar, antes de haber conocido su rostro, cubierto con su cabellera de oro, esa faz de dolorida hermosura, que soñaba resplandeciente de juventud y tan deliciosa en su misterio. Y Pedro creía conocerla, estaba á punto de lograrlo cuando oyó llamar á la puerta y tuvo una gran sorpresa al ver entrar á Narciso Habert, que hacía tres días había marchado á Florencia en una de esas fugas de afición al arte que solían acometer al joven agregado de embajada. Inmediatamente excusó Narciso su brusca invasión.

—Ahí tenéis vuestro equipaje; sé que marcháis esta noche y no quise que os fueseis sin estrechar antes vuestra mano. ¡Y cuántas cosas y qué espantosas ocurrieron desde que nos vimos! Llegué esta tarde y no pude asistir al entierro y funeral de la mañana. Ya podéis figuraros cuál habrá sido mi asombro al enterarme de esas muertes.

Le hizo algunas preguntas, pues, como hombre que conocía la sombría Roma legendaria, sospechaba la existencia de algún drama no revelado. Desde luego no insistió mucho como persona muy prudente en el fondo, y que desea no cargarse inútilmente con el peso de temibles secretos. Se contentó con entusiasmarse con lo que le dijo el presbítero acerca de los dos amantes, enlazados el uno

en brazos del otro, con una belleza sobrehumana en la muerte. Y se incomodó porque nadie hizo un diseño.

—¡Vos mismo pudísteis hacerlo, querido! No importa que no sepáis dibujar; habríais puesto vuestra ingenuidad y tal vez hiciérais una obra maestra,—dijo, y calmándose, prosiguió.—¡Ah! ¡Pobre *contessina*, pobre príncipe! No importa, vedlo, todo puede derrumbarse en este país, pero les queda la belleza, y ésta es indestructible.

A Pedro le chocaron estas palabras y hablaron mucho de Italia, Roma, Nápoles y Florencia. ¡Ah! ¡Florencia!—repetía lánguidamente Narciso, que encendió un cigarrillo y hablaba lentamente á la vez que sus miradas examinaban la habitación.

—Aquí estáis muy bien y con mucha tranquilidad. No había subido nunca á este piso,—dijo, y sus miradas vagaban por las paredes cuando se fijaron en el antiguo cuadro iluminado por la lámpara. Durante un momento parpadeó, quedándose sorprendido, hasta que de pronto se levantó y acercó.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Pues es muy bueno, muy hermoso!

—¿No es cierto que sí?—respondió Pedro.—No soy inteligente, y sin embargo, me conmovió desde el primer día. ¡Cuántas veces me paré ahí delante, latiéndome el corazón henchido de cosas indecibles!

Narciso no dijo nada, poniéndose á examinar la pintura desde muy cerca y con el cuidado de un conocedor, de un perito cuya mirada penetrante decide acerca de la autenticidad y del valor de la mercancía. En su rostro rubio y extasiado se reveló la más grande de las alegrías, mientras que sus dedos sufrían un ligero temblor.

—¡Un Boticelli! ¡Es un Boticelli! No es posible dudarlo. Fijaos en las manos, en los pliegues de esos paños... El tono del cabello, la manera de hacer... el vuelo todo de la composición... ¡Un Boticelli! ¡Dios mío! ¡Un Boticelli!

Desfallecía, se desbordaba con una admiración creciente á medida que se penetraba de aquel asunto tan sencillo y conmovedor. ¿No era el cuadro de un modernismo agudo? El artista previó todo nuestro siglo doloroso, nuestras inquietudes ante lo invisible, nuestra angustia al no poder franquear la puerta del misterio para siempre cerrada. ¡Y aquel símbolo eternal de la miseria del mundo era

des para asegurarse de que no se había olvidado nada, se fijaron en el antiguo cuadro, en aquella pintura de un ignorado maestro que durante su permanencia le emocionó tantas veces. Precisamente la lámpara lo iluminaba de lleno, con una luz evocadora, y aquella vez recibió el golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que imaginó ver en el cuadro, en esa hora postrera, un símbolo de su derrota en Roma, en esa doliente y trágica figura de mujer, medio desnuda, envuelta en un paño, sentada en el dintel del palacio del que la arrojaran, llorando con el rostro oculto entre las manos.

Aquella expulsada, aquella obstinada, que sollozaba de semejante manera y de la que no se sabía nada ni cual era su rostro, ni de donde venía, ni lo que había hecho, ¿no era la imagen de la inutilidad del esfuerzo hecho para forzar la puerta de la verdad, de todo el abandono en que el hombre cae en cuanto tropieza con el muro que le cierra lo desconocido? Contemplóla largo rato dominado otra vez por el pesar de tenerse que marchar, antes de haber conocido su rostro, cubierto con su cabellera de oro, esa faz de dolorida hermosura, que soñaba resplandeciente de juventud y tan deliciosa en su misterio. Y Pedro creía conocerla, estaba á punto de lograrlo cuando oyó llamar á la puerta y tuvo una gran sorpresa al ver entrar á Narciso Habert, que hacía tres días había marchado á Florencia en una de esas fugas de afición al arte que solían acometer al joven agregado de embajada. Inmediatamente excusó Narciso su brusca invasión.

—Ahí tenéis vuestro equipaje; sé que marcháis esta noche y no quise que os fueseis sin estrechar antes vuestra mano. ¡Y cuántas cosas y qué espantosas ocurrieron desde que nos vimos! Llegué esta tarde y no pude asistir al entierro y funeral de la mañana. Ya podéis figuraros cuál habrá sido mi asombro al enterarme de esas muertes.

Le hizo algunas preguntas, pues, como hombre que conocía la sombría Roma legendaria, sospechaba la existencia de algún drama no revelado. Desde luego no insistió mucho como persona muy prudente en el fondo, y que desea no cargarse inútilmente con el peso de temibles secretos. Se contentó con entusiasmarse con lo que le dijo el presbítero acerca de los dos amantes, enlazados el uno

en brazos del otro, con una belleza sobrehumana en la muerte. Y se incomodó porque nadie hizo un diseño.

—¡Vos mismo pudísteis hacerlo, querido! No importa que no sepáis dibujar; habríais puesto vuestra ingenuidad y tal vez hiciérais una obra maestra,—dijo, y calmándose, prosiguió.—¡Ah! ¡Pobre *contessina*, pobre príncipe! No importa, vedlo, todo puede derrumbarse en este país, pero les queda la belleza, y ésta es indestructible.

A Pedro le chocaron estas palabras y hablaron mucho de Italia, Roma, Nápoles y Florencia. ¡Ah! ¡Florencia!—repetía lánguidamente Narciso, que encendió un cigarrillo y hablaba lentamente á la vez que sus miradas examinaban la habitación.

—Aquí estáis muy bien y con mucha tranquilidad. No había subido nunca á este piso,—dijo, y sus miradas vagaban por las paredes cuando se fijaron en el antiguo cuadro iluminado por la lámpara. Durante un momento parpadeó, quedándose sorprendido, hasta que de pronto se levantó y acercó.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Pues es muy bueno, muy hermoso!

—¿No es cierto que sí?—respondió Pedro.—No soy inteligente, y sin embargo, me conmovió desde el primer día. ¡Cuántas veces me paré ahí delante, latiéndome el corazón henchido de cosas indecibles!

Narciso no dijo nada, poniéndose á examinar la pintura desde muy cerca y con el cuidado de un conocedor, de un perito cuya mirada penetrante decide acerca de la autenticidad y del valor de la mercancía. En su rostro rubio y extasiado se reveló la más grande de las alegrías, mientras que sus dedos sufrían un ligero temblor.

—¡Un Boticelli! ¡Es un Boticelli! No es posible dudarlo. Fijaos en las manos, en los pliegues de esos paños... El tono del cabello, la manera de hacer... el vuelo todo de la composición... ¡Un Boticelli! ¡Dios mío! ¡Un Boticelli!

Desfallecía, se desbordaba con una admiración creciente á medida que se penetraba de aquel asunto tan sencillo y conmovedor. ¿No era el cuadro de un modernismo agudo? El artista previó todo nuestro siglo doloroso, nuestras inquietudes ante lo invisible, nuestra angustia al no poder franquear la puerta del misterio para siempre cerrada. ¡Y aquel símbolo eternal de la miseria del mundo era

aquella mujer á la que no se la veía el rostro y que sollozaba trastornada sin que se pueda enjugar sus lágrimas! ¡Un Boticelli desconocido, un Boticelli tan notable y que no figuraba en ningún catálogo; qué hallazgo!

Se interrumpió para preguntar.

—¿Sabíais qué es un Boticelli?

—A fe mía, no. Un día interrogué á *don* Vigilio, pero me pareció que hacía poco caso de esa pintura, y Victorina, á la que también hablé, dijo que todas esas antiguallas no eran más que nidos de polvo.

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Narciso.—¡Tienen aquí un Boticelli sin saberlo! ¡Ah! ¡Cómo reconozco en eso á mis príncipes romanos incapaces en su mayor parte de reconocer una obra de arte si antes no la pusieron encima una etiqueta! Es un Boticelli que ha sufrido un poco; pero al que una limpieza bien hecha daría un gran valor, convirtiéndolo en una maravilla, en un cuadro famoso, al que creo tasar muy bajo diciendo que un museo pagaría por él...

Callóse de pronto y no dijo la cifra, acabando la frase con un gesto vago. La noche iba avanzando, y cuando Victorina entró seguida de Giacomo para servir la comida en la mesilla, volvióse Narciso de espaldas al cuadro de Boticelli y no dijo ni una palabra más. Pero Pedro, cuya atención estaba al acecho, admiró todo el trabajo que se estaba realizando en su interior, á pesar de verle tan frío y con sus ojos obscuros que adquirían reflejos de acero. No ignoraba que, bajo el mancebo angélico, bajo la apariencia del florentino, se ocultaba un mozo muy avezado á los negocios, que cuidaba admirablemente su fortuna, mostrándose hasta un poco avaro, según decían. Así que no pudo por menos de sonreir cuando observó que se paraba ante aquella Virgen tan mala, copia detestable de un cuadro del siglo XVIII, colgada al lado de la obra maestra, y exclamaba:

—¡Ved esto! ¡No es del todo malo! Precisamente tengo un amigo que me encargó que le comprase algunos cuadros... Decidme Victorina, ¿creéis que ahora que el cardenal y *donna* Serafina están solos, tendrían algún inconveniente en desembarazarse de algunos cuadros sin valor?

La criada levantó los dos brazos al aire, como queriendo decir que si aquello dependiese de ella, que se los podía llevar todos.

—Creo, señor, que á un comerciante no se los venderían, á causa de esas murmuraciones que corren en seguida, pero tratándose de un amigo, no creo que tuviesen ningún inconveniente. La casa está atrasada y el dinero no vendría mal.

En vano quiso Pedro que Narciso se quedase á comer con él, pues le dió palabra de honor de que le estaban esperando, y hasta caído en falta. Y marchó después de estrechar las dos manos á Pedro, deseándole un buen viaje. Dieron las ocho, y en cuanto quedó solo, se sentó ante la mesita, quedándose Victorina para servirle, después de haber mandado retirar á Giacomo, que había subido en un cesto el servicio.

—Me queman la sangre estas gentes de aquí con su lentitud,—dijo,—y además, señor abate, es un placer para mí el serviros vuestra última comida aquí. Ya lo veis; hice que os arreglasen una comida á la francesa, un pollo asado y un lenguado al horno.

Conmovióle la atención, considerándose dichoso al tener por compañera á aquella compatriota mientras que comía, en medio del enorme silencio del antiguo palacio negro y desierto. Conservaba Victorina en toda su gruesa y redonda persona, la tristeza de su suelo, la pérdida dollorosa de su querida *contessina;* no obstante la labor cotidiana se había vuelto á apoderar de ella; su servidumbre aceptada la hacía erguirse, devolviéndola su despierta actividad en su humildad de muchacha pobre y resignada á las peores catástrofes de este mundo. Y hablaba casi alegremente, sin dejar de mudarle los platos.

—¡Y pensar, señor abate, que pasado mañana estaréis en París! En cuanto á mí, paréceme que salí ayer de Auneau. ¡Ah! ¡Es el terruño lo que es hermoso allá abajo: una tierra grasa, amarilla como el oro! No es como esta de aquí, tan flaca y que apesta á azufre. ¡Y qué frescos, qué hermosos son los sauces que hay á la orilla de nuestro riachuelo! ¡Y el bosquecillo en que hay tanto musgo! No, no tienen aquí nada de eso, y sí únicamente árboles de hierro fundido bajo este sol tan bestia que quema las hierbas. ¡Dios mío! En los primeros tiempos habría dado

no sé qué por una buena lluvia que me mojase, que me limpiase de su sucio polvo. Aun ahora me late el corazón cuando me acuerdo de las hermosas mañanas de nuestra tierra, aun, sí, de esos días en que ha llovido la víspera y toda la campiña tiene un aspecto tan agradable, tan dulce como si riese después de haber llorado... ¡No! ¡No! ¡Jamás me acostumbraré á esta condenada Roma! ¡Qué gentes! ¡Qué país!

Se divertía Pedro con aquel cariño al terruño, que después de llevar allí veinticinco años de permanencia la hacía impenetrable, extraña, é inspirándola horror aquella ciudad de luz dura y de vegetación negra como á hija de un país templado, sonriente y bañado por la mañana por sonrosadas brumas. El mismo se decía, no sin una emoción muy viva, que iba á volver á ver las orillas deliciosas del Sena.

—Pero ahora que vuestra ama murió y que nada os detiene aquí, ¿por qué no tomáis el tren conmigo?

—¡Marcharme yo con vos é irme allá arriba!—exclamó, mirándole sorprendida.—¡Oh! Eso no puede ser, es imposible, señor abate. Desde luego sería una ingratitud muy grande, porque *donna* Serafina se acostumbró á mí, y obraría muy mal abandonándola á ella y á su eminencia cuando están tan angustiados. Y además, ¿qué queréis que yo haga por allí? Ahora mi agujero está aquí.

—¡Entonces nunca más volveréis á Auneau!

—No, jamás, es cierto.

—¿Y no os apena la idea de que os entierren aquí y de dormir en esta tierra que huele á azufre?

—¡Oh! ¡Cuando esté muerta, me importa muy poco el sitio en que me coloquen!—respondió echándose alegremente á reir.—En todas partes se está bien para dormir, señor abate. Es una lástima que la idea de lo que hay después de la muerte os inquiete tanto. ¡No hay nada, pardiez! Lo que me tranquiliza y me divierte, es que entonces descansaré y todo habrá concluído para mí. El buen Dios nos debe esto después de lo mucho que hemos trabajado... Bien sabéis que no soy una devota ¡oh! no; pero no me impidió portarme honradamente, y es cierto que, tal como me veis, jamás tuve un amante. Cuando se

habla de estas cosas á mi edad, parece que se dicen tonterías. Si lo digo, es por la pura verdad.

Siguió riéndose como muchacha animosa que no cree en los curas y que no tiene que reprocharse sobre su conciencia ningún pecado. Y á Pedro le asombró ese sencillo valor de vivir, ese grande y buen sentido práctico en aquella mujer laboriosa, tan adicta, que simbolizaba para él al pueblo bajo descreído de Francia, á aquellos que no creían ni creerían jamás. ¡Ah! ¡Ser como ella! Desempeñar su trabajo y acostarse para el sueño eterno, sin una rebelión de orgullo y con la única alegría de haberse llevado á cabo su parte de trabajo!

—Entonces, Victorina, si paso por Auneau, ¿queréis que salude al bosquecillo lleno de musgo?

—Eso es, señor abate, decidle que conservo su recuerdo en mi corazón y que lo veo reverdecer todos los días.

Cuando Pedro acabó de comer, mandó Victorina que Giacomo retirase todo el servicio y luego, como no eran más que las ocho y media, aconsejó al presbítero que pasase aún tranquilamente una hora más en la habitación. ¿A qué irse á la estación tan temprano á coger frío? A las nueve y media enviaría á buscar un carruaje, y en cuanto éste llegase, subiría á decírselo y mandaría que bajasen el equipaje; de manera que podía estar tranquilo y no tenía que inquietarse por nada. Cuando Victorina se marchó y se quedó solo, experimentó una sensación de vacío de extraordinario desprendimiento. Su equipaje, la maleta y la caja, estaban en el suelo en un rincón del cuarto; ¡y qué cuarto más mudo, vago y muerto aquel que se le ofrecía ya á la vista como desconocido! No le quedaba más que hacer que marcharse... se había marchado ya, y Roma á su alrededor no era más que una imagen, la que se iba á llevar en su memoria... Una hora más, y aquello le pareció que tenía una longitud desmesurada.

A sus pies el vetusto, desierto y negro palacio dormía con el anonadamiento de su silencio. Se sentó para esperar y se sumió en una profunda cavilación. Fué su libro lo que evocó, *Nueva Roma*, tal cual lo escribiera y había ido allí decidido á defenderle. Y recordó la primera mañana pasada en el Janículo, en la orilla de San Pietro in Montorio, enfrente de la Roma que soñaba, tan rejuvene-

cida, tan dulce en su infancia bajo el gran cielo puro y como volando entre la frescura de la mañana. Allí se hizo la pregunta decisiva: ¿Podría renovarse el catolicismo, volver al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno trastornado y en peligro de muerte espera para tranquilizarse y vivir? Su corazón latía de entusiasmo y de esperanza, iba, apenas repuesto de su desastre de Lourdes, á intentar otra experiencia suprema, preguntando á Roma cuál sería su respuesta. Y á la sazón su experiencia fracasó, conocía la respuesta que Roma le diera por medio de sus ruinas, sus monumentos, por su misma tierra y hasta por su propio pueblo, por sus prelados y cardenales y por su papa.

¡No! El catolicismo no podía renovarse ¡no! No se podía volver al espíritu del cristianismo primitivo ¡no! No podía ser la religión de la democracia, la fe nueva que salvase las antiguas sociedades amenazadas de ruina y en peligro de muerte. Si bien parecía tener un origen democrático, estaba entonces clavado en ese suelo romano, rey á pesar de todo, obligado á aferrarse testarudamente al poder temporal, bajo pena de suicidio, atado por la tradición, encadenado por el dogma, no evolucionando más que en la apariencia y reducido á una inmovilidad tal, que detrás de la puerta de bronce del Vaticano, el papado era el prisionero, el aparecido de dieciocho siglos de atavismo, con su no interrumpido sueño de la dominación universal.

En donde su fe de sacerdote, exaltado por el amor hacia los que sufren y hacia los pobres, buscó la vida, una resurrección de la comunidad cristiana, no halló más que la muerte, el polvo de una tierra agotada en la que no crecería nunca más que ese papado despótico, soberano de los cuerpos como lo era de las almas. A su trastornada exclamación con que pedía una religión nueva, contentóse Roma con contestar condenando su libro, como contaminado de heregía, y él mismo lo retiró con el amargo dolor de su desilusión. Había visto, comprendido, y todo se hundió. Y era él, su alma y su cerebro, que yacían entre los escombros.

Pedro se ahogaba y poniéndose en pie abrió de par en par la ventana que daba al Tíber para echarse de bruces en su antepecho durante un momento; la lluvia, que había vuelto á empezar por la tarde, cesó entonces. Hacía un tiempo muy templado, de una dulzura húmeda, aletargadora. En el cielo, de un gris ceniciento, debía haberse levantado la luna, porque se la adivinaba tras las nubes que iluminaba con un resplandor amarillento y receloso, infinitamente triste. Bajo esa claridad adormecedora de lamparilla, aparecía negro el horizonte, fantástico, con el Janículo enfrente, con las casas amontonadas del Transtibere, la corriente del río allá abajo, á la izquierda, hacia la confusa elevación del Palatino, mientras que la cúpula de San Pedro, á la derecha destacaba su redondez dominadora en el fondo del aire pálido.

No podía ver el Quirinal, pero sabía que estaba á su espalda y se lo imaginaba tapando un pedazo de cielo con su fachada interminable, en aquella noche tan melancólica de un vago ensueño. Y que Roma concluía medio comida por la sombra, y tan distante de la Roma de juventud y de quimera que había visto y amado apasionadamente el primer día desde la cima de ese Janículo, del que á semejante hora, distinguía tan mal la masa tenebrosa. Evocó otro recuerdo, los tres puntos soberanos, las tres cimas ó montes simbólicos, que desde aquel día resumieron para él la historia secular de Roma: la antigua, la papal y la italiana. Pero si el Palatino era el mismo monte descoronado en el que no se elevaba más que el fantasma del antepasado Augusto emperador y pontífice, soberano del mundo, veía con otros ojos San Pedro y el Quirinal que habían como cambiado de sitio. A ese palacio del rey, palacio del que no se ocupaba y que le parecía un cuartel aplanado, y bajo ese gobierno nuevo que le producía el efecto de un ensayo de modernidad sacrílega en una ciudad aparte, le daba entonces, conforme dijera Orlando, el puesto considerable, creciente, que tenía en el horizonte, hasta el extremo de llenarlo todo él muy pronto; mientras que San Pedro, esa cúpula, que le pareciera triunfal, color de cielo y reinando sobre la ciudad como rey gigante que nada podía quebrantar, ofrecíasele al presente lleno de grietas, disminuída ya como una de esas enormes vejeces cuya masa se hunde á veces de un solo golpe con el desgaste secreto, con el ignorado desmigamiento de su maderamen.

Un murmullo sordo, una queja rugiente subía del crecido Tíber, y Pedro se estremeció al sentir el soplo helado de fosa que le pasó por la cara. Esa idea de las tres cimas, del triángulo simbólico, despertó en él dos recuerdos de los prolongados sufrimientos del gran mudo, del pueblo de los pequeños y de los pobres, por cuya posesión habíanse disputado siempre. Venía esto de muy lejos, del día en que al repartirse la herencia de Augusto, tuvo el emperador que contentarse con los cuerpos dejando las almas al papa, el que, desde aquel instante, no tuvo más que el deseo ardiente de reconquistar ese poder temporal del que despojaban á Dios en persona. La disputa trastornó y ensangrentó toda la Edad Media sin que ni la Iglesia ni el imperio pudiesen ponerse de acuerdo acerca de la presa que se arrancaban á pedazos. Por último, el gran mudo, cansado de vejaciones y de miseria, queriendo hablar, sacudió el yugo del papa en los tiempos de la Reforma, y más tarde empezó á expulsar á los reyes en su famosa explosión del 89. Y la extraordinaria aventura del papado nació de ahí, conforme Pedro lo escribiera en su libro, una nueva fortuna que permitía al papa reanudar el secular ensueño; el papa, abandonando el cuidado de los tronos derribados y poniéndose al lado de los miserables creyendo al fin en esa ocasión, captárselos por completo. ¿No era realmente prodigioso, ese León XIII, desposeído de su reino, que permitía que le tildasen de socialista, que agrupaba tras sí el rebaño de los desheredados, que iba contra los reyes á la cabeza del cuarto estado al cual pertenecerá el siglo próximo? La eterna lucha por la posesión del pueblo continuaba con la antigua aspereza en la misma Roma, en espacio más restringido, el Vaticano y el Quirinal, el papa y el rey, pudiéndose ver desde sus ventanas, disputándose siempre la posesión del imperio, teniendo bajo sus ojos los tejados retostados de la antigua ciudad, esa población numerosa que iban á disputarse como se disputan á los pajarillos del bosque el halcón y el gavilán. Y era allí, para Pedro, en donde el catolicismo estaba condenado, abocado en una ruina fatal porque precisamente era monárquico en su esencia, hasta el punto de que el papado apostólico y romano no podía renunciar al poder temporal bajo pena de ser otra cosa y desaparecer. En vano fingía un retorno al pueblo, en vano se presentaba siendo todo alma, porque no había sitio en medio de nuestras democracias para la soberanía total y universal que tenía Dios. Siempre veía al *imperator* retoñar en el *pontifex maximus* y esto fué lo que mató su ensueño, destruyó su libro, acarreándole al montón de escombros ante el cual permanecía trastornado, sin fuerza ni valor.

La Roma inundada de ceniza, y cuyos edificios se borraban, acabó por oprimirle de tal manera el corazón, que volvió á sentarse en la silla al lado de su equipaje. Nunca había experimentado una tristeza semejante y le pareció que aquello era el fin de su alma. Recordó cómo el viaje á Roma, ese nuevo experimento, se le impuso á consecuencia de su desastre de Lourdes. No fué á pedir la fe ingenua, íntegra del niño pequeño, sino la fe superior del intelectual que se eleva por cima de ritos y de símbolos, trabajando para la mayor dicha de la humanidad, basada en su necesidad de certidumbre. Y si todo eso se derrumbaba, si el catolicismo rejuvenecido no podía ser la religión, la ley moral del nuevo pueblo; si el papa en Roma, no era el Padre, el Arca de la alianza, el jefe espiritual obedecido, escuchado, entonces era á sus ojos el naufragio de la última esperanza, un supremo crugido en el que las sociedades acuales se desquician. Todo ese andamiaje del socialismo católico, que le pareciera tan hermoso, tan triunfante para consolidar la vetusta Iglesia, veíalo por el suelo en aquellos momentos; juzgábalo durante muchos años, podía sostener aún el edificio en severamente como un simple expediente transitorio que, durante muchos años, podía sostener aún el edificio en ruina, pero todas esas cosas no estaban cimentadas más que sobre una mala inteligencia voluntaria, sobre una hábil mentira, sobre la diplomacia y la política. ¡No! ¡No! ¡El pueblo captado, y una vez más víctima, acariciado para ser esclavizado, repugnaba á la razón, y todo el sistema presentábase bastardo, peligroso, contemporizador y hecho para ir á parar á peores catástrofes. Entonces, esto era el fin; nada quedaba en pie, el mundo antiguo iba á desaparecer en la sangrienta crisis cuya proximidad anunciaban ciertos signos. Y Pedro, ante ese caos, no tenía alma, habiendo perdido de nuevo la fe en ese experimento

que le parecía definitivo, habiendo estado convencido de antemano que iba á salir de él con ella aniquilada ó afirmada. ¡Y fué el rayo el que cayó! ¿Y qué iba á hacer entonces?

La angustia le oprimía tanto, que tuvo que levantarse y pasearse por la sala en busca de un poco de calma. ¡Gran Dios! ¿Qué hacer al presente en que le dominaba la duda inmensa, en que llegó á la negación dolorosa y que jamás le pesara tanto la sotana? Recordó su grito cuando negándose á someterse dijo á monseñor Nani que su alma no podía resignarse, que su esperanza de salvación por el amor y la caridad no podía morir y que respondería con otro libro en el que diría todo lo que había visto, todo lo que había oído, un libro en el que apareciera la Roma verdadera, la Roma sin amor y sin caridad y en camino de muerte con el orgullo de su púrpura. Quería regresar á París, abandonar la Iglesia é ir hasta el cisma. Pues bien, su equipaje estaba allí, se marcharía, escribiría su libro y sería el gran cismático al que esperaban. ¡Ah! ¡El cisma! ¿Acaso no lo anunciaba todo? ¿No parecía inminente en medio del prodigioso movimiento de los espíritus, cansados de antiguos dogmas y hambrientos, sin embargo, de lo divino? León XIII tenía de ello sorda conciencia, porque toda su política, su esfuerzo hacia la unidad cristiana, su ternura por la democracia, no tenían más objeto que el de agrupar la familia alrededor del papado, ensanchándolo y consolidándolo, con objeto de hacer que el papa fuese invencible en la lucha próxima; pero habían llegado los tiempos; el catolicismo iba á verse al extremo de las concesiones políticas, incapaz de ceder más sin morir, inmovilizado en Roma, tal cual un antiguo ídolo hierático, mientras que, en cambio, podía evolucionar fuera, en esos países de propaganda en los que se encontraba en lucha con otras religiones. Era por eso mismo por lo que Roma estaba condenada, tanto más cuanto que la abolición del poder temporal, acostumbrando al pensamiento á la idea de un papa puramente espiritual, desprendido del suelo, parecía debía favorecer á lo lejos el advenimiento de un antipapa, mientras que el sucesor de San Pedro se veía obligado á encerrarse en su ficción apostólica y romana. Un obispo, un presbítero iban á levantarse, pero, ¿dónde? Tal vez allá abajo, en aquella América tan libre, entre esos presbíteros á los que las necesidades de la lucha por la vida ha convertido en socialistas convencidos, en demócratas ardientes, dispuestos á marchar con el siglo próximo. Y mientras Roma no puede abandonar nada de su pasado, de los misterios y de los dogmas, ese presbítero abandonaría de esas cosas todo lo que se cae por sí mismo hecho polvo. ¡Ser ese presbítero, ese gran reformador, ese salvador de las modernas sociedades, qué ensueño más grandioso, qué papel de Mesías esperado y llamado por los pueblos en angustioso trance! Por un momento trastornóse Pedro, y un viento de esperanza y de triunfo le levantó, le llevó y si no era en Francia, en París, sería más lejos, al otro lado del Océano, ó más lejos aun, no importaba en qué parte del mundo, en una tierra bastante fecunda para que la nueva semilla creciese con una cosecha desbordante. ¡Una religión que realizase aquí bajo el reino de Dios de que habla el Evangelio, que repartiese equitativamente la riqueza, qque hiciese reinar, con la ley del trabajo, la verdad y la justicia!

Excitado Pedro por la fiebre de ese nuevo papel, veía centellear ante sus ojos las páginas de su nuevo libro, en el que acabaría de destruir la antigua Roma, proclamando la ley del cristianismo rejuvenecido y libertador, y en esto pensaba, cuando de pronto sus miradas se fijaron en un objeto olvidado sobre una silla, cuya presencia le sorprendió en un principio. Era también un libro, la obra de Teófilo Morin, que el anciano Orlando le encargara entregase á su autor, y se increpó á sí mismo cuando lo reconoció, diciéndose que muy bien lo podía haber olvidado allí. Antes de abrir otra vez la maleta para guardarlo, lo hojeó mirándolo por cima, y sus ideas cambiaron bruscamente como si de pronto se hubiese producido un acontecimiento de mucha consideración, uno de esos hechos decisivos que revolucionan un mundo.

La obra era, sin embargo, de las más modestas, el clásico manual para el bachillerato, que no contenía apenas más que los elementos de las ciencias, pero todas estas hallábanse representadas en él, resumiendo bastante bien el estado actual de los conocimientos humanos. Y era, en suma, la ciencia que hacía irrupción en los ensueños de

Pedro repentinamente con la masa, con la energía irresistible de una fuerza todopoderosa y soberana. No solamente quedaba barrido el cristianismo semejante al polvo de unas ruinas, sino que todas las concepciones religiosas, todas las hipótesis de lo divino se bamboleaban, se hundían. Nada más que con ese epítome escolar, con ese librito clásico, nada más que con el deseo universal de saber, con esa instrucción que se extiende siempre, que se apodera del pueblo entero, los misterios convertíanse en absurdos, los dogmas se derrumbaban y nada quedaba en pie de la antigua fe. Un pueblo nutrido de ciencia, que no cree ni en los misterios ni en los dogmas, ni en el sistema compensador de las penas y de las recompensas, es un pueblo en el que la fe está muerta para siempre, y sin fe, el catolicismo no puede vivir. Ahí está el lado cortante de la cuchilla, de la cuchilla que cae y parte. Si se necesita un siglo ó dos, la ciencia los tomará, porque sólo ella es la eterna. Es una inocencia decir que la razón no puede contradecir á la fe y que la ciencia debe ser la servidora de Dios. Lo que sí es cierto es que desde hoy las Escrituras están arruinadas y que para salvar algunos fragmentos ha sido preciso ponerlos de acuerdo con las nuevas certidumbres, refugiándose en el símbolo. Y qué actitud más extraordinaria la de la Iglesia prohibiendo á cualquiera que descubre una verdad contraria á los libros santos que se pronuncie de una manera definitiva con la esperanza de que ha de llegar un día en que se demuestre que esa verdad es un error. El papa es el único infalible, la ciencia es falible, y en contra suya se explota ese continuo testamento, se permanece al acecho para poner en contradicción sus descubrimientos de hoy con los de ayer. ¿Qué importan para un católico las afirmaciones sacrílegas, qué importan las afirmaciones, las certidumbres con que la ciencia contamina el dogma, puesto que es seguro, para él, que al finalizar los tiempos, ciencia y religión se reunirán, de manera que aquella será al pie de la letra humilde esclava de esta última? ¿No era hasta prodigiosa esa ceguedad voluntaria y de imprudente actitud que llegaba hasta negar la claridad del sol? Y el librito ínfimo, el manual de verdad continuaba su obra, destruyendo, á pesar de todo, el error, construyendo la tierra del porvenir, de igual manera que los infinitamente pequeños, las fuerzas de la vida, han construído poco á poco los continentes.

En medio de la claridad que se hacía bruscamente, Pedro comprendió al fin que se luchaba en un terreno firme. ¿Por ventura ha retrocedido alguna vez la ciencia? Fué el catolicismo quien sin cesar retrocedió ante ella y quien se verá obligado á retroceder sin cesar. Jamás se detuvo en su camino y conquista; puso la verdad contra el error; decir que hace bancarrota porque de un golpe no puede explicar bien, el mundo, es sencillamente una sin razón. Si ha dejado, si deja sin duda un dominio cada vez más reducido en el que reina el misterio y si una hipótesis podrá siempre intentar dar una explicación, no es menos cierto que arruina, que arruinará cada vez más las antiguas hipótesis, las que se hunden ante las verdades conquistadas.

Y el catolicismo se halla en ese caso y mañana estará aún más que hoy. Como todas las religiones no es, en el fondo, más que una explicación del mundo, un código social y político superior destinado á hacer reinar toda la paz, toda la felicidad posibles sobre la tierra. Ese código que abraza universalidad de cosas, hácese humano, y como humano mortal, cual lo son todas las cosas humanas. No se le podría poner á un lado diciendo que ese código existe por su propia virtualidad, mientras que la ciencia existe por otra parte. La ciencia es total y lo demostró ya y lo hará ver aún obligándole á reparar las continuas brechas que le hace, hasta el día en que se lo lleve por delante á consecuencia de un asalto de resplandeciente verdad.

Es cosa que hace reir el ver á algunas personas señalando un papel á la ciencia, prohibiendo á ésta que entre en tal ó cual dominio, prediciría que no llegará más allá y declarar al fin del siglo que, cansada al cabo, abdica. ¡Ah! ¡Pobres hombrecillos de cerebro obtuso ó mal conformado; políticos de expediente, dogmáticos acorralados, autoritarios que se obstinan en rehacer pasados ensueños, la ciencia pasará por cima de ellos y los arrastrará cual el viento se lleva las hojas secas!

Y Pedro continuó recorriendo el humilde libro, escu-

chando lo que decía de la conciencia soberana. No puede hacer bancarrota, porque no promete lo absoluto, porque no es más que la conquista sucesiva de la verdad. Nunca hizo gala de dar de un golpe la verdad entera, pues esa especie de construcción es la obra favorita y el hecho de la metafísica, de la revelación y de la fe. El papel de la ciencia es, por el contrario, el de destruir el error á medida que avanza y la claridad aumenta en ella. Desde luego, y en vez de hacer bancarrota en su marcha que nada detiene, sigue siendo la única verdad para los cerebros equilibrados y sanos. En cuanto á aquellos á los que no satisface, aquellos que experimentan la necesidad del conocimiento inmediato y total, á esos les queda el recurso de refugiarse en no importa qué hipótesis religiosa, con la condición, sin embargo, de que, si quieren aparentar que tienen razón, no construyan sus quimeras más que sobre certidumbres adquiridas. Todo lo que está construído sobre el error probado, se derrumba, cae. De que el sentimiento religioso persista en el hombre, y la necesidad de una religión siga siendo eterna, no hay que deducir que el catolicismo sea eterno porque, en resumen, no es más que una forma religiosa que no ha existido siempre, á la que han precedido otras y á la que seguirán algunas más. Las religiones pueden desaparecer, porque el sentimiento religioso creará otras aun, hasta con la ciencia. Y Pedro recordó el pretendido fracaso de ésta ante el actual despertar del misticismo, de lo que indicara las causas en su libro; el menoscabo de la idea de libertad entre el pueblo al que engañaron en el primer reparto, el malestar de los escogidos, desesperados con el vacío en que los deja su razón libertada, su inteligencia ensanchada, es la angustia de lo desconocido lo que renace, pero esto no es tampoco más que una reacción natural y momentánea, y después de tanto trabajo en la hora primera, en la que la ciencia no calma aún ni nuestra sed de justicia, ni nuestro deseo de seguridad, ni la idea secular que nos formábamos de la dicha en la sobrevida, en una eternidad de goces. Para que el catolicismo pueda renacer, como se anuncia, sería preciso que se cambiase el suelo social, y no podría cambiar sino tiene la savia necesaria para la primavera de una fórmula caduca á la que las escuelas y los laboratorios

asestan cada día algún golpe. El terreno se ha hecho otro y otra será la encina que crezca. ¡Que la ciencia tenga pues su religión, si es que debe engendrar una, porque esa religión será pronto la única posible, para las democracias de mañana, para los pueblos cada vez más instruídos, entre los que el catolicismo ya no es más que ceniza!

Pedro, de un golpe, concluyó pensando en la imbecilidad de la congregación del Indice que hirió su libro, que condenaría indudablemente al nuevo, cuyo plan acababa de ocurrírsele, si alguna vez llegaba á escribirlo. ¡Hermosa tarea en verdad! ¡Pobres libros de entusiástico soñador, quimeras que se encarnizan sobre quimeras! Cometía esa congregación la necedad de no lanzar su entredicho sobre el clásico librito que tenía allí entre sus manos, el único temible, el enemigo siempre triunfante que derribaría seguramente la Iglesia. Ese libro en vano era modesto, con su pobre aspecto de manual escolar; pues el peligro empieza en el alfabeto que deletreaban los niños é iba en aumento á medida que los programas ampliaban las materias y estallaba con esos resúmenes de las ciencias físicas, químicas y naturales que han puesto sobre el tapete la cuestión de la creación del Dios de las Escrituras; pero lo peor era que el Indice, desarmado ya, no se atrevía á suprimir esos modestos libros, esos soldados terribles de la verdad, destructores de la fe. ¡Qué importaba entonces todo el dinero que León XIII apartaba de su tesoro oculto, del Dinero de San Pedro con objeto de dotar á las escuelas católicas, con la idea de formar la generación de mañana que necesitaba el papado para vencer! ¡Qué importaba el don de ese dinero precioso, si no debía servir más que para comprar esos libros ínfimos y formidables que no expurgarían nunca bastante, que contendrían siempre demasiada ciencia, esa ciencia que crecía sin cesar y cuyo esplendor haría que saltase un día el Vaticano y San Pedro! ¡Ah! ¡Indice imbécil y vano, qué miseria y qué irrisión!

Después de guardar en la maleta el libro de Teófilo Morin, acercóse otra vez Pedro á la ventana y allí tuvo una visión extraordinaria. En la noche tan suave y triste, bajo el cielo nublado, teñido de amarillo por la luna de color de herrumbre, habíanse levantado nieblas flotantes que

ocultaban en parte los techos, detrás de caídos girones, semejantes á sudarios. Monumentos enteros habían desaparecido en el horizonte, y se imaginó que se cumplieron los tiempos y que la verdad hiciera saltar la cúpula de San Pedro.

Dentro de cien años ó de mil años, así estará, derrumbada, arrasada en el fondo del cielo negro. Comprendió que se tambaleaba y que se agrietaba bajo sus pies el día de fiebre en que pasó una hora desesperado al ver desde allá arriba á la Roma papal con su terquedad en conservar la púrpura de los Césares, previendo desde entonces que el templo del Dios católico se hundía como se hundió el templo de Júpiter en el Capitolio. Y aquello estaba hecho; la cúpula sembró el suelo con sus escombros y sólo quedaban en pie con un lienzo de pared del ábside cinco columnas de la nave central, soportando aún un trozo de cornisa; pero eran sobre todo los cuatro pilares del crucero que habían sostenido la cúpula, esos pilares ciclópeos que se elevaban como siempre aislados, soberbios, con aire indestructible entre las ruinas inmediatas. Espesas nieblas rodaron como un oleaje, pasaron sin duda mil años más, y después no quedó nada; el ábside, las últimas columnas y hasta los gigantescos pilares, estaban por el suelo. El viento se llevó el polvo y habría sido necesario rebuscar en el suelo, entre las ortigas y las malezas, para hallar algunos fragmentos de estatuas rotas, de mármoles grabados con inscripciones, acerca de cuyo significado no se podían poner de acuerdo los sabios. Lo mismo que en otra época, en el Capitolio, entre los hundidos escombros del templo de Júpiter, se encaramaban las cabras ramoneando entre las malezas en medio del gran silencio de los pesados días del estío, cuyo silencio interrumpía únicamente el zumbido de las moscas.

Fué únicamente entonces cuando Pedro sintió en sí el hundimiento supremo. Todo estaba concluído, la ciencia era la victoriosa y no quedaba nada del mundo antiguo. Ser el gran cismático, el reformador esperado ¿para qué? ¿No sería esto edificar otro ensueño? Sólo la eterna lucha de la ciencia en contra de lo desconocido, sus averiguaciones que perseguían, que reducían sin cesar en el hombre esa sed de lo divino, era lo que al presente, parecía

importarle, dejándole en la espera de saber si algún día triunfaría, hasta el extremo de bastar un día á la humanidad al satisfacer todas sus necesidades.

Y en medio del desastre de su entusiasmo de apóstol, enfrente de las ruinas que llenaban su sér, su fe muerta, su esperanza muerta de utilizar el antiguo catolicismo para la salvación moral y social, no se tenía en pie más que por la razón, y ésta vaciló un momento. Si soñó con un libro, si acababa de atravesar esa segunda y terrible crisis, era porque de nuevo el sentimiento había dominado en él á la razón.

Su madre se puso á llorar en su corazón ante los sufrimientos de los miserables, con el irresistible deseo de aliviarlos, con el objeto de conjurar las próximas matanzas, y su necesidad de caridad le hizo perder los escrúpulos de su inteligencia; mas, á la sazón oía la voz de su padre, la razón elevada, la razón áspera, la razón que había podido eclipsarse, pero que se presentaba otra vez soberana. Lo mismo que después de Lourdes protestaba contra la glorificación de lo absurdo y la decadencia del sentido común, y era la razón la única que le hacía marchar recta y sólidamente entre los escombros de las antiguas creencias, hasta entre las obscuridades y los abortos de la ciencia. ¡Ah! ¡La razón! ¡No sufriría más que por ella, no se contentaba más que con ella y juró satisfacerla cada vez más, como á la única soberana, aunque para ello tuviese que sacrificar su felicidad!

¿Qué era lo que necesitaba hacer? En vano había tratado de saberlo á aquella hora, todo estaba en suspenso; tenía ante sí el mundo inmenso, lleno aún con las ruinas del pasado, libre mañana quizás de ellas. Allá abajo, en el triste fabourg iba á encontrar al buen abate Rose el que la víspera, le escribiera diciéndole que fuese pronto á cuidar sus pobres, á amarlos y salvarlos puesto que aquella Roma, tan esplendorosa de lejos, era tan sorda á la caridad.

Y alrededor del buen cura encontraría la oleada siempre creciente de miserables, de crías caídas del nido que ellos recogían, pálidas de hambre y tiritando de frío; esos hogares en que no hay más que angustias y dolores, en los que el padre se emborracha, la madre se prostituye y

los hijos y las hijas caen en el vicio y en el crimen; casas enteras á través de las cuales soplaba el hambre, la suciedad más asquerosa, una promiscuidad vergonzosa, sin muebles, sin ropas, una vida de bestia que se contenta y que se solaza como puede al azar del instinto y del encuentro. Después de esto vendrían además los fríos en el invierno, los desastres de la falta de trabajo, las ráfagas de la tisis llevándose á los débiles, mientras que los fuertes cerraban los amenazadores puños soñando con la venganza. Quizás algún día entraría en alguna habitación de horror en la que una madre se habría matado con sus cinco hijos, con el recién nacido entre los brazos agarrado á la teta seca, y los otros esparcidos sobre el desnudo suelo, dichosos al fin y satisfechos al estar muertos. ¡No! ¡No! ¡Aquello no era posible; la negra miseria impulsando al suicidio en medio de un París repleto de riquezas, ébrio de goces y que por el placer arrojaba millones por las ventanas!

El edificio social estaba podrido en su base, todo se derrumbaba entre lodo y sangre. Nunca había comprendido hasta ese punto la irrisoria inutilidad de la fe. Y, de pronto, tuvo conciencia de que la palabra esperada, la palabra que al fin se escapaba de los labios de ese gran mudo secular, del pueblo encadenado y amordazado, era la palabra justicia. ¡Ah! ¡Sí, justicia, justicia, caridad no! La caridad no hace más que eternizar la miseria y la justicia quizá la curaría. No era por la justicia por la que los miserables tenían hambre y sólo un acto de justicia podía barrer la sociedad antigua para construir la nueva. El gran mundo no pertenecía ni al Vaticano ni al Quirinal, ni al papa ni al rey, y si rugió sordamente á través de las edades en su lucha prolongada, unas veces abierta, otras misteriosa, no luchó entre el pontífice y el emperador, que cada uno lo querían para sí, más que para recobrarse, para manifestar su voluntad de no pertenecer á nadie el día en que gritase pidiendo justicia: ¿Iba á ser mañana ese día de justicia y de verdad?

En medio de su angustia y luchando entre esa necesidad de lo divino que atormenta al hombre, y la soberanía de la razón que le ayuda á mantenerse erguido, no estaba Pedro seguro de poder cumplir su juramento; presbítero

sin creencias, velando por las creencias de los demás; desempeñando castamente, honradamente su ministerio con la altanera tristeza de no haber podido renunciar á su inteligencia, como renunciara á su carne de enamorado y á su ensueño de salvador de los pueblos. Y de nuevo, lo mismo que después de Lourdes, esperaría. Y en la ventana, ante Roma invadida por la sombra, sumergida bajo las nieblas cuya oleada parecía allanar los edificios, hiciéronse tan profundas sus cavilaciones que no oyó una voz que le llamaba, siendo preciso que con la mano le tocasen en el hombro.

—Señor abate, señor abate...—llamó Victorina, y como se volviese al fin, le dijo:—Son las nueve y media... El coche espera abajo, Giacomo se llevó ya el equipaje. Es preciso ponerse en marcha. ¡Qué! ¿Os despedíais de Roma? —añadió al observar que los ojos de Pedro parpadeaban. —Es un cielo bien feo.

—Sí,—respondió Pedro sencillamente.

Bajaron ambos, habiéndola entregado Pedro un billete de cien francos para que se lo repartiese con los criados. Victorina se excusó al coger la lámpara y precederle porque, según decía, apenas se veía, tan obscuro estaba aquella noche el palacio. ¡Ah! Aquella marcha, aquella postrera bajada á través del palacio negro y vacío, hicieron que á Pedro se le oprimiese dolorosamente el corazón. Dirigió alrededor de su cuarto esa ojeada de despedida que siempre le desconsolaba, que dejaba allí un poco de su alma, hasta en aquellos casos en que abandonaba un sitio en el que había sufrido.

Después, al pasar por delante del cuarto de *don* Vigilio, por delante de su puerta, de la que no salía más que un silencio estremecedor, imagináse verle con la cabeza hundida en la almohada, conteniendo su aliento, con miedo de que éste no hablase también y no le atrajese venganzas.

Pero donde se impresionó más aun al no oir absolutamente nada, fué en los descansillos del primero y segundo piso, ante las cerradas puertas de *donna* Serafina y del cardenal; allí no se oía ni un aliento, lo mismo que si pasase por delante de una tumba. Después de volver del entierro no habían dado señales de vida, encerrados, des-

aparecidos, inmovilizando con ellos la casa entera sin que se pudiese sorprender ni un murmullo de una conversación ni el rumor del paso de un criado. Y Victorina seguía bajando con la lámpara en la mano siguiéndola Pedro, pensando en los dos que quedaban en el palacio en ruinas, los últimos de una sociedad medio dormida y que permanecía en el dintel de un mundo nuevo. Darío y Benedetta acababan de llevarse toda esperanza de vida, pues no quedaba más que una solterona y un presbítero, infecundos, sin resurrección posible... ¡Ah! ¡Qué corredores más interminables de lúgubre sombra! ¡Qué escalera más fría y gigantesca que parecía bajar al vacío, y qué salas tan inmensas, cuyos muros agrietábanse con la pobreza y el abandono! ¡Y qué patio interior aquel, semejante á un cementerio con su hierba, y su húmedo pórtico en el que se cubrían de moho las espaldas de Venus y Apolo! ¡Y qué jardincito más desierto, embalsamado por las naranjas maduras y al cual, en adelante, no iría, puesto que no había de encontrar á la adorable *contessina* bajo el laurel y al pie del sarcófago! Todo aquello se abismaba en un duelo abominable, en el silencio de la muerte, en el que á los dos últimos Boccanera no les quedaba más que hacer sino esperar con su altanera grandeza, con su palacio, así como con su Dios, á que todo se derrumbase sobre sus cabezas.

Y Pedro no percibió más que un ruido muy tenue, el trotecillo de una rata, tal vez los dientes de un roedor, el abate Paparelli que se hallaba en algún lado, en el fondo de alguna habitación abandonada, desmenuzando las ruinosas paredes, socavando sin cesar la vetusta vivienda para precipitar su hundimiento. El carruaje esperaba delante de la puerta con sus dos faroles, cuyos rayos amarillentos agujereaban la obscuridad de la calle. El equipaje habíanlo cargado ya, la cajita á los pies del cochero; la malleta sobre la bigotera. Y el presbítero subió en el acto.

—¡Oh! Aun tenéis tiempo,—dijo Victorina, que se había quedado en pie en la acera.—No os falta nada y estoy contenta al ver que os marcháis sin precipitaros.

En aquel momento postrero se consoló al ver á aquella compatriota, á aquella tan buena alma que le recibiera

el día de su llegada y acudía á despedirle en el de su marcha.

—No os digo señor abate, hasta la vista, porque no creo que volváis tan pronto á esta condenada tierra... ¡Adiós, señor abate!

—¡Adiós, Victorina; y gracias con toda mi alma!

Arrancó el coche, arrastrando al trote vivo del caballo, y se internó en las calles estrechas y tortuosas que conducen á la avenida de Víctor Manuel. No llovía y por esto no habían levantado la capota; pero en vano el aire húmedo era muy templado, porque Pedro experimentó una sensación de frío, sin que por eso mandase parar al cochero que seguía silencioso, como si tuviera prisa de librarse pronto de su viajero. Cuando Pedro desembocó en la avenida de Víctor Manuel, quedóse sorprendido al encontrarla tan desierta á pesar de lo poco avanzado de la hora, con las casas cerradas, las aceras vacías y las lámparas eléctricas ardiendo solas en tan melancólica soledad. No hacía, á la verdad, mucho calor, y la niebla parecía ir en aumento, inundando más y más las fachadas. En el momento en que pasaba por delante de la Cancillería, figurósele que el severo y colosal monumento retrocedía y se desvanecía como en un sueño. Más lejos, á la derecha, en el extremo de la calle de Araceli, iluminada por contados y humosos mecheros de gas, el Capitolio habíase sumergido en plenas tinieblas. Después estrechóse la larga calle, el coche desfiló por entre dos masas sombrías aplastantes, la del edificio del Gensu, obscuro, y del amazacotado palacio Alfieri y fué en ese estrecho paso, en el que aun de día y en pleno sol rezuma toda la humedad de los antiguos tiempos, en donde se entregó á nuevas cavilaciones, con el alma y con la carne invadidas por un nuevo estremecimiento.

De una manera brusca hacíase en él la evocación de otro nuevo pensamiento, que algunas veces le inquietara. El de que la humanidad, saliendo de allá abajo, del Asia, marchó siempre siguiendo la dirección del sol. Sopló siempre un viento del Este, impulsando al Oeste la simiente humana para las cosechas futuras. Y desde hacía muchísimo tiempo, la cuna estaba herida de muerte y de destrucción, como si los pueblos no pudiesen avanzar más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

que por etapas, dejando tras ellos el suelo agostado, las ciudades destruídas, las poblaciones diezmadas y bastardeadas á medida que marchaban del levante al poniente hacia el fin ignorado. Fueron Nínive y Babilonia en las orillas del Eufrates, Tebas y Memfis en las del Nilo, reducidas á polvo, cayendo de vejez y de cansancio en un aletargamiento mortal sin que pudiesen despertar. Después, desde allí, esta decrepitud pasó á las orillas del gran lago Mediterráneo, enterrando entre el polvo de las edades á Tyro y Sidón, yendo más lejos aun á adormecerse á Cartago, herida de senectud en pleno esplendor. Esa humanidad en marcha, á la que la fuerza de las civilizaciones empujaba así de oriente á occidente, marcaba los días de su marcha con ruinas, ¡y qué esterilidad más espantosa tiene hoy esa cuna de la humanidad, ese Asia, ese Egipto, vueltos al balbuceamiento de la infancia, inmovilizados en la ignorancia y en lo caduco sobre los escombros de antiguas capitales, antaño dueñas del mundo! Al pasar, y á través de su cavilación, tuvo Pedro conciencia de que el palacio de Venecia, inundado por la obscuridad, parecía venirse abajo á consecuencia de algún asalto de lo invisible. La niebla envolvía las cresterías y las elevadas paredes desnudas tan temibles, flaqueaban bajo el empuje de la creciente obscuridad. Y luego, pasando el hueco profundo del Corso, á la izquierda, y desierto también, con la blanquecina luz de las lámparas eléctricas, apareció, á la derecha, el palacio Torlonia con una ala despanzurrada por los picos demoledores, mientras que de nuevo, hacia la izquierda, más arriba, presentábase alargando su fachada obscura el palacio Colonna, con sus ventanas cerradas, como si habiendo desertado de él los antiguos dueños, abandonado por su antiguo fausto, esperase á su vez á los que habían de derribarlo.

Entonces rodó más despacio su coche, y empezó á subir la pendiente de la calle Nacional, y la cavilación continuó. ¿Era que Roma no estaba también atacada, era que no había sonado su hora de desaparecer en esa destrucción que los pueblos siempre en marcha dejaban tras sí continuamente? Grecia, Atenas y Esparta dormitaban con sus gloriosos recuerdos y no figuraban para nada en el mundo de hoy. Toda la parte baja de la península itálica estaba ya dominada por esa parálisis ascendente y al mismo tiempo que á Nápoles era á Roma á quien le tocaba el turno. Se hallaba en el límite del contagio, en esa margen de la mancha de muerte que se extiende sin cesar sobre el viejo continente, esa margen en que se declara la agonía, en la que la tierra empobrecida no puede soportar ni nutrir las ciudades, en que los mismos hombres parecen heridos de vejez desde el nacimiento. Desde hacía dos siglos iba declinando Roma, eliminándose poco á poco de la vida moderna, sin industria, sin comercio, incapaz hasta de ciencia, de literatura ó de arte. Y no sería sólo San Pedro el que se vendría abajo, el que sembraría sus escombros entre la hierba, como en tiempos pasados sucediera con el templo de Júpiter Capitolino. En su negra dolorosa cavilación era Roma entera la que se hundía con un crugido supremo, la que cubría las siete colinas con el caos de sus ruinas, basílicas, palacios, barrios enteros desaparecidos y dormidos bajo las ortigas y las malezas. Como Nínive y Babilonia, como Tebas y Menfis, no era más que una llanura rasa, en la que no se veían más declives que los formados por las ruinas, en medio de las cuales se trataba en vano de hallar el lugar que ocuparon antiguos edificios y en los cuales sólo habitaban serpientes y bandadas de ratas.

El coche dió la vuelta, y Pedro reconoció, á la derecha, en un enorme agujero de noche amontonada, la columna de Trajano que, á semejante hora, se elevaba negra, tal cual el tronco muerto de un árbol gigantesco al que los años hubiesen arrancado las ramas. Y más arriba, cuando al atravesar la plaza triangular levantó los ojos, vió el árbol real que distinguió recostándose en el cielo de plomo, el pino parasol de la villa Aldobrandini, que estaba allí como la gracia y el orgullo de Roma, y que no fué para él más que como una manchita, una nieblecilla de polvo carbunoso que salía del total derrumbamiento de la ciudad. A la sazón apoderábase de él en su inquieta fraternidad un terror grande al finalizar ese trágico ensueño. Y cuando el aletargamiento que sube á través del mundo envejecido hubiese pasado más allá de Roma, cuando la Lombardía hubiese desaparecido, y Génova, Nápoles y Milán se durmiesen como duerme ya Venecia, entonces

le tocaría el turno á Francia; se flanquearían los Alpes; Marsella vería cegados sus muelles por la arena lo mismo que Tyro y Sidón; Lyon se entregaría al sueño y á la desolación; París, vencido al fin por irresistible letargo, trocado en estéril campo de piedras, erizado de cardos, reuniríase en la muerte con Roma, Nínive y Babilonia, mientras tanto que los pueblos continuarían su marcha de levante á poniente con el sol eterno. Un gran grito atravesó el espacio: el grito de muerte de las razas latinas. La historia, que parecía haber nacido en el lago Mediterráneo, cambiaba de lugar, y hoy el Océano parecía ser el centro del mundo. ¿En dónde nos hallamos de la jornada humana? Salida de allá abajo, de la cuna, al levantarse el alba, la humanidad de etapa en etapa y sembrando su camino de ruinas, ¿se encontraba á mediodía, á las doce, cuando está alto el sol y centellea en su altura? ¿Sería entonces que comenzaba la otra mitad del tiempo, el nuevo mundo después del antiguo, esas ciudades de América en las que se esboza la democracia, en las que surge la religión de mañana, reinas soberanas del siglo próximo, y con esto allá abajo, al otro lado de otro Océano, volviendo hacia la cuna por la otra faz de la tierra, el extremo Oriente inmóvil, la China y el Japón misteriosos y todo ese pulular amenazador de la raza amarilla?

Pero á medida que el carruaje subía la pendiente de la calle Nacional, iba Pedro comprendiendo que su pesadilla se disipaba. Soplaba un aire mucho más ligero é infundía más esperanza y valor. El Banco, sin embargo, le produjo con su fealdad nueva, yesosa aun, el efecto de un fantasma paseando su sudario por la noche mientras que arriba, en lo alto, entre los confusos jardines, el Quirinal no era más que una línea negra que cortaba el cielo. Sólo que la calle subía, se extendía sin cesar y sobre la cima del Viminal, al fin, en la plaza de las Thermas, cuando pasó por delante de las ruinas de Diocleciano, respiró con toda la fuerza de sus pulmones. ¡No! La jornada humana no podía concluir, sería eterna y las etapas de la civilización se sucederían sin fin. ¿Qué importaba que el viento del Este se llevase los pueblos hacia el Oeste como acarreados por la fuerza del sol? Si era necesario volverían por la otra faz de la tierra dando muchas vueltas á ésta

hasta el día en que pudiesen fijarse en la paz, la verdad y la justicia. Después de la próxima civilización alrededor del Atlántico, convertido en el centro y bordeado por ciudades soberanas, nacería otra civilización que tendría por centro el Pacífico, con capitales ribereñas que no se podían prever, porque sus gérmenes dormirían en ignoradas orillas. Y luego otras muchas, empezando hasta lo infinito. Y en ese minuto postrero tuvo el pensamiento de confianza y de salvación de que el gran movimiento de las nacionalidades era el instinto, la necesidad misma que sentían los pueblos de volver á la unidad. Salidos de una familia única, separados, dispersados más tarde en tribus con choques de fratricidas rencores, tendían, no obstante, á volver á ser una familia única. Las provincias se reunirían en pueblos, los pueblos se reunirían en razas y las razas acabarían por juntarse en una sola é inmortal humanidad. En fin, la humanidad sin fronteras, sin guerras posibles, la humanidad viviendo del trabajo justo con la comunidad universal de todos los bienes. ¿No era esto la evolución, el fin del trabajo que se hace por todas partes, el desenlace de la historia? ¡Que Italia fuese un pueblo sano y fuerte, que entre ella y Francia mediase acuerdo y que la fraternidad de las razas latinas se convirtiese en el principio de la fraternidad universal! ¡Ah! ¡Esa patria la única, tierra en paz y venturosa, dentro de cuantos siglos y qué ensueño!

Luego en la estación, entre los empellones, no pensó Pedro más en eso, pues tuvo que tomar su billete y facturar su equipaje. Y en seguida tomó asiento en el vagón. Al segundo día, al amanecer, debía llegar á París.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras de Guy de Maupassant

El Buen Mozo
La señorita Perla
La Criada de la Granja
Berta
Bajo el sol de Africa
El Testamento
La Loca
El Abandonado
Miss Harriet
Inútil belleza
El suicidio del Cura

Obras de Víctor Hugo

Los trabajadores del mar
Nuestra Señora de París
El noventa y tres
El hombre que ríe
Han de Islandia ó el hombre fiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS